

BBC
BOOKS

DOCTOR WHO



LA LLEGADA DE LOS TERRÁFILOS

MICHAEL MOORCOCK

"Una unión hecha en el cielo... o quizás en Gallifrey" Charlie Higson



LA LLEGADA DE LOS TERRÁFILOS

o ¡¡Piratas del Segundo Éter!!

Michael

Moorcock



Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por Scnyc.

Traducción

Traducido por:

- Dani Lestrangle

Corrección

Corregido por Daovir

Portada

Portada adaptada al español por Nicanario.

Índice

Sínpsis.....	6
CAPÍTULO 1.....	11
CAPÍTULO 2.....	19
CAPÍTULO 3.....	30
CAPÍTULO 4.....	38
CAPÍTULO 5.....	45
CAPÍTULO 6.....	53
CAPÍTULO 7.....	61
CAPÍTULO 8.....	69
PRIMERA INTERMISIÓN.....	73
CAPÍTULO 9.....	75
CAPÍTULO 10.....	85
CAPÍTULO 11.....	92
CAPÍTULO 12.....	103
CAPÍTULO 13.....	108
CAPÍTULO 14.....	114
CAPÍTULO 15.....	123
CAPÍTULO 16.....	127
CAPÍTULO 17.....	136
CAPÍTULO 18.....	144
SEGUNDA INTERMISIÓN.....	156
CAPÍTULO 19.....	158
CAPÍTULO 20.....	172
CAPÍTULO 21.....	184
CAPÍTULO 22.....	188

CAPÍTULO 23.....	193
CAPÍTULO 24.....	207
CAPÍTULO 25.....	211
CAPÍTULO 26.....	216
CAPÍTULO 27.....	220
CAPÍTULO 28.....	227
RECONOCIMIENTOS.....	237
SOBRE EL AUTOR.....	238

Sipnosis

“Mágico e inesperado. Es Doctor Who escrito por uno de los autores de fantasía británicos vivos más importantes; y es tan bueno cómo esperaba y mucho más divertido”. Neil Gaiman.

Los Terráfilos son un grupo obsesionado con el pasado de la Tierra y se dedican a recrear antiguos eventos deportivos. El Doctor y Amy se unen a ellos en su viaje a Miggea, una estrella en el borde de la realidad, y sede de la competición para ganar la legendaria “Flecha de la Ley”. Pero la comprensión de los terráfilos de la historia de la Tierra y sus costumbres es dudosa cuanto menos, y sólo llegar hasta Miggea será toda una proeza.

Pues la realidad se cae a pedazos, las naves desaparecen y el Capitán Cornelius y sus piratas buscan botines fáciles. Y el Doctor y Amy tienen que descubrir quién está tan desesperado por conseguir la Flecha de la Ley como para matar por ella.

Corren mareas oscuras por el universo...

Miggea, una estrella en el mismo borde de la realidad. La cúspide entre este universo y el siguiente. Un punto donde el espacio y el tiempo hilan fino y está en peligro de colapsarse... y es el emplazamiento para la gran final de la competición para ganar la legendaria “Flecha de la Ley”. El Doctor y Amy se han unido a los Terráfilos, un grupo obsesionado con todos los aspectos de la historia de la Tierra, y dedicado a recrear antiguos eventos deportivos. Están decididos en ganar la Flecha. Pero sólo llegar a Miggea demuestra ser complicado. La realidad se colapsa, las naves desaparecen y el capitán Cornelius y sus piratas buscan botines fáciles. Incluso cuando aparecen, los problemas del Doctor y de Amy no terminarán. Tendrán que descubrir quién está tan desesperado como para conseguir la Flecha de la Ley como para matar por ella. Y destapar un traidor en su propio equipo. Y ganar la competición con todas las de la ley. Y, por supuesto, salvar al universo de la destrucción total.

QUIENQUIERA QUE LLAMARA AL PLANETA “Venecia” lo hizo acertadamente. Su gualda superficie se hallaba atravesada por millones de canales y, por consiguiente, desde el firmamento se asemejaba a un orbe papal. Los nimbos apremiaban los canales cuales bestias en celo y enfatizaban más que ennegrecían sus trazos geométricos. Venecia era un opulento y concurrido mundo. Más viajeros espaciales desertaban allí que en cualesquiera de sus aproximadamente nueve antagonistas en el sistema solar de Calipso V, cuyo inventario contenía Ur XVII y el asombrosamente bello Nuevo Venus dónde los colonos se aventuraban a sus fatalidades para poder deleitarse con sus bucólicos y cautivadores horizontes.

A semejanza de todos los mundos habitados, Venecia estaba vedado a las grandes astronaves de la IGP y a navíos mercantiles interestelares de mayor tamaño del servicio terráneo, cuyas rutas eran a menudo disputadas por corsarios en sus buques más sutiles y muchas veces raudos, algunos de los cuales todavía usaban los cada vez más inciertos vientos solares para navegar. La duodécima guerra intergaláctica, la cual había desolado sistemas solares en su totalidad, en la cual por aquiescencia colectiva fueron abandonados los bienes planetarios incólumes, y las pugnas de superficie fueron confinadas a las armas legalmente convencionales de cada región. En el caso de Venecia, éstas incluían gabarras de guerra de enormes dimensiones, cuyos cascos eran impelidos por ciclópeos velámenes cuyas lonas cubrían distancias medidas en fracciones de kilómetros cuadrados más que en metros cúbicos, y ligeras y diminutas góndolas empleando remos de la misma manera que usaban el viento. Esas naos se precipitaban por los anchos y naturales canales de la misma manera que insectos, cuyos movimientos arrolladores se producían con sus incontables miembros articulados. El corsario Cornelius, que una vez empleara aquellas góndolas triunfantemente en el transcurso de su oficio, aventajándose de las confusiones y equívocos ofrecidos por el conflicto bélico. Durante el medio siglo pasado, sin embargo, había hecho poco uso de ellos.

Había pocas tierras en guerra en ese momento en Venecia, pocas disputas de cualquier clase. Todo el tráfico era conducido por el agua. Los canales ocupaban cuatro quintas partes de la superficie del planeta. Venecia no se trataba de uno de los muchos planetas terraformados creados por las grandes compañías comerciales creadoras de mundos. Fueren cuales fueren las gravedades que habían moldeado aquel planeta eran de origen natural. El gentío había descubierto tiempo atrás que aquella simetría era inherente a la mayoría de planetas, formados por la natividad de sus geologías. Inclusive las bramantes y fructíferas terrazas de Arcturys-y-Arcturus debían su existencia a este fenómeno particular y eran meramente explotadas por las familias comerciales de terraformación que creaban principalmente mundos parecidos a la Tierra para un universo ávido de éstos.

En su extenso “*Epiconeon*”, Cornelius, apodado “el Holandés”, expuso:

“Aferrando los céfiros solares, el navío se sosiega y vira,

*Membranas y multiverso, en su posesión disponía,
Anhelante vacío reclama, glorioso y perverso,
Desdeña docenas de mundos en el universo.
Este cercado orbe argénteo, áureo y nacarado
Prolonga todos los reversos y su riqueza perdura
Sin fortuna ni tentación peligrosa irresolutas.
Y aun así mi ánimo e ingenio ha domado.
No existe situación, amenaza o cebo,
Que me aislara de mi electo lucero.”*

Su navío tenía de nombre “*Paine*”. Su mano ligera en su gran timón, en pie en su puente, orgulloso y desenfadado, regocijándose en la belleza que comandaba. Es el mayor navío ligero, perfecto y sin igual en todo el espacio-tiempo.

Su velamen se tensa contra la presión de incontables billones de fotones titilantes; sus bodegas ahora pobladas con inestimables y exóticos botines de cientos de hermosos mundos. Dentro de su misteriosa áurea atmosférica, creada a partir de tecnologías robadas, su variopinta tripulación formada por carne, metal y pétalos, venidos de casi todas las razas conscientes de la galaxia, puebla sus cubiertas para contemplar un mundo que han llegado a considerar como suyo propio.

“*Rostro férreo*” es el nombre para el hombre que viste una máscara de Pierrot hecha de metal al estilo de la comedia de la Antigua Italia. El corsario Cornelius, poeta inexorable, bandido cortés, comandante de un navío temido y familiar, envidiado por muchos por su encanto etéreo y por la certeza de su destructor arsenal, conmovido bajo su mando, dando la orden para el descenso de sus hombres. Sólo el “*Recordada Lombardía*” bajo su capitán bucanero Hong Hunter podría osar a desafiar al *Paine* en espacio abierto. Es con alivio que los venecianos enfocan sus radio-ópticas hacia ella al aparecer en su estratosfera superior, pues comprenden lo firmemente que su capitán honra las convenciones de su oficio. Llega para cobrar el tributo de manera justa y precisa, según los artículos firmados por toda la hermandad de no ser por el errático Cervantes. Cervantes clama poseer el objeto que Cornelius ansía, pero ningún corsario osará describirlo o admitir que sabe de qué se trata.

El capitán Cornelius permanece misterioso cual silueta tanto para sus hombres, como para sus amantes. Su compartido verso, estudiado para poderle conocer mejor, sólo hace que añadirse a su mística. Dice poco de su carácter de no ser porque favorece la belleza por encima del sentimiento. Una figura solitaria, en pie masticando un palo de grasiento ron negro, ofreciendo sus órdenes con silenciosa escasez. Almuerza en solitario o junto a su contramaestre Peet Aviv, mujer casi tan distante de la tripulación como él mismo, pero ambos obedecen con una confianza que no ofrecen otros

comandantes y su lealtad es bien sabida. Ninguno puede decir que les guste su capitán o su contra maestre, pero obedecen a ambos con una confianza que no ofrecen a ningún otro comandante y su lealtad está bien recompensada. Cuando el *Paine* completa su largo recorrido de aventuras violentas, cada miembro de su tripulación poseerá la suficiente fortuna como para poder comprar presidentes y reyes. Pero Cornelius, están seguros, no habrá encontrado todavía lo que busca. Muchos dicen que es una mujer, quizá su fallecida esposa. Algunos dicen que es un artefacto, que antaño fuera el juguete de una divinidad.

Cornelius da la orden. Los botes de marfil se liberan de su nave madre y navegan bajo, a través de unas nubes cegadoras bañadas por el sol, para llenar la mañana de Venecia con toda su triste e imperante dignidad.

Los piratas, venidos desde cientos de mundos y una docena de continuos espacio-tiempo, han venido al fin. Sólo unos pocos, observándoles desde sus cubiertas y caminos de sirga, rechazan reconocer su poder. Algunos incluso caen de rodillas, inclinándose en respeto a lo inevitable, igual que unos campesinos rindiendo homenaje a su señor feudal.

Al anochecer, Cornelius se halla entre ellos, dirigiendo su saludo formal a todas las facciones rivales en el planeta, diciéndoles, canal por canal, lo mucho que deben dar y en qué forma, sea un lingote de newtonio, barras de platino, provisiones o tripulación. (Siempre requiere lingotes. ¿Sabrá que no queda mucho newtonio?). Su precio es elevado, pero el precio del desafío sería superior.

Cuando las barcasas son llenadas y llevadas a la gran llanura central llamada Grande Bayou, los inventarios se hacen cautelosamente y se suministran los recibos. Entonces, el reclutamiento comienza a sustituir cualquier habilidoso complemento asesinado durante la batalla o jubilado.

Peet Aviv, apodada "la Robinia", se alza en sus elegantes prótesis, tomando notas, repartiendo ordenes en voz baja, mientras Cornelius, con sus rasgos engullidos dentro de la plana y refinada máscara que siempre adopta en público, está sentado a un lado de su escritorio, con sus brillantes y melancólicos ojos fijados en la distancia, mirando hacia una isleta de San Marx donde una vez, se dice, cortejó a una novicia y la perdió ante su único enemigo cuya superioridad él siempre ha reconocido y a quien llama Dios.

Un burgués, en un hastío intento de demostrar su conformidad, ofrece mostrar al capitán a solas una maravilla. Éste deja a un hombre rico, pero quizá también marcado. El capitán Cornelius frunce el ceño y pone lo que podría ser una sarta de cuentas en su bolsillo, removiéndolas mientras se preocupa con otros problemas.

Al menos, tras una semana, la pacífica tensión se disipa y los piratas se preparan para partir, sus cuotas todas recaudadas mientras las campanas de San Marx suenan al final de la toma de impuestos. A modo de retorno de su precio, Venecia conocerá protección durante otra década. El capitán Cornelius asiente hacia Peet Aviv. Los libros de contabilidad son firmados por piratas y

capitanes de canales en un borrón de pompa sedosa y armaduras brillantes. Entonces, los esquifes se alzan hacia los cielos y se van entre los anchos lazos de nubes. Y aquellos cuyos ojos se esfuerzan en sus miras ven al Paine alzándose durante un momento para atrapar los vientos solares, sus anchas velas llenándose, sus instrumentos brillando y parpadeando en el cubierto y perpetuo crepúsculo de sus cubiertas. Entonces se ha ido, también, con un ancho y fugaz brillo contra el negro destello del espacio, sin duda dirigiéndose hacia su base de origen en la galaxia enana de Canis.

Una memoria de pérdida y gloria. Como si el multiverso hubiera permitido a Venecia una audiencia con su propia alma orgullosa y fría.

El capitán Cornelius inspecciona ciertos artículos del tesoro, buscando aquel lingote valioso fabuloso de newtonio, rompecabezas sobre sus datos y sus gráficas, consultando con Peet Aviv y comienza a entender ese temor que siempre ha explotado y nunca ha conocido hasta ahora. Pues hay mareas oscuras corriendo a través del universo; corrientes tan poderosas que arrastran galaxias enteras con ellas, gravedades vaporosas tan fuertes que se tragan la luz y amenazan la familiar existencia del capitán Cornelius; y finalmente amenazan cada forma de existencia sintiente y que si se dejan sin comprobar absorberán toda la Creación. Pero por ahora, los fotones aprietan contra sus velas tal y como presumió antaño que harían para siempre, y él clavándose en los vientos solares, continuando su larga búsqueda del artefacto que puede llevarle a algo y garantizar su vida, la vida de su navío y la vida del universo al que ama. Él navega desde el Borde, atreviéndose en el arrastre del Centro galáctico, todavía investigando. Investigando en busca del único ser al que reconocer como su igual, quien puede que se le una o al menos le ayude; aquel que es conocido simplemente como “el Doctor”.

CAPÍTULO 1

VERDE

ESTIRADO HACIA ATRÁS EN SU tumbona de colores brillantes y colocándose su sombrero panamá sólo una fracción más baja por encima de sus ojos. Urquart Banning-Cannon decidió que no había nada como el crujir del roble sobre los juncos y el olor de la hierba recién cortada para hacer que un tío sienta que todo está bien con los mundos y probablemente nada demasiado mal con el universo en general. Su suspiro de contentamiento no fue considerable, sino nimiamente precavido; temía que la señora Enola Banning-Cannon pudiera levantar su cabeza “como un ciervo buscando algo” y llegase a la conclusión natural de que no estaba bastante ocupado, pues es una perogrullada en las vidas de la mayoría de las esposas que si un hombre está contento entonces no está haciendo suficiente para cuidar de su esposa. Un cauteloso atisbo desde debajo del ala de su sombrero le tranquilizó. El sustancioso pecho de la señora B-C se alzaba y bajaba a un ritmo regular y lo que podía llamarse razonablemente un ronquido suave y de dama que indicaba que estaba tomándose una corta estadía en la región de la semiconciencia a la que ella le gustaba llamar “la tierra de las Cabezas”. Hasta la fecha en aquellas vacaciones, tenía que admitirlo, estaba manteniendo su promesa como un campeón.

Ante la feliz pareja se daba lugar un juego llevado a cabo por deportistas de un inusualmente alto nivel de habilidad y observado en el campo por un puñado de expertos quienes, a intervalos irregulares, murmuraban alabanzas o aplaudían en educado reconocimiento de un momento particularmente bien jugado en un equipo por ahora en su tercer día y llegando a un majestuoso cierre. Aquello era deporte de clase galáctico disfrutado por aficionados súper-dedicados.

Los verdes y los blancos de los hombres eran realzados por un grupo de chicas guapas de alto nivel vestidas con colores lavanda, rosa, ranúnculos y albaricoque con gorros en su mayoría de paja conocidos en el comercio de sombrerería como “sombrero cloche”. La señora Banning-Cannon ya le había dado a aquel atuendo un experto vistazo y lo había determinado estar bajo el interés de una verdadera conocedora.

Amy Pond estaba disfrutando profundamente lo que también era un poco de vacaciones para ella. Le gustaba su cómodo sombrero cloche y su blusa de seda e incluso estaba aprendiendo el Charleston. Ella y el Doctor se habían pasado la pasada semana en Peers™ mientras él conseguía una sólida práctica de ello. Él era a quien le tocaba disparar a continuación. Ella le vio entre los jugadores desde la veranda del pabellón al llegar para ver el juego. Un Judoon con armadura se paseó por las escaleras del pabellón abajo y hasta el campo balanceando su kit de golpeo y reconociendo el extraño trozo de un educado aplauso de los espectadores, mientras, dirigiéndose hacia el otro extremo, trotaba un hombre-perro de seis miembros de Chardone, con un arco en su pata delantera y un carcaj de flechas de torneo en su espalda.

Amy tenía que admitir que estaba encontrando difícil acostumbrarse a todas las razas de la galaxia tomando parte en aquel juego esencialmente británico. Se alegraba en parte de que el Doctor había demostrado tener bastante enganche como para llevarla al torneo con él. Ella se había enamorado de aquella bizarra mezcla de cultura británica en gran parte malentendida de principios del siglo XX.

¿Sólo lo habían estado haciendo durante unos pocos días? ¿De verdad hacía menos de una semana que se había despertado a bordo de la TARDIS por el sonido de la fuerte estática? Una voz chisporroteante había estado hablando una lengua que no podía entender, pero la que el Doctor, o alguien sonando como el Doctor, estaba respondiendo usando el mismo idioma: *anpop; jigsawuanflater; shric scrim antuita. Secunifa. Jarrouaftami. Saguinlorris. Ayam...* No era una divertida mezcla de ruidos de la que desenganchar los ojos.

Cuando se unió al Doctor en la consola de la TARDIS, Amy había sorbido un poco de café y tragado un poco de muesli y estaba mejor equipada para enfrentarse a la barrera de fuego de vista y sonido que había captado su atención. Él le pidió ayuda por señas. Estaba hablando inglés de nuevo o al menos algo parecido al inglés, jugando con sus nuevas mesas de control retro, máquinas de escribir y aplausómetros como un órgano Wurlitzer, intentando desesperadamente seguir haciendo que llegaran las imágenes y las voces, pero perdiéndolas rápidamente. Se quitó la chaqueta y la lanzó al suelo. Se subió las mangas mientras ella mantenía las coordenadas.

—¡No! —la ruptura finalmente llegó con un terrible chirrido que le sonó a Amy como si hubiera sido proferido desde una garganta metálica— ¡Ey! ¡Duroo! —gritó el Doctor, con ambas manos esforzándose para mantener abajo un gran desatascador— ¡Ahora no te me vayas! *Dor-ic-vali-ram-guinen Tom Mix*. Sigues sin llegar bien. ¿Has dicho algo sobre piscinas de colores? —el chirrido sonó de nuevo y luego se desvaneció lentamente— No. No. No. No —él miró hacia donde ella estaba de pie—. Juraría que ha dicho Tom Mix. Era una estrella de cine de cine mudo. ¿Le conoces?

—Nunca había oído hablar de él.

—Sabemos dónde están. ¡Ahora necesitamos saber quienes son!

Con tristeza intentó reestablecer el contacto durante un rato hasta que al final ella le trajo una taza de té y unas pocas pop-tarts. A pesar de sus protestas, ella le hizo sentarse. ¿No serían lágrimas aquello que había en sus ojos?

Por lo que ella podía ver él estaba preocupado de algunos tipos malos llamados general Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria, quienes se habían aventurado a nuestro lado de un superdenso agujero negro en Sagitario. Habían estado allí en el futuro lejano, lejano durante un tiempo, al parecer, y su maligna influencia estaba extendiéndose hacia atrás hasta el aquí y el ahora.

–Están al día con su sucio trabajo anticuado –dijo el Doctor–, esos Hombres Antimateria. Metiéndose y saliendo del “Segundo Éter”. Y mi suposición es que probablemente no sean los únicos –mordisqueó pensativamente su pop-tart–. Alguien está sembrando el caos con las normas normales del flujo de energía. El tiempo y el espacio están por todas partes. Literalmente, quiero decir. Volviéndose exponencialmente inestables.

El Doctor se puso en pie antes de que Amy pudiera decirle que estaba diciéndolo que para ella eran tonterías.

–Sospecho –siguió, apuntándole con un dedo acusador–, que la vieja novia del General Peggy Acero, la Dama de Acero Invisible, está también con ellos. Una pandilla bastante desagradable. Y Quelchy también está haciendo algo, sin duda. Nunca se sabe qué lugar de las tornas puede tomar él. Esto no tiene buena pinta para nosotros, no importa desde dónde lo mires –volvió a masticar su pop-tart, con sus ojos preocupados volviendo a sus pantallas–. Deben saber que están arriesgando sus propias vidas igual que las de todo el resto. ¿O es que creen que han descubierto una forma de apartarse de la destrucción cósmica? Nunca se sabe con esos. Arriesgando la vida perpetua en el momento de la muerte, ¿para qué? Tormento físico y eterno... –zarandeó su mano en el aire, despectivamente, lanzando migas a Amy.

Estaba tan emocionado como siempre desde que ella le conocía. Pero debajo de todo, también sonaba asustado. Y a ella no le gustaba oírle de esa manera. Por supuesto que no estaba en su naturaleza mantenerse temeroso durante mucho rato.

–Creo que será mejor que recoja mi correo –dijo un poco más tarde, silbando Mister Mailman para sí y enderezando su pajarita sin mucho efecto. Aquel comentario era tan mundano que a penas ella a duras penas pudo controlar su risa.

–¡No sabía que recibías correo!

Él se sintió avergonzado, respondiendo burlándose de ella.

–¿Por qué no debería recibir correo? Es información y yo dependo de la información –él había sacado un viejo portátil de un cajón y estaba murmurando una contraseña mientras la tecleaba con un manejo rápido. Una cara pixelada apareció en la anticuada pantalla y le dio la bienvenida.

–Buenos días, Doctor. Tienes aproximadamente ochenta y dos millones de correos nuevos. ¿Los descargo?

–Sí, gracias –la pantalla estaba poblada de mensajes, una mezcla de distintas imágenes, voces y lenguas. ¡Horrible! Se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño como si intentara concentrarse en ellos. Finalmente, dijo–. Terráfilos, por favor.

La pantalla de repente se detuvo, gruñó para sí, casi riendo, pensó Amy, y a regañadientes mostró una página ocupada y brillante. Ahora Amy estaba

comenzando a sonreír. Le oyó dar otra contraseña y ella se asomó por encima del hombro.

—¡Oho! ¿Qué es esto? —se burló ella— ¿Eres miembro del Club de Comepasteles de Dan el Desesperado? ¡Sabían que se me escaparía tu secreto para comer pasteles de vaca! —ella se inclinó por encima de su hombro de tweed para ver más de cerca la pantalla— ¡Vaya! ¿Veamos? ¿"La Legión Multigaláctica de Terráfilos"? ¿"Tus cuotas deberían pagarse en la siguiente fecha..."?

Ella siguió leyendo, sintiéndose más y más alegre como hacía a menudo cuando descubría nuevos aspectos de la compleja personalidad del Doctor.

—¿Qué es esto? "¡Saludos, compañeros gusanos de la Tierra! ¡Hay noticias de los últimos y mayores TORNEOS RENACENTISTAS INTERGALÁCTICOS!"

(Aquello iba acompañado de un Judoon, un centauro, dos mujeres, dos hombres y un canino, todos llevando ropas de color verde brillante y un blanco cegador)

Una voz en off explicaba quiénes eran, pero a duras penas entendió una palabra. El Doctor no se alegró de que siguiera mirando, pero estaba demasiado ocupado tomando notas como para demostrarlo.

LOS TERRÁFILOS VAN A LOS "MUNDOS FANTASMA"

Tres grandes equipos jugarán por la legendaria Flecha Argénte de Artemis, conocida por ser de valor incalculable, en las Recreaciones Intermundiales del Torneo Terráfilo Intergaláctico Renacentista, el cual tiene lugar en ese extraño sistema Miggea en el centro de nuestra galaxia. Ya sabéis cuál. ¿La escena de una docena de thrillers planetarios? ¿Sexton Blake en Los Mundos Fantasma? "Nadie se atreve a vivir allí más de un año y un día...". ¡¡Dicen que es justo para todos los jugadores, un planeta más cercano al centro de la galaxia de lo que podáis llegar!! Al parecer, la Flecha de Artemis merece bien la pena ganarla y el equipo que gane se llevará todo tipo de promociones durante los dos siguientes siglos y medio terrestres. Os mantendremos informados, queridos compañeros gusanos de la Tierra, mientras los equipos vayan llegando a Miggea, llamados, entendemos, por una antigua diosa-guerrera de la Tierra. ¿A alguien le importaría enviar más detalles...? — ¡El Torbellino Jefe!

Ella estaba negando la cabeza por aquel entonces.

—Ya lo entiendo. Este es un lugar para frikis de la Tierra. La gente del futuro, ¿no? A los que les gusta llevar lo que creen que son ropas humanas —pretendió echar un vistazo a sus propias ropas, luego devolvió su atención a la pantalla, que estaba amenazando en derrumbarse sobre ellos—. ¿Tú eres un...? ¿Un qué? ¿Publicas fanzines llamados...? —leyó la pantalla— ¿"Gusanista de la Tierra" y "Novae Terrae"?

—Es sólo una organización —él estaba a la defensiva—. Me uní cuando estuve en el futuro hace unos años. Tenía curiosidad, sólo eso.

Muy a la defensiva. Ella le lanzó una de sus miradas. No pudo resistir provocarle.

—Me encargo de ser informado de lo que pasa en el...

Ella le sonreía de forma afectiva de nuevo.

—Un terráfilo, ¿eh? ¡Eso explica mucho! ¡Eres un fan-boy! ¿Un fan salvándonos de todos esos horrores e invasiones? ¡Es porque somos tu HOBBY! ¿No? ¡Respóndeme!

—Oh, no, no, no es eso, te lo prometo —de repente se puso serio—. Pero en cuanto al resto —le lanzó un gesto ligeramente burlón avergonzado—, es incluso peor de lo que piensas. Quizás... es así como me interesé por primera vez por la Tierra, la Tierra de verdad, no en la que esos fans creen que existió. Tienen terrafília, sí, pero se basan en lo que las personas del 51.007 se creían que era la vieja Tierra. Un poco parecido a las suposiciones en tu tiempo sobre lo que podía haber sido Ur. O la Atlántida. O Barsoom. Sólo que los terráfilos lo tenían más fácil porque tenían unos pocos libros por consultar.

La pantalla comenzó a apagarse.

—¿Qué tipo de libros?

—Un buen puñado misceláneo. Los libros son un tipo de piedra Rosetta para los académicos del siglo quincuagésimoprimer milésimo. Todos los restantes textos impresos que fueron encontrados en la Vieja Vieja Tierra, sellados en una cueva natural en el Skipton Ártico. “La Historia de Robin Hood” es uno de ellos. “Amiga de los Chicos”. “La Emocionante Biblioteca de Imágenes”. “El Capitán”. “El Libro Británico para Chicos de Nuestro Imperio”. “Capitán Justicia y la Lancha Submarina”. “Sexton Blake y el Terror de las Pinzas”. Algunas personas piensan que ese último es el mayor poema épico de cualquier lengua —dijo el Doctor, en un tono que sugería que probablemente estaba de acuerdo con ellos—. Hay una colección de tarjetas de cigarros de entre 1919 y 1940. Mi suposición es que fueron de un stock desechado de algún viejo kiosco de Old Yorkshire. Si la tienda fue construida sobre un sistema de cavernas, como tantas otras, toda entera pudo haber sido tragada en uno de los gigantescos terremotos después de que se estrellara el cometa —viendo su expresión, añadió rápidamente—. Sí, bueno, no te preocupes de eso. Todavía no. Pero todos han sido incalculables para el estudio de la antigua Tierra. Me uní a los terráfilos hace siglos, tanto tiempo atrás que no me acuerdo. Sigo mi suscripción con la LDT básicamente por nostalgia, más que nada.

—¿La eledeté?

—La Liga de Terráfilos. Son los recreadores más aplicados. La mayoría de sus deportes legendarios derivan de esos libros.

–Un poco britanicocentristas, ¿no? ¿Eso es una palabra? Bueno, eso lo explica.

–¿Explica el qué?

–El porqué de que muestres tan poco interés en el resto del planeta.

–¡Eso no es cierto!

–Bueno, también te parece gustar Estados Unidos, pero en cuanto China, digamos...

–¡Me interesa mucho China!

–Oh, ¿en serio?

–En serio. Desearía tener más tiempo para discutir.

–¡Eres un Señor del Tiempo, deberías tener todo el tiempo del universo!

–Eso sería maravilloso –su voz se volvió distante, distraído de nuevo mientras volvía su atención a los principales instrumentos y pantallas–. Pero la fecha es el 51007. Ahora tengo que refinar eso y escoger un lugar. ¡Ah! Ya sé...

–¿Qué?

–Están jugando un partido amistoso en el planeta de Peers™. Hay muchos de ellos. Peers™ –realmente dijo TM– es una concesión que crea un tipo de una Inglaterra fantástica. Es una risa. Te encantaría. Mejor que Disneyland, te lo prometo. Bueno, es distinto, en fin. Podríamos unirnos a ellos allí. De esa manera Frank/Freddie y la pandilla no sabrían que estamos tomando un interés especial en los “Mundos Fantasma” de Miggea y anticiparse a nosotros –chasqueó la lengua pensativamente–. Tendré que desempolvar mis habilidades de mazo.

–¿Mazo?

–Abrir nueces. Es uno de los mejores eventos. Pero odio el blandimiento de espadas.

Viéndole establecer nuevas coordenadas, Amy tuvo un poco de tiempo para pensar en lo que había querido decir. Sólo después de que llegaran a las coordenadas espacio-tiempo que había preparado para ellos, le preguntó:

–¿Por qué te preocupas por algo pasando tan lejos en el futuro? ¿Cómo nos afecta?

–Bueno, como todo lo demás, el futuro es relativo. El tiempo se mueve a distintas “velocidades” en distintas secciones de la galaxia. Lo que toma lugar en el centro de nuestra galaxia nos afecta en el pasado igual que en el futuro. Como ondas extendiéndose después de dejar caer una piedra en el agua, ¿sabes?

–¿Y es lo bastante poderoso como para ondear a través de todo el tiempo y el espacio? ¿Así que ahora nos es peligroso?

Él fue honesto con ella.

—No estoy exactamente seguro. Es algo de lo que los Señores del Tiempo se solían preocupar. Eso, por supuesto, era cuando había cosas que podían hacer para detener que sucediera el fenómeno. Psicólogos, mitólogos, metafísicos, historiadores, astrofísicos... Cientos de brillantes mentes altruistas todas concentradas en el mismo problema. Pero ahora sólo quedo yo.

—¡Ey! Yo también estoy aquí.

—Y estoy seguro de que tú eres igual de brillante —sonrió él—. Incluso más brillante, probablemente. Bueno, necesitamos conseguir esa Flecha Argétea en primer lugar. Parece contener el poder que el chico enviándonos ese mensaje estaba intentando contarnos.

—Pues allá vamos, ¿no? —sintió un extraño aleteo en su estómago.

—Sí —dijo él—. Tú y yo y cualquier puñado de aliados diversos que podamos reunir a toda prisa. Oh, probablemente necesitemos un ejército para ayudarnos. Pero estaremos en el 51007 en un susurro y todos los ejércitos que me puedan deber un favor estarán muertos. Riesgos laborales, supongo. A menos que pueda contactar al capitán Abberley y a los Chicos Burbujeantes, por supuesto... Oh, te encantarían. ¿Has oído hablar de ellos? Algunos les llaman los Niños del Caos. Lo siento. Siglo XXI. Me he olvidado. Hay tres. Y su tío, o posiblemente su padre, el capitán Abberley. Dos hermanos y un primo. Ellos... ¡ups! —la TARDIS dio un rápido bandazo a la derecha— ¡Uf! —y otro giro a la izquierda. Ella se dio cuenta de que iba a ser otro viaje suave.

Amy ayudó al Doctor a desempolvar sus habilidades en los deportes del torneo durante el periodo en el que estuvieron de visita. Él estaba encantado con ella. Ella era naturalmente buena en casi todo, incluso en volverse capaz en muchos juegos, pero “Barreras y Cachiporras” se le atascó. Entendía la mayoría de los otros juegos que combinaban una producción de los anchos deportes favorecidos en su gran parte por los terráfilos de aquel lejano futuro que tenían tal extraña familiaridad fuera de lugar a su pasado no tan lejano. Ella también compartía su disgusto por el evento de blandir espadas.

En cuanto estuvo listo, llevaron la TARDIS a un planeta Peers™ en particular y el Doctor, diciendo haber venido de otro Peers™ y de estar desesperado por un partido de Flecheo, o de hecho un partido de lo que fuera, inmediatamente intentó entrar en los “Caballeros”. Demostró ser un buen jugador todoterreno con una inclinación especial a “Martillos y Nueces”. Como resultado, fue escogido en los Primeros Quince, lo cual, a pesar de su pesado uso de los métodos de aprendizaje nanotécnicos, le hizo estar mucho más orgulloso de lo que Amy pensaba que era verdaderamente saludable. Hasta entonces, el fútbol le había parecido ser el juego de su elección. Pero ahora lo importante que tenía que hacer era (a) jugar por la misteriosa Flecha Argétea y ganar y (b) descubrir el paradero de Frank/Freddie Force y sus horribles Hombres Antimateria para impedir la parte de su conspiración que pudieran descubrir. Si, por supuesto, Force y compañía verdaderamente tenían un plan. O si existían.

–O sino... –el Doctor habló precavidamente con Amy en un tono de voz que había experimentado cada terror excepto aquel– caerá el telón para toda la vida en el universo. ¡Fiu! Y sin opción de volver atrás esta vez.

–Estás siendo melodramático –dijo ella.

–¿No te habías dado cuenta? –sus ojos brillaron durante un momento– Estamos viviendo en un permanente melodrama. Soy el loco de la cabina, ¿recuerdas?

–Entonces, todo está bien –ella sonrió.

CAPÍTULO 2

AZUL

HARI ANGICOURT ERA AZUL. Decir que se sentía del color de un cielo mediterráneo al atardecer sería, de alguna manera, menospreciar su ánimo. Si hubiera estudiado inglés o alguna otra lengua antigua un poco más asiduamente en el colegio habría sido capaz de pensar en algo profundo de “Mismo o Lester” que describieran su condición. Tumbado no muy lejos del campo de “Golpéalo junto al río”, estaba absorbiendo su estilográfica y buscando una rima escurridiza para “serpiente en la hierba” cuando, con una nariz roja bajo su elegante pelo moreno cortado al estilo Eton y con un vestido de lo más ligero y de color lavanda de su elección de los últimos modelos del año de la colección Loondrees, Jane ‘*Flapper*’ Banning-Cannon, el punzante sujeto de su pensamiento, pasó navegando junto a él, subida a una batea y cantando “*I’m A Hip Swaying Honey From Honalu-la-la-la*” en un tono alto y claro de soprano. Su acompañante era un joven más bien apuesto, pero aparentemente ausente llevando un blazer de color verde brillante y un sombrero de paja a juego, apoyado en un montón de cojines, tocando un carísimo ukelele y observando con una manera en cierto modo estudiada hacia la distancia media.

Jane, cuya romántica obsesión con la Edad Eduardiana Media había hecho que ella adoptara uno de los nombres de las chicas más populares de la época, naturalmente se había enamorado de un apuesto Hari en cuanto éste apareció en la pista de tiro con arco. Después de varios fracasos, había iniciado su plan para persuadir al pobre Bingo para que se convirtiera en su ukelelista a regañadientes en la misma batea observados por el terroríficamente azul Hari Agincourt, tan celoso como *Flapper* había pretendido que estuviera, pero no lo suficiente, como ella había esperado, para descubrirse y declarar su amor inmortal.

Hari lanzó miradas de odio descarado al ukulelista, su compañero de equipo y mejor amigo (o exmejor amigo como ahora le gustaba pensar), lord Robin de Sherwood, Conde de Lockesley. “Bingo” Lockesley era el mejor arquero de Peers™ (XXII) y el único otro paisano en el equipo intergaláctico conocido como “Los Caballeros” (aunque el nombre era un poco confuso).

Aparentemente desapercibido en la orilla, en gran parte por los altos saúcos, Hari, es seguro decirlo, ahora estaba repleto en su esencia azul. Si hubiera sido un músico avanzado en la vieja escuela Berlín, habría llevado a cabo un concierto de 12 tonos llamado “*Blues por mi Azul*” para oboe y bombas de mano y habría sido invitado a llevar a cabo una prestigiosa gira por los mayores salones de suicidio de la galaxia. Pero, por desgracia, era meramente un empobrecido caballero arquero nómada a quien contratabas para mejorar la media de disparo y las reverencias de tu sobrino, pero no al que pagarías una fortuna por el privilegio. Después de eso, estaban sólo los típicos y normales trabajos de educación y tal. Sin ser lo bastante como para pagar un aeromóvil de tercera mano y una habitación decente en un nivel razonablemente alegre

de la ciudad, mucho menos mantenerse a sí mismo, a una pareja y a una descendencia con comodidad. Lo cual, pensó con tristeza, no era ni siquiera el Problema Uno.

El Problema Uno venía en tres partes: (a) cómo ganar los afectos de la dama en cuestión, (b) cómo conseguir una suavizante actitud en el rico padre de su amada, el cual había sido razonablemente descrito como una caldera de odio en la cara de un universo de calderas y que parecía despreciar a Hari, cuando él le despreciaba del todo, como algo menor a merecedor y con una boca criminal por bota; ciertamente no en el papel de un marido adecuado para la manzana de sus ojos, y (c) ídem a la rica madre de su amada. Incluso el más temible de sus tigres no era tan protector de su cachorro como el señor U. J. Banning-Cannon IV de los Grandes Hamptons, Long Island, EE. UU., Regenerada Tierra, la empresa terraformadora. De hecho, el señor B-C era una arrullante paloma comparado con la señora B-C, una dama majestuosa con un poderoso gancho derecho, que tenía consigo un aire de pterodáctilo gigante famélico sobre aquellos a los que uno llama inesperadamente mientras alegremente despedaza a un pequeño tiranosaurio para proveer a sus polluelos con una comida inadecuada.

La señora B-C era una Tarbutton de Orión, una familia, se decía, de hierro sin forjar hundida en arsénico, con un pasado truculento y criminal y portando la Maldición de los Tarbutton de una generación a la siguiente. Dicha Maldición podía, era cierto, comenzar como una virtud (o al menos una forma de hacer grandes puñados de pasta) para acabar como un vicio, siendo, por supuesto, una caza de juegos y apuestas. De forma improbable, la Otra Debilidad de la Señora B-C, su ludopatía estaba, casi la mayor parte del tiempo, mantenida firmemente bajo control.

Sin que su marido y su hija lo supieran, la señora Banning-Cannon había puesto esta Gira de Nostalgia Galáctica precisamente porque sintió una antigua necesidad alzándose en ella, amenazando desbordar las fronteras que se había levantado mentalmente. Sólo momentos antes de la decisión de embarcarse en este crucero de lujo educativo, mientras se desesperaba sobre los proyectos de matrimonio de su hija, se había encontrado viendo el Primer Pasado del Correo del Comandante en su V. El Comandante recomendaba el Torcimiento de Factor Diez en el 2.30 en el Gorgon Gap Park, Cielo en la Tierra, Aldebaran, el reconocido centro de carreras koop-koop. Su mano había rebuscado inconscientemente en busca de su holoV. Su mirada se lanzó como un relámpago de verano hacia el icono de punto de libro. Estaba a pocos segundos de ponerle cinco Ks a la chica en cuestión cuando fue irrumpida por el sonido de un comentario de viaje muy alto en su oído. Se había olvidado antes de cerrar la función apropiada.

Gracias a Mercurio, no era una carrera koop-koop, pensó ella, sino meramente un informe de la gira actual de la Sociedad Intergaláctica de Recreaciones Deportistas, la cual estaba llegando a su final, como era tradicional, en Flynn en el sistema más bien peliagudo de Miggea, cercano al Centro Galáctico, con sólo tres juegos por jugar. Los tres equipos en cuestión eran los Caballeros, los Turistas y los Visitantes. Estaban bastante empatados

y nadie en particular punteaba para ganar la codiciada Gran Flecha, más formalmente conocida como la Enjoyada Flecha de Artemisa o simplemente como la Flecha Argétea, tan raramente vista a excepción durante su presentación a los ganadores. Si no se sintiera dolorosamente aburrida por aquel deporte en particular, partidos individuales que podían ser jugados a lo largo de semanas, algunas veces meses, e incluyendo desempates involucrando habilidades arcaicas resucitadas del pasado lejano de su Planeta Hogar, podría haber considerado un revuelo en el resultado. Se decía que grandes sumas cambiaban entre los entusiastas...

¡No!

Si hubiera caído y hubiera visto a su corredor de apuestas, sus cinco años de rechazar comprar un número de lotería habrían sido igual que el agua de lavar los platos yéndose por el lavaplatos. Felizmente, una recreación de un partido de, digamos, cascanueces la llenó con un instantáneo hastío y un tembloroso desagrado tanto, con un parpadeo, que le fue fácil apagar su V.

Lo encendió de nuevo casi al mismo tiempo cuando una solución a sus problemas se le ocurrió. Comprobó su correo V en busca de una carta que recordaba a medias haber recibido. Alguien de los terráfilos a quien ella había planeado ignorar tan firmemente como sólo podían los ricos. Ah, ahí estaba. Un tipo extrañamente vestido pidiéndole que presentara el premio al ganador del 15º cuarto de milenio del Torneo de Recreación Terráfilo en Flynn. Estaba ofreciendo todos los gastos pagados para dos y el viaje espacial a Flynn en el sistema Miggea a bordo del lujoso trasatlántico, el *ISS Gargantúa*, deteniendo en un número de planetas pintorescos diseñados a replicar las bellezas y costumbres de la Antigua Tierra, cortesía de los Señores Tiptop Viajes, SA.

Como a la mayoría de la gente rica, a la señora Banning-Cannon le encantaba una oferta. ¿Qué podría haber mejor que unas vacaciones gratis? ¿E, incluyendo su hija, dos tercios pagados por alguien que no fuera ella o su marido?

Un ancestro podría haber dicho: “¡Eureka!”. De hecho, fue momentáneamente consumida con admiración ante su propio intelecto impresionante.

En cuestión de minutos, había respondido a los terráfilos diciendo que le encantaría aceptar su oferta de presentar la Flecha Argétea en la final de su Gran Torneo. Tendría que llevar a cabo arreglos de viaje y enviar el recibo al departamento apropiado. Entonces, se encomendó a ella, a su marido Urquart y a su hermosa hija Jane (también conocida como ‘*Flapper*’) a lo que le aseguraron que era la Gira de Recreación Galáctica de lujo de los Señores Tiptop Viajes SA. Los señores Tiptop aseguraron al público de que su gira era la mejor y la más selectiva disponible, siendo al mismo tiempo educativa y saludable. Todo se les proveería, incluyendo las últimas y más sofisticadas píldoras de traducción nanotecnológica, información cultural y avance estilístico.

En otras palabras, pensó ella, el señor Banning-Cannon y la manzana de sus ojos se educarían en descuento sustancioso mientras ella, la señora B-C, tomaría una bien merecida dosis de sol de un rango de sistemas sofocantes mientras ocasionalmente mimaría a su otro vicio, clínicamente conocido como milinerofilia, la antigua compulsión por comprar sombreros. Es más, tenía una buena oportunidad de resolver su problema restante: su hija podría, con suerte, encontrar y casarse con un Peer. (Ella estaba un poco, admitió, sólo un poco confusa sobre lo que realmente era un Peer, pero sabía que sus amigas sentirían envidia).

También estaba la ventaja de que la empresa de su marido era propietaria de las concesiones Peer™, así también, se mantendría el dinero en la familia.

Había sido otra ventaja a sus ojos que “Torneos Medievales (Tiro Al Arco +)” era un deporte en el que nunca había querido apostar. No sólo era uno de los pocos deportes que raramente se ofrecía en su menú de elecciones del punto de libro, también era muy lento y poco emocionante. Le gustaba que se jugara casi del todo por ricachones con títulos. Sus equipos probablemente estuvieran formados por lo que ella seguía llamando la aristocracia “brutánica”, gracias a su fallo en el nanotraductor.

También era reconfortante para la señora B-C que muchos de los otros planetas que visitarían habían sido creados por la compañía familiar de su marido, TerraForma™, la cual recibía sus principales beneficios de domar los varios páramos intergalácticos en mundos especiales terraformes, en su mayor parte en temas deportistas. Así, la serie TFIII estaba ampliamente devotada al “*gulf*”, la serie TFVI al “chicklit”, la serie TFVXI al “*frutbol*” y así. La serie TFXX, introduciendo las Recreaciones del Torneo de Tiro Al Arco Medieval, era quizá la menos popular y por lo tanto improbable de estar llena de turistas. Como la mayoría de turistas, la señora Banning-Cannon odiaba a los turistas e intentaba evitarlos a toda costa. Por lo tanto, se alegró todavía más de que los terráfilos hubieran escogido la nave crucero *Gargantúa* para llevar a cabo la Gira de Recreación, convenientemente comenzando en Cygnus 34, no muy lejos de su hogar en la Estrella Barnard, y terminando, como se había declarado, en Miggea en Sagitario, cerca del centro de la galaxia, donde ella presentaría al equipo victorioso con la codiciada Flecha Enjoyada de Artemisa.

Como se ha dicho anteriormente, ella y su marido estaban actualmente disfrutando de unos encantadores ronquidos en sillas de jardín en aquel campo regenerado de la campiña británica donde unos apuestos jóvenes con pullovers y blazers y unas jóvenes hermosas con sombreros cloche y unas ligeras blusas de seda estaban animando a su equipo o a jugadores individuales. Había unos pocos conservativos terráfilos estrictos insistiendo en las auténticas formalidades del torneo, incluyendo los cortes de pelo “de paje”, armaduras Wedgewood, largos vestidos de terciopelo, las extrañas tocas, largas ristras de perlas, hábitos, sombreros de copa, bombachos y parecidos, sacadas de las más antiguas fotografías supervivientes de la Tierra entre los años 1430 y 1930, un período descrito por los operadores del recorrido como “Felices Tadosunidos”. Detrás de ellos, en la veranda del pabellón, de la cual saludaban varios estandartes, jóvenes de muchos planetas llevando sombreros verdes

acabando en punta con plumas, capas almenadas, pantalones anchos verdes y los blazers altamente coloridos de la Antigua y Más Honrosa Orden de los Terráfilos Toxofólitos, eran deleitosos restos de los Mejores VW mientras ocasionalmente lanzaban un ojo a los “Amistosos”, disfrutando de su tercer día jugado por los Caballeros contra sus viejos rivales, los Turistas.

Los jugadores consistían en más chavales con unos cegadores pantalones Lincoln, sus pantalones, los que llevaban, sujetos por viejas corbatas escolares, disparando flechas de madera a otros dos chavales, uno de ellos un rinocerido Judoon y otro un canino Pilparque, con una pesada armadura, un yelmo y unos guantes, situados uno a cada extremo del campo y sujetando unos grandes mazos con sus manos. Estos dos intentaban detener a los ‘lanzadores’ de golpear la ‘loquefuera’ o tabla (tres patas soportando un objeto redondo lleno de paja dividido en varias secciones numeradas) tras la cual se alzaban los ‘guardianes de loquefuera’, cuyo trabajo parecía ser atrapar las flechas que fallaban y se pegaban en dicho loquefuera. Quienes marcaran 380 en primer lugar serían, entendía la señora Banning-Cannon, declarados ganadores. Era todo un misterio, pensó ella levemente, que los corredores de apuestas tomaran interés en aquel deporte.

Aunque aquel Planeta de los Peers™ había sido escogido para el itinerario por el gran matriarcado asumió que aunque había sido poblado por los humanos de sangre azul, actualmente era en su mayor parte colonizado por entusiastas del tiro al arco deseando honrar al gran señor Peer, fundador de los terrenos originales de tiro al arco de Londres que tenían su nombre, pero ella se había considerado afortunada a pesar de que no lo había entendido del todo bien. En todas partes, los jóvenes de Peers™, en su mayor parte humanoides o al menos bípedos, estaban disparando, golpeando, corriendo, guardando los loquefuera o engullendo pintas en uno de los muchos pabellones de los pocos cientos de terrenos de Torneos Renacentistas en un mundo de franquicia que había sido dejado durante los últimos nueve milenios para una familia “recrecida” con enlaces de ADN sin disputar con la Inglaterra de la Vieja Vieja Tierra. El actual jefe-en-concesionario de la familia Lockesley en la vieja tradición de caza, disparo y pesca era lord Robin de Sherwood, Conde de Lockesley, un buen arquero en un mundo casi enteramente rendido al tiro al arco y a la educación de colegio público, lo que algunos llamaban un planeta de engaños, carreras, saltos, golpes y porrazos. Aquellos que no disfrutaban los torneos estaban o bien “reunidos” por algunos “delitos menores” en el colegio o soñando despiertos miserablemente sobre una belleza con la que el planeta estaba llenamente poblado para mantener el suplemento de nuevas personas o bellezas para ir a colegios y jugar al grande y noble Torneo o el Gran Viejo Mamporro como llamaban los devotos.

Peers™ era una de las varias concesiones construida por la familia Banning-Cannon en el Grupo Moraviano. Todos se llamaban Peers™ y eran bastante idénticos, con un buen suministro (en especies apropiadas) de Chavales Decentes, Culos Tontos, Chicas Guapas y, por supuesto, Magistrados Terribles, Tíos Amables y Tías Terroríficas, Carrozas (Viejos) y Carrozas (Jóvenes), sin mencionar los Policías (Con Casco) y los Policías (Sin Casco)

igual que las Jóvenes Casaderas, Pequeños Juanes, Scarlet Will O'Haras, Magnum Carters y todos los otros personajes y accesorios probablemente necesitados para sostener lo que la mayoría de Chavales Decentes coincidían que era un planeta bastante fetén, creado por la compañía TerraForma™ por Algernon Pine, un escritor reconstituido por la Orden Especial de la escuela de Inglés Medieval Eduardiano descongelado en el Viejo Viejo Marte hace unos diez mil años.

Pine, esa alma honesta, se había sentido mosqueado al descubrir que sus sugerencias habían sido modificadas aquí y allí hasta que se le explicó que la democracia te requiere que le des al público lo que quiere. Poco quedaba de lo original en aquella lejana fecha en el futuro de la historia de la Vieja Vieja Tierra. Debería señalarse que, permitiéndose para el gusto público, los reconstructores habían hecho lo que habían podido. La concesión había reunido a expertos en lo que se conocía en esos tiempos como el negocio del Entretenimiento Histórico, proveyendo excelentes plantillas para muchos encantadores y seguros mundos nuevos contruidos. Que la mayoría de ellos reunirá un relativamente corto, sin embargo, vívido, período entre los siglos XV y XX europeos era por el minuciosamente estado congelado de la Tierra Original (el de la Vieja Vieja Tierra). Un par de inviernos nucleares y un enorme cometa lo habían provocado.

Habiendo establecido a través de una cuidadosa investigación que el juego de los flecheos o tiro al arco era el más popular de los tiempos viejorados, los expertos lo habían reconstruido mañosamente como el juego de la gran final de los Torneamentos Renacentistas, estableciendo Las Normas del Torneo (2137) por las cuales ahora todo el mundo se regía. TerraForma™ garantía que sus mundos reconstruidos eran lo más parecidos posible a los originales.

La Sociedad de Terráfilos llevaba a cabo un Gran Torneo, actualmente el juego más exclusivo en el universo, cada dos siglos y medio, jugando por la antigua Flecha Argénteo de Artemisa (el Gran Flecheo), cuyos orígenes estaban perdidos en las neblinas del tiempo. Algunos decían que era de manufactura supernatural. Los jugadores a menudo pertenecían a la otra sociedad de recreación del otro lado de la galaxia, la Antigua y Más Honorable Orden de los Terráfilos Toxofolitas, quienes se enorgullecían en seguir las costumbres, vestuarios y normas de los Antiguos y Originales arqueros y caballeros británicos. Antes de que comenzaran los juegos principales, muchos otros eventos tenían que jugarse, incluyendo el Cuarteo de la Sota, la Esgrima ancha, Ataque al Campesino, No Pagar al Publicano, Mazmorrear al Dragón, Aplastar la Diana y, el más popular de todos, Usar un Mazo para Aplastar la Nuez, además de varios concursos que involucran hachas, lanzas de dragón, espadas, mazos y varias otras herramientas de los antiguos conflictos humanos.

Lo cual era lo máximo que la señora Banning-Cannon entendía o quería entender del Gran y Viejo Golpe. Todo eso y considerablemente más se le había explicado por el afable Bingo, Lord Sherwood, Peer™ siendo su planeta natal, quien había tenido la ventaja en su opinión de tener un reconocido

pedigrí de Miembro del Reino, célibe y heredero a un enorme castillo conocido como Lockesley Hall con terrenos tan extensos como un país de tamaño moderado, en algún lugar de este lado del planeta. No sólo, por ende, él era un Soltero Elegible, sino que también era razonablemente apuesto, y un poco obsesionado y demasiado elocuente en el tema del Antiguo Torneo de Tiro al Arco sobre el cual, resultaba, había escrito varios artículos bien criticados en “La Sabiduría del Golpeador”, la mejor revista científica V en el tema. Que él fuera por su propio reconocimiento tan pobre como un ratón de campo y urgentemente necesitado de lo que él llamaba de formas diversas “parné”, “*money*”, “*cash*” o “plata” sólo realzaba su elegibilidad en la visión de ella porque, como todo plutócrata sabe, los desamparados antiguamente ricos eran siempre más maleables que los pobres que nunca habían sido nada más. Y, mientras ella quería un sangre azul como yerno, lo que no quería era un insolente que le respondiera a todo. No se le había ocurrido que tal persona de rodillas endeble no sería exactamente un tipo que su hija de fuerte voluntad prefiriera como esposo.

Sus ojos estaban medio cerrados contra la luz templada, la señora Banning-Cannon sonreía favorablemente a un pesadamente armado golpeador con el yelmo puesto que actualmente defendía lo que ella entendía que era el Extremo del Caballero contra un famoso y ávido jugador canino, G. H. O’Gruffy, cuya cola ondeaba en lo que podría haber sido triunfo y que dejaba escapar unos desafiantes ladridos mientras apuntaba con su arco a lo que fuera que defendiera contra el golpeador rival, cuya ropa protectora ahora estaba engarzada en tantas flechas que parecía un puercoespín en la plenitud de su vida y quien la señora Banning-Cannon profundamente creía que sería su anticipado yerno pero era, de hecho, el Honorable y Viejo Bill Told, de pie para el Bingo.

La Flecha Argénteo de Artemisa, habiendo sido almacenada con otros objetos valiosos en una bóveda móvil supersegura cerrada en el tiempo y había sido mandada por adelantado a Flynn para ser abierta inmediatamente antes de su presentación para el equipo ganador, la señora Banning-Cannon estaba decidida en disfrutar del recorrido en las formas que más le gustaban. Las atracciones de este juego se volvían más claras para ella, ahora que se daba cuenta de que casi se pedía a los espectadores que se sentaran en las tumbonas y se durmieran a través de la mayor parte del partido. Ella había escogido casi accidentalmente algunas de las normas y objetos y ahora incluso tenía un equipo favorito. El que ella favorecía (por ejemplo, los Primeros Quince de Lord Bingo) eran los Caballeros. Eran uno de los tres que habían sido votados desde el principio para ganar el Torneo Intergaláctico, aunque en el presente tenían mejores apuestas los actuales propietarios de la Flecha, los Turistas. Tampoco, se dijo a sí misma con firmeza, es que las apuestas tuvieran que ver algo con ello ya que, de cualquier forma, eran meramente amistosos. Estos jugadores, había leído, estaban tan entregados a su deporte que algunos miembros incluso iban demasiado lejos como para tomarse pastillas de nano-identidad por lo que creían que eran humanos. No pocos eran los académicos de todas partes de la galaxia. Ellos escogían sumergirse a si mismos en las culturas alienígenas y así aprender a través de la experiencia.

Un desproporcionado número de Turistas eran Judoon, cuyas apariencias rinoceridas les hacía particularmente adecuados para la armadura del golpeador. Generalmente, los Judoon tenían un gusto para unos deportes más bien bélicos de su planeta natal, el cual habían prohibido algunos de ellos por el miedo de exterminar a toda su población y planeta. La pelota nuclear, por ejemplo, se jugaba ilegalmente y en unos pocos y remotos mundos del Exterior. Ocasionalmente, un lejano sistema solar explotando indicaba que algún Pírrico ganaba.

Por otro lado, el señor Banning-Cannon no tenía ninguna objeción de estar de vacaciones en los mundos de su propia compañía y así manteniendo el dinero, como siempre le gustaba hacer, en la familia, sin consentir todos los caprichos de su mujer en sus colecciones de sombreros u otras manías, estaba disgustado con la elección de pretendientes para la mano de su hija, a quien su esposa había insistido en desfilarse ante él. Por un lado, él los veía a la mayoría como empleados o al menos clientes y por lo tanto albergando nociones de aumentar sus fortunas al convertirse en su yerno. No entendía que el mismo pensamiento de tal unión hacía que los candidatos más elegibles sufrieran considerables escalofríos. Y, por otro lado, él ya había escogido a Hamlet Tarbutton como su elección personal para ser su yerno.

El joven Ham tenía la ventaja de ser masilla en las manos de su tío, no era demasiado brillante y poseía una gran fortuna de la jefa rival del señor B-C, su cuñada, la gran jefa de Constructores de Tierra™ S.A. que se especializaba en rehacer y reordenar mundos bajo la imagen de la legendaria época dorada, incluyendo La Gloria Que Fue Roma, La Maravilla de la India Mogal, La Belleza del Búfalo, Los Dioses de la Antigua Grecia y tal. La unión de tales poderosos imperios sería inevitable si Ham pudiera ser persuadido de soltar la pregunta y que Jane la aceptara. También disiparía sus pérdidas monetarias en un parpadeo. Era justo decir que si hubiera sabido que Flapper tenía puesta su vista en un arquero aficionado sin titulación, que ella había conocido apenas hacía seis días en un Salón Alto de Té, puesto en su honor por el Hacendado local y que incluso estaba más empobrecido que Bingo Lockesley, le habría dado una oportunidad a la supernova más cercana para guardar su dinero. Alegrementemente por su destino de esta esquina en particular del universo, Flapper todavía no había sido capaz de forzar el deseo de su corazón de dejar caer la pregunta y había recurrido a persuadir al mejor amigo del joven Agincourt en pretender ser dulce con ella, y así, percibió, estimulando el objeto de sus afecciones serían removidas por los celos en vez de, al parecer, desanimarse por los juncos como una rana anhelante.

Otra circunstancia que había provocado que el paterfamilias de Flapper descendiera a una melancolía tan profunda como la de Hari Agincourt era el nuevo sombrero que su mujer había comprado para sí misma en el día previo y el cual había anunciado que pretendía llevar el día siguiente en la Fiesta del Jardín en la casa de Lord Sherwood pero organizada por el hacendado local, conocido como Omar de Notts, a modo de ceremonia de despedida a la que tanto los Caballeros como los Turistas habían sido invitados. Esto había hecho que el señor B-C estuviera en una condición mental todavía peor de la normal.

No es injusto decir que este estado por defecto era generalmente el de un toro español, quien, que ya enloquecido de rabia ha tomado la excepción de un toreador que agita una tonta capa de seda roja bajo su morro. Salvo donde el único fruto de sus entrañas estaba preocupado, estaba inclinado a considerar los billones más jóvenes de la galaxia decididamente como especímenes decididamente inferiores. Los habitantes de este mundo en cuestión los consideraba especialmente indignos, no sólo vagos sino también vacíos, un planeta lleno de desperdicios.

Que le pidiera la mano uno de ellos sería más duro que tragar un queso Gouda entero bañado regado con una pinta de vinagre de malta, y él debía saberlo porque había intentado aquella hazaña en los más tempranos y felices días como el pródigo de la familia. Así que la tendencia de su esposa a la milinerofilia era en comparación una paloma arrulladora y una brisa suave para el alma del señor B-C. Excepto, es decir, para el más reciente brote de su habilidad maníaca para recoger y comprar el más grande, el más feo y más caro de los sombreros en el universo conocido y, como sospechaba, de más allá.

Esto era lo que seguía pensando mientras estaba echado hacia atrás en su silla y escuchaba el descansado tañido del tejo y el ruido sordo del roble. Hasta ahora no había conocido ni descanso ni calma. En el día anterior, Enola Banning-Cannon había vuelto a sus apartamentos hoteleros seguida por dos abultados robots cargando entre ellos una monstruosa caja para sombreros.

Cuando la abrió, la caja reveló la mayor confección que hacían revolver el estómago de colores venenosos, ébano, plumas, gasa, marfil, pedazos de plata, oro y presumiblemente alambre de platino además de toda una ola de piedras preciosas extraídas de las entrañas de centenares de planetas, cuatro gemas de múltiples caras que parecían ojos, todo ello arqueando la más que adecuada ala de un metro y medio alrededor de la cabeza de su esposa y teniendo una inquietante semejanza a un *Shummyunny*, el depredador arácnido que habitaba en Perseo IX, la cual era una criatura sacada de las pesadillas. Ciertamente de las pesadillas del señor B-C. Estas criaturas le provocaban una mezcla de náusea, mareo y una irresistible tendencia a correr por el mundo cacareando como un gallo y arrancándose la ropa hasta que hubiera localizado un pequeño espacio oscuro en el que se pudiera encerrar y dar rienda suelta a su inevitable diarrea. A penas había sido capaz de controlarse cuando, sospechando su disgusto hacia la confección que colgaba de su cabeza como una araña agazapada para atacar, ella había ordenado que lo volvieran a poner en la caja diciendo que ella le estaba enojando, pero...

—Por supuesto que lo llevaré a la Fiesta de Jardín del Conde de Lockesley.

—Creía que habías dicho que era un Lord —murmuró el señor B-C antes de que el resto de su significado le acabara de llegar.

—Él es ambas cosas. Y más. Cuanto más azul sea la sangre, pienso yo, se te permiten más nombres y títulos. De cualquier manera, pretendo causar sensación en el salón del castillo de Lockesley mañana. He oído que a estos

tipos con títulos les gusta llevar unos sombreros espectaculares en las fechas importantes del calendario social. Este es el mayor evento después de la carrera de esquí acuático de tres piernas que se celebra en Aquarius cada primavera. Tengo la confianza de que mi sombrero destrozará toda oposición.

Y entonces el impacto golpeó al viejo Banning-Cannon. Y él se tambaleó. De hecho, se tambaleó varias veces mientras intentaba recuperar el aliento.

—¡Urc! —dijo en tonos de pánico absoluto.

Ella no tuvo ningún problema en entender aquello. Tampoco es que tuviera dificultades en negar con la cabeza y repetir su intención de ostentar la odiosa imagen en la ceremonia de despedida del día siguiente.

—Lo voy a llevar —le anunció firmemente—. Es un Diana original que ha sido premiado. Se llama Variaciones en un Tema de Aristófanes. Un título clásico, me aseguró la misma Diana.

Brillando con un rojo fulgurante que había cambiado a un malva delicado, el señor B-C la había amenazado y había sido ignorado, él había rogado y ella le había respondido con un soplo de desdén. Él había llorado, sólo para ser desdeñado despectivamente por aquella *belle dame sans merci*. Él le había recordado su fobia y ella le había dicho que se apañara. Él le había advertido que sería el hazmerreir de la galaxia entera y ella se había reído diciéndole que probablemente no era menos de lo que se merecía. Él le había ofrecido sobornos, sólo para que le recordaran que sus pérdidas recientes en el plan de convertir Sculum Crux en un gigantesco jardín de rosas midiéndose a años luz le había hecho que durante un tiempo él dependiera de la fortuna de ella.

Sus planes para la recuperación financiera, le había dicho a ella con tristeza, probablemente estarían condenados para siempre si le veían lloriqueando como un bebé y arrancándose la ropa mientras se dirigía a ciegas hasta el cubo de lluvia más cercano en casa del Conde. Ante esto, ella le había recriminado que no era más que chantaje emocional. Ella había pagado una gran cantidad de dinero por aquel sombrero, una creación original, le recordó de nuevo, de la inconmensurable moderna Diana de Loondrees, y ella sabía que haría que su vestido fuera el objeto de habladurías de la Temporada. Lo cual, sabía él bastante bien, sólo podría ser bueno para su negocio.

Él respondió lúgubremente que si tenía que ser el objeto de las habladurías sería como anécdota tras las risas concerniendo a su huida desnudo imitando a un gallo y a un tejón que le llevarían a una ruina irrevocable. Lo que era peor, asumiendo que se le admitiera de nuevo por la puerta, se volvería el hazmerreír de su club, los Oligarcas Senior.

El consejo de ella para él fue que se tomara una pastilla. Él le recordó a ella de las docenas de doctores que él había visitado y cómo ninguna pastilla había hecho todavía que cumpliera la función a parte del que producía síntomas todavía más dramáticos que la condición original. Él intentó el *pathos*:

—¡No podría soportar ver a Jane verme así!

–¡Entonces asegúrate de controlarte!

Una amenaza severa:

–¡Enola! ¡Por el amor de nuestras ambas grandes familias y su futuro, no puedes llevar eso mañana!

–¡Urquart! ¡Sí que lo haré!

Este intercambio fue elaborado en líneas similares durante cierto tiempo hasta que Urquart Banning-Cannon jugó su baza (o al menos la única carta que le quedaba):

–En tal caso –él había anunciado, alzándose en todo su metro y tres cuartos–, me será imposible acompañarte. Ya me siento inquieto. Mañana por la tarde espero estar sufriendo una alta fiebre y estar confinado en mi cama.

A lo que ella respondió:

–¡Chorradas!

Y permitió que un silencio siguiera lo cual dejaba claro que la discusión había acabado. Entonces, sin decir palabra, la Boadicea de la sala de juntas se levantó y salió concentradamente en dirección del pabellón de tentempiés.

Ahora, pensó él atontado, sólo le podría salvar el suicidio. En tal caso estaba en una terrible encrucijada. Jane, en ninguna circunstancia, llevaría aquel estigma. Las hijas de los auto-asesinos raramente se casaban bien en los círculos sociales. Él la quería por encima de todo y de todos. Debía considerar otra estrategia. Y, al sentarse en una aparente media-duermevela, una solución a su problema lentamente comenzó a germinar en su cabeza afeitada.

En ese momento un desgarrado y narigudo individuo con una chaqueta de tweed y una arrugada camisa de rayas grises y una pequeña, por no decir ridícula, pajarita granate se puso en su campo de visión y agarró una flecha en el aire justo antes de que aterrizara a unos centímetros de su nariz. El individuo desgarrado entonces encajó una flecha en un arco que llevaba, estiró la cuerda, apuntó hacia aquella cosa, la golpeó raudamente en el centro bajo la salvaje mirada del Judoon guardián y exclamó un triunfante chillido.

–¡Trescientos y ochenta! ¡Sí, señor!

CAPÍTULO 3

ROJO

—¿Y QUIÉN ES usted? —el señor Banning-Cannon no era consciente de que aquel aparentemente joven se había acostumbrado bastante a aquella pregunta y sabía cómo responderla concisamente.

—Yo —dijo el joven, paseándose por el campo con un ligero orgulloso trote para celebrar su marcaje— soy el Doctor...

El señor B-C observó al recién llegado con ojos frescos, más bien a la manera de un comandante sitiado que, habiendo perdido la esperanza de su fuerte de ser aliviado y sintiendo un picor profético en la región de su nuca, sabe al fin que la séptima caballería, y quizá la sexta y la octava, son mejores amigos con los indios y que todo va bien.

—Un doctor, ¿ha dicho? ¿Sabe algo sobre la Aracnofobia Perseum? —preguntó Urquart, esperanzado.

—Un poco —respondió el Doctor con cuidado—. ¿Por qué pregunta? —vio que el puntaje había sido aceptado así que, dejando caer su arco, se sentó en la tumbona que acababa de dejar la señora B-C— Bien, ha acabado el juego. Hemos ganado. ¿Decía usted?

—¡Oh! —tosió el señor B-C y se encogió de hombros— Siempre hay la ocasión de que uno pueda encontrarse con un experto. Simplemente quería iniciar conversación...

—Sé lo que usted pretendía —coincidió el Doctor—. Estoy constantemente esperando a alguien con un tema fresco o al menos un nuevo ángulo en un tema viejo. Creo que se vuelve más y más difícil encontrarlo a medida que envejeczo. Parece que tenemos algo en común.

Pero el señor B-C ya estaba volviendo a su estado mental familiar.

—Lo dudo —dijo, ahora viendo poco más que un delgaducho derrochador joven, quizá con designios hacia Jane como la mayoría de los habitantes de aquel planeta miserable—. A menos que haya hecho mucha terraformación.

El Doctor pensó aquello durante un rato.

—No recientemente. He estado en una guerra o dos. Lo cual es capaz de cambiar la apariencia de un planeta, por supuesto, aunque no normalmente para mejor. Esa es su línea de trabajo, ¿verdad? La terraformación, quiero decir, no la guerra.

—De hecho, yo he creado este mismo mundo. Además, mi compañía es dueña de toda la concesión Peers™. Y unas cuantas más.

El joven doctor se esforzó para sonar impresionado.

—¿Usted ha recreado los deportes y todo eso?

–Bueno, mi compañía lo hizo. Algunos de ellos. La esgrima ancha, por ejemplo. Aquí tiene mi tarjeta. TerraForma™. Probablemente haya oído hablar de nosotros –el señor Banning-Cannon se alegraba de la distracción e incluso se descubrió sintiendo apego por el recién llegado. Tenía un cierto aire en él de alguien que no estaba acostumbrado a la autoridad–. Somos la segunda mayor firma en el negocio. Y mi esposa Elona es la heredera Tarbutton. Son la mayor.

–Tiene usted un poco de poder y experiencia entre ambos, entonces. ¿No hará usted mundos literarios? Los libres, donde puedes tomar parte en un Balza, o Disney, o Austin, o Meredith, o James, o Lansdale, o Mieville, o Pynchon, o Mann, o Sinclair, o Calderón, o Gygaz, o Moore, o...

No había señal de que se detuviera así que Urquart le cortó.

–Nosotros somos más prácticos. La ingeniería es mi terreno. O lo era originalmente. Hay una preciosa diminuta demanda por cosas de alta gama, estos días.

–Supongo que tiene usted razón. Me gusta más ver sobre todo no ficción. Y ponerme al día en las normas, por supuesto.

–¿Está usted con el equipo local?

–Los Caballeros. Así que... usted sufre de fobias, ¿verdad? Tiene miedo de las arañas, ¿no? ¿Tiene alguna alergia?

Banning-Cannon se aclaró la garganta.

–Oh, la verdad es que no. Así que usted ha vuelto a casa con un puñado de otros golpeadores después de ganar unos cuantos juegos locales. Lo cual le hace elegible para los grandes juegos que se celebran en Miggea. Usted y los Turistas están viajando en el *Gargantúa* igual que nosotros, entiendo.

–Ese es el plan. Tiene usted razón sobre que nosotros llegaremos a las finales en Sagitario. Nos queda un partido más, entonces jugaremos contra los Turistas o contra los Visitantes. Los Turistas nos probarán por nuestro dinero. Casi nos ganan en el último amistoso. Ambos practicamos en el *Gargantúa*. Dicen que tiene una pista de torneo de tamaño completo. Debemos estar en bastante buena forma, para estar igualados –él saludó a un Judoon que pasaba, que le ofreció una mirada de dolida furia mientras pasaba por al lado, sacándose flechas de la armadura.

–Supongo que es un torneo importante.

–Oh, sí. Es el grande. Y todos queremos echarle el guante a la vieja flecha. ¡La Flecha Argénteo de Artemisa es una leyenda en ella misma!

Urquart Banning-Cannon dejó que sus pensamientos divagaran mientras calculaba el valor de publicidad de todos los planetas involucrados. Llamaría a su oficina lo antes posible y les diría que apostaran por los torneos. Devolvió su atención al Doctor.

—¿Qué? Lo siento. Lo estaba asimilando todo. ¡Bueno! Usted compite para ganar, he oído, ¿algún tipo de antiguo artefacto que mi esposa regalará? Un alambre de platino con joyas preciosas y esas cosas engarzadas. ¡El mitológico Bastón de la Ley que era del Lord del Mar Bee Bee del viejo Barsoom?

—De hecho, es una flecha antigua. Algunas veces se la conoce como la Flecha de la Ley, y la Flecha Plateada de Artemisa, la cual debe estar hecha por originalmente en Grecia, supongo. La Época Oscura de ahora, por supuesto —se recolocó la pajarita.

—Suenas afortunado —la atención de Urquart ya se estaba dispersando de nuevo. Como muchos millonarios que heredaban riquezas nunca había aprendido a ocultar su aburrimiento.

—Eso espero. Se supone que lo es —el Doctor parecía un poco intrigado por lo que de verdad estaba en la mente del señor Banning-Cannon.

—Bueno, nos lo pasaremos bien. Si su grupo y el mío van a embarcar ambos en el *ISS Gargantúa* pasado mañana por la mañana, espero que nos veamos bastante —el millonario se dispuso a levantarse. Tenía algo que le preocupaba y parecía un hombre con un peso a sus espaldas—. Pero si usted oye de algún experto en aracnofobia en las próximas horas, póngalo en mi dirección, por favor. Yo estoy hospedado en el Claremont. En el piso 144.

El Doctor le respondió al apretón de manos.

—¿Y usted es el señor...?

—Banning-Cannon.

—Por supuesto. Oh, aquí está mi... aquí está la señorita Pond. Amy este es...

—Encantado de conocerla, jovencita —el señor B-C se sintió aliviado. Él intercambió un apretón de manos con una bonita pelirroja con un vestido corto plisado, notando la firmeza en su agarre, el ligero acero forjado en su mirada amigable. Supuso que aquel doctor era un hombre sobre el que no tenía que preocuparse como pretendiente a la mano de Jane. Entonces entornó los ojos, mirando sospechosamente por encima del hombro del Doctor.

Otro joven, embutido en una brillante americana verde y el gorro colorido de los locales, estaba caminando sin prisa en su dirección. Algo en él hizo que el creador de planetas pensara que le había reconocido y que posiblemente le temía. ¿Qué le iba a pedir? El señor B-C midió la distancia entre sí mismo y el pabellón. Era un raudo paseo que él no iba a ganar. Incluso considerando las probabilidades, vio a su señora esposa dejar el pabellón y salir manteniendo una profunda conversación con Jane. Habiendo fallado de conseguir a Hari en la condición de un pavo real macho paseando sus plumas en la época de celo, Jane se había apartado tristemente de Lord Sherwood y había buscado la compañía de su madre para discutir un vestido para la fiesta del día siguiente.

De repente, otra noción apareció en el rabillo de la mente calculadora de Urquart Banning-Cannon. Zarandeando una mano al Doctor y a su bonita amiga que se iban, esperó hasta que el siguiente joven se acercara. Para su sorpresa, era Bingo Lockesley, Lord Sherwood, quien abrió la conversación.

—¿Señor Banning-Cannon?

—¿Mmm?

—Me llamo Lockesley.

—¿Ahá?

—Me preguntaba...

Allá iba. Una petición para la mano de su hija. Sus ojos se endurecieron.

—¿Mm?

—...si a usted y a su familia les importaría ser mis invitados al Lockesley Hall esta noche. ¿Una pequeña celebración de la victoria del día?

El señor B-C estaba confuso.

—Pensaba...

—¿Qué iba a celebrar la fiesta del Jardín de Omar mañana? Eso es algo más como una cosa municipal pagada por el Condado, verá usted.

—¡Ajá! —de nuevo el señor B-C experimentó el alivio momentáneo— Bueno, no estoy seguro de los planes de mi esposa...

—De acuerdo, señor. La invitación está aquí. No es muy elegante. La riqueza Lockesley ya no es lo que era, pero...

El señor Banning-Cannon agudizó las orejas. En ese momento expulsó un silencioso “¡Ajá!”. Quizá la vívida mano de la Providencia había caído al fin sobre sus nobles hombros. Su primera noción comenzaba a tomar una ligera forma más concreta. Ahora, si este joven personaje aparentemente lúgubre necesitaba dinero, puede que hubiera encontrado el perfecto aliado. Pero necesitaban trabajar rápido.

—Si es usted un hombre bebedor, señor Lockesley, me pregunto si se uniría a mí en algún lugar más tranquilo. Tengo un asunto de negocios que me gustaría discutir con usted.

—Uh, bueno, no exactamente...

—Media hora de su tiempo y la oportunidad de ayudar a un alma amiga que está un poco en el pozo.

Lord Sherwood se encogió de hombros animadamente.

—Eso suena como una variante del lema de los Lockesley, señor. ¿Qué le parece el pabellón? ¡Ahora debería estar vacío!

–¡Abra camino, joven Lockesley! –Urquart Banning-Cannon comenzó a ver una posible luz al final de su particular túnel de tormento. Sintió cómo sus problemas comenzaban a disiparse. Su nave del dolor tenía sus cohetes calentados y rugiendo y a punto de escapar para siempre de la gravedad de la congoja, o eso creía él mientras colocaba un benevolente brazo alrededor de los hombros del joven, y haciendo tintinear su cambio en el bolsillo de su pantalón, paseó amigablemente en la dirección del estimulante refrigerio.

El otro motivo de lord Lockesley en hacer contacto había sido repartir invitaciones a las diferentes fiestas envueltas en el gusto por el drama romántico particular de su mejor amigo para quizá, facilitar el camino rocoso del amor para su amigo. También esperaba volver a los buenos libros de Hari antes de que los dos equipos rivales y el grupo turístico de los B-C se embarcaran hacia Sagitario a bordo de la misma nave al amanecer de pasado mañana. Unos momentos más tarde, en la desierta oscuridad de la barra del pabellón, escuchó con su boca entreabierta mientras aquel perfecto extraño le esbozaba una conspiración que tenía sus orígenes en la única literatura que el desesperado patriarca había disfrutado alguna vez, es decir las aventuras de Sexton Blake. Muchos años antes, Urquart Banning-Cannon había aprendido que las copias V de La Biblioteca Sexton Blake serían una buena inversión. Se había recreado con la idea de crear una serie de Mundos Misteriosos basados en la ficción detectivesca del pasado lejano de la Tierra sólo para ser desmarcado por su gran rival, su cuñado Tarbutton, quien se había apañado para conseguir una concesión de mundos de juego de rol basados en las aventuras de Sherlock Holmes, antiguamente conocido como el “chico de los recados de Sexton Blake”.

A continuación, el señor B-C acercó su silla, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie les oía, y apretó sus labios contra la oreja de su interlocutor.

–¿Dígame –inició el creador de mundos–, le gustaría poseer este planeta?

Inadvertidamente, había dado en el punto del dinero. La ambición de Lord Sherwood siempre había sido liberarse de la posesión de concesiones, restaurar la monarquía y remodelar su planeta en algo menos atrevido y dependiente en el turismo para su principal negocio.

–Siga –dijo, incapaz de resistir tal cebo–. ¿No querrá decir todo el mundo? ¿Todo entero? Que ya no sea dirigido por, perdóneme, un puñado de accionistas avariciosos.

–Renombrado, remodelado, de la forma que usted guste.

–¿Y cuál es el truco? ¡Oh, no!

Lord L comenzó a alzarse, certero de que había avistado la víbora entre la paja

–¡Me temo que no podría! ¡De hecho, me siendo bastante insultado al pensar que me atrevería a hacerlo!

Urquart Banning-Cannon no estaba acostumbrado a ser rechazado incluso antes de expresar su propuesta, excepto por la señora B-C, por supuesto.

—¿No podría usted hacer qué? —contuvo el aliento, sorprendido.

—Lanzar la cerilla. Aunque esté mal que lo diga yo, soy nuestro mejor arquero. Nunca ganaríamos la Flecha Argénteo, igual que estoy seguro que usted se ha dado cuenta, sin mi maestría en el arco. No estoy fanfarroneando señor. Ojalá fuera así. Es sólo suerte, ¿sabe? Nada me alegraría más que tener esa carga levantada de mis hombros. Pero no lo haré, señor B-C, ¡no importa lo que me ofrezca! ¡De hecho, tengo que informarle que esa es una proposición bastante desagradable, y si no fuera por los sentimientos de un hermano jugador, le expondría de inmediato a la AGAC!

Urquart había oído que aquellos miembros británicos estaban un poco chiflados, el problema de la inevitable cría interna la cual ninguna compañía de terraformación podía haber solucionado. Pero este comportamiento era positivamente certificable. La paranoia en todo su esplendor.

—Supongo que la habrá visto comprarlo en la tienda —opinó él.

—¿Tienda? —Bingo estaba empezando a entender que había agarrado el extremo equivocado del mazo.

—¿La franquicia de Diana de Loondrees en el Centro Comercial Forest?

—¿Qué es eso?

—¡Maldito sea, Sherwood o Lockesley o Lord o como sea que se haga llamar! ¡Estoy hablando de esa infernal tienda de sombreros y usted lo sabe!

—¿No está usted intentando sobornarme para dejarla caer en el gran torneo?

—¿Hacer qué?

—¡Destrozar el partido!

—¿Destrozarlo por dónde?

—Quiero decir...—Bingo rindió cualquier explicación, sabiendo que pasaría por encima de la cabeza de aquel amateur. Él había cambiado su rumbo— Bueno, si no quiere usted que intente perder el último partido en Miggea en el Torneo Intergaláctico de la Flecha Argénteo, ¿qué es lo que estaba intentando sugerirme?

Fue el turno del señor B-C de sentir que los músculos de su mandíbula se endurecían.

—¿Eh? ¿Por qué querría que usted hiciera eso?

—Es bien sabido que su señora esposa tiene lo que se podría decir “un problema con el juego”. Si hubiera apostado mucho dinero en que el otro

equipo ganaba, bueno, usted ya ve cómo alguien cercano a ella le gustaría mejorar sus posibilidades.

—Mi esposa se ha quitado el hábito ludópata. No ha levantado ni la copa del juego de la pulga en los últimos cinco años. Ella es una mujer de mente fuerte e inteligente. Una vez haya tomado su decisión se apega a ella, como sé demasiado bien, a todo coste. Sea como sea, si es así, no me importa. Podría poner toda su fortuna en usted o en sus rivales y en lo que a mí me preocupa, no oiría usted ni un “Se lo dije” de mí cuando ese equipo pierda inevitablemente, ya que es una de las más desafortunadas ludópatas que conozco.

—Entonces, ¿qué es tan valioso para usted que está deseando entregarme un maravilloso planeta caro y terraformado que mi familia ha estado intentando comprar durante setecientos años sin una pizca de éxito?

El señor B-C vio que el conde de Sherwood se había recuperado de su ataque, si es lo que había sido. Entendió que el gatillo había sido la noción que le estaba pidiendo a su compañero que hiciera algo que iba en contra del Código de los Sherwood. Considerándolo, eso mejoraba su opinión sobre el carácter de aquel joven. Allí estaba un cómplice que, una vez diera su palabra, podría confiar ciertamente en él. Se relajó un poco y comenzó a murmurar su proposición, sugiriendo no sólo el robo temporal del Sombrero sino una apariencia general de robo para poner a su esposa fuera de rumbo.

Lord Sherwood escuchó en un pensativo silencio. La propiedad del planeta entero le permitiría ofrecer a Hari un buen trabajo, quizá un poco de tierra. Esto permitiría que su compañero se declarara a Flapper. También podría, se lo imaginó con un profundo suspiro de satisfacción, restaurar la monarquía y poner a un Rey Virgen de vuelta en el trono. El Rey Ricardo ya estaba en un planeta cercano luchando algún tipo de guerra impía local que concernía unos globos. Podría ser traído de vuelta en cualquier momento. Tendría sentido, por supuesto, mantener una democracia parlamentaria y asegurar que cualquier futura selección de un soberano estaría hecha de acuerdo con una elección general a escala planetaria. Además, pensó soñadoramente, no habría ninguna pérdida de economía turística. Sabía por experiencia que a toda la galaxia le encantaban los monarcas. Podría fácilmente organizar algunas ceremonias coloridas, el Ahorcamiento de la Guardia podría ser una, y había muchas más en su diario-V...

—¿Y qué pinta tiene este sombrero? ¿Cuál es su tamaño? ¿Pequeño? ¿Grande? ¿Algo que ya ha llevado antes?

Para la creciente simpatía de Lord Sherwood, el señor Banning-Cannon comenzó a describir aquel sombrero horrible. Su lenguaje hervía con pasión y color. Rezumaba un auténtico asco. Cuando el futuro organizador del robo hubo terminado, Bingo Lockesley comenzó a sentir que el secuestro de la desastrosa confección no sería una mera cuestión de un tipejo haciendo un trato con otro. Se había convertido en una cuestión de una noble necesidad.

Alzándose al fin de su silla alargó una tersa mano.

—Soy su hombre, señor. ¡Que nunca se diga que un Lockesley abandona a una criatura en su hora de necesidad! Trato hecho.

Así fue, pensó Bingo seriamente, incluso sin un cebo proferido, era el deber solemne de uno mismo hacer lo que su nuevo jefe le proponía. Urquart había mostrado un lado de su carácter que era tanto compasivo como deportivo. La señora B-C sólo perdería temporalmente la compañía de su recién comprado monstruo.

Ese sombrero sería devuelto quizá con una ingeniosa y cortés nota adherida en cuanto la fiesta en el jardín hubiera terminado, y el señor B-C podría descansar sabiendo que el sombrero no podría llevarlo en público durante un tiempo después de que el *Gargantúa* hubiera llegado a Flynn.

Cuando dejó el pabellón, Lord Bingo se relamía en profundos suspiros de aire mientras miraba sus alrededores, todavía oliendo el fuerte olor de la recién cortada hierba y miró hacia el cielo de un profundo azul en el que un glorioso sol occidental estaba comenzando a ponerse lentamente hacia el horizonte. Los planes habían sido discutidos y finalizados. Los Banning-Cannon serían invitados para pasar sus últimas noches en el planeta en Lockesley Hall, como lo harían los Caballeros. Los Turistas ya habían sido invitados y lo habían rechazado, pensó Bingo, de una forma ligeramente hosca, pero eso no le preocupaba. Ya estaba en su imaginación remodelando y renombrando su antiguo estado natal. Estaba pensando en llamar al planeta Knots, la ciudad de la Vieja Vieja Tierra de la que, según la leyenda, provenía su ADN originalmente. Pero el Rey Virgen sería el gobernador legítimo. Bingo no tenía ambiciones en esa dirección. Todo alegre monarca requería un serio sujeto. Un gran título se requeriría, por supuesto. Ricardo, Rey de Knots y Ruggery, tenía un cierto gancho. La Antigua Dinastía de Terra comenzaría de nuevo. ¡Una magnífica nueva era que sería gloriosa en la galaxia!

Y todo porque, reflexionó Lord Sherwood, paseando alegremente hacia su casa a través de la luz del atardecer, la esposa de un hombre había tomado la decisión de conseguir un sombrero entre cientos. De qué finos hilos, después de todo, pendían las conspiraciones de las grandes historias.

CAPÍTULO 4

BLANCO

DE VUELTA EN EL RANCHO DE SHERWOOD, las cosas se desarrollaban a un paso rápido. La señora B-C, oyendo en la oreja de su mente un título para su pequeña (¿la condesita?) había abandonado su habitación en el Claremont y se había ido a Lockesley Hall en lo que alguien podría considerar como una velocidad inesperada. Finalmente, felicitándose a sí misma, pues había sido ella quién le había entrenado, Urquart había hecho algo bien. Controlando la llegada y distribución de su equipaje, estaba en varios cielos al mismo tiempo.

El atardecer ya se había extendido un poco en aquel planeta, y el cielo seguía de un profundo azul real con unas pocas nubes bien formadas añadiendo un efecto dramático a la ya de por sí espléndida escena. Lockesley Hall profería una sombra impresionante. Sus torres y almenas góticas-barrocas daban al lago cercano y a los terrenos ajardinados de alrededor una atmosfera fantasmagórica, mientras que el perfume de varias lavandas nocturnas, flores y jazmines acunaban a alguien en una euforia todavía más fuerte.

Enviando un mensaje V por adelantado, lord Sherwood había ordenado unos sencillos platos. Su cocinero ya había sido instruido para sacar su mejor foie gras, el mejor salmón ahumado y un caviar de grado A, también la mejor pata trasera de Boeuf de Campagne, y sus sirvientes que su abuelo le había dejado en su testamento, lo estimulaban para ser cocinado y comido sólo cuando la Independencia estuviera cerca. Los Sherwood habían sido realistas Virginistas durante siglos. Uno no podía tomar riesgos culinarios cuando el alma del planeta natal de uno estaba en riesgo. Por un simple y delicado acto criminal, poco más que una broma, realmente, podía comprar de vuelta esa alma y restaurar el honor y la vitud del nombre de su familia.

Sin embargo, una voccecita de tanto en tanto le susurraba en sus orejas y le advertía de las potenciales consecuencias de lo que él insistía en llamar “el asunto”.

En tales momentos, la voz exterior de Sherwood le respondía a su voz interior irritable, señalando que no iba a asesinar al Rey de Escocia o a nadie, y que el fantasma de Banquo tampoco iba a aparecerse mientras sus invitados comían patatas y carne. Mientras que las tres brujas, sólo podían añadir un encanto del Viejo Mundo a la escena y estaban a un camino muy lejano desde Dunsinane. Además de eso, esto no era un melodrama. Era más como una comedia romántica, en la que unos amantes de distintas galaxias se reconciliarían, se restaurarían las fortunas, los padres se sentirían contentos y cualquier señal del Grand Guiñol sería borrado de la lista de eventos. La misma pequeña e insistente voz continuaba insitiendo que aquel robo sería entendido específicamente como un crimen, sin importar cómo los pobres, como eran ellos, se beneficiarían de robar a los ricos. Y lo que era peor, tal y como todas las voces ancestrales de Lord Sherwood coincidían, las leyes de la hospitalidad

serían bastante y generalmente desafiadas cuando tu anfitrión se mete en tu habitación durante las horas de oscuridad y te roba tu sombrero favorito. Sin embargo, incluso aunque se llevara el peso del crimen a su tumba, la decisión de Bingo Lockesley ya estaba tomada. Las oportunidades como esta llegaban una vez cada millón de años. Sus ancestros y los hijos de sus hijos no sentirían nada más que gratitud si supieran lo que estaba haciendo por ellos. Si oyera ella su historia, incluso la señora Enola Banning-Cannon (de soltera Tarbutton) probablemente le perdonaría al instante.

*

La decisión del señor Banning-Cannon también estaba tomada. Tenía que decirse que para estar frustrado, como ella le veía, de un condado también como de la oportunidad de tener un sombrero mejor que todas las otras damas de la fiesta del siguiente día no sería fácil encajar en la visión general de la señora B-C de lo que el mundo tenía que ser. Si ella descubriera que había sido engañada, difícilmente se despreocuparía riéndose con una alegre ocurrencia y un gentil y animado voleteo de su abanico en la mejilla del joven Lockesley. Lo más probablemente es que no descansaría hasta que sus familiares Tarbutton hubieran reducido aquel mundo a cenizas.

Por supuesto, Urquart Banning-Cannon sabía aquello, lo cual era por lo que había ofrecido tal grandiosa recompensa al exitoso cumplimiento del secuestro del sombrero. Las posibilidades favorecían a Lockesley considerablemente ya que él conocía la casa como la palma de su mano. Sólo podía esperar que el chico tuviera algún lugar en el que esconder aquella cosa una vez se hubiera realizado el asunto. Habría una búsqueda. Se harían preguntas. Se harían acusaciones. Volarían las amenazas. Los sables temblarían.

Urquart sintió un frío recorrerle las venas, un deseo quizá de repensárselo. ¿Era demasiado tarde para echarse atrás? Normalmente su mujer se daría cuenta de su ligera conducta inquieta, su tendencia a sudar un poco, a humedecer sus labios resecaos. Habría estado segura de que algo iba mal, pero estaba demasiado distraída imaginando lo que les diría a sus envidiosas amigas nobles de vuelta en casa como para poder ver las pistas.

En poco tiempo, estuvieron acomodados en sus habitaciones adjuntas preparándose para cenar. Una o dos veces el señor B-C se paseaba dentro de la habitación de su esposa y hacía una pregunta casual mientras observaba los alrededores, memorizando el emplazamiento exacto de lo que comenzó a pensar como “el botín”.

Este botín permaneció en una caja para sombreros ordinaria que medía más de un metro de longitud y otro de profundidad. No era algo que pudiera ocultarse fácilmente y meterse en el bolsillo de un ladrón profesional, mucho menos el de un amateur. Pero Urquart tenía un saludable respeto por las

habilidades y el conocimiento de Bingo sobre este ruinoso viejo lugar al que llamaba hogar, mientras, que al mismo tiempo que el señor B-C estaba ante el espejo de su escritorio atándose las corbatas y abotonándose su chaleco, Bingo se preguntaba si habría abarcado más de lo que podría apretar. ¿Qué pasaba si le descubrían? Tragó saliva. El nombre de los Lockesley quedaría ennegrecido para siempre. Necesitaba un cómplice, y los cómplices eran difíciles de encontrar, especialmente en un planeta como este en el que prácticamente todo el mundo era alguien decente. Suspiró. Había pocos candidatos para la posición. No podría ser alguien del lugar, por supuesto. Tenía que reclutar a alguien del equipo. Y su separado amigo Hari Agincourt no podría estar involucrado.

La lista de candidatos tenía que reducirse. Los miembros de los Primeros Quince del Torneo consistía en siete humanos, incluyéndose él mismo, Hari y el Viejo Bill Told, tres rinoceridos (los Judoon), un cánido (Uff Nuf O'Kay, su loqu fuera estrella guardián), un centauro (H'h'n'ee), un bóvido (N'hoo) y un depredador aviar o persona-halcón (DikMik Aaak) que era un arquero espléndido pero vivamente no era demasiado bueno levantando el extremo de una caja para sombreros pesada. También estaba Mahser Dubloon, el calaverode; un campista excelente y muy fuerte para su tamaño. Sin embargo, a pesar de todos los intentos de desodorarse, Masher seguía dejando un distintivo olor tras él.

William "el viejo Bill" Told estaba planeando montar un planeta de esquí después de aquello y no podría arriesgarse a ennegrecer su nombre, el cual ya había puesto en pasado. De forma similar, Donna Bradmann, de los Segundos Quince había tomado los Sagrados Votos y planeaba cubrir la vacante de Cuestionadora Jefa en Fingerwagger, Nueva Gales del Norte, después de aquel. Dougy Fairbanks, también de los Segundos Quince, era una guapa y buena rodeadora en el campo y también estaba especializada en lanza-y-quintana, consiguiendo buenas puntuaciones, pero estaba inclinada a convertir incluso los más secretos oscuros de sus amigos en una anécdota antes de recordar que había jurado silencio total en la materia. También estaba aquel Doctor, su más reciente recluta y otro todoterreno en general como había demostrado en el campo aquel día, pero quién sabía dónde caían sus lealtades. Y, de nuevo, en los Segundos Quince, Françoise y Jessie, las hermanas James, pertenecían a algún tipo de secta que les prohibía hacer nada después del atardecer, menos comer y hacer el amor. Lo que dejaba a los no-humanos, varios de los cuales eran buenas personas, fuera de cualquier diversión, pero todos con contras.

El problema de reclutar a un Judoon era el peso, podían ser oídos pisando fuerte a un kilómetro de distancia. Tomaban un cambiador de nano-personalidad mientras jugaban, el cual aligeraba su peso y su poder en el campo del torneo, pero aquí eran quienes eran. Los bóvidos también tenían un olor característico que les descubriría. Así que tenía que ser humano. W. G. Grace tenía los músculos...

Y en ese momento un golpe discreto en la puerta le interrumpió aquella nube de pensamientos. Cruzó la habitación para responderlo y miró a la

amigable cara del recluta más reciente del equipo. El Doctor y su guapa amiga Amy, se habían unido al equipo después de que la nave hubiera aterrizado en su planeta. Aparentemente habían venido en otro tipo de nave experimental para dos personas en ruta desde el Gran Uerto en Orión dónde los restos de la Terra Original se podían encontrar. Era un historiador, juzgando su conocimiento de la T. O. y sus vecinos restantes. Él había enseñado su identificador, pero por alguna razón Lord Sherwood no podía siquiera recordar su nombre: probablemente laguna de esas raras afectaciones que algunos estudiantes de los Viejos Mundos parecían disfrutar simplemente porque todo el mundo lo encontraba impronunciable.

El Doctor era un buen todoterreno, una persona agradable y bastante afortunado, con toda tenía una impresionante novia. De hecho, Bingo tenía que admitir que si Amy no estuviera apegada al Doctor ahora estaría dejando su tarjeta en su mesa.

–Eh –dijo, un poco sorprendido–. Ah... –entonces, recordando sus modales– Pasen...

La pareja cruzó la puerta y se sentaron un poco incómodos en el borde de su cama. En respuesta a la ceja alzada de Bingo y al ojo sospechoso, Amy dijo:

–Como eres el capitán del equipo, pensábamos que teníamos que... –ella se giró al Doctor– Bueno...

–Teníamos que decírtelo. Debes saber que pensamos que tienes algún tipo de, no sé, una tuerca suelta en tus obras, un poco de, ¿cómo se dice?

–¿Un topo?

Inicialmente tendiendo hacia el color de las salchichas crudas, Bingo, estaba seguro de ello, había empalidecido. Seguro que alguien, de alguna manera, había oído la conspiración con el señor B-C y su acción se interpretaba como una trama para perder el partido, y ahora se encontraba entre la espada y la pared. Para disipar cualquier rumor sobre traidores en las filas del equipo, Bingo tendría que decir la verdad. O, pensó, ponerse en la forma en la que los mentirosos suelen hacer y disfrutar de la pura diversión de inventarse una historia, podría decir algo de verdad (conversar con Urquart Banning-Cannon) e inventarse el resto. Esta parecía ser la mejor opción. Alzó sus ojos para mirar al Doctor y a Amy y, sin haber acabado de empalidecer, se sonrojó de nuevo.

–Uh, una mosca en la farola, ¿eh? –balbuceó estúpidamente, sonrojándose más todavía ante su aparente e incontrolable estupidez– Quiero decir, una oveja negra –miró de una sorprendida cara a la otra–. ¿No es así?

El Doctor se rascó su apuesta nariz.

–No estoy seguro –dijo, él y Amy intercambiaron una mirada–. Verás, esa es la razón por la que estamos aquí. Puede que hayas visto algo para poder añadirse a lo que hemos oído... No está muy claro, pero, creo que alguien te está intentando robar.

–¿Robar? –balbuceó el 507º Conde de Lockesley.

–Algo tuyo.

–¿No será un gorro? –Bingo, al menos por el momento, se había derrumbado.

–¿Un zorro? No creo. Aunque podría estar disfrazado como algo del equipamiento. El problema es, que no sabemos qué pinta tiene...

–Oh, es bastante horrible, se lo puedo prometer –volvió a empalidecer–. O eso me han dicho. No lo he visto yo mismo. ¿Ha dicho usted zorro? –se sonrojó. En ese momento podría trabajar como baliza espacial de lo rojo que estaba– ¿Zorro?

–No, tú has dicho zorro –Amy alzó ambas cejas–. Era una buena suposición.

–Pero el hecho es que no lo sabemos –dijo el Doctor–. Mi amiga Amy piensa que podría ser cualquier cosa, pero me inclino a estrechar la búsqueda a...

–Uh, ¿amiga ha dicho usted? –Bingo se sonrojó de nuevo– ¿Amy? ¿La señorita Pond?

–Sí, ¿se encuentra bien?

–Oh, sí. Mucho mejor, gracias. ¿No es su novia? –le frunció el cejo al Doctor.

–¿Es un problema?

–Todo lo contrario, Doctor –Bingo ya había dejado de palidecer y ahora estaba brillando con un rojo chillón–. En fin, ¿esto que decís...?

–Pensamos que los que están involucrados podrían traer la destrucción de la galaxia –el Doctor miró hacia la puerta como si sospechara que estaban siendo espiados–. Quizá incluso el universo –añadió, aparentemente como un vago pensamiento tardío.

–¡Oh, vamos! –Bingo estuvo a punto de decir que incluso el más horrible de los sombreros no podría hacer que la Vía Láctea se fragmentara, cuando algo le detuvo– Oh, ¿en serio? Este objeto, quiere usted decir. Este zorro. O artefacto. O lo que sea...

–Pensábamos que deberíamos advertirte –el Doctor se levantó para marcharse. Lord Sherwood estaba claramente distraído–. Sólo es un rumor...

–Por supuesto, por supuesto. Como capitán y esas cosas, soy responsable de las acciones de todo el equipo.

–Cierto –dijo el Doctor–. Bueno... –extendió su mano– Si oyes de algo raro o ves algo extraño...

–O se activa algún sexto sentido –añadió Amy–. Podría ser cualquier cosa.

–¿Cualquier cosa?

–Cualquier cosa en general, ya sabes. O algo singular, por supuesto.

–Único –balbuceó Bingo–. Claro, por supuesto, maravilloso. Soy todo suyo. ¿No hace calor aquí? –fue a las grandes ventanas francesas que llevaban a su balcón– ¿Les importa si abro una ventana? Mantendré mi ojo puesto en la Flecha. Ambas manos en el bate. Es un golpeador pegajoso, vaya si lo es. Confíen en mí –comenzó a manosear los cerrojos de la ventana–. Bien, así se hace. ¡Oh, se marchan ustedes! Hasta la vista, por el momento, ¿eh? Chao, chao...

Cuando la puerta se cerró tras él, el Doctor y Amy intercambiaron una mirada.

–Chalado –murmuró Amy–, pero es mono. Qué lástima.

–Creo que le hemos cogido en un mal momento –el Doctor se rascó la despeinada cabeza–. ¿De qué estaba hablando? ¿De un zorro? Quizá Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria han ido a hablar con Bingo antes que nosotros. Quizá le hayan estafado.

–Eso sería una lástima –dijo Amy, vagamente–. Vale, ¿quién deberíamos comprobar a continuación?

–Ya te he contado todo lo que había en el mensaje. Todo lo que podía entender. Tiene que haber sido mandado por alguien que me conozca, y pensaba que sabría de qué hablaban. He comprobado todos los humanoides, y todos parecen estar bien. Hari Angicourt es el primo de Lord Bingo y su mejor amigo. W. G. Grace es su mejor golpeadora.

Amy le miró.

–HmMMM, y con una buena barba.

–¿Un poco excéntrica? –dijo el Doctor.

–Y enorme –coincidió Amy.

–Tú también serías excéntrica si te hubieras tragado tantas pastillas de identidad y hubieras tenido cientos de personalidades de la lejana historia de la Tierra casi en una década –le dijo a ella–. Ella es la mejor historiadora de lejos que hay aquí. Y no hay casi nada que no sepa sobre mitología. Está obsesionada. Como esos otros tres suplentes del Segundo Equipo. Drake, Stanley y de Gama. ¿Exploradores? ¿Figuras míticas? –negó con la cabeza, haciendo que su pelo largo volara– Todos completamente chiflados. A menos que sean muy listos escondiendo sus personalidades reales. Pero son unos deportistas muy, muy brillantes.

–¿Te ha parecido que las formas de Lord Sherwood le delaten como culpable? –se preguntó Amy.

–Al principio. Quizá le hemos cogido admirando sus propias miradas de arquero en el espejo, o peinándose. ¿Es así de natural? ¿Esa mata de pelo rubio blanco?

–Definitivamente hay algo o alguien en su mente. O no exactamente en su mente. Bueno, siente algo por alguien. Tiene al pobre empalado.

–¿A qué te refieres con “alguien”?

–Alguien. Una persona. Tiene un enamoramiento con alguien del equipo, ¿qué te apuestas?

–¿En serio? ¿Hombre o mujer? ¿Alienígena o humano? –el Doctor sonrió para sí– Estoy seguro que lo descubriremos bien pronto, si nos mantenemos cerca el tiempo suficiente.

–Doctor, ¿no pensarás que estamos en la caza del ganso salvaje?

–No. El mensaje era bastante convincente. Y su localización. Miggea es una estrella significativa. Está justo en el centro de los Mundos Fantasma, así que está cercana a su vórtice –alargó las manos para mostrarle–. ¿Lo ves? Y cuando un informador en el que confías te dice que el General Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria han cruzado a nuestro espacio, es importante creerle. Especialmente cuando ese alguien te habla desde un punto justo apenas en el lado derecho del Radio Schwarzschild en la nube de Sagitario y tiene una nota particular y familiar de miedo en la voz –miró pensativamente en la lejanía–. Dicen que el viejo Renark, el Señor del Borde, el primer hombre en intentar en un agujero negro, sigue allí, atrapado para siempre entre el último momento de su vida y el primer momento de la muerte. Y por supuesto, el general Frank/Freddi y compañía no irán demasiado lejos de ese agujero negro, tampoco, por miedo de quedarse atrapados. ¿Ves nuestro problema?

–Eh, no, la verdad –Amy no estaba bastante segura de por dónde empezar, pero respiró hondo y preguntó–. ¿Qué le pasa a la antimateria? ¿Cómo funciona?

–Mira esto, mi pajarita. El nudo central es el agujero negro. Este lado de la pajarita triangular es la materia. Este otro lado es la antimateria. Ambas son autoperpetuas, como la Ley y el Caos. Es lo mismo, ¿ves?

Amy asintió sabiamente. Esperaba. Ciertamente deseaba parecer más sabia de lo que se sentía.

CAPÍTULO 5

NEGRO

EN CUANTO el Doctor y su desconcertadamente guapa amiga hubieron desaparecido, probablemente para seguir haciendo de sabuesos, Bingo Lockesley puso su mente en el problema que tenía entre manos. Estaba bastante seguro de que no sólo les había apartado de lo suyo, sino que lo suyo no era ni de cerca lo que estaban investigando.

Robin, Lord Sherwood, Conde de Lockesley, había ideado todo un nuevo plan en el que no le involucraba a él para pedir ayuda extra. Las habitaciones entre la suya y la de la señora Banning-Cannon pronto estarían vacías, ya que actualmente contenían al señor Banning-Cannon. Bingo estaba seguro de que la señora B-C no sería tan maleducada como para aparecer tarde en la primera comida en Lockesley Hall. Todo lo que tenía que hacer, razonó Bingo, era esperar hasta que la pareja acudiera ante el sonido del gong de la cena y fueran hacia el origen de los olores deliciosos que ya subían de abajo. Sin moros en la costa, podría escurrirse, usando su llave maestra, arrastrar la caja del sombrero en una alfombra, arrastrar la alfombra hasta su habitación y esconderlo en el viejo cofre espacial de su abuelo situado en el extremo de su cama. O quizá en el balcón, si es que estaba seco. ¡Chupado!, pensó, salivando. Los olores de la rica y anticuada comida inundando su castillo familiar le distraían.

Respiró de nuevo. No era lo bastante bueno. Fue hasta sus ventanas francesas abriendo la puerta hasta el balcón y abriéndolas de par en par. Ahora estaban demasiado preparadas para su atrevido robo.

Unos minutos más tarde el gong de la cena resonó desde abajo, con sus tonos sonoros resonando a través de los descansillos y las cámaras de Lockesley Hall como lo habían hecho durante décadas de antaño, provocando casi un mágico repiqueteo de los manillares de las puertas y el graznar de los goznes mientras muchos huéspedes, con sus papilas gustativas enloquecidas por aquellos olores deliciosos y tradicionales que les hacían salivar como los lobos serbios habrían salivado cuando una extraña troika llena de ricos kulaks corría por la nieve en corredoras plateadas, con sus tintineantes campanillas de trineo recordándoles cómo sabía el caballo fresco y el campesino.

Girando su mirada hacia el gran cerrojo que le daba una vista del descansillo de fuera, Lord Sherwood vio a la señora Banning-Cannon acelerar el paso lento de su marido, espléndido en un tradicional traje de cena blanco, emerger para ofrecerle a ella su brazo, provocando un pequeño atasco de los huéspedes en las habitaciones, casi todos de dietas tradicionalmente carnívoras, frenar en seco. El centauro, H'hn'ee, justo detrás de ellos espléndidamente vestido de blanco y negro, se vio obligado a clavar sus pezuñas rápidamente para evitar colisionar con el hambriento cánido, Uff Nuff O'Kay, junto a él. Juntos, el señor y la señora Banning-Cannon procedieron hacia el pasamanos de la escalera principal para subir hasta lo alto y detenerse

con unos modales estáticos. La expresión de ella era de alguien que finalmente había llegado a lo alto del tótem indio, mientras que su marido tenía una sonrisa de alguien acostumbrado a que le llamaran “rictus mortem”. Mientras esto sucedía, Urquart Banning-Cannon se sentía de un humor excelente pero nunca había sido muy bueno sonriendo. Su esposa le había insistido en sonreír. Parecían navegar a una ratio increíblemente baja de nudos. Pasaron, podría haber jurado Bingo, cinco minutos enteros hasta que empezaron a descender. Los otros huéspedes comenzaban a retroceder. Vio a Flapper llegar de su habitación y dirigir una mirada irritable hacia Hari Agincourt, que hizo un extraño movimiento de arrugarse y sólo pudo proferir una sonrisa, pareciendo más aterrorizada que la del señor Banning-Cannon. Otros huéspedes giraron la esquina y frenaron con sorpresa al ver el atasco. Pero al menos ahora se estaban moviendo.

—¡Finalmente! —lord Sherwood sacó un par de guantes infantiles blancos (porque había aprendido de su propio escrutinio de los “thrillers” que esto era lo que los Fantomas siempre hacían) e insertó su llave maestra en la puerta que unía su habitación con la de la señora Banning-Cannon. Los engranajes giraron lenta pero suavemente con un reconfortante conjunto de clics y clacs. La puerta a la habitación de la señora Banning-Cannon se abrió.

Dejando la llave en el cerrojo, Robin de Sherwood, el orgullo de su gente, entró a robar en la habitación, con el olor de la colonia de la señora B-C mezclándose con la de la antigua ternera y algo más, un aroma salado menos identificable, para descubrir ante sus sorpresa que la puerta que llevaba a los apartamentos de intersección había sido cerrada desde el otro lado por lo que consideraba un huésped demasiado desconfiado. Esto significaba que se veía obligado a volver a por la llave maestra por la que se introdujo de nuevo en la otra puerta que conectaba. Segundos más tarde, otro rápido chasquido de su muñeca elegante, y había abierto la puerta que llevaba a la habitación de la señora Banning-Cannon, una barricada de colores brillantes, brillantes piedras y gemas y sedas ondeando ante la suave brisa veraniega que entraba por la ventana abierta.

Advirtiendo a sus caballerosos ojos del espectáculo de la ropa interior de la robusta huésped, corrió hacia el armario, esperando descubrir una caja para sombreros en algún lugar cerca. No vio nada en lo alto. Nada bajo la cama de cuatro postes. De hecho, no había tal receptáculo a la vista en ningún lugar. Olisqueó un extraño olor a tostada quemada y flores, ¿quizá algún tipo de perfume? Su búsqueda se volvió desesperada. En ninguna de las habitaciones, en lo alto de ningún armario, bajo ninguna cama y tras ningún panel secreto había señal de nada parecido a un sombrero o su caja, ambos habiendo sido detallados con algún detalle. Volvió a olisquear. Ese extraño aroma. ¿Qué era?

Estaba a punto de volver a buscar de nuevo cuando oyó un sonido en el vestíbulo de fuera. Alguien estaba abriendo la puerta que llevaba al descansillo! ¡Estaban entrando! Le iban a descubrir.

Entonces sonó un furioso grito tras él. Con un trago de saliva aterrorizado, Robin, Conde de Lockesley, volvió corriendo a sus habitaciones de la forma

que había entrado, arrancándose los guantes, corriendo a través de las habitaciones de Urquart Banning-Cannon para llegar a su propia habitación y cerrando de un portazo la puerta tras él mientras, en el otro lado, los gritos de puro terror y enfado de la señora Banning-Cannon resonaban arriba y abajo por los antiguos pasillos de Lockesley. Su corazón latía cada vez más rápido.

Desapareció todo pensamiento de su cabeza. Le hizo sentirse mareado. Las sobrecogidas emocionales de la pasada hora, sintiéndose que sus piernas se hacían de mantequilla. El griterío se volvió más y más fuerte. La voz de una mujer gritaba:

—¡Por aquí! ¡Los he visto! ¡Me han robado mi mejor sombrero!

El sencillo pero, tenía que admitirse, sobrecriado sistema de Lord Bingo había soportado su máximo. A través de las galaxias, en docenas de planetas de tipo Tierra reconstituidos, había miembros orgullosos de fanfarronear de la sangre campesina fluyendo por sus venas, pero los Lockesley no estaban entre ellos. Ninguno de ellos eran una familia nerviosa ya que su sangre, más que fina, había tendido a atrofiarse; de igual manera los nervios de los Lockesley eran no tan altos como para quedarse petrificado. Dicho esto, también habían conseguido evitar cualquier conflicto superior desde la época de Vortigern cuando un ancestro, por una apuesta, había robado un casco romano y había tenido que huir de la mejor parte de la legión romana en una acalorada persecución. Por lo tanto, era algo como una aberración cuando Bingo, su cerebro robusto e incomplejo, conmovido al fin con una sobredosis de imaginación y terrores poco familiares, se rindió ante la cara de los implacables trabajos del Destino. Las piernas, que habían amenazado con ceder, acabaron haciéndolo. Su noble mirada estrechándose esquivando la esquina del ancestral cofre espacial, cayó hacia delante, golpeándose con la vieja alfombra iraní y permaneció allí.

La negrura le acogió en su seno. Dio la bienvenida a la oscuridad. Lo que no dio la bienvenida fue a la llegada.

Despertó después de lo que podría haber sido un minuto o dos para oír la declaración deprimente de alguien.

—Está muerto. Como un tornillo. Le mataron cuando sorprendió al ladrón e intentó interceptarlo. ¿Ven? Tiene unas marcas diminutas de agujas en el cuello. ¡Deben haber escapado por sus ventanas francesas! Están abiertas de par en par.

Lord Sherwood gruñó, sobre todo para su propio beneficio.

—¡Qué cosas! ¿Qué pequeñas marcas de aguja?

—Ya no están. Debe de haber sido un error de tu nano-cuchilla.

—Meramente atontado —dijo otra voz—. ¡Esperemos que haya visto al intruso!

Bingo abrió los ojos. Media docena de caras preocupadas le miraban desde arriba. No pudo pensar nada original que decir, así que dijo:

—¿Dónde estoy? —y esperó que sucediera lo mejor.

Por el arrullante sonido de la señora B-C en el fondo, pudo saber que ella no sospechaba de él. Y, juzgando por el guiño grotesco del señor B-C, ya estaba tomando crédito por robar el Gran Sombrero de Loondrees. Eso le molestó un poco, ya que él no había robado de verdad el objeto, mientras que las expresiones de las caras de los huéspedes sugerían que algo sustancialmente ruin se había conseguido.

—Esa es la marca de vuestro verdadero aristócrata —oyó declarar a la señora Banning-Cannon—. Le vi ir detrás de ellos. Miren, las ventanas están abiertas, también. Deben haberse ido a través de ellas. ¡Sin pensar en su propia seguridad intentó atrapar a los ladrones mientras escapaban! ¡Y le golpearon!

¡Así que el sombrero sí que había sido robado!

—¿No está herido? —dijo la preocupada voz de Amy en el fondo.

El Doctor notó algo tras la cabeza de Bingo.

—No parece estarlo. Quizá deberíamos ponerle en la cama y echarle un vistazo.

—¿No podríamos hacerlo más tarde? —sugirió Uff Nuff O'Kay— Sería una lástima que la cena se pusiera mala.

Y así se hizo un compromiso y Robin, Lord de Sherwood, fue estirado en su cama con un frasco de brandy en la mesita de noche, mientras el resto de las personas bajaba para disfrutar del festín mientras la sopa, el pescado, la carne y las verduras permanecían más o menos en temperaturas decentes.

Éste era un festín que Bingo no pretendía perderse. Lo había anticipado desde la infancia cuando su abuelo le había puesto sobre su rodilla y le había dicho sobre la pata de gran bison de la familia mantenido a óptima frescura hasta el tiempo en el que Sherwood fuera restaurado y un monarca se sentara en el trono. Lord Sherwood descansó sólo unos momentos antes de levantarse, enderezarse sus corbatas, pasarse un peine por su pelo, comprobando su cuello en busca de pequeñas marcas de aguja y bajando con toda la dignidad que un hombre hambriento podría reunir.

Un momento o dos más tarde hizo su entrada en el comedor bajo la excusa de que ningún verdadero Sherwood podría abandonar a sus huéspedes en una ocasión de tal relevancia.

—¡Un genuino héroe! —pronunció la señora B-C— ¡Si tan sólo hubiera llegado usted a mi habitación un momento antes! Es una maravilla que no hubieran probado la caja fuerte que hemos mandado por adelantado hoy. ¡La que contenía la Flecha plateada! ¿Cómo escapó el ladrón, Lord Sherwood?

¿Lo vio? A través de la ventana y por el balcón, entiendo. Oyó un ruido, bajó a investigar y bueno, ya sabemos el resto. ¿Vio usted al hombre?

—¿Hombre? —Bingo Lockesley tomó su sitio en la mesa.

—Asumo que fue un hombre el que robó mi sombrero. O dos hombres, quizá. O un hombre y una mujer. ¿Sexton Begg y Mademoiselle Yvonne? ¡Ese sombrero pesaba! Iba a tener que llevar un arnés anti-magnético especial bajo mi vestido mañana. Si no hubiera olvidado mi reticular y hubiera vuelto a por ella, no habría habido testigo de su valentía. Él se estaba marchando cuando volví. Me enterneció ver que usted perseguía al intruso, ¡o quizás intrusos! ¿Fue más de uno, Lord Robin? ¿Se encaró usted con ambos?

—Eh... —dijo Bingo. Su caída en la alfombra le había dejado un poco sordo.

—...y, sin importar su número, les persiguió a través de las puertas anexas —siguió Enola Banning-Cannon, brillando con adoración al héroe—, y entonces le dieron a usted el golpe. Debió haber sido enorme. A menos que fueran tres o cuatro. ¡En tal caso, fue usted más valiente que nunca! —exclamó ella— ¡Cuéntenos, Lord Sherwood! ¿Vio usted a cuatro o cinco hombres? ¿Nos podría dar una descripción?

—Me temo —dijo, mientras se sentaba en la cabeza de la mesa—, que no reconocí a ninguno de ellos.

—Ya deben haber huido —el señor Banning-Cannon colocó su cuchara sopera en la mesa—. Yo notificaría a la policía local. Pero si los ladrones tenían un vehículo esperándoles, ya podrían haber salido del planeta...

—Por supuesto, sólo necesitaban un momento —continuó su esposa—. Y, como dices, si tenían una nave esperando, quizá una nave en el espacio, ¡podrían estar a años luz de distancia! Debían saber lo valioso que una creación de Diana de Loondrees podía ser. Intentarán venderla, supongo. He oído de bandas de ladrones de sombreros por toda esta parte de la galaxia.

—¡Te lo advertí, querida! —el señor Banning-Cannon acabó su sopa.

—¡No me advertiste de tal cosa! De hecho, Urquart, si no hubieras estado conmigo todo el tiempo, habría sospechado...

—¿No podría ser que lo que buscaran fuera la Flecha de Artemisa y cogieron el sombrero por error? —en el otro extremo de la mesa, el Doctor levantó su cabeza del plato— Habéis dicho que no habéis visto ninguno a nadie de la banda. ¿Nada que el Magistrado pueda investigar?

—Ni una sombra —dijo Bingo, diciendo la verdad—. Puede que incluso fueran invisibles. ¿Ha dicho usted m... m... m...?

—O viajeros temporales —Hari Agincourt se emocionó ante aquella idea—. Una vez vi un V sobre una banda que se especializaba en saltar atrás en el tiempo unos minutos antes de que se cometiera el hurto, robar lo que querían,

esconder el botín y volver delante de nuevo, dejando sólo el aroma indicador de sal quemada tras ellos. ¿O era pimienta? ¿O era vodka?

Amy olisqueó.

—Sí —dijo el Doctor, siguiendo su lógica—. Eso es lo que falla en su teoría, señor Agincourt.

—Ya veo lo que quiere usted decir —Hari se mordió el labio—. No huele a agua de mar quemada, ¿eh?

—Bueno, podría haberse camuflado con los deliciosos aromas de nuestra cena, supongo —el señor Banning-Cannon acudió en ayuda de Hari—. Tienen que admitir ustedes...

—Pero sí que había un olor extraño. Todos estábamos impresionados por la cena —la señora Banning-Cannon reconoció graciosamente a su anfitrión—, sin embargo, estoy segura que pocos de nosotros podríamos confundir la ternera asada con el ozono quemado. Estoy segura de que no era ozono. Quizá lavanda, con un toque de Pasión de María. Definitivamente algo floral. Si no puedes ser útil de otra manera, Urquart, te sugiero que no intervengas con más teorías. Ya has hecho tu parte. Ahora deberíamos llamar a la policía y deberían estar aquí por la mañana, aunque no puedo ni pensar en por qué no trabajan por la noche. Con suerte, ya habrían capturado para entonces a los malhechores y devuelto mi sombrero sin haber sufrido ningún daño.

Un pensamiento fresco se le ocurrió a Bingo. ¿Sería así? ¿Devolver el sombrero sin haber sufrido ningún daño? Imagina que eran activistas de los derechos animales objetándose a las pieles y a las plumas que meramente pretendían hacer un poco de robos o pinturas V del sombrero antes de devolverlo. ¡O secuestra-sombreros, incluso! O unos ladrones oportunistas comunes. ¿Qué pasaba si de verdad habían estado buscando la Flecha Plateada pero no podían haber rastreado la caja fuerte sellada temporalmente? No.

Esa estaba segura y él estaba bastante seguro de que había sido enviada al futuro. Era más posible que una vez a bordo del *Gargantúa*, el señor B-C supiera de inmediato que Bingo no había tenido nada que ver con el robo y que no pudiera hacer nada para rescindir la recompensa ofrecida, quizá retirando la concesión de Bingo y sacándole de una patada, quitándole el condado y exiliándole del planeta. En ese momento masticaba su ternera sin ningún apetito...

“Burlados los mansos cuando son sorprendidos en celebraciones inciertas” decía el Libro de Coleman.

Lord Sherwood ignoró la rápida mirada de pregunta que el señor B-C le lanzaba en su dirección. En ese momento, el moldeador de planetas les delataría. El señor B-C no sabía en ese momento que el Conde de Lockesley no había tenido éxito en el golpe y, de hecho, había sido frustrado en su ambición. El gran magnate estaba regodeándose en su éxito, creyendo que Bingo se las había apañado para esconder ese grandioso sombrero en algún

lugar de su habitación y sería capaz de sacarlo, sin duda, durante la siguiente noche cuando la fiesta hubiera terminado y, en las palabras de una canción recientemente revivida, habrían hecho estallar su globo y robado la luna. Bueno, eso lo habían hecho hacía eones. En cualquier caso, era un sombrero en esa ocasión, más que una luna, que podría ser “descubierto” en algún lugar y devuelto. Cuando el magistrado local hubiera sido capaz de atribuir todo el episodio a una molesta broma de alguno de los miembros más jóvenes de los Segundos Quince. No te preocupes, Bingo, viejo amigo, las cosas se desarrollaban bien.

La opinión del señor B-C sobre el joven como de toda la aristocracia habían aumentado considerablemente durante la pasada hora. Sherwood no sólo había conseguido esconder el odioso complemento para la cabeza debajo de la nariz de sus huéspedes, sino que había sido capaz de esconderlo antes de que la señora Banning-Cannon hubiera vuelto inesperadamente a su habitación a recuperar su olvidada retícula. ¡Eso demostraba una destacable inventiva! El capitán de la industria no lo podría haber hecho mejor él mismo. De hecho, con extraña generosidad, debía admitir que no lo podría haber hecho. Deseaba saber cómo se había desarrollado el trabajo. Mientras tanto, devolvió su atención a la comida ante él que se había convertido en algo así como un festín de la victoria.

Más tarde, disfrutando de un cigarro y un globo de coñac en la terraza, fue capaz de apartar a Bingo durante un momento y ofrecerle un enorme guiño de ojo.

—¡Buen espectáculo, hijo!

En ese momento, W. G. Grace, fumando un enorme cigarrillo y rascándose su magnífica barba, se pavoneó por el rincón de la terraza para intercambiar un “buenas noches”.

Un par más de interrupciones y Bingo quedó prácticamente trabado de la lengua. Al fin, Bingo abrió su boca para informar a su jefe de los detalles reales del evento cuando se dio cuenta de que no sólo este era el momento equivocado, sino que puede que nunca hubiera uno correcto.

El sombrero había desaparecido, quizá para siempre. Puede que nunca hubiera un tiempo en el que se devolviera. En tal caso, aunque se podía decir que había fallado en su comisión, el señor Banning-Cannon nunca lo sabría. Le pasaría las llaves de su Peers™ sin acciones con gratitud y buena predisposición, y aunque un pequeño misterio seguiría inquietándole, sin duda se solucionaría un día cuando él fuera el verdadero Lord de Sherwood más que un mero propietario de unos bosques y una casa grande alquilada en una suma nominal de TerraForma™. La razón por la que alguien querría el sombrero la desconocería para siempre, pero sólo la señora B-C podría explicarla y seguramente no durante mucho. De hecho, a la primera oportunidad que tuviera, le daría uno nuevo e igual de odioso que el anterior y se lo enviaría a su casa en Cisne o donde fuera. Todo el mundo quedaría satisfecho.

¿Qué pasaba sí, y aquí se encontraba en el borde de atragantarse con su copa de porto, el verdadero ladrón querría un rescate por el sombrero? Incluso si alguien pudiera arrancar una pluma o dos del sombrero robado y enviara un mensaje al V personal de la señora Banning-Cannon indicando dónde dejar la pasta en algún sobre usado si la niña de sus ojos debía ser devuelta sin ninguna mutilación más. Tragó saliva. Y esta vez la señora Banning-Cannon se dio cuenta de su condición, graznando, para el asombro del señor B-C, una expresión de preocupación en la dirección de su anfitrión.

—¡Mi querido Lord Sherwood! ¡Está usted teniendo, pienso, una reacción a las aventuras de esta noche! Por muy valiente que sea usted, está claro para alguno de nosotros que está usted sufriendo de un shock tardío. En otras palabras, su encuentro con los ladrones, aunque sea un acto de valentía inconsciente, les ha afectado a sus nervios altamente tuneados.

Fue como una sorpresa entre aquellos que le conocían que el viejo Bingo Lockesley tenía algún nervio, altamente tuneado o de otra manera. Balbuceó algo sobre estar perfectamente bien mientras hacía su ahora celebrada actuación de baliza especial en pleno deber de tráfico, sonrojándose y empalideciendo en cuestión de segundos mientras su conciencia le zarandeaba rápidamente de un estado de alta ansiedad a uno de bajo terror.

Entonces, dándose cuenta de que tenía una excusa perfectamente legítima que ofrecer, mencionó que tenía un largo partido por delante por la mañana y quizá sería mejor ir a descansar. Felizmente fue salvado de más tormentos por W. G. Grace paseándose por la esquina, con el estuche de su arco bajo su brazo, introducida en una nube de humo de un gigantesco cigarrillo y hablando sobre las medias de golpeo con uno de los centauros. Dejándoles charlando, se escurrió en dirección a su habitación.

CAPÍTULO 6

AMARILLO

BINGO SÓLO TUVO unos pocos minutos para ponerse el pijama antes de que llamaran a la puerta. Su primer impulso fue saltar bajo el cubrecama y pretender estar dormido, pero entonces le movió la curiosidad. ¿Qué pasaba si aquel era el verdadero ladrón, por cuyo trabajo recibía alabanzas y culpa, para acabar de terminar con él? ¿Qué pasaba si se negaba a responder? A regañadientes, Bingo abrió la puerta con un crujido. Allí se alzaba Urquart Banning-Cannon con sus corbatas blancas, todavía sorbiendo nerviosamente de su cigarrillo y abanicándose con sus puños. Sólo entonces Bingo se preguntó si el señor B-C no se había asegurado en contra del fracaso de Bingo y hubiera empleado a un apoyo.

–Tssst –dijo el señor Banning-Cannon.

–¿Perdón?

–¡Déjame entrar, maldita sea! –el magnate se apresuró a entrar en la habitación y cerró la puerta con firmeza detrás de él– ¡Felicidades! –le apretó la mano de forma insegura a Bingo– Sólo puedo quedarme unos pocos minutos. ¿Qué has hecho con el sombrero?

–¿Con...? –durante un momento Bingo se quedó en blanco– ¡Oh! ¡Oh! ¿Quiere usted decir el sombrero?

–Naturalmente, con el sombrero. ¿Qué sino? ¡Estás hecho todo un Svengali, con la forma que lo has hecho desaparecer! ¿Sabes lo que te digo con lo de Svengali?

–¿Quizá Mantovani?

Urquart se dio un golpe en el lado de la cabeza.

–Estos nanotraductores no van demasiado bien para hablar de historia. Oh, ya sé, Fellini. Creo que será algo como Juduni.

–¿Houdini?

–¿Qué le pasa?

–Usted le ha mencionado.

–¿Eso he hecho? Vale. El sombrero. ¿Cómo lo has sacado de aquí?

–Ese es un pequeño secreto –dijo Bingo, admirando su propia rapidez inesperada de mente.

–Ya me lo dirás, ¿verdad?

Algo como el acero cruzó repentinamente el alma de Bingo Lockesley.

–Por supuesto, amigo. En cuanto lo tengamos todo firmado, sellado y entregado. ¿El contrato?

–Mi palabra es mi honor. El trabajo está hecho. El planeta es tuyo.

–Creo que necesitamos algo más concreto.

–Cualquier cosa. Créeme. Te escribiré una carta. Puedes confiar en mí. Tendrás el contrato en tus manos mañana –Urquart se dirigió para marcharse–. Pareces diferente...

–¿A qué se refiere usted con diferente? –Bingo sintió su desesperación alimentada con la beligerancia desapareciendo con rapidez. Comenzaba a sonrojarse. Entonces palideció.

–No lo sé. Probablemente te ha costado mucha adrenalina, ¿eh? En fin, te prepararé ese contrato. Pero mientras tanto, el planeta es tuyo. Para que hagas lo que te plazca con él.

Bingo se aclaró la garganta. Urquart abrió la puerta de su propia habitación.

–Me marcharé por aquí, ¿te parece? ¡Qué divertido! ¿Hueles algo? Será mejor que salga de aquí –y se marchó. Bingo sabía lo que significaba. Sí que era un olor extraño. Familiar, sin embargo. Simplemente no podía situarlo. ¿Lavanda? Se volvió a la cama y se metió bajo la manta. Comenzaba a preocuparse. Sentía que había recibido una parte ligera del futuro y no estaba del todo seguro de si iba a ser lo bastante bueno como parecía en la superficie.

Otro golpeteo en la puerta. Se concentró en no responder. Permaneció bajo la manta, seguro con el conocimiento de que ambas puertas estaban cerradas. Y entonces, alguien estaba de pie junto a él.

–Eh, ¿lord Sherwood? Soy el Doctor. Me preguntaba si...

–No –dijo, entonces–. Váyase. Estoy durmiendo. No necesito un doctor. Estoy fresco como una rosa. Le veré para el desayuno. Le recomiendo el kedgerree.

–Han llamado a la policía. Ha sido la señora Banning-Cannon, de hecho. Pensaba que el señor Banning-Cannon no entendía la urgencia. Así que van a estar aquí por la mañana... Pensaba que tú...

–¿Policía? –el conde de Lockesley puso su nariz por encima del cubrecama– ¿Yo?

–Bueno, sí. La señora Banning-Cannon pensaba que cuanto antes el caso, como ella lo llama, fuera puesto en manos del magistrado del distrito, mejor. Entre usted y yo, los policías locales puede que no que se tomen el robo de un sombrero demasiado en serio. Puede usted verlo desde el punto de vista de la señora... Bueno, mientras tanto, por supuesto, todo está poniéndose patas arriba con la esperanza de que haya habido un control...

A regañadientes, Bingo de nuevo se negó la tierra de Morfeo.

–Estaba pensando que quizá sea demasiado pronto para llamar a los magistrados. Los policías son todo lo que necesitamos dadas las circunstancias, ¿no? Ese sombrero probablemente aparecerá por la mañana. Abandonado en un hotel o algo. ¡Quiero decir, sólo es un maldito sombrero!

–No para la señora B-C. ¿Tienes alguna idea de lo que cuestan esas cosas? Y ya sabes el gancho que tiene ella con las autoridades. Creo que, entre ellos, los Tarbutton y los Banning-Cannon prácticamente son los dueños de la ley local.

–¿Los policías están vendidos?

–Por supuesto que no –el Doctor se detuvo lo suficiente como para que Bingo no le creyera, antes de aclarar–. Probablemente sean como la mayoría de las fuerzas policiales, saben de quién es la propiedad que deben cuidar primero y por encima de todo. Después de todo, les deben sus trabajos a las compañías de terraformación. Las compañías son las que hacen los planetas y ayudan a poblarlos. Generalmente los oficiales se esfuerzan para mantener la paz, reforzar la ley y son un puñado de gente honesta, espero; pero si es cuestión de mi gorra de tiro al arco perdida, que vale unos pocos botones y una creación de Diana de Loondrees que vale cientos de miles de fondoazules... Bueno, ambos sabemos qué crimen se tomarán más en serio.

Bingo se enderezó en la cama.

–No había pensado en ello. Mi tío es el Magistrado Investigador local. Hablaré con él.

El Doctor se sentó en el borde de la cama.

–Entiendo que la señora B-C ha hecho que el señor B-C le llame. Ha dicho que se pasaría por la mañana. Supongo que es un rigorista de la ley. Y por supuesto querrá entrevistarse contigo.

–¿Conmigo?

–Bueno, sí, porque tú oíste a los ladrones e intentaste cogerlos. Aunque no los vieras, la policía querrá repasarlo para ver qué puedes haber visto. Tienen mentes entrenadas, ¿sabes? Son imposibles de engañar, incluso cuando nos estamos engañando accidentalmente a nosotros mismos.

–Ah, sí. Naturalmente haré lo que pueda. Sólo hay un olor raro a salitre. Eso es todo lo que he notado, igual que usted.

–Probablemente significará algo para un detective. Puede que incluso apunte en dirección al ladrón.

–Sí, ya lo veo. Que podría ser o no humano, ¿eh?

–Bueno, por supuesto, bajo circunstancias normales el marido de la víctima sería el sospechoso número uno más probable.

–¿Eh?

–Piénsalo. Se sabe que él odiaba el sombrero. Él sufre, por desgracia, algún tipo de aracnofobia y se le oyó pidiéndole a su esposa que no llevara esa cosa mañana. Él ya me había preguntado si sabía sobre el miedo a las arañas, y se había referido al sombrero como “esa gran y monstruosa araña cerniéndose en lo alto de su cabeza” con algunos de sus compañeros de viaje. Estaba pensando en encarar su cama mañana antes de que confrontarlo.

–¿En serio? No había oído nada de esto –(o muy poco, de cualquier forma, pensó Bingo para su alivio)–. ¿Tenía miedo de los sombreros?

–No a todos los sombreros –dijo el Doctor–. Sólo a un cierto tipo. A los sombreros que se parecen a las arañas. Y a cualquier cosa que se parezca a una araña. Incluyendo a las mismas arañas, supongo. Hay un motivo arácnido –añadió en caso de que hubiera alguna duda.

–Bueno, ya puede usted imaginar cómo se puede poner con ese sombrero. Vergüenza. Para un tipo sufrirlo. Pensarías que...

–Haría algo sobre ello. Que lo intentaría. Ha visto a varios especialistas por toda la galaxia. Incluso me pidió consejo a mí.

–Tiene sentido. ¿Pero no pudo usted ayudarlo?

–No soy ese tipo de doctor.

–Por supuesto eso le hace ser el ladrón –señaló Bingo.

–¿Por qué? –preguntó el Doctor.

–Porque no podría alejarse en un kilómetro de eso sin que explotaran las colmenas y esas cosas.

–Ah, sí. Así que, sin duda, querrán saber si tuvo algo que ver con ello.

–¿Qué quieres decir?

–Si encargó a alguien para hacer el hurto. Conspiró con alguien.

–Ah, sí –Bingo hizo un extraño sonido al tragar.

–Pero probablemente pensarán en una teoría diferente.

–Sí, esperémoslo.

–¿Por qué deberíamos esperarlo?

–Oh, bueno. Ah. Porque sería algo bastante terrible si uno de nosotros cayera bajo la sombra de la sospecha, ¿no es verdad?

–Sí. Eso es cierto. ¿Así que no puede ocurrírsete ninguna pista? Quiero decir, ¿no podrás adivinar quién entre tus huéspedes podría haber dejado el olor de agua marina caliente tras de sí?

–No, a menos que, ja, ja, sea algún tipo de pez a medio asar, ¿verdad?

Bingo se estremeció ante su propia broma. Estaba comenzando a sentirse aliviado de no haber tenido éxito en conseguir el gran robo del sombrero, después de todo. ¿Y qué pasaba si el señor Banning-Cannon apuntaba el dedo a él y le cargaba con un interrogatorio? Que se atreviera. Que pensara que Bingo había robado el maldito sombrero, como Bingo le había permitido creer.

—Bueno —dijo el Doctor, levantándose—, había pensado en pasarme y hablarlo contigo. Sólo en caso de que supieras algo. O si yo pudiera ayudar, ¿quizás?

—Muy decente por su parte, Doctor. Le estoy agradecido. Me pondré a darle vueltas.

Murmuró “Buenas noches” al desgarbado hombre misterioso, que se marchó, cerrando la puerta en silencio detrás de él.

En ese momento, por supuesto, Bingo estaba bastante despierto. Se enderezó en la cama mordisqueándose las uñas e intentando reunir sus pensamientos. Pero, por mucho que lo intentara, los pensamientos permanecían sin reunir. Parecían estar concentrados, de hecho, en permanecer sin reunir. Durmió a ratos aquella noche, despertándose de tanto en cuanto para sentir lo que parecía ser un frío acero alrededor de sus muñecas. Sus sueños, cuando llegaron, generalmente involucraban sufrimiento con algún tipo de encarcelamiento. Imaginó a la señora Banning-Cannon apuntando un dedo acusador en dirección al señor B-C quien, a cambio, se inclinó para apuntar un dedo similar hacia él.

Se despertó la mañana siguiente, murmurando para sí, con su cabeza, cuello y hombros bañados con un frío y pegajoso sudor mientras que de sus secos labios no dejaba de salir una y otra vez las palabras:

—Soy inocente, soy inocente, soy inocente, se lo digo yo. Pregúntenle, yo nunca lo hice.

Lo cual era perfectamente verdad, por supuesto, pero de alguna manera no le convencía, mucho menos a sus entrevistadores imaginarios.

Cierto es, que como el propietario local, no es que fuera a ser acusado de un tonto robo de un sombrero demasiado grande, pero sabía que los propietarios no-locales de muchos planetas tendían a tener más peso de lo que normalmente tenían. Su única esperanza, se dijo a sí mismo, era que su tío Rudolpo venía a investigar el caso.

Él era el apropiado magistrado local y, ya que el Código Napoleón tendía a ser el sistema legal preferido en aquella parte del universo, tenía una mejor opción de recibir un juicio justo con su tío que si se fuera a usar la ley anglosajona o Barsoomian. Mientras se afeitaba la cara aquella mañana mirando en el espejo para ver si tenía la pinta de una mente criminal, barajó las oportunidades de que Sir Rudolpo de Crespigny llegara a la conclusión de un veredicto no-culpable o si aquel viejo incorruptible insistiría en investigar cada aspecto del asunto. Pero de nuevo, con suerte, el sombrero aparecería,

habiendo sido entregado a la habitación equivocada en su camino del Claremont a Lockesley Hall. Pero eso no era demasiado probable.

Tragándose el desayuno unos pocos minutos más tarde, sintiéndose con un mejor humor después de sus abluciones matutinas, entró en la habitación para encontrar que todos los ojos le miraban.

—¡Hola! —gritó él, más bien ruidosamente— ¿Qué tal? ¿Se ha encontrado el sombrero, supongo!

Todos los ojos volvieron a su posición previa. Siguiéndolos, vio que estaban fijados en el hombre con un uniforme azul oscuro y botones de plata con tiras espléndidas de color escarlata de Inspector Magistrado de los Reguladores Callejeros de Sussex y Surrey Bacon, una rama que mantenía la paz en aquel brazo particular de la galaxia y lo había hecho durante varios milenios desde el colapso de la Ley después de la última Época Oscura pero una de estas partes siguiendo la quinta, o posiblemente sexta guerra interplanetaria. Por encima de esta carnicería brillaba una cara de tal amigabilidad y bucólica buena voluntad que Bingo se sintió inmediatamente reasegurado. Debería haberlo estado, ya que ésta pertenecía al Inspector-Magistrado sir Rudolpo de Crespigny, que no sólo había colocado a Bingo sobre sus rodillas, sino que también era un buen deportista y también le había enseñado casi todo lo que sabía sobre los torneos de recreación y sus juegos asociados. Normalmente, Bingo habría dado un amistoso palmeteo en el hombro amable de su tío y le habría saludado con nada más que saludos de buena voluntad, pero hoy la expresión del viejo era de tal considerable gravedad que Bingo podía decir que decididamente algo no iba bien.

—¡Ah! —dijo él— No ha aparecido el sombrero, ¿eh? ¡Es una lástima!

—Eso es exactamente lo que es, joven Rob —declaró Sir Rudolpo—. Vas a tener que posponer el partido, me temo. Y nadie va a poder dejar el castillo y los terrenos, al menos antes de que puedan explicar sus acciones de la noche pasada.

—¿Piensa usted que el sombrero sigue en los terrenos? —dijo el señor Banning-Cannon, dirigiendo sus preguntas al Inspector-Magistrado pero dirigiendo una mirada de suplicante preocupación a su anfitrión— Estoy bastante seguro de que esos bellacos ya deben de haberse ido lejos, ¿no es así, lord Sherwood?

Bingo tuvo inmediatamente claro que no tenía mucho que temer de ser apuntado por el señor B-C, ya que el magnate de la terraformación tenía tanto que perder de cualquier revelación como él. Sus espíritus se alzaron como un kilómetro tras darse cuenta de eso. Pero entonces, el horror de lo que se había dicho le impactó.

—¿Has dicho que se ha cancelado el partido?

—Me temo que así ha sido.

—¿Y qué es lo que va a pasar mañana?

—¿Mañana? No podría decirlo. Sin duda, si el sombrero se ha encontrado o estamos seguros de que ya no se encuentra en la zona, entonces todo el mundo podría continuar con sus asuntos. Mi suposición es que la investigación durará un poco más.

—Pero —dijo Bingo—, ¡eso no puede ser!

—Me temo que va a tener que ser así. No debería ser demasiado problema. Por lo que sé, ninguna nave extraña partió de aquí anoche o esta mañana. Lamentablemente la lanzadera está cancelada pero otra nave vendrá en una semana o dos y me han informado de que a todos los pasajeros del *Gargantúa* se les ofrecerá un servicio igual en el *Gigantique*, su nave hermana. Los terráfilos y los clientes del Tour Histórico no deberán pagar nada, ya que esto entra dentro de los términos del seguro adquirido al comprar los billetes. El pasaje simplemente será transferido para todo el mundo. Nadie se saldrá del camino. Por suerte, hay muchos asientos disponibles en el *Gigantique*, y ya que es la nave hermana del *Gargantúa* no habrá cambios de amenidades.

Bingo negaba con la cabeza.

—No, no, no, no, no —dijo él—. Ni de broma. ¿No lo entiendes?

—Entiendo que la Ley debe seguir su curso —declaró su tío, un poco sombríamente.

—Creo que su sobrino está intentando hacernos saber —dijo el Doctor, levantándose de la mesa y limpiándose las comisuras de la boca con los extremos de su servilleta— que el *Gargantúa* iba a atracar en el planeta Flynn en el sistema Miggea del Borde de Sagitario a tiempo para que nuestro equipo juegue la final del Gran Torneo. ¡El *Gigantique* llegará a Miggea unas tres semanas tarde para jugar el Torneo! Esto significa poco, lo sé, para el viajero medio que puede disfrutar ante la oportunidad de pasar otra noche en este encantador y pintoresco planeta, pero para aquellos de nosotros ansiosos de golpear nuestro primer agarre en un cuarto de milenio a la famosa y misteriosa Flecha Argénteo, son muy malas noticias. Los Turistas, que no aceptaron la amable invitación de lord Sherwood de quedarse aquí, meramente tendrán que jugar los Visitantes. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Hmmm —dijo sir Rudolpo, sobre quien toda la importancia de las noticias estaba, de hecho, desapareciendo—. Sí, la verdad. Es bastante lamentable, tengo que admitirlo. Quiero decir, esperábamos ganarle la Flecha a los Turistas esta vez. ¡Oh, cielos! —lo reflexionó durante un momento— Oh, esto es una calamidad —se giró hacia una confusa señora Banning-Cannon—. Supongo que no querrá usted, querida señora, posponer la investigación a favor de los Tournaments que volverán aquí al instante... —la expresión de la señora fue un poco más allá de meramente responder aquella pregunta— Ah, bueno, no, ya veo que está bastante decidida en... —lanzó una mirada suplicante por la habitación al equipo, a cualquiera que pudiera ayudar, a casi cualquier criatura, alienígena o humana, presente— O que cualquiera que haya robado el mal... el valioso sombrero... tenga la amabilidad de devolverlo o dar alguna pista para que la señora Banning-Cannon pueda retirar cargos...

—¡De ninguna de las maneras! —espetó la formidable dama— No me gustaría tener que recordar a todo el mundo que la compañía de mi marido es la dueña de este planeta.

Y en ese momento, todos los involucrados dieron rienda suelta a lo que sólo podría describirse como un gruñido colectivo.

CAPÍTULO 7

UN CUIDADOSO ESTUDIO DE LOS HORARIOS

–**EN TAL CASO**, ¡les deseo unos buenos días! –exclamó el oficial, con su amable cara llena de preocupación– Tengo que decirlo, joven Bingo, Lord Sherwood, que es una verdadera lástima y cómo voy a ser incapaz de disfrutar de la final del partido amistoso en el partido de los Caballeros contra los Turistas, pero peor que eso es lo increíblemente decepcionante que nuestro propio gran equipo va a perder su oportunidad de conseguir la antigua Flecha. Esto trae todo un carácter diferente a la situación. Uno incluso puede pensar que nuestros rivales llevaron a cabo esto meramente para apartarnos de nuestros partidos. Este es un mal día para nuestro torneo, caballeros. Malo, realmente malo.

–No es un gran día para aquellos de nosotros que nos tomamos en serio la sombrerería –declaró la señora B-C, intentando poner perspectiva en la situación. Todos la miraron con franco asombro. H'hn'ee, el centauro, bajó un cubo de cereales e intentó detener su pezuña de pisotear pesadamente en la alfombra. Llevaba unas zapatillas de interior especiales, por supuesto, pero sus pezuñas seguían haciendo un poco de ruido. De la misma manera, un Judoon, se oyó a sí mismo proferir un ruidoso bufido.

–¡Por las estrellas Medici! –exclamó Uff Nuf O'Kay, el guardián cánido– Si pudiera hincarle el diente al gato que ha robado... –se dio cuenta que Masher Dubloon, el campista calaverode, estaba sentado enfrente de él– Quiero decir, cualquier putrefacto...

Masher levantó la mirada con una silenciosa sonrisa:

–Quizá deberíamos meternos las manos en los bolsillos y ofrecer una recompensa para la vuelta del sombrero?

Esta era una puya a O'Kay, quien era conocido por todos como muy tacaño. Pero la señora Banning-Cannon encontró la idea atractiva.

–Ciertamente estoy preparada para pagar una recompensa.

El Inspector-Magistrado, quien marchaba del comedor, se detuvo por un momento y entonces continuó, como si no hubiera oído nada. Mientras que normalmente habría mantenido la ley por encima de todo, también permitiría casi cualquier cosa que ayudara a reencontrar el sombrero de la señora B-C y permitir que los Caballeros continuaran su camino a bordo del *Gargantúa*.

El Doctor y Amy estaban mirando con aprobación por las amplias ventanas hacia el maravilloso campo del castillo que poseía casi todo el catálogo de flores coloridas y aromáticas, alzándose en apretadas hileras hasta la primera línea de cedros florecidos y gigantescos bordes de caléndulas cerca del borde del lago decorativo. Bajo el cálido sol, el agua brillaba como el acero pulido.

–Casi me habría imaginado que nos hemos saboteado –le murmuró el Doctor a su amiga–. Es crucial para nosotros llegar a Flynn y ganar esa Flecha o, ¿quién sabe qué caos puede que creen Frank/Freddie Force y sus tristes Hombres Antimateria? Me pregunto si los ladrones tendrán alguna idea de lo que están haciendo.

–Bueno, Doctor, la verdad es que no me has contado todos los detalles.

Se apartó de la vista.

–No creo que pueda todavía. Todo lo que sé es lo que me han dicho. Y no estoy al cien por cien seguro de ello... –entonces dirigiéndose a los demás invitados al desayuno, dijo– Creo que pagar una recompensa es una idea excelente. Pero que sea también una cuantiosa suma.

–Pondré un millón –ofreció el señor Banning-Cannon. Él, al menos, estaba seguro de saber qué valía el sombrero en el mercado. Entonces vino un coro de ofertas de varias cantidades.

–Deberíamos tener en mente –señaló el Doctor–, que el culpable es ciertamente uno de nosotros y podría usar algún tipo de móvil temporal para robar el sombrero. O un aparato de antigravedad, lo cual sería obvio por su olor característico.

–¿Antigravedad? –gruñó el señor Banning-Cannon incapaz de resistir lanzar una mirada y suplicante mirada a Lord Sherwood– ¿y ese olor? ¿Cómo es?

–Es un poco como... sal marina quemada. Es característico por los tempelectrones descolocados, el olor provocado por la mayoría de los aparatos que emplean la antigravedad –el Doctor se movió al medio de la habitación–. Sabemos que ese sombrero era especialmente pesado y sólo podría descansar fácilmente en la cabeza de la señora Banning-Cannon si tuviera el aparato necesario antigravitatorio en su cabeza. Supongo que el ladrón sabía esto así que se introdujo en la habitación del vestidor de la señora Banning-Cannon armado con uno de esos aparatos manuales que usan para almacenar las estanterías en las grandes tiendas de bricolaje. Ya sabéis, debéis haberlo visto. ¿No? En fin, no importa. Entonces, habiendolo guiado a una ventana abierta, podría haber usado el “flotador”, como se llaman en el mercado, para manipular el sombrero en su caja de sombrero fuera de la ventana a un cómplice a la espra. Un coche aéreo ligero que podría haber estado esperando para recibirlo y ya tenemos el pan en el horno.

–¿Eh? –Bingo levantó la mirada, confuso– ¿Qué pan en qué horno?

–¡Cielos, eso es increíble! –exclamó Hari Angicourt– Brillantes poderes de deducción, Doctor, debo admitir. Pero ahora necesitamos saber quién tenía los recursos. Los operadores antigravitatorios no son baratos ni tampoco lo son los coches aéreos. Si está fuera del planeta significa que alguien o alguna compañía llegó aquí, así que es improbable que sean el trabajo de sólo un ladrón ordinario. Sin embargo, no habrían sido capaces de entrar y salir del lugar sin hacer sonar una alarma si no conocieran los terrenos, y como saben

ustedes, todos pasamos unos controles de reconocimiento con los empleados androides cuando llegamos. Nadie escapó un control, ¿verdad, Mullers? –se giró al mayordomo robótico.

–Todos los huéspedes fueron presentados al servicio, señor –el amable y digno androide se volvía operativo sólo cuando se le hablaba–. Tanto el servicio como los huéspedes fueron controlados. Una irrupción de ese sistema parece improbable, señor.

–De todas maneras –el Doctor se animó. A Amy le encantaba cuando sacaba sus habilidades detectivescas–, así es casi ciertamente como se debieron mover. ¿Pero cómo y dónde se encuentra el objeto escondido? Bueno, por desgracia eso es mucho más difícil de averiguar. Así que tendremos que averiguar quién para averiguar dónde. ¿El motivo? Vale, el sombrero es valioso, pero hay muchas cosas valiosas alrededor para poder robar. ¿Así que por qué robarlo? No es el objeto más portátil. Así que asumamos que no hay motivo específico financiero, en cual caso volvemos a la pregunta fundamental.

–¿Cuál es? –irrumpió el señor B-C.

–¿Por qué alguien robaría un sombrero?

–¡Es un original! –declaró la señora B-C– ¡Un Diana de Loondrees original! No hay dos iguales. Puedo pensar en varios coleccionistas que darían una fortuna para tener uno que no tienen. Son como los cuadros antiguos. De hecho, Diana incluyó todo un cuadro Rembrandt original en uno de sus últimos modelos. Es una artista. Los Rembrandt se pusieron de moda durante un tiempo. Otras veces usaba Picassos, Emins, Coca Colons, ahora todos están en los museos. Ella coge los materiales que le inspiren, aunque creo que el sombrero “Fobos” que hizo a tamaño real para Lady Marte estaba comisionado. Muchos consideraban que era ultravulgar. No lo sé, quizá lo sea, un poco. Sólo podía ser llevado con la ayuda de seis antigravs, no uno. Por suerte no era el Fobos real, que hace mucho se estrelló contra la superficie del Viejo Barsoom – casi se dio un golpe en la frente cuando le llegó la inspiración como un amanecer en los Alpes Rosas de Caladón–. ¡Lady M es tan competitiva! –la señora B-C se sentó de repente, tirando un vaso de Agua de Vórtice– Ella podría haberlo robado. Es bastante rica. Posee una Empresa Aérea Intergaláctica. No podemos movernos para hacer un planeta parecido a la Tierra sin sus plantas atmosféricas.

–¿Ella quería ese sombrero? –preguntó el Doctor, sonando ligeramente sorprendido.

–Oh, ya sabe, somos grandes rivales –sus ojos con máscaras se volvieron dos pequeñas babosas mientras la señora Banning-Cannon relajaba su cara para poner una sonrisa. Su brillo de labios brillaba como la sangre fresca–. Pero ella tendría que llevarlo, ¿no? Quiero decir, eso es lo que pasa con los sombreros, que se convierten en objetivo de habladurías. Así que todo lo que podría hacer es gastarse el dinero en otra creación de Diana. Es así cómo la desafiaría y estoy segura de que es así cómo ella me desafiaría a mí. Quizá fue robado por sus piedras preciosas y metales...

–Excepto –dijo el Doctor–, que un trabajo de este tipo no sería aprovechable para un ladrón ordinario. Incluso con el equipamiento alquilado, sólo se podría haber irrumpido en el lugar. Y si entraron los materiales antigravitatorios y las lanzaderas, sería una carrera sin éxito. No, creo que algo diferente está teniendo lugar aquí.

–Doctor, si no podemos devolver el sombrero en menos de veinticuatro horas, estamos listos –Hari Angicourt estaba paseándose arriba y abajo paralelamente a la mesa del desayuno. Claramente, estaba altamente agitado sobre la opción de no jugar nunca el partido–. Tú les viste, Bingo, ¿alguna idea?

–Um –dijo Bingo–, me gustaría poder decir que los vi, pero no fue más que un atisbo...

–Estuve fuera de la habitación menos de cinco minutos, Lord Sherwood – la señora Banning-Cannon no podía atreverse a hablarle con dureza al joven que ella había seleccionado como futuro yerno–. Oyó usted algo, ¿verdad?

–Um. Sí. Oí un tipo de ruido sibilante. Como una cobra, ya sabe, o una de esas grandes víboras y yo...

–Presumiblemente hiciste una carrera a través de las habitaciones que conectan y sólo estaban a tiempo para... para... –coaccionó el Doctor.

–Para buscarlos. Debían de haber estado escondiéndose. Pero cuando me giré, ellos...

–¿Estaban dirigiéndose hacia las habitaciones de usted? Así que les dio caza y escaparon a través de su ventana –le recordó amablemente Flapper Banning-Cannon. Su propia teoría privada era que el pobre Bingo se había cansado en exceso de ella y ahora estaba teniendo que soportar el desagrado dolido de su amigo Hari porque él había rechazado entender que Bingo simplemente había sido reclutado por Flapper como un tipo de caballo de paseo, o lo que ella pensaba como una cabra para el sacrificio, o no, ¿era algún otro tipo de cabra, una oveja, quizás? ¿Un cordero de Judas? ¿Era así como se decía? Ah, bueno. O vendría a ella o no. Expulsó el garboso suspiro de una chica que veía sus oportunidades educativas como tener que ser tan endurecida como educada fuera posible; ahora estaban detrás de ella, sentía que podría cerrar la barraca y echarse los bártulos al hombro.

–Totalmente de acuerdo –dijo Bingo, agradecido–. Así es como fue, la verdad.

Echó una mirada a Flapper para decirle “gracias por ser una amiga”, Hari dijo:

–Eso lo dices porque estáis enamorados.

–¿La caja y el sombrero siguen aquí? –preguntó el Doctor.

–No. Eso es lo gracioso –dijo Bingo, consciente de la cercana atención que recibía de ambos B-C y el Doctor y alegre de poder contar la verdad– ¡No los vi en ningún lugar!

–¿Así que mientras comprobabas las otras habitaciones de la suite de la señora Banning-Cannon, se escaparon con el sombrero? –sugirió Flapper. Ante eso, Hari les dio la espalda y miró con ferocidad fuera de la ventana al jardín y al lago los cuales debían estar preguntándose qué habían hecho para inspirar tanta rabia.

–Sí, básicamente, Doctor, sí –por dentro Bingo estaba retorciéndose de dolor, consciente de que por su propia avaricia en aceptar la oferta del señor Banning-Cannon, le había dejado su propio lado con una venganza. Además, había decepcionado a Hari. Y a Flapper. Dadas las diferentes circunstancias podía haber estado ansioso de forma salvaje, pero era chapado a la antigua forma británica. Se contentaba con estar ansioso por dentro.

¡Si tan sólo hubiera pensado en las consecuencias durante un momento! Quería decir la verdad muchísimo. A penas había contado una mentira desde que tenía siete años, cuando había robado un frasco de mermelada de fresa del armario de la cocina y entonces intentó culpar a un cocinero y a la criada por el crimen, olvidándose de que, ya que ambos eran androides, no tenían gusto para la comida humana. Apretó su boca cuando recordó aquel momento. Tenía que haber pensado entonces que no tenía el cerebro o la personalidad de un ladrón maestro. Y ahora su historia era más fina que una nube de gas Copérnico. Si no fuera porque el señor Banning-Cannon le respaldaba y el Doctor también intentaba aparentemente ayudarlo, habría sido descubierto y estaría llorando en un charco de lágrimas. Tal y como era, podía haber estado haciendo todo tipo de cosas antes que ser condenado. Se estremeció. No sólo perdería Lockesley Hall, sino que se pasaría años en la prisión planetaria sacando agua para los tanques de Recursos Acuáticos para venderse para amplios beneficios en los mundos mineros y los planetas desierto que no merecían terraformarse.

En un conjunto diferente de circunstancias, su mejor amigo Hari habría notado su ansiedad en ese momento y hubiera venido a respaldarlo, pero Hari estaba de pie en otro lugar. En el otro lado de la habitación.

Bingo habría confesado todo si hubiera servido de algo. El hecho era que había poco que confesar. No había robado el maldito sombrero. Era únicamente culpable de haber planeado robar el sombrero. Si los otros ladrones no le hubieran ganado por un pelo, él habría, por supuesto, tenido algo que decir a todas aquellas personas que ahora estaban mirándole y cuyas vidas no había realmente arruinado. Algún otro bellaco lo había hecho. ¡Deseaba poder haberlos atrapado!

Iba a conseguir su planeta y hacer lo que le gustara con él a pesar de no haber robado el sombrero. Las únicas cosas que tenía en su conciencia era que (a) había estado de acuerdo en robar un sombrero que no había robado, y (b) iba a conseguir el sueño de su vida sin haber hecho nada malo para ganarlo. Miró alrededor de la habitación de forma desanimado y se encontró

con lo que pensaba que era el ojo conocedor del Doctor. Quien no tendría oportunidad de mostrar sus tremendas habilidades como pudiera haber hecho si hubieran llegado a la caída planetaria en Flynn y no haber sido condenados a no llegar nunca a Miggea y a los juegos.

Así que mientras el tiempo pasaba y el tío Rudolpo y sus hombres marchaban por detrás, cada vez más motivados para solucionar el crimen ahora que su equipo estaba en peligro de nunca llegar siquiera a oler la Flecha, Bingo hizo virilmente de anfitrión a los Tournaments, los recreadores y los vacacionistas mientras comprobaban su reloj cada minuto con la esperanza de que algunas noticias llegaran sobre la preocupante localización del sombrero robado. Intentó hablar con Hari, pero Hari estaba reflexionando y no había nada que hacer con él. Y cuando la hermosa Flapper intentó hablar sobre Hari a Bingo o sobre Bingo a Hari, ambos, por razones equivocadas, rechazaron hablar. Parecía bastante definitivo que, cuando cayera la noche, ningún amor verdadero o deporte verdadero iban a llevarse a cabo de nuevo. Bingo fue a la cama rezando que el sombrero fuera descubierto y que los pasajeros del *Gargantúa* pudieran marcharse. Lúgubremente, anticipaba otra noche sin dormir.

El Doctor se fue a la cama preguntándose quién demonios estaría diciendo la verdad y quién mentía cuando claramente nadie con quien había hablado tendría ninguna razón para robar el horrible sombrero de la señora Banning-Cannon. Le dio muchas vueltas a la posibilidad de que esto tenía que ver con el torneo y que los Judoon, que componían la mayoría de los Turistas, podrían haber planeado todo para evitar que tomaran la nave y llegaran a Miggea demasiado tarde para jugar. Pero tales tácticas, tenía que admitirlo, no eran características de los Judoon, que tendían a tener unas actitudes fijadas y literales allí donde concerniera la ley. Se escurrió el cerebro para más posibilidades y pasó una noche fastidiosa en el proceso, habiendo más retorcimientos de cama que cerebro envueltos.

Todo el mundo estaba de pie al amanecer, lo cual no era una inconveniencia para el servicio androide. Un equipo lúgubre y bastante cansado se reunió en el comedor. Todos ellos se habían quitado las legañas, mirando a los cronos leyendo los minutos antes de que fuera demasiado tarde para solucionar el crimen y embarcarse en el *Gargantúa* a tiempo. Otro hermoso sol se alzó por encima de las brillantes torres, unos árboles pintorescos, el jardín verde y el reluciente azul del lago decorativo de Lockesley Hall, pero no iluminó un puñado de caras alegres deleitándose por el maravilloso tiempo y su perfección para un partido de torneo sino en una multitud de rasgos entristecidos mirando el cielo observando a las embarcaciones acompañar a sus compañeros afortunados para embarcar en el *Gargantúa*.

Sólo el señor Banning-Cannon no estaba de luto. Si le preguntases, te diría que estaba tan contento como el jilguero, que en palabras de las dichas populares, canta en el árbol. Por desgracia, sin embargo, no podía permitirse mostrar su placer, pues debía aparecer sombríamente inflexible en la mayor

parte de los temas, especialmente en el robo de los sombreros caros, como su señora esposa.

En la hora de comer, sir Rudolpo de Crespigny bajó del cielo, seguido por un escuadrón de sus hombres, para entregar las alegres noticias de que el sombrero de la señora Banning-Cannon había sido encontrado, abandonado, pero todavía en su caja, en los arbustos del extremo alejado del lago.

–Parece ser –anunció Rudolpo, que sentía que la señora B-C debía haber sido más flexible en retirar los cargos y así dejar a los héroes locales tener la oportunidad, al menos, de jugar por la codiciada Flecha–, que el sombrero en cuestión ha sido encontrado. Me gustaría, por lo tanto, señora, que me acompañara a mí y a mis oficiales para identificarlo.

La caja del sombrero se abrió, se identificó el sombrero. Algo, dijo la señora Banning-Cannon, podría faltar del sombrero. Pero no lo pensaba. Parecía desaliñado, como si parte de la estructura interna hubiera estado desplazada. Como si se hubieran sentado encima (seguía pareciendo una araña terrorífica). Al cabo del tiempo, se vio obligada a admitir que el sombrero, a pesar de estar un poco vapuleado, era suyo y que los cargos no serían presentados en materia de su robo. Todo el mundo se sintió aliviado hasta que recordó que el navío intergaláctico ya había partido y con éste sus oportunidades de jugar un partido histórico, hasta que el Doctor paseó hasta el jardín bien cuidado ojeando una copia del *“ABC de Colvin. Guía para las Naves Intergalácticas para el año 51007”* y silbando alegremente para sí.

–¿Qué es lo que te hace poner esa cara de perro bonachón de repente? –preguntó Amy, que estaba tomando la situación casi tan mal como el resto de las personas, si no más, ya que había alguna pista de motivos superiores envueltos. El Doctor alzó la mirada con una sonrisa que compartió generosamente con sus alrededores y la población del hermosamente tallado jardín de Lockesley Hall.

–Oh, sólo pensaba que os gustaría saber –dijo, siguiendo sonriente–, que si cogemos la lanzadera local entre Peers™ y Margarita 100 que nos deja en el puerto espacial local a las 23:33 esta noche, y en Margarita cogemos la barcaza acuática de las 7:20 que va a Desirée en el Lavum Hestes Exterior y nos dirigimos a Dafryd, el mundo minero, cogeremos el de las 11:28 a Placamina entonces saltamos de Placamina en Poseidón, llegando siete días más tarde a Mundomarino 5000, deberíamos poder coger el Kali 7 de las 20:40 la noche siguiente para llegar a Ganesh la noche siguiente y, con un poco de suerte, llegar allí seis horas y media antes que el *Gargantúa* que va a partir en su viaje final hacia Sagitario, destinado para entrar en órbita algunos días más tarde por encima de Murphy en el sistema Miggea antes de que gire y haya repostado y recuperado su certificado de poder viajar en el espacio, y comience su viaje de vuelta a casa –sonrió congratulándose, antes de añadir–. Por supuesto, no será muy cómodo y algunas de estas conexiones son un poco justas, pero deberíamos ser capaces de llegar a Flynn la mañana después del control en Murphy.

El Doctor más tarde le comentaría a Amy que le habían aplaudido antes, de hecho, le habían aplaudido muchas veces antes que esa, pero nunca tan alegremente como cuando le dijo a su equipo que, después de todo, llegarían a tener una oportunidad en el Gran Torneo.

CAPÍTULO 8

EN EL ÉTER, AL FIN

AMY HABÍA DISFRUTADO su estancia en Peers™. No todos los días tenías oportunidad de ver un batiburrillo de personas que iban a recrear tu propia historia y sobre lo inútil que era preocuparse por la inmortalidad literaria. Aquellos recreadores y deportistas te hacían darte cuenta de lo distorsionadas que podían estar tus ideas sobre el pasado. Ella suponía que había una ligera diferencia ya que mucho de toda su propia época podía ser comprendido en una astilla fina dado todo el tiempo que había pasado entre el mundo en el que había nacido y este periodo, unos cincuenta mil años en el futuro. Y cuando lo pensabas de esa manera, te impresionaba todo el tiempo que la raza humana había conseguido endurecerse a pesar de todas las guerras y las tontas ideas políticas que habían visto ir y venir.

—Creo que entiendo porqué te gustamos tanto —le dijo al Doctor—. Supongo que me acabaría gustando alguien que sobreviviera tanto.

—Oh, definitivamente merecéis la pena que luche por vosotros —dijo él, toqueteando algo bajo los principales acumuladores encefálicos. Un holograma de una esfera de fullereno del tamaño de una sandía enorme apareció ante él.

—Y eso es lo que has hecho, luchado por nosotros, quiero decir. Durante cientos de miles de años. ¿Puedo ayudar? ¿Qué es eso?

—¿Qué? —levantó la mirada hacia ella con cierta sorpresa— Oh, ¡quieres decir esto! Estoy escondiendo la TARDIS.

—¿De quién?

—Oh... de gente mala, de gente buena, de ti, de mí. La enviaré a algún lugar lógico, en caso que necesitemos salir corriendo. Sólo recuerda estas palabras: Humor Índigo. Esa será nuestra contraseña, ¿vale? Si Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria andan cerca necesito tener mucho cuidado. No puedo hacer que pongan sus pequeñas antimanos en la TARDIS. Espera, aguanta esto...

Ella miró a la gran pieza de cable que le había puesto en la mesa.

—¿Sólo aguantarlo?

—Por el momento, sí.

—Quizá no sea tan admirable si no tuviéramos tu ayuda, Doctor. ¿Alguna vez lo has pensado?

—No necesito hacerlo —comenzó a cambiar los ajustes en su destornillador sónico—. Quiero decir, he visto el futuro, una gran parte del futuro, y he visto las alternativas. He visto miles de alternativas. Millones y billones. Ese es mi

talento –olisqueó modestamente–. Uno de mis talentos. Uno de mis muchos talentos.

–¿Es por eso por lo que pareces tan relajado algunas veces? ¿Porque puedes todo el universo y sabes qué opciones son las que traerán un resultado favorable?

–Sí, bueno. Más o menos. Algo así... no mucho –decidió–. Es más complicado que eso. Es más lo de tira y acertarás. Vosotros, los humanos podéis generalmente sacaros de vuestros propios líos. Algunas veces sólo necesitáis un poco de ayuda. Y vosotros lo hicisteis, lo hacéis, bastante bien en ponerlos al borde de la desaparición. No esperarás que apueste en un caballo perdedor, ¿no? –sonrió– Además, no sois sólo espabilados, sois amables. Y a diferencia de la mayoría de las especies inteligentes con las que me he cruzado, vosotros tenéis imaginación. Esa es probablemente la característica definitiva de la raza humana. Incluso los Señores del Tiempo no tenían tanta imaginación como vosotros. Eso es lo que quizá valoramos más en nosotros mismos y en los otros. En su mayor expresión te permite entender cómo sienten los demás –se encogió de hombros, antes de añadir–. A los Daleks y todos esos, incapaces de imaginarse una comida decente, nunca les importa un punto de vista diferente o el derecho de otra especie para existir. La imaginación te da conciencia. Podría seguir. O podría quejarme sobre los perezosos que sois, tardando una eternidad en aprender las ideas más obvias. Siempre pensando que sabéis qué es lo mejor para las personas –el Doctor giró el holograma de un lado a otro, frunciendo el ceño–. ¿Nunca has pensado que lo sabías? –le ofreció el cable. Se rascó la barbilla mientras lo miraba– En mis días de juventud, quizá. Cuando era un hombre mucho mayor. He cometido muchos errores. Un montón. Esconder la TARDIS de todo el mundo puede que sea uno de ellos. Pero voy a hacerlo de cualquier manera –le agarró el cable y desapareció bajo el escritorio de nuevo–. Sólo recuerda –silbó las notas de una canción–. Humor Índigo –el Doctor aplaudió. El holograma parpadeó y desapareció.

–Así que, ¿quién piensas que ha robado el sombrero? –él se giró hacia ella, de repente.

–¿Y luego lo dejó tirado? No lo sé. ¿Un ladrón con una conciencia? –ella se rió. La risa de él apareció de entre la oscuridad que notó en el momento– Eso encaja con los Judoon.

–En serio, ¿sabes quién lo hizo?

–Yo sabía quién iba a hacerlo.

–¡En serio! –estaba intrigada– ¿Me lo vas a decir? –su cara sonriente desapareció y emergió ligeramente fuera de foco en un punto tras ella– Ya sabes que odio eso–ella pretendió darle un golpe en el hombro.

–Yo sabía quién tenía un motivo. El señor Banning-Cannon.

–En serio, pero tú estabas abajo allí conmigo cuando ella subió a buscar su retícula. Él estaba con ella.

—Cierto. Pero podría haberle dicho a alguien que lo robara para él. Así que, ¿quién fue la última persona que bajó a cenar?

Otro de esas repentinas miradas de búsqueda.

—No puedo recordar. ¿El noble? Bingo Sherwood, ¿quizá?

—Has acertado, Pond —se enderezó y se levantó.

—Pero lo habrían encontrado en su habitación —le discutió—. La policía hizo una búsqueda intensa —ella le lanzó una de sus miradas con el rabillo del ojo—. ¿Me estás tomando el pelo, Doctor?

—No he dicho que Bingo lo hiciera, y no he dicho que tuviera un motivo... pero él fue la última persona que bajó a cenar. Quizás la última persona en la habitación de la señora B-C. ambos pensamos que se comportaba un poco sospechosamente.

—Yo dije torpe.

—Y yo dije extravagante. Estos chicos no están criados por sus cerebros. ¿Le enviarías a él a robar un sombrero caro?

—Es muy mono, pero no le confiaría ni que robase una hogaza de pan de una panadería.

—Así que le dejamos fuera...

—¿A pesar de que tuviera la oportunidad? —Amy se sentía escéptica— Vamos, Doctor, no me estás contando todo lo que sabes.

—En serio, Amy, sí lo hago. Te estoy haciendo preguntas con la esperanza de que llegaras a la idea que se me ha escapado. Estamos bastante seguros de que se usó un elevador de mano antigravitatorio, juzgando por el olor de los tempelectrones. Y quienquiera que lo robase fue capaz de desmantelarlo a su placer.

—Te entiendo. No estaban intentando robar el sombrero, estaban buscando algo dentro o encima del sombrero.

—Esa es mi suposición. La gente con los motivos obvios no habría tenido tiempo de hacer eso.

—Todo el castillo estaba buscando el sombrero —señaló Amy.

—Exactamente. Así que el ladrón o ladrones fueron capaces, con la ayuda de una pistola antigravedad, de sacar el sombrero de Lockesley Hall, ponerlo en un lugar seguro, encontrar lo que buscaban y entonces abandonar el resto poniéndolo junto a duras penas.

—¿Entonces por qué el noble actuaba de forma tan culpable?

—Creo que porque estaba planeando robar el sombrero, pero cuando llegó allí ya había desaparecido.

–Pero era enorme. Yo lo vi cuando lo trajeron de vuelta.

–Eso es básicamente lo que me preocupa.

–¿Y bien? ¿Cuál es la respuesta?

–No la sé. Me inquieta –el Doctor desapareció de vuelta bajo la consola–. La Flecha está segura en una bóveda temporal que será enviada a un tiempo desconocido en el futuro. Una vez los ganadores se hayan declarado...

–¿Qué estás haciendo ahora?

–Te lo he dicho. Estoy tomando precauciones. Estoy escondiendo la TARDIS. Me tentó intentar traer a todo el mundo a Miggea con nosotros, lo cual habría sido muy estúpido. Hay muchos factores desconocidos en todo esto. Creo que estamos en un peligro serio. Y si supiera qué es, me sentiría mucho mejor al usar la TARDIS. Dados los riesgos, tiene sentido mantenerla en reserva.

Amy asintió. Sabiamente, esperaba.

PRIMERA INTERMISIÓN

SU NAVE SE LLAMABA el Paine, nombrado por un héroe de los tiempos antiguos que sufrió el destino de la mayoría de los héroes, muriendo pobre y sólo con la mitad de la gente que había salvado odiándole. La nave se aparta de la luz de su hogar, la galaxia enana Canis, y nunca viajando a menos velocidad de lo que en esa región es la velocidad de la luz, reúne el impulso y coloca sus velas en busca de la principal espiral de estrellas a la que llamamos la Vía Láctea.

Su capitán, el holandés Cornelius, respira hondo su atmosfera con aroma a rosa, robado de una galaxia muerta antaño, que la envuelve como un sobre dando vida a todo lo que hay a bordo y todo lo que sostiene la vida de abordó. Últimamente se dirige a Sagitario, cerca del centro de aquellos dos cientos billones de estrellas a las que conoce como su hogar. Entiende, quizá más que nadie, que algo terrible está sucediendo dentro del radio Schwarzschild. Y lo que no se ve, un poder inimaginable que despiadadamente arrastra esta galaxia y cientos de otras galaxias hacia lo que debe ser el centro del multiverso. Las oscuras mareas que rompen y corren a través de toda la realidad percibida.

Los científicos en su galaxia natal fueron los primeros que se dieron cuenta. Que cada galaxia tenía un agujero negro en el que se extraía la materia que se había entendido durante siglos. La gente también había sabido que su galaxia en su turno era arrastrada hacia una fuente de gravedad incluso más fuerte. Sólo unos pocos, como el capitán Cornelius suponían porqué. Como todos los seres racionales, aceptaba aquel ciclo gradual de regeneración, de la vida y la muerte universal, tan inevitable (este conocimiento ha existido durante milenios), pero más recientemente alguna fuerza menos benigna estaba funcionando. Las viejas protecciones de controles y equilibrios habían ido mal. Aquellos que moran alrededor de los bordes de la Galaxia fueron los primeros en ser conscientes de este peligro. A pesar de ser un pirata, todo lo que hizo fue advertir a aquellos que escuchasen: el fundamental ciclo del nacimiento, muerte y renacimiento era amenazado por esta aumentante rapidez de implosión. Todo estaba pasando demasiado rápido. Según aquellas pocas criaturas sabias que podían percibir el mayor multiverso más allá de nuestra galaxia, más allá de nuestro universo, nos estamos enfrentando a nada menos que la corrupción y final destrucción de todo.

Cornelius sabe que sea lo que sea lo que se halla en el centro del universo, lo que llamamos un super agujero negro, algo inimaginablemente denso y más pequeño que un átomo, se ha vuelto errático: la misma cosa que provee de equilibrio al universo ahora estaba desequilibrándolo. El capitán Cornelius requería el consejo de todo intelectual que se encontrara en sus viajes, frecuentemente haciendo abordajes piratas en flotas alienígenas cruzando nuestra Vía Láctea, no porque era avaricioso por riqueza, sino porque estaba desesperado por la información. Pocos eran capaces de ofrecerle una explicación suficientemente satisfactoria, incluso cuando ellos mismos observaban el fenómeno.

Todo lo que el capitán Cornelius sabe implica una leyenda, poco más que un rumor, sobre un artefacto robado sacado de lo que algunos identifican como el Reino de la Ley. Ellos insisten en que sea devuelto al corazón del multiverso. Si no se hace entonces con toda la materia viva, todas las cosas vivas, las mismas cosas de la vida, serán destruidas como castigo por el robo. No habrá regeneración. No habrá multiverso.

El artefacto toma muchas formas en nuestro lado del universo, identificado como el Reino del Caos. Algunos lo llaman simplemente el Regulador o, coloquialmente, el Rugalador. Otros de disposición más romántica lo llaman el Bastón de Newtonio o el Equilibrio Cósmico; el Equilibrio dijo que sostenía el equilibrio del universo.

Cornelisu ha oído que cuando el universo que conocemos se desvanezca al fin será en el Limbo, donde no se regenerará. Sólo habrá muerte, y aquellos de nosotros que permanezcan conscientes permanecerán conscientes en ese congelado momento de muerte, sabiendo nuestro destino, pero sin ser capaces de cambiarlo. El tiempo, del que el espacio es una dimensión relativa, se desintegra y el orden inteligente se pierde.

El capitán Cornelius se alza en el puente, su galaxia natal tras él, su luz llenando sus velas con el viento solar y mira hacia la profundidad, la profunda oscuridad ante él: los silenciosos y casi infinitos alcances del espacio intergaláctico, el cual refleja el propio corazón desolado e inconsolable del holandés.

Otras leyendas dicen que es el mismo Cornelius quien robó el artefacto y está condenado en saber las consecuencias de su acción, pero nunca corregirla. Él conoce la culpa sin final, el tormento infinito.

Un toque de timón, una orden a sus marineros, y el Paine vadea ligeramente contra el infinito silencio conducido por la luz, hacia la difícilmente soportable oscuridad. Las pesadas mareas están corriendo. El tiempo y el espacio se vuelven erráticos, alocados. Las oscuras mareas corren, destruyendo todo que hemos valorado alguna vez. Una pluma de cientos de soles destruidos lava su casco. Los soles negros se colapsan y se desvanecen. No debe arriesgar su nave. Debe encontrar alguna otra forma de llegar al centro. Las mareas oscuras se comen el multiverso.

A pesar de todas las amenazas y peligros, Cara Hierro el holandés se dirige al Centro.

CAPÍTULO 9

BAILANDO CON LAS GALAXIAS

HAY POCO MÁS alarmante, en un nivel diario cotidiano, que vivir y trabajar a bordo de un viejo cubo espacial nuclear empañado en cadmio en la que nuestra especie primero pretendió conquistar las estrellas. Hacen ruidos cuyo origen es imposible de rastrear. Llegas a ver cosas raras. Parecen tener una voluntad, incluso una imaginación propia. Conocidos como nueces, esos viejos cacharros ya no existen en estos días, pero hubo un tiempo cuando la galaxia estaba llena de ellos, golpeando y volando nuevas rutas entre los soles y mapeando no sólo los sistemas que encontraron, sino también describiendo previamente horrores inconcebibles. A bordo también como en el exterior...

Amy había experimentado sólo las sofisticadas tecnologías que permitían a la TARDIS abrirse camino a través del tiempo y sus múltiples dimensiones en las que alguien llama de forma infantil “espacio”. Había conocido no sólo la maravilla sino también una cierta seguridad siendo, como era, huésped de un Señor del Tiempo.

Ahora, mientras estaba tumbada en una estrecha litera, habiéndose despertado en algo que parecía un ataúd de cristal, se preguntaba si no se arrepentía de su decisión de acompañar al Doctor en aquella aventura.

La nave que habían cogido en Peers™ era una nave cisterna de clase C, comandada sólo por un desaliñado puñado de ratas espaciales que navegaban las estrellas, viajando desde el mundo acuático de Palahendra hasta Desirée, el mundo de encuentro, donde los mercaderes venían a negociar y reparar sus naves.

La carga de agua probablemente se vendería a los representantes de los planetas mineros del Exterior Lavum Hestes donde el agua literalmente merecía su peso en platino. A pesar de esto, la mayoría de los capitanes no gastarían su gasolina o su tiempo en el comercio del agua, maestralmente porque tales naves siempre estaban en peligro de ataque de los piratas que meramente deseaban reequipar sus propios suministros y a los que no les podía importar menos si las viejas cajas llegaban a buen puerto sanos y salvos. Muchos de la multitud se movían alegremente entre el trabajo de las barcasas de agua y los barcos pirata, ya que las condiciones y el pago eran lo mismo.

Pero esta consideración no era considerada como una desventaja para los Caballeros. Su partido en Miggea era más importante que la vida misma, y el señor y la señora Banning-Cannon, cuyo considerable equipaje estaba almacenado donde fuera que estuviera relativamente seguro contra el moho, el óxido y las vibrantes platas y las tuberías ruidosas, no habían sabido nada sobre la existencia de tales naves, hasta el momento en el que habían subido a bordo y habían preguntado dónde estaba su suite. La risa que les había respondido era el tributo a muchas veces que la historia sería contada una y otra vez en tabernas asquerosas y puntos de encuentro de clase baja esparcida por todas las partes de la galaxia todavía permitiendo el pasaje de

tales naves como el K1-32. Lo mejor que esta nave podía ofrecer por el lado de los lujos eran un extintor funcionando y un par de retretes que no amenazaban con absorberte hasta el espacio siempre que presionabas el botón de la cadena.

La primera acción de la señora B-C había sido amenazar al capitán y entonces, cuando esto no funcionó, quejarse al Doctor, acusándole de estar asociado con la “gentuza” para estafarles sus billones duros de pagar. El Doctor le había prometido vagamente que registraría su queja en cuanto hubieran llegado a la civilización. Entonces le había sugerido que se congelaran durante la duración del viaje, lo cual habían declinado hacer porque temían que fueran robados durante el sueño.

Su hija Jane había sido perfectamente optimista sobre este método de viaje y había usado los cuartos confinados para conocer mejor a Hari. Hari se había relajado un poco pero todavía creía que estaba jugando al tira y afloja con las emociones de Bingo y las suyas, a pesar de que ya no veía a Lord Sherwood como un enemigo, si no como un ingenuo compañero de una sirena sin corazón de las carreteras espaciales.

Con su amigo uniéndose de esa manera, Bingo al menos intentó poner buen rumbo, pero se sentía tan culpable por su parte en hacerles perder su vuelo en el *Gargantúa* que parecía obvio a Hari que estaba mintiendo, aunque quizá por nobles razones.

—Mira, viejo amigo, nunca intenté flirtear con Flapper —había comenzado Bingo en su cuarto día abordo—, ella meramente sugirió que le diera una vuelta en una de las barcas. Su objetivo, si tienes que saberlo...

Su amigo de la infancia había respondido con frialdad.

—Oh, soy muy consciente de su objetivo, viejo. Te aseguro que no tengo ninguna intención de meterme entre vosotros dos. Que nadie, espero, me llame un soplavelas, ¿o era un aguantavelas?

—¡Hari! Tienes que creerme, no hay nada entre la señorita Banning-Cannon y yo. Mi corazón, te lo aseguro, pertenece a otra persona tan hermosa, de hecho, todavía más hermosa, bueno, no, eso no suena bien, pero, en fin, otra chica igual de impresionante.

Ante lo cual Hari había levantado una triste y silenciosa mano. Sugirió que dejaran pasar el tema, ir a la escalerilla de babor e intentar aquellos tiros de los que habían estado hablando desde antes que la familia Banning-Cannon hubiera llegado a su planeta natal.

En la quejumbrosa semioscuridad de la escalerilla, los dos amigos disparaban y capturaban “flechas de seguridad” casi automáticamente, ninguno de ambos capaz de continuar aquel tipo de conversación casual que era normal entre ellos en aquellas circunstancias. Los miembros de la tripulación se pausaban y les observaban durante un momento o dos, algunas veces comenzando su juego antes de continuar con sus deberes. El constante “twang” del disparo de una flecha y una flecha golpeando era relajante mientras

aquel horrible y viejo cachivache se cernía sobre el vacío a velocidades una vez consideradas imposibles, cogiendo las corrientes del mismo tiempo y usándolas como todas las naves lo hacían, cruzando grandes distancias de un sistema solar a otro.

Pasando junto a los conductos parcheados y las placas con refundiciones del tanque corpulento, Amy descubrió que era difícil acostumbrarse a que esta nave operara con tecnología que una vez había sido innovadora y mágica pero ahora estaba fuera de tiempo como los primeros aviones le parecían a ella. Se preguntó qué habría pensado una persona de su propio tiempo sobre la maquinaria. Quizá lo hubieran rechazado como magia, algún tipo de ilusionismo. A pesar de su propia experiencia directa, a pesar de haber visto ya varias extrañas y maravillosas cosas, seguía teniendo el ocasional sentimiento de estar en algún tipo de sueño al estilo de Alicia en el País de las Maravillas. Sonrió para sí. Si la Reina de Corazones estuviera abordado, entonces se la podía oír en este momento en la sala de control.

—¡Exijo ver al capitán! ¡No sea usted insolente conmigo, joven! —la señora Banning-Cannon no había dejado de quejarse desde que había visto la nave flotando en el espacio superficial esperando para su viaje. El capitán, un joven y apuesto centauro fornido llamado N'hn, que medía al menos un metro y medio por la cruz, les había saludado con una bolsa amarilla de caramelos y su mano enorme, con un arnés de seguridad casualmente pasado por su cintura y su mono de trabajo abierto por el pecho. Le había encantado ver a los pasajeros subiendo en tropel a bordo de su nave y había hecho una discreta reverencia a la señora B-C, ofreciéndole uno de sus caramelos de maíz.

—¿No estuvimos juntos en el colegio?

Desde entonces, Amy había visto al centauro pasárselo bien a expensas de la señora Banning-Cannon. De lo que Amy se dio cuenta y al parecer la señora B-C no, es que el capitán N'hn no tenía nada que perder. El centauro sabía cómo hacer funcionar su nave y cómo encontrar una tripulación para ésta. Se había deshecho de muchos ataques pirata. Y lo que era más importante, nadie más quería su trabajo. Él reunía cierta satisfacción en aquello. Le daba un poder que la heredera de la terraformación nunca podría imaginar ni desear.

Amy se escurrió junto a ellos y siguió hasta uno de los puertos de observación de la nave. El espacio era oscuro y silencioso; el conjunto de estrellas más cercano era un borrrón de plata en el brazo alejado de una espiral galáctica. No tenía ni idea de dónde estaban y tampoco es que le importara demasiado. Algunos de los otros pasajeros estaban nerviosos. Uno o dos estaban positivamente asustados, pero Amy, que en la TARDIS nunca había sido capaz de mirar a través de un puerto de observación de este tipo y ver la realidad del tamaño y la distancia estaba demasiado fascinada para conocer incluso un ápice de miedo. Después de todo, sabía lo que era estar colgando en el espacio con sólo la mano del Doctor manteniéndola de irse a la deriva en el vacío intergaláctico.

Pero ahora, observando, ella vio algo que nunca había esperado ver. Un remolino de oscuridad, como una nube de humo a millones de millas de distancia, le oscurecía la vista de los soles lejanos como si una gran mano de siete dedos se hubiera alargado hacia arriba, entonces hubiera girado y se hubiera disuelto en plumas de grueso y oscuro gas. Aquellas estrellas lejanas que se hallaban en la masa de humo estaban comportándose de una manera que nunca había visto.

Parpadeando, revolviéndose, emergiendo, separándose, llevaban a cabo lo que le pareció un tipo de vasto baile cósmico. Los oscuros riachuelos de gas fluían entre ellas, uniéndolas, separándolas, un desfile magnífico y formal de incontables soles moviéndose con alguna melodía inaudible. ¿Era esto algún fenómeno común, algo que nadie se había molestado en explicarle porque para todo el mundo le era familiar?

Amy estiró el cuello para ver más. Le habían dicho que buscara la conocida Gran Refiguración o la Conjunción de los Millones de Esferas, cuando muchos más que ese número de estrellas y sus planetas satélite se unían para llevar a cabo una pavana majestuosa galáctica, comportándose como seres sintientes mientras se movían en una serie de diagramas heráldicos complejos, se decía, el renacimiento de un universo. Todo en la existencia transmitía hasta ese momento cuando la composición de la Creación cambiaba, o eso le había dicho algún alienígena misterioso una vez hacía tiempo. No tenía ni idea de lo que significaba. Disfrutó de su propio y emocionante descubrimiento de nuevos colores, las extraordinarias distancias cubiertas por patrones hechos por el sinuoso humo negro.

Notó como aquella nave cisterna se estremecía y se quedaba quieta, se estremecía de nuevo y se volvía a quedar quieta. ¿También estaba deseando unirse a la poderosa formación mientras cambiaba y volvía a cambiar una vez más como si estuviera sacudida por algún caleidoscopio gigantesco? ¿De verdad que era la única testigo? Se giró y corrió de vuelta por el estrecho pasillo lleno de tuberías y cables que algunos se habían salido de sus juntas. La nave continuaba su sutil y casi sensual estremecimiento, y si algún miembro de la tripulación era consciente de aquello no mostraban señales de ello. No fue hasta que el pasillo se abrió hasta una pasarela más ancha que supo que no era la única observadora. El capitán N'h'n, con su enorme y sano cuerpo equino tan lleno de tensiones delicadas como su nave, se alzaba tras el Doctor, observando a través de una larga ranura, observando la emisión de humo galáctico y las parpadeantes estrellas que hacían piruetas.

—¿Qué es eso? —preguntó ella— ¿Es normal?

—Depende de lo que entiendas por normal —murmuró el gran centauro.

El Doctor se rascaba la cara, con sus cejas apretadas en el intento de recordar algo.

—Nunca había visto esto tan cerca dentro del Borde. ¿Por qué estaría acelerando? Este no es el momento. No es hora de cambiar —“cómo de viejo parece”, pensó Amy y se sintió culpable—. Nos hemos acostumbrado —siguió el

Doctor—. ¿El fenómeno que era la única prueba de la mayoría de la gente para demostrar la existencia de un multiverso? ¡Fuerza oscura! ¡Las mareas oscuras! Hablan de mundos más allá del tapiz del “espacio”. Es eso lo que estamos viendo, mucho más cerca por dentro del Borde de lo que nunca antes había informado. Normalmente necesitas un telescopio OPR para ver esto.

—¡Doctor! ¿Qué es?

Él se giró ante el sonido de la voz. Seguía pareciendo ensimismado, pensativo.

—Oh, hola, Amy. Sí. Estás viendo lo que algunas veces es llamado como el Baile de los Planetas, pero esta es una manifestación de las Fuerzas Oscuras.

—¿Fuerzas Oscuras? ¿No estarás hablando sobre Lucifer y los ejércitos del infierno y esas cosas?

Él rió.

—Espero que no. Esto es algo que fue descubierto en tu propio tiempo, a duras penas, y se usó para demostrar la existencia de un amplio multiverso invisible. Esas plumas de humo se las llamaron “flujo oscuro”. Y ahora son conocidas como las mareas oscuras. Se mueven por la gravedad, como las mareas de los océanos. Parecen venir de la nada y moverse a millones de kilómetros por hora, arrastrando galaxias con ellos. Todas están muy delicada y vulnerablemente conectadas —él se estremeció. Un escalofrío momentáneo. Amy negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que hablas, como de costumbre.

El Doctor hizo una mueca. Pero se convirtió en una sonrisa vaga.

—No importa. Piénsalo como un empuje gravitacional, sólo que fuera de vuestra galaxia. Tan fuerte que está remolcando galaxias mientras nuestros agujeros negros las empujan en la otra dirección. La gente empezó a llamarlas los “vientos negros”, lo cual es un poco poético, pero te haces a la idea.

El capitán N'h'n continuó observando el espectáculo.

—Estos no son los vientos grandes. Estos son como brisas comparadas a un huracán. Un bailecillo antes del gran balé. Pero siguen siendo espectaculares. Representan las fuerzas empujándonos mientras los agujeros negros son fuerzas tirándonos hacia el interior de nuestra propia galaxia.

—Y esto es importante, ¿por qué exactamente?

El Doctor pasó sus dedos por su pelo mientras lo pensaba.

—Hay gente que puede usar esa energía para viajar a millones de kilómetros por hora en naves que pueden escurrirse entre diferentes planetas, moviéndose entre los casi infinitos mundos del multiverso y de alguna manera, navegando para poder tomar un tipo de atajo. La verdad es que sobre todo es una habilidad increíble el negociar con los empujones gravitacionales de los

universos o de las galaxias dentro de esos universos que no son visibles para nosotros. Se han estado alejando del centro de nuestras galaxias durante al menos dos billones y medio de años luz.

–Más de lo que puedo imaginar –dijo Amy–. ¿Por qué bailan así?

–Eso es lo que nos parece a nosotros. Algún tipo de reconfiguración donde la mayoría de los elementos más esenciales no pueden verse. Necesitaríamos instrumentos especiales para detectar todas las distintas gravedades en juego. Es hermoso, ¿verdad?

–Y peligroso –murmuró el capitán de la nave.

–Algo lo está incentivando, iniciando las cosas demasiado pronto. Es poderoso. Eso es sólo una borrasca. Pero es suficiente para destrozarnos si...

Maldijo en el momento en el que la nave vadeó y giró, con sus simuladores gravitacionales ejerciendo más presión, chirriando y gruñendo mientras intentaban mantenerla firme. En otros lugares, la tripulación estaba gritando, ocupada con los trabajos en los que les habían entrenado.

–...si nos agarran fuerte –se dirigió hacia la sala de controles, galopando todo lo rápido que pudo, con el sonido de sus pezuñas desapareciendo.

–Hay un viento oscuro soplando a través de todo el multiverso que conocemos y nuestros destinos están determinados por su flujo contrario. *Joli grand, joli chant, joli trista, divirtiéndote, allez vous, éterista...*

El Doctor había bajado su voz de nuevo y parecía estar citando a alguien. Sus pies repiqueteaban sonando como el distante y lejano tamborileo de los cíclopes arturianos mientras galopaban y trotaban y retozaban en toda su gloria medio-humana, celebrando la gran reunión que se celebraba cada diez años. Siguió murmurando, casi como si las palabras fueran una ecuación que había memorizado. De repente levantó la mirada. Un momento más tarde estaban volando en caída libre y podían oír al capitán gritándole órdenes a sus hombres. Esforzándose para mantener el equilibrio, eran arrastrados de una banda a otra. Entonces se restauró la gravedad de la nave. Pero Amy ya tenía unos moratones nuevos y supuso que no sería la única. Tras ella el Doctor estaba rascándose la barbilla doloridamente.

–No había esperado eso, lo siento.

–No ha sido tu culpa –dijo ella–. ¿O sí?

Él se rió.

–No fue tu culpa, ¿o sí?

¿Por qué estaba repitiéndose?

Estaba de vuelta con el Doctor y el capitán N'hnn, mirando por el puerto de observación. Abrió su boca para hablar. Entonces, una vez más, estaba flotando en caída libre. Estaba ella sola, observando las acumulaciones de estrellas iniciar su danza de nuevo / frotándose su pierna amoratada / hablando

con el Doctor / embarcando en la nave / flirteando con Bingo / observando una flecha clavarse en la parte trasera de un hombrecito pequeño vestido de forma rara que no había visto antes / dejando la TARDIS en Peers / practicando en los terrenos de la enorme casa de campo...

Era demasiado para poder soportarlo. Ella se desmayó. Rayas rojas y blancas como de caramelo formaron una espiral en un patrón familiar pitonoide. Y su cuerpo estaba moviéndose lentamente en un arco que reflejaba el arco superior de la nave. Sintió con unas ganas terribles de vomitar. Estaba a punto de vomitar... Algo la presionaba contra el helado metal y ella botó de nuevo una y otra vez. Cayó en un gran arco de fieros colores del arcoíris, avanzando a través de galaxias con forma de espirales...

Hasta que estaba siguiendo al Doctor a través de una pasarela que temblaba donde unos extraños dorados enmudecidos y fieros verdes la atacaban, picándola allí donde le golpeaban. Se dio cuenta de que estaba experimentando su primera tormenta real espaciotemporal. La nave había sido atrapada por precisamente aquellas fuerzas que había visto fuera. Estaban empujándoles en vez de tirando de ellos. ¿Antigravedad? Antialgo. Había pensado eso ahora que estarían usando el empuje del agujero negro para llegar a su destino. En vez de eso, algo más estaba empujándoles hacia atrás, y de nuevo estaba intentando visualizar una cosmología tan compleja, tan vasta que su entera galaxia podría ser la más insignificante mancha, tan invisible a los demás como un microbio para ella. No había forma de adivinar las dimensiones del multiverso y no tenía sentido intentarlo porque el tamaño no tenía significado para ella.

Se preguntó si lo tenía para alguien. Todo era relativo, después de todo. Ella encontró aquello enormemente divertido, pero odiaba el sonido de su propia risa. Quería irse a casa. Cómo deseaba irse a casa donde algunas cosas eran más importantes que otras... donde... Había lágrimas en su cara y tenía la cara contra el hombro del Doctor, pero no podía recordar su propio nombre mientras observaba unas palabras escarlatas en un lenguaje desconocido salir de su cabeza y unirse con su largo pelo pelirrojo y entonces desaparecer en un torbellino negro.

—¿Doctor?

—Ya pasó —su voz era cálida—. Era sólo una tormenta menor. Esos horribles vientos temporales...

—¿Vientos temporales? Eran más como tornados temporales.

—Eso es más verdadero de lo que piensas, Dorothy —él respiró hondo—. O, al menos, creo que lo es.

—Estoy intentando muy fuertemente no matar a nadie —se oyó decir a sí misma.

—Por supuesto que sí —dijo él, reconfortantemente.

De algún lugar se oía a alguien cantar. Pensó al principio que oía a miembros de la tripulación, pero entonces se dio cuenta de que las voces eran demasiado ligeras. ¿Demasiado ligeras? ¿Qué estaba pasando en su cabeza?

–Hola, chicos –ese era el Doctor. Estaba poniéndola con amabilidad en su litera, mirando un pálido globo y hermoso de color azul que contenía a tres jóvenes apuestos cuyos ojos le sonreían mientras descansaban, aparentemente en corrientes de fino aire.

–Te llevaremos dando vueltas, campano, no tengas miedo, pues somos los poderosos Chicos Burbujeantes, ningún sistema nos puede confinar. Ni siquiera cenar o bebernos con vino. Así que pregúntanos qué y pregúntanos por qué en caso de que muramos. Tuttururú. ¿Cómo te parece el futuro, primo? No te preocupes, te vamos a echar una mano cuando llegue la hora:

*Somos los Chicos Burbujeantes del Ketchup en la cueva,
Azul brillante somos y también morados de la vieja a la nueva,
Somos bastantes como para enfrentarnos a esta prueba.
Aikido, yaki doan, yaki dayo
Aikipuño, yaki tai, yaki espayo,
Cántame esa canción como en el cinco de mayo...
Oh la la, pregúntame por qué no hay que quitarse el sayo...*

De repente se sentía totalmente consciente de sí misma. Su estómago se apretujó y se oyó a sí misma, una niña escocesa que nunca había perdido su acento, preguntando de forma incómoda.

–¿Quiénes habéis dicho que sois? No creo que nos hayan presentado formalmente. Bueno, ni informalmente.

Oyó la voz del Doctor decir:

–No te preocupes. Están de nuestro lado. Probablemente. La sangre es más gruesa que cualquier marea salvaje. Al, Tom y Bob Burbujeante. La tripulación del capitán Abberley. Tres de los Famosos Ingenieros del Caos. Conocen el Segundo Éter mejor que nadie.

Ella giró su cabeza. Todos habían desaparecido. El movimiento de la nave parecía lento y estaba segura de que era quieto. La tormenta había acabado. Amy salió de su litera. Encontró al Doctor en el dormitorio que compartía con otros veinte o treinta hombres. Estaba hojeando cartas estelares, tomando notas en un Vpad y levantó la mirada cuando ella entró.

–¿Ya estás mejor? Te habría advertido si hubiera tenido juicio de que nos iba a atrapar. Esos vientos no deberían haber ocurrido cerca de nosotros.

Simplemente está mal. ¿Has conocido a los Chicos Burbujeantes? Les he pedido que te echaran un ojo.

Ella asintió.

—¿Qué estás haciendo, Doctor? ¿Rompecabezas?

—Ya me gustaría. Me aburren demasiado fácilmente. ¿Qué es lo que pasa, Amy Pond, que estamos viajando al doble de la velocidad de la luz terrestre y me siento como si estuviéramos cojeando al ritmo de un caracol? ¿Era la señora B-C allí fuera? ¿Antes de que la tormenta nos sorprendiera?

—Sí. Pienso que me equivocaba sobre esa teoría mía. Nunca habría provocado esto deliberadamente. ¿Qué piensas? —no parecía extraño estar hablando normal de nuevo. De alguna forma, la tormenta le había refrescado, como una larga siesta.

—Me mantengo en mi teoría, que estamos buscando al ladrón en los lugares equivocados.

Él levantó la mirada para ver las bandas de luz azul cobalto enrollándose alrededor de nudos de tuberías de cobre. Un poco de vertido de los motores nuclearoides que le había asegurado que no era peligroso.

—¿Supongo que nunca te has cruzado con el libro de Barry Pain? —preguntó él— ¿"El De Antes"? Lo estaba disfrutando. Es divertido cómo nadie reinventó aquel tipo de ficción. Conocí a la mayoría de aquellos tipos que aparecieron en los 1890, el Nuevo Periodismo lo llamaron algunos. Más de un puñado bajo la misma etiqueta. Como en los 1960. No pasaba nada en tus días que no hubieran pensado ellos. Me gustaría llevarte allí alguna vez. Pett Ridge, Arthur Machen, J. M. Barrie, H. G. Wells, Jerome K. Jerome. P. G. Wodehouse. Muchos, cuando todos escribían para el Pall Mail y el Fortnightly. Muy gracioso, también, Paine. Muchos de ellos... —él habló de forma ausente, como si estuviera intentando recordar días más felices. Amy tenía la sensación de que se encontraba reacio de decir lo que de verdad estaba en su mente. Pero ella sabía que él no le diría más de lo que quería, a menos...

—¿Estás intentando protegerme de algo? —preguntó ella.

Él la miró con un poco del viejo brillo en sus ojos.

—Si así lo hago, no he tenido mucho éxito. Creo que te he dicho todo de lo que puedo estar seguro.

—¿Qué? ¿Lo suficiente como para alarmarme?

Él sonrió.

—Todo lo que te alarma a ti, me alarma a mí. Y no sé mucho más. No puedo dirigirme a ninguna de las preguntas superiores, no sin ayuda de la TARDIS y tengo demasiado miedo de intentar traerla. Creo que hay personas poderosas buscándola. Y no puedo permitirme no mantenerla escondida. Y las mareas oscuras pueden destrozar la TARDIS. O podría escurrirse hasta otro

universo y nunca la veríamos de nuevo. La TARDIS está más segura escondida de mí como de quien nos persigue. Así que concentrémonos en las preguntas que podamos responder. ¿Por qué me sigue molestando ese sombrero? Parece trivial pero es importante para lo que estamos aquí, sé que lo es. Hemos averiguado quién planeó robarlo, quién iba a robarlo y por qué. No estamos mucho más cerca de averiguar quién lo robó de verdad o porque... – estaba cansado, echándose hacia atrás en su litera con sus manos tras su cabeza– Creo que si tuviéramos un par de respuestas sabríamos mejor qué hacer. Así que mantenemos saltar de un viejo puerto espacial a otro esperando averiguarlo antes de llegar a Miggea. ¿Sabes de quién es el nombre del planeta?

–¿De quién?

–Una legendaria reina de los Seirots. En una gran batalla entre las fuerzas de la Ley y el Caos, ella se mantuvo al lado de la Ley. Hubo una guerra entre los Arcángeles de la Ley y los Arcángeles del Caos. Un poco miltoniano, pero así es. Solo que sin toda esa religión, por suerte. En fin, ¿dónde estaba? Oh, sí, esa reina guió a sus fuerzas a lo que se llamó luego como la Batalla por el Equilibrio. Así que fue más como el Ragnarok, supongo, al final de todo. Pero las viejas crónicas raramente la describen como una fuerza del bien. Aunque luchó por la Ley, lo cual se supone que es bueno, ¿verdad? Se la vio más bien como alguien que mataba por un principio que dejar a un enemigo vivir por la oportunidad de mejorar las cosas. Esa es la Ley siendo agria. Su función olvidada. Y E. J. Milton escribió todo un poema épico sobre ello. Sus propias tropas se detuvieron confiando en ella al final. Ella repartió tanta carnicería que enfermaron por la cantidad de sangre que derramó por lo que ella consideraba un ideal. Habrás oído decir a la gente “Eso es migeano, ¿no?”. Oh, no. ¿En serio? Bueno, ya sabes qué quiero decir. Te hace pensar. Es por eso por lo que los deportes son importantes. Bueno, acabo de decidir que los deportes son tan importantes. La gente raramente juega a deportes por un principio, ¿no?

–Depende –dijo ella, alegre finalmente de poder decir algo y decidida a poder hacerlo–, de si eres seguidor de los Rangers o de los Celtics.

CAPÍTULO 10

UN MOMENTO PARA EL BAILE DE LA MÚSICA

HUBO UNOS CUANTOS parsecs desde el origen de la tormenta hasta que los piratas fueron avistados, saliendo en espirales fuera de una agrupación globular conocida localmente como Grone y moviéndose rápidamente en paralelo a su nave. El Doctor había estado jugando al ajedrez hexadimensional con el capitán cuando las pantallas comenzaron a emitir señales de advertencia.

—Quieren nuestra agua, con certeza —N'hn comparó imágenes, una fina extensión de estrellas y las enfocó, ampliándolas—. Tienen instrumentos que pueden rastrearnos a través de toda la maldita Vía Láctea. Pero no tienen forma de rastrear a los Chronii.

—No sabía que llevaras alguno —el Doctor ladeó su cabeza—. Me sorprendió un poco cuando vi que tu mayor armamento era una anticuada pistola Ganimedes Kruppmeyer de shuntacción.

—Eso es más para reacción que para defensa. La forma más rápida de salir de una situación de gravedad baja que conozco —el centauro se había vuelto afable con el Doctor, reconociendo su sabiduría y agradecido por encontrar un jugador de ajedrez hexadimensional entre sus pasajeros—. Puedes jugar con ella, si prefieres. Puede reasegurar a los pasajeros y apartar la atención de nuestras defensas reales que...

—No son mi tipo —le interrumpió el Doctor—. No son exactamente legales, ¿verdad? Los Chronii, quiero decir.

—No me preguntes por qué somos criminales si volamos con la mejor protección que nadie puede encontrar. Mutualmente. Es una unión perfecta de especies —el capitán estaba tecleando mientras hablaba. En ese momento comenzó a alternar unas Horspools pasadas de moda y pasar su mano libre por las pantallas en configuraciones que una vez habían sido pensadas como mágicas.

El Doctor estaba más interesado en observar las pantallas, intentando averiguar la naturaleza de sus más que probables atacantes.

Unas almenadas figuras parecidas al jade a lo largo de los cascos de siete naves cerrándose eran señal de que habían pertenecido a los viejos invasores Manakai de la Agrupación Arkwright pero aquellos habían desaparecido siglos atrás. Las naves ahora pertenecían a unos miembros renegados de los clanes Druccionjen, exiliados muchas generaciones antes de la adoración a los Daleks, un culto casi religioso que creía que los viejos enemigos del Doctor volverían un día para controlar la galaxia. El Doctor no tenía tiempo para renegados o sus creencias pero sabía su potencial para la destrucción y se lo tomaba en serio. N'hn estaba dando órdenes en sus acentos de garganta, con sus pezuñas tamborileando rápidamente en las viejas

losas insulantes, amenazando con soltarlas de nuevo. Los Druccionjen se movían en formación de batalla, claramente viendo la nave cisterna como un objetivo fácil.

El Doctor salió de la cabina de control para echar un ojo a los pasajeros. Una pálida luz amarilla brillaba por sus almenas de jade. Se habían relajado tras la tormenta. Muchos seguían jugando a varios juegos y permanecían alegremente inconscientes de cualquier peligro acuciante. Unos pocos se habían alertado por el comportamiento cambiado de la tripulación. Cuando el Doctor pasó, Hari Agincourt le llamó:

—¿Pasa algo, viejo? ¿Algo que podamos hacer? Me han dicho que la tormenta no nos ha dañado seriamente.

—Todavía no hay nada que hacer —el Doctor frenó un momento y bajó la voz—. No digas nada ahora, pero estamos a punto de ser atacados por piratas. Si nos abordan, lo cual es improbable, estaría bien estar preparados para defendernos.

La respuesta susurrada de Hari fue la típica.

—¡Oh, cielos! Menuda suerte más mala. Vamos a ver un poco de acción, ¿eh? ¿Qué podemos hacer?

—Reúne a algunos del equipo para que estén listos para cualquier emergencia que tengamos que enfrentarnos, ¿vale? ¿Has visto a Amy?

Aunque Hari no tenía una idea clara de cómo eran los piratas o cómo podían luchar contra ellos, estaba típicamente listo para cualquier cosa, mientras que era perfectamente consciente de las consecuencias que podrían ser. Había observado las opcionales pantallas de información cuando había subido a bordo al principio. Eran gráficas, puestas juntas a la vez cuando la idea prevalente era que los pasajeros tenían que animarse a defenderse luchando de cualquier asalto. En esos tiempos, la compañía dejaba a la gente que observara a quien quisiera. A Hari no le gustaba la mirada de los bellacos malhechores representados en la pantalla. Casi esperaba que fueran abordados para que les pudiera golpear. Unos pocos momentos más tarde, Bingo giró una esquina, con sus ojos brillantes con lo que sus ancestros podrían decir que era hambre por la batalla.

—¿Has visto la funda de mi arco, viejo amigo?

—Creo que te lo has dejado en ese trozo de la pasarela de inspección, viejo amigo.

—Gracias, viejo amigo.

—No lo menciones, viejo amigo.

Era imposible no unirse bajo aquellas circunstancias. El Doctor había encontrado a Amy y ahora estaban de vuelta al puente cuando volvieron a pasar Bingo y Hari. El corazón de Bingo hizo unas acrobacias olímpicas en su pecho. Estaba decidido en defender a Amy, pasara lo que pasara. El hecho de

que posiblemente ella estuviera mejor equipada para defender a Bingo nunca se le ocurrió.

Cuando llegaron al puente, Amy ayudó al Doctor a cerrar la puerta tras ellos. El gran centauro estaba sentado en su gran asiento de mando, canturreando una canción para sí mismo y acariciando los hologramas con cariño y cuidado. Mientras los piratas en el exterior formaban una jaula alrededor de su nave, sus instrumentos y pantallas siguieron a su capitán como mascotas obedientes.

Parecía despreocupado por las tácticas piratas. Pero Amy sintió un nuevo tipo de tensión en él a pesar de su aparente actitud relajada. Comenzó a murmurar rápidamente en el puente, inclinándose hacia delante, con su cola levantada.

–Vale.

Las naves atacantes brillaban con rayos zigzagueantes de puro oro y energía verde. Enseguida comenzarían a disparar, iniciar un factor diseñado para matar o atontar a los pasajeros pero dejando la nave y su carga intacta.

El capitán estaba resoplando y apartando sus largas trenzas de sus ojos. Entonces habló de nuevo en su propia lengua, una serie de ululaciones agudas, largos bufidos y gruñidos, siendo cada vez más fuerte y más bien estridentes relinchos que tenían una nota de desafío. En ese mismo momento, las líneas que se movían de luz a lo largo de los cascos de las naves piratas comenzaron a enderezarse y quedarse quietas.

Amy sintió al Doctor tenso. Supuso que sabía qué es lo que venía a continuación.

–¡Chronii! –murmuró para sí mismo– Pensaba...

De golpe y a la vez, las naves piratas comenzaron a acercarse. Rápidamente la energía en sus cascos se recolocó, uniéndose en un gran rayo que cada nave expulsó gradualmente como un tipo de foco de búsqueda hasta que todos apuntaron a la nave cisterna de agua, amenazándola y emanando una señal amarilla oscura y azul parpadeantes para lanzarlo, una y otra vez: lanzarlo, lanzarlo.

Las manos del centauro comenzaron a tamborilear una serie de latidos rápidos, aquellos movimientos trayéndoles imágenes del exterior de su propia nave que había sido avistada con manchas de cobre como algún tipo de óxido. Pero el óxido, o lo que fuera, había comenzado a moverse, cada parche arrastrándose independientemente, al parecer de su propia voluntad, lentamente volviéndose unas formas rojas y negras brillantes y ligeramente esferoides.

De repente los rayos se apartaron de las naves piratas, volviéndose más finos, brillantes contra la llana negrura del universo hasta que todos amenazaron la nave cisterna.

No había venido ningún mensaje de la flota pirata porque no había hecho falta ninguno. Todo el mundo involucrado era consciente de lo que pasaba entre el depredador y su presa. Los ladrones estaban dándole a la nave una oportunidad de dejar que les abordaran y sacarles el agua. Pero claramente el capitán N'h'n no estaba preparado para dejarles hacer aquello y estaba revelando la protección que tenía. También era obvio que no estaban impresionados. No habían reconocido a las criaturas extrañas de energía globular que llevaba la cisterna que el Doctor había identificado antes como Chronii.

—¿Por qué el agua es tan valiosa para ellos? —preguntó Amy, encontrando difícil de soportar la tensión— Me parece difícil creer que merece la pena luchar por ella. Todo lo que necesitan es un decente sistema de reciclaje.

—Las naves modernas tienen unos sistemas de reciclaje casi perfectos —el Doctor habló de forma lejana, con sus ojos capturados en las pantallas—. Pero incluso ellos necesitan repostar. Estas viejas naves usan casi tanta agua como las personas de donde vienes. Sus unidades de reciclaje están disparadas. Deben tener alguna función bastante sofisticada de detección. Pero algo más está pasando ahí.

—Sí. Están intentando matarnos.

—No les importa. Piensan que sus rayos de fuerza nos atontarán lo suficiente como para que nos aborden, roben el agua y se marchen. Normalmente no se molestan en si los ocupantes mueren o viven. Generalmente, acaban muriendo.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. Buscar una oportunidad. Porque no hay nada que podamos hacer ahora.

Amy abrió su boca para hacer otra pregunta y entonces la cerró. Los rayos estaban apuntando la oscuridad mientras las agrupaciones de luz en el casco de la cisterna se aclararon, al parecer deliberadamente moviéndose hacia los rayos, formando un tipo de armadura de eslabones alrededor de la nave. Los rayos chocaron con las agrupaciones, se extendieron y entonces de alguna manera se arrugaron y doblegaron, incapaces de pasar las bolas de luz. El capitán gritó en ese momento, lo que parecía ser desafíos en su propia lengua resonante. Los rayos de repente comenzaron a girarse hacia fuera, lejos de la cisterna. Fueron cortados muy rápidamente desde las naves.

Las naves piratas comenzaron a brillar con urgencia, como si se acabaran de dar cuenta de lo que estaba pasando.

Pero los raros globos de la cisterna se habían convertido rápidamente del mismo color que los rayos. ¡De hecho, los globos se movieron rápidamente hacia arriba, como unos bolos en un callejón, usando la propia fuerza de los rayos atacantes para escalar hacia las naves!

—¿Qué son, Doctor? —ella estaba fascinada, sin estar segura de lo a salvo que estaban de los piratas.

Las naves atacantes ahora estaban tomando acción evasiva. Hicieron piruetas y se hundieron en el espacio a una velocidad que amenazaba con hacerlas explotar. Intentaron angularse a sí mismas para que fueran virtualmente invisibles, pero todavía no podían escapar los extraños doblados rayos verdes y mostaza en lo que sus propios rayos se habían convertido. Tampoco es que pudieran alejarse de los globos que usaban los rayos como carreteras, rodando hacia arriba, doblándose en sus propios colores con aquellos de los atacantes.

El Doctor se agachó hacia adelante, sus ojos en la pantalla principal, inclinándose sobre el hombro del capitán mientras el apuesto centauro relinchaba y bufaba y seguía apretando las teclas.

—Así que sí que llevas Chronii—dijo el Doctor.

El capitán se encogió de hombros.

—¿Por qué son ilegales, Doctor? —Amy quería saberlo.

—Pienso que las autoridades tienen miedo de una protesta pública. Son difíciles de entender, los Chronii.

—¿Y qué son? ¿Sentientes? ¿Pueden pensar? —preguntó ella.

—Oh, sí. Son del todo sentientes. Bastante inteligentes. Su propio planeta está cerca de la Nebula Rosetta. Fuera de los límites de cualquier miembro de la Unión Galáctica, lo cual es casi todos los mundos habitados en esta era. Hacen la vista gorda a lo que llaman Servicios Cruciales al usarlos. No muchos lo hacen, porque tienes que hacer trato con los Chronii. No trabajan para nadie y todos son voluntarios.

—¿Por qué se ofrecerían voluntarios?

—Hay un intercambio. Supongo que les llamarías gourmet.

Ahora los rayos estaban formando un arco alrededor, así que estaban apuntando directamente hacia los piratas que estaban poniendo su nave a través de todos los tipos de maniobras en un esfuerzo de apartarse de su camino. Los globos comenzaban a derivar de vuelta a su propia nave. Ya no brillaban con aquel color verduzco y mostaza sino con un brillo gris.

—Están exhaustos —dijo el Doctor—. Han hecho lo mejor que han podido. Ahora tienen que esperar y ver si eso es suficiente.

Mientras hablaba la nave pirata más cercana era golpeada por sus propias armas, dobladas sobre sí mismas. Parpadearon con unas llamas esmeralda y escarlata y comenzaron a ir a la deriva, claramente fuera de control.

—¿Qué le ha pasado, Doctor? ¿Les han matado los Chronii?

–Probablemente no. Lo que les ha pasado es lo que esperan que nos pase a nosotros. al menos hasta que vieron a los Chronii. Entonces era demasiado tarde para irse.

–Sigo sin entenderlo.

–Bueno, les han, digamos, reventado con sus propios petardos.

–¿Qué es un petardo?

–Búscalo en Internet cuando tengas ocasión.

–No lo sabes, ¿no?

–Solía saberlo, pero me he olvidado. Es algún tipo de bomba o trampa, creo. En fin, significa que lo que los piratas habían planeado para nosotros ahora les está pasando a ellos, porque los Chronii, que son seres maravillosos diminutos, pueden girar cualquier tipo de agresión de ellos y dirigirla de vuelta a su agresor, normalmente de una forma poderosa.

Los piratas ahora estaban dando vueltas impotentemente fuera de control, con su formación completamente rota. La única razón por la que se habían mantenido cerca era porque la gravedad de la nave cisterna les aguantaba. De algún lugar en las lejanas entrañas de la K1-32 llegó el sonido de un grito de alegría salvaje y estridente. El capitán N'hn se giró, sonriendo a Amy.

–Ahí lo tienes, chica. Esto es lo que una nave sin pistolas puede hacer. Si tiene amigos. Y los Chronii son los mejores amigos que cualquier marinero espacial pudiera desear, ¿eh, Doctor?

–Mientras sigas con vida. ¿Dónde los encontraste? –el Doctor siguió con la mirada en los impotentes piratas– No en la Rosetta.

–Así es. Nos encontraron ellos a nosotros. Querían un intercambio y yo deseaba darles uno. Salvar nuestras vidas y conseguir los botines que pudieran. Mira, ahora se dirigen a esa nave –era cierto. Los globos de plata y cobre habían vuelto a ganar un poco de su lustre y estaban desapareciendo a través del casco del depredador más cercano. Amy seguía confusa.

–No lo pillo. ¿Qué quieren? ¿Cómo se les paga?

–Comen nuestros desperdicios –murmuró el Doctor, un poco disgustado.

El capitán N'hn comenzó a reírse ante lo que obviamente consideraba como una expresión de delicadeza del Doctor.

–Les encanta el sabor de los humanos– dijo el capitán–. Comen los cadáveres frescos de los muertos, de ambos lados, después de una batalla. Ahí es donde van ahora.

–Pero, ¿qué pasa si no están muertos? –quiso saber Amy.

–Oh, lo estarán muy pronto –le reaseguró el capitán. Se rió fuerte de nuevo cuando vio su expresión aterrorizada.

–Espera –dijo el Doctor, mirando seriamente a una pantalla–. ¿Qué está pasando ahí?

CAPÍTULO 11

ANTIMATERIAS

LA PANTALLA MOSTRABA una longitud del casco de la nave cisterna y, a alguna distancia, la nave pirata. Desde fuera de aquella nave otro rayo conectó con los rayos ensombrecidos que habían dejado los Chronii. Aquello brilló de repente en rayos blancos y rojos, entrelazados. El rayo había llegado a la K1-32 y se había extendido alrededor de uno de las ventilaciones traseras. El capitán maldijo y miró debajo de su escritorio, agarrando una anticuada y grande pistola-NE del suelo y corrió hasta la cabina de control con dificultad seguido por el Doctor.

—¿Qué pasa? —quiso saber Amy, siguiendo todo lo rápido que pudo—
¿Capitán? ¿Doctor? ¿Qué está pasando?

El capitán estaba distraído como para responder, hablando en un micrófono, repartiendo órdenes rápidas a su tripulación. El Doctor hizo lo mejor que pudo para responder mientras miraba salvajemente a su alrededor en busca de algo que pudiera ayudar. Viendo un arco descartado y un carcaj de flechas, lo agarró.

—¡Defiéndete! —le dijo a Amy— De todas las formas que puedas.

—¿Y por qué? ¿De qué me debería preocupar? —quiso saber ella.

—¡Abordaje! —fue todo lo que pudo decir en el tiempo que tenía.

—¿Nos han abordado? ¿Quién? Creía que los Chronii se habían encargado de ellos.

—Se han encargado de los piratas. Lo que ninguno de nosotros sabía era que los piratas llevaban pasajeros.

—¿Sabes quiénes son?

—Ese rayo de rayas de caramelo sólo podría venir de una fuente. Espero que esté equivocado...

—Y aquí estamos, querido Doctor —una extraña voz aullante, llena de burla, con un ligero sigmatismo metálico—. Aquí estamos de nuevo, querido. Preparados para enderezarte.

La voz vino de la esquina de un pasillo. El capitán N'hn, que había estado galopando delante de ellos, con su gran rifle preparado, frenó repentinamente, levantando la mano para evitar que les siguieran.

—Deteneos. Es demasiado tarde, ya están dentro —bajando la pistola se giró para mirar al Doctor, encogiéndose de hombros. Él llevaba un aire de esperanza completamente dispar con sus formas anteriores. Profirió una gran respiración y lo dejó ir lentamente—. Están dentro.

El Doctor se encogió de hombros.

–Hicimos lo que pudimos. No lo sabíamos –y levantando la voz dijo–. Buenas tardes, general Force. ¿Cómo es la vida al otro lado?

–Segura, cálida y hermosamente predecible, gracias por preguntar, Doctor. No hay necesidad para que te cuestionemos cómo es la vida para ti. Caótica, como de costumbre, estoy segura. Bueno, aquí venimos para ayudar– parecía hablar con dos voces sincronizadas.

Llegaron a una parte de la nave que se usaba como gimnasio. Varios miembros de la tripulación y pocos del equipo del torneo miraban impotentes al grupo extraño que se alzaba allí.

Estaban uniformados y llevaban unas armas con forma de boquilla, un poco como unos anticuados trabucos, y parecían artificialmente pálidos; incluso los hombres con pieles más oscuras tenían una extraña apariencia grisácea. A primera vista parecían una troupe teatral. Sus uniformes eran verdes, azules, rojos y dorados. Llevaban unas gorras altas de azul oscuro militares con unas plumas despampanantes. Las trenzas doradas en sus mangas, en sus chaquetas, collares y hombros eran casi cegadoras. Sin embargo, los hombres estaban rodeados por un aura extraña, rosada, cubriéndoles de la cabeza a los pies. Amy miró al Doctor.

–¿Cómo han escapado de los Chronii?

–Los Chronii no les han reconocido. Sin esos trajes de piel que llevan (no los uniformes de culebrón, sino el aura rosada) se desintegrarían. Implosionarían y nos llevarían con ellos. Algunas veces dos o más tienen que compartir el mismo cuerpo, pero deben estar emparentados. Algo que ver con sus ADNs. ¿O es eso anti-ADN? Es por eso por lo que Frank/Freddi suenan como si estuvieran hablando en una cámara con eco. Son literalmente hermanos bajo la piel. Llevan un pack de energía subcutáneo para crear esa aura, que en su turno les da las formas, nunca mejor dicho, de pasar el tiempo juntos. Es una pseudopiel. Se enciende y se apaga. Les permite entrar en nuestro espacio. Si consiguiéramos romper un aura de algún tipo de arma de energía o incluso el destornillador sónico les destruiríamos muy rápidamente, pero también nos destruiríamos a nosotros mismos. Sólo hay una forma segura...

Uno de los hombres habló.

–Muy sucintamente dicho, Doctor –Amy supuso que él era el líder, porque su voz tenía aquel mismo eco y vestía una vasta cantidad de trenzas doradas por su pecho y una multitud de rizo en sus bigotes. Puso una mano de dedos cortos en su arma y rió en la cara de Amy–. ¿Quién es tu nueva chica?

El Doctor ignoró aquello y se metió entre Amy y el recién llegado.

–Nada de eso, General Force. ¿Qué es lo que haces aquí?

Así que este era el infame Frank/Freddie Force, pensó Amy, y aquellos soldados de ópera cómica tras él tenían que ser sus Hombres Antimateria.

—Esos trajes y su defensa son un arma de suicidio potencia l—siguió el Doctor, con sus ojos fríos mientras le dedicaba una mirada de odio al General Force—. Es como un campo protector personal. Los Chronii no se dieron cuenta de que Force y sus chicos estaban a bordo. No podrían haber hecho mucho contra ellos si lo hubieran sabido. A menos que sepan dónde esté escondido el ombligo, rompiendo esa piel incluso ligeramente habría provocado una masiva implosión atrayendo todo hacia ellos y convirtiéndolos en una vil masa de carne informe. De dentro a fuera.

—Así es, Doctor. En otras palabras, querida, destrúyenos y os destruíis a vosotros mismos. Verás... —él/ellos levantaron sus manos para que sus mangas cayeran hacia atrás, revelando su piel con una extraña radiación del color del peltre— Es así cómo se ve la antimateria cuando se controla con el poder de la Ley.

—¿Ley? —Amy estaba furiosa— ¿Ley? ¿Crees que ponerte el uniforme de un director de ceremonias del circo e invadir una pacífica nave en el profundo espacio es legal?

—Me refiero, chiquilla, a una forma superior de Ley. A la más alta forma de Ley que se contrapone al Caos que tu amo disfruta expandiendo por todo el cosmos.

El color rojo del pelo de Amy podría haber prendido en llamas cuando dio un paso adelante.

—¿Qué me has llamado? ¿Y qué le has llamado a él? ¡Menudo friki! ¡Voy a arrancarte ese ridículo sombrero de la cabeza y...!

—¿Sombrero? —dijo Frank/Freddie, mirando a su alrededor.

—¡No! —esta vez fue el capitán quien puso su enorme cuerpo entre ellos— ¡Señorita Amy! No es, no es... —parecía no tener palabras.

—¿Seguro? —Frank/Freddie Force rió— No es muy seguro para ninguno de nosotros. Estamos tomando unos riesgos considerables, ya sabes. Nunca hemos navegado tan cerca del Borde.

—¿Por qué estáis tan lejos de casa, Frank/Freddie? —quiso saber el Doctor— Teniendo por compañía a los peores piratas. Arriesgando nuestras vidas y las vuestras. Supongo que no tuvisteis elección. No hay una nave de vuestro propio hemisferio que os pueda traer aquí. No esperaba que quisieras volar tan cerca del borde de la galaxia.

—Disfruto de una sorpresa, ¿tú no? Debería ser obvio. Sabíamos que empezarías por aparecer en este tiempo. Así que vinimos tan lejos como nuestra cordura nos permitió y te esperamos. El deber, Doctor, querido, nos hace tomar riesgos inusuales, *¿n'est-ce pas?*

El Doctor le lanzó una mirada de odio.

—Ahorraos vuestra hipocresía, Frank/Freddie. ¿Qué esperáis robar de esta nave?

—¿Robar? Oh, vamos, Doctor. No nos pongamos altas expectativas. Sería sabio también mantener nuestros temperamentos. Esto es lo que tú llamarías una situación tensa, incluso implosiva, je, je. Si nos ponemos tocones, nos pondremos sensiblones —sus hombres intercambiaron unas locas sonrisas, disfrutando del humor de su líder.

—¡Caramba! —dijeron— ¡Oh, caramba! ¡Ja, ja, ja!

Amy pensó que aquella escena era inquietante en muchas maneras, no menos por la consciente teatralidad asumida por Force y compañía. Aquello era más que inquietante. Sin embargo era duro ver cómo una seria amenaza a aquel hombrecito siniestro, con su rizado bigote y su abrigo de maestro de ceremonias, sus brillantes pantalones carmesí con la fuerte raya azul enfundados en unas negras botas con unas enormes espuelas brillando en ellas; pero ella podía saber que por el lenguaje corporal del Doctor que aquello era más serio de lo que parecía. Ya lo había dejado caer varias veces, esperando que nunca tuviera que hacer nada más que pistas. Pero ahora se enfrentaban uno al otro en un callejón sin salida.

Amy había entendido un poco sobre el universo antimateria del Doctor, y habían conocido a un viejo listillo filosófico en la Ó Tardía que le había explicado sobre la Ley y el Caos; cómo el universo mantenía estabilidad y creatividad, equilibrándose entre la Ley por un lado y el Caos por el otro. Pero no eran la misma cosa. El profesor Ormic, el listillo estudioso, le había dado la impresión de que filosóficamente veía a su universo no en términos de bondad y maldad, sino en términos de los fundamentales del multiverso.

La Ley y el Caos, el orden y la creatividad, la materia y la antimateria eran calidades que se volvían buenas o malvadas dependiendo de su contexto.

En equilibrio, el profesor Ormic le había dicho, estas cualidades sujetaban al multiverso de volverse demasiado rígidamente organizado o demasiado desorganizado. Constante regeneración. Siempre había habido gente de orígenes bastante disparatados que dedicaban sus vidas a mantener el status quo, explicó el profesor.

En la historia del cosmos el equilibrio siempre ladeaba hacia un lado, algunas veces a otro. Los Señores del Tiempo una vez ayudaron a mantener aquel equilibrio. El profesor señaló que lo que él llamaba Equilibrio Cósmico era una construcción simbólica por algo enormemente complejo. Él le podría haber dicho más, pero las matemáticas habrían sido sobrecogedoras. El Equilibrio era la forma en la que el multiverso mantenía su balance para que ningún lado ladeara demasiado en una dirección u otra, ya que estas eran las dos más o menos fuerzas iguales que mantenían al multiverso de derrumbarse en la nada.

La materia y la antimateria no eran lo mismo que la Ley y el Caos, por supuesto. La Ley y el Caos existían en ambas esferas.

Amy se había acostumbrado a algunas experiencias extrañas en la compañía del Doctor y esta era una de las más extrañas: estar de pie escuchando a aquellos dos humanoides, uno de ellos representando la Ley, el

otro al Caos, discutiendo sobre las ideas filosóficas y metafísicas más extrañas como si fueran realidades tangibles.

Había algo alucinatorio sobre aquel momento.

Minutos antes, Amy había observado los hilos coloridos de luz recorrer un rayo de energía y entrar en su nave. Ahora un villano, la verdad es que eran dos villanos, Frank/Freddie Force, se había materializado ante ella. Se había enfrentado a monstruos peores, sin lugar a duda, pero por alguna razón estaba tan asustada de aquel extraño hombrecito uniformado (o estrictamente dos hombrecitos en un cuerpo) y su grupo como lo había estado de cualquier cosa. Todo en Frank/Freddie estaba mal: el brillo peltre y rosa de su piel, constantemente parpadeando y temblando, como si mantuviera literalmente a los dos hermanos juntos; la cara colorida de forma extraña que podría haber sido pintada usando maquillaje para payasos; los tintes brillantes de pantomima en su uniforme, chocando de unas formas sutiles que no podría describir; y la forma en la que los Hombres Antimateria imitaban al general Force, incluso imitando sus gestos de tanto en cuanto. Amy se sintió enferma físicamente cuando les miraba. Echó una ojeada al capitán N'h'n y al Doctor para ver si también estaban experimentando las mismas sensaciones.

Ciertamente había una expresión de intenso odio en la cara del centauro. Por supuesto, podría haber mirado así a cualquier invasor que hubiera intentado tomar su nave cisterna. La cara del Doctor era una máscara de furia.

—¿Qué te posee para continuar estos asaltos sobre nosotros? —él señaló al arco y a las flechas que seguían aferradas a su mano derecha— ¿Por qué no te puedes quedar en tu propia esfera del multiverso? —miró al general Force— Nunca hemos intentado invadiros o cambiaros, y sin embargo, estáis obsesionados con invadirnos, ¿por qué?

—Está en la naturaleza de la Ley, Doctor —los rasgos brillantes de Frank/Freddie Force se rompieron en una sonrisa de burla desafiante—. Nos preocupa lo que puedas hacer algún día. Lo que quizá hagas. No podemos evitarlo. Es una constante irritante, un picor que pide ser rascado. Prepárate. Estamos decididos a ser tan fuertes como tú, Doctor, lo estás en poner gatos encima de palomas, a lanzar las piedras a tu propio tejado.

—Excepto que yo no estoy decidido en crear rifirrafes allí donde hay paz. No siento una irresistible necesidad de derramar la leche o remover una olla o lo que quiera que estés implicando que me encanta hacer. No viajo por el universo constantemente buscando a los moribundos e intentando acelerar pulsos. Sin embargo, vosotros estáis aparentemente enloquecidos por lo impredecible, molestos por todo lo que no está correctamente enderezado y mapeado y catalogado, ¿y qué?

—Controlado es la palabra que buscas, Doctor. Sin los controles correctos, no podemos ver más allá, no podemos hacer predicciones certeras. El Futuro continúa terriblemente, miserablemente mal. ¿No lo ves? ¿Tú y tú empatía? ¿No puedes percibir lo terrible que nos hace sentir? ¿Cómo puedo hacerte entender las incertezas de ser un inteligente ser de antimateria? El pez tiene

que nadar y las aves volar, Doctor. Tengo que hacer una cosa hasta que muera. No puedo evitarlo. Está en mi anti-ADN. Sabes quien soy. Soy el General Force por la ley. Somos las Fuerzas de la Ley. Trabajamos en nombre de la Ley y en nombre de la Ley te exijo que me des...

—No tomaréis nuestro cargamento —juró el capitán N'hñ—. Nos haré explotar antes de permitirlo.

—¡Absolutamente! ¡No deje que los pordioseros le amenacen, capitán! —Bingo Lockesley apareció de detrás de Amy. Los otros Caballeros habían aparecido y se estaban colocando alrededor de la puerta— He oído todas esas tonterías. No nos gusta vuestro tipo de policía. Todo sistema necesita sus elementos de irregularidad para poder florecer. Eso es natural.

—¿Quiénes son estos canallas sacados de una ópera cómica? —pidió Hari Agincourt— Ciertamente no le va a tomar en serio, capitán.

—Oh, me los tomo muy en serio —dijo el capitán, lúgubrementemente.

—Yo también —coincidió el Doctor—. Yo también.

—Todo lo que queremos de esta nave, Doctor, es lo que nuestros instrumentos han detectado —Freddi señaló a su látigo de maestro de ceremonias—. El este es el oeste y el oeste es el este y la forma correcta que hemos escogido. Lo que hemos venido a buscar. Una vez lo tengamos, os dejaremos en paz, lo prometo. No es nada. Una trivialidad. Menos de una trivialidad. Una mera confección de sedas y satines, botones y lazos, anillos y cosas, felpa e hilos y pedazos de cable. No merece la vida ni de uno de los vuestros. De hecho...

—¿Qué es? —la voz del Doctor ocultaba una oscura nota amenazante— Sois unos cínicos y unos sádicos, general Force, por vuestras reclamas. ¿Qué es lo que queréis de nosotros?

—Una pieza de vestir, nada más. Algo que uno de los pasajeros trajo a bordo. Hemos cruzado medio universo para encontrarlo. El sombrero de una dama, nada más. El tipo de decoración que me encanta llevar, como sabes —se descubrió su propio sombrero cilíndrico, su pluma ondeándose y botando. La parpadeante energía cutánea, la cual les mantenía juntos, formó un tipo de pico en lo alto de su cabeza antes de aplanándose y escurriéndose justo por encima de la superficie de su bien peinado pelo—. Un sombrero. La confección de un sombrerero.

—¡Cielos! —Bingo, todavía en el umbral, se quedó momentáneamente sorprendido— ¡Vaya cosa! —pero, cuando varios pares de ojos se concentraron en él, la presencia de ánimo que le hacía un gran capitán de Torneo vino en su ayuda rápidamente, y él añadió— ¿Es por eso por lo que habéis pasado tanto problema? Tengo que decir que parece un poco improbable, ¿verdad? —miró a su alrededor como esperando a medias que la señora Banning-Cannon apareciera de la multitud— El sombrero de una dama, ¿dice usted?

–¿Estaba hace unos días en Peers? –preguntó Flapper Banning-Cannon de detrás de Hari– ¿Robar las pamelas, las cofias, las chisteras, los bonetes y los capelos por todo el condenado lugar? Si fuera así, pienso que a mi madre le gustaría tener una palabra contigo. Quédese justo ahí, voy a buscarla.

El general Force pareció acalorarse.

–No juegue conmigo, chiquilla, no tengo tiempo para juegos. ¡Si supieras donde está el sombrero, te recomendaría que lo trajeras de una vez!

–¡No es tu condenado sombrero! –gritó Hari, protestante– ¡Y si continuas ofreciendo a estas jóvenes damas más amenazas, tendré que pedirte que dirijas el problema a mí! No nos tomamos amablemente a los ladrones de sombreros por estos lares.

Él se alzó con las manos en su cintura listo para encararse a los Sabuesos del Infierno, a los Ejércitos de la Noche, al Jabalí Gadareno y a cualquier otro estúpido chiflado que pensase que podía amenazar al amor de su vida– ¡Eres un lunático, eso es lo que eres!

–Un maldito lunático –repitió su amigo. No hay unión más fuerte que la de los recientemente abandonados.

–Todos para uno y uno para todos –dijo Flapper con firmeza–. Me alegro mucho de que vosotros dos seáis amigos de nuevo –se giró para encarar al minúsculo general–. ¿Así que has sido tú?

–¿Si he sido yo qué?

–¿Fuiste tú quién robo el sombrero favorito de mi pobre y distraída madre?

Frank/Freddie Force frunció el ceño.

–¿Y bien? ¿Has sido tú? –preguntó Flapper.

–No sé de qué hablas. Lo que pido es, debo admitir, no desnudar esta nave hasta el hueso. Estoy pidiéndoos que me entreguéis a mí y a mis hombres, para que todos podamos continuar nuestros asuntos, un sombrero, etiqueta de Diana de Loondrees. Es fácilmente reconocible. Cintas rosas. Un gran lazo. Unas cincuenta plumas. Nubes de encaje amarillo... –hizo un ademán con una mano enguantada– Ya sabéis de lo que hablo.

–¡No tan rápido, joven bufón, sea quien sea usted! –sonó la resonante voz de la formidable madre de Flapper– Si de verdad fue usted quien tuvo el nervio, la temeridad de robar mi sombrero cuando nos quedamos en Lockesley Hall, ¡le aseguro a usted que va a pagar por el crimen en la mayor extensión de la Ley!

–¡Oh, esto no tiene sentido alguno! –juró el general Force– Yo represento a la Ley, señora y ese sombrero es, es...

–¿Qué? ¿Prueba en un caso? Eso es absolutamente correcto, mi buen lunático. Un caso de robo, sin mencionar el daño a una obra de arte, una

gigantesca negligencia en cuestión de dejar dicha obra de arte a la intemperie, que llevó a más daño y...

–¡Señora! ¡Cállese! –chilló Frank/Freddie Force– Si posee el sombrero, le exijo que...

–¿Cómo que me calle? ¿Cómo que me exige? –por todo el poder de su personalidad Enola Banning-Cannon se abrió paso hasta primera fila donde se alzó lanzando miradas de odio a los hombres militarizados, convertida en pura intrépida por su firme conocimiento de su propia justicia– Te infiltras en los apartamentos privados de una mujer respetable, rebuscas en su armario, extraes un caro objeto de vestir, y eres incapaz de escapar con tu robo, los abandonas a los elementos y luego nos persigues por el espacio, merodeando hasta que encuentras una segunda oportunidad y entonces descienes para hacer amenazas, unas ásperas amenazas, a sus amigos y seres queridos en un intento de poner las manazas en su sombrero por segunda vez en una semana, tras lo cual...

–¡Señora! –bajo la tintineante armadura protectora, la piel de Frank/Freddie Force brilló de un color melocotón soso, chocando con su abrigo y haciendo que sus acompañantes le miraran con alarma– ¡YO NO HE ROBADO TU SOMBRERO!

–¿Y ahora me alzas la voz, maldito advenedizo? –trompeteó la poderosa matriarca– Y, es más, lo haces con la peor de las mentiras. Me sorprende hasta quedarme callada ante tales asquerosos y poco caballerosos modales. ¡Cuando dejé mi hogar para comenzar este tour, nunca anticipé por un momento que me encontraría con alguien que corretease por el universo robando la ropa personal de las pobres y frágiles mujeres que confían en la caballerosidad masculina para que las protejan!

El Doctor parecía bastante avergonzado como para parar aquel intercambio, pensativamente toqueteando su pajarita con una mano y su arco y carcaj prestados con la otra.

–¿Dónde está el sombrero? Si queréis salvaros a vosotros mismos y a la nave, me daréis el sombrero –Frank/Freddie Force dio un paso hacia la señora Banning-Cannon, pero fue interceptado por Hari Agincourt.

–No tendrás nada de nada de esta nave si no te comportas como un caballero.

Esto picó al general. Para cualquier biólogo preguntándose si era posible sonrojarse encima de un sonrojo, Frank/Freddie Force demostró indisputablemente que podría hacerse. Y gruñó una respuesta.

–Claramente –coincidió Amy, con sus ojos abriéndose de par en par mientras el general Force se acercaba a ella. Lo cual hizo que Bingo Lockesley se pusiera delante.

–No te atrevas a amenazar a este... ¡ángel!

Force comenzó a desabotonarse la pistolera de su cinturón.

—¡Cuidado ahora! —el centauro vio la intención de Force— ¡Maldito... kah! —dio un paso atrás, con su cola enroscándose, su cara sofocada por el terror cuando el Doctor alegremente colocó una flecha de práctica en su arco y, echando para atrás el hilo, la dejó volar a un punto en particular en el costado izquierdo de Frank/Freddie. La flecha llegó a su objetivo y se quedó allí, temblando.

La “piel” no había sido atravesada, pero la desafilada flecha había encontrado el llamado ombligo subcutáneo. Un repentino silencio cayó. Los Hombres Antimateria miraron a su líder herido que se había girado cuidadosamente, incrédulamente, con una mano alrededor del mango de la flecha. No pasó nada.

Frank/Freddie Force respiró hondo, prieta y temblorosamente, y miró tras él.

—¡Cielos! ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos, cielos, cielos! —tragó saliva. Entonces comenzó muy lentamente para caminar hacia el ojo de buey más cercano— Muy bien, Doctor, muy bien —su tono de repente era medido, cauteloso—. Has encontrado mi talón de Aquiles, digamos. Inteligente. Sabes demasiado sobre nosotros. Demasiado.

El silencio continuó respaldando la escena. Todo el mundo contuvo el aliento. Con la larga flecha en su lugar, Frank/Freddie Force siguió abriéndose camino como un cangrejo hasta el ojo de buey; sus hombres sorprendidos, inseguros de lo que estaba pasando, pero entendiendo que todos estaban en serio peligro, formaron un semicírculo a su alrededor. Llegó al casco interno de la nave y se esparramó contra él. Sus hombres siguieron su ejemplo.

Entonces, para la máxima sorpresa de Amy, los Hombres Antimateria y su líder lentamente se convirtieron en unas difusas líneas rosas y blancas y se desvanecieron de la vista en el casco hasta desaparecer del todo. La flecha disparada a Frank/Freddie por el Doctor rebotó contra el suelo de metal. El capitán N'hnn corrió de vuelta hacia el puente, gritando órdenes a su tripulación con el Doctor y Amy siguiéndole rápidamente en su carrera.

El centauro se colgó del asiento y tiró de cada palanca y enchufe, encendió cada interruptor hasta que un agudo y musical chirrido llenó la nave. Ésta corcoveó hacia adelante bajo más presiones de las que jamás había estado diseñada para soportar, poniendo muchos parsecs entre ella y los piratas, mientras que el general Frank/Freddie Force y sus hombres se convirtieron en unos lazos de energía con patrones de caramelo y huyeron a través del vacío en un esfuerzo de ponerse a salvo antes de que las baterías de emergencia en sus packs de energía de pseudo-piel se acabaran. El capitán relinchó con asombro, aunque mantuvo sus ojos en las pantallas y continuó comprobando la distancia entre su nave cisterna y la desmantelada nave pirata.

—Bien hecho, Doctor —gritó Amy—. ¿Cómo sabías que se estaba tirando un farol?

El capitán N'h'n negó con la cabeza.

—¡No estaba tirándose un farol! ¡No lo estaba! ¡Lo que quiero saber es cómo supiste de dónde venía el poder para su falsa piel, Doctor!

—Tenía que ser un punto de implante y tenía que ser protegido todo lo posible por la grasa. ¡Lógica! Y ojos. He usado mis ojos. El resto era esperar que pudiera apuntar decentemente mientras estaba distraído.

—¿Lo intentará otra vez? —quiso saber Amy.

—Ciertamente lo hará. Probablemente no de inmediato. Ya está tomando riesgos serios. Y nos estamos dejando ganar impulso mientras el agujero negro nos atrae.

—¿Qué demonios podía querer con aquel sombrero horrible? ¿Y por qué robarlo dos veces? —Amy miró las pantallas. El general Frank/Freddie Force y sus seguidores estaban bastante por detrás de ellos. Todo lo que podía ver eran las ligeras y lejanas estrellas.

—No que lo robase en primer lugar. No lo necesitaría dos veces una vez lo tuviera en sus manos. Así que otra persona debe de haber cometido el primer intento. Puede que hayan trabajado para Force y compañía. Es difícil decirlo. Si lady Peggy Steel, la Ladrona Invisible, estuviera con él... Por lo que sé, esta es la primera vez que se ha arriesgado a venir tan lejos de aquel agujero negro. Ese agujero es el centro de nuestro universo, ya que uno más denso existe para todo el multiverso. Ambos se hallan en el centro de nuestro universo y el universo antimateria de Frank/Freddie Force. No te preocupes por ello, ¿vale? Está tomando riesgos extraordinarios, arriesgándose al suicidio con cada movimiento que hace aquí fuera. Incluso a irse un poco en tal ambiente completamente ajeno comporta mucho coraje... O considerable desesperación.

El Doctor negó con la cabeza.

—¿Qué representa el sombrero?

La puerta se abrió y la señora Banning-Cannon estaba allí.

—Alrededor de dos millones de espaldazules —dijo ella—. Algunos creen que nadie nunca ha pagado tanto por uno de los sombreros de Diana. Ella se negaba a venderlo. Yo le dije lo mucho que lo quería para la entrega de premios en Miggea, y ella cedió. Pero aquel hombrecito tonto ciertamente no habría tomado tales medidas sólo para robar un sombrero para un rescate o dárselo a una amiga. Los materiales merecen un gran trato, por supuesto. Contiene organismos vivos. ¿Podría contener el sombrero alguna piedra preciosa incluso más rara o metal que incluso Diana sabía cuando me lo vendió? Lo inspeccioné arduamente, por supuesto, el momento en el que estuvo en mis manos de nuevo. Eso sí, tengo que admitirlo, parece un poco como una araña muerta. Pero no encontré nada. Estuve un poco decepcionada cuando examiné los materiales. Bajo la luz artificial parece más bien de mal gusto. Mero platino y unas pocas piedras preciosas. Oh, la basura normal. Supongo que su arte yace en lo que hace con ellas. Ahora está todo arruinado,

por supuesto. Una vez un sombrero ha mostrado su mobiliario me temo que se convierte en inservible. Sin embargo, el principio permanece –la señora Banning-Cannon suspiró profundamente–. He venido para agradecerle, Doctor. Hay pocos hombres que tomarían tantos riesgos como usted ha tomado para defender el honor de una dama. Ah, si hubiera sólo un planeta donde los hombres y las mujeres de coraje pudieran retirarse... algún Viejo Barsoom de vuelta.

El Doctor se aclaró la garganta.

–Bueno, yo, eh, estoy seguro de...

Amy le dio a la señora B-C su mejor sonrisa.

–Él es así –dijo ella–. Caballeroso. Impulsivo. Un poco un don Quijote. Es por eso por lo que me alegro a veces de ser su pequeña Sancho Panza.

–¿Es eso algún tipo de secretaria o asistente personal? –preguntó el capitán N'hn, que tomaba poco interés en los textos antiguos.

–Algo así –coincidió Amy, enseñándole los dientes.

CAPÍTULO 12

ESA VIEJA CÁPSULA ESPACIAL

–**YO DIGO, DOCTOR, QUE** fue un disparo muy sorprendente –dijo W. G. Grace, la Mujer Barbuda y la mejor golpeadora de su equipo, descansando su brazo por encima de su querida antigua funda de arco dejando que su mano libre levantara una copa de Assam en sus labios hirsutos.

–En este momento, te habrás convertido seguro en un segundo mejor arquero muy útil, ¿eh? –Bingo le guiñó el ojo a su nuevo amigo.

–No te pases, compañero –añadió Hari–, o su cabeza se hinchará tanto que podremos usarla como diana.

En ese momento, los chicos de los Primeros Quince estaban unidos como la gelatina, habiendo olvidado todas las diferencias con una pinta de té y un bollo de frutas en la mesa temporal reservada precisamente para esta función. En unas horas se habían unido en el viejo debate que concernía a las espadas anchas. Bingo pensaba que deberían seguir siendo de un metro de ancho y de un tercio de metro de largas. Hari sentía que debían ser más cortas. El evento de esgrima de espada ancha requería una habilidad extraordinaria pero no era un deporte popular con espectadores. Se oían rumores de que lo iban a quitar del programa en el futuro. Otros querían cambiarlos. Donna Bradmann freía salchichas en un hornillo eléctrico portátil. El Doctor disfrutaba de la sensación de un retiro en una historia de una escuela eduardiana. Estaba consiguiendo el tipo de descanso que necesitaba, pero pronto tendría que dormir y pensar. Mientras tanto, Amy disfrutaba de la compañía de los no-jugadores, sin consumir tanto té y con un poco más de Agua de Vórtice, mientras los asuntos del día se discutían, tales como si Allardyce tenía alguna posibilidad en contra de Preston en el próximo juego en casa intergaláctico del año siguiente. Flapper se preguntaba qué significarían las Eyecciones Generales en Nova Roma para el consejo galáctico. Setenta y ocho miembros ya estaban en eyección el próximo año. Amy se sentía fascinada. No se había dado cuenta de que la galaxia sí que era democrática.

–Si se le puede llamar democracia –dijo Flapper, agriamente y se enfrascó en un ataque bastante largo y en cierta manera parroquial sobre un buen puñado de personas con nombres impronunciables que Amy asumió que seguramente ella conociera en persona– ...y mamá está pagando demasiado por los viejos –se quejó ella.

–¿Los viejos?

–Sí, los que están siendo eyectados. Así es cómo pagas por las campañas de los nuevos. Vendiendo a los previos que entonces tienen que trabajar para una persona y no para el pueblo. Se les llama “la oposición”.

—Esta vez sólo voy a comprar cincuenta —declaró la señora Banning-Cannon—. Los últimos fueron un total gasto de dinero.

Ella frunció el ceño. Seguía intentando averiguar qué había querido Frank/Freddie Force con su sombrero. Pero era todo alabanzas para el Doctor, a quien ella declaró que era su caballero de “armario brillante”. Lo cual provocaba en la mente de Amy una imagen del Doctor embutido en un embarnizado guardarropa francés. Ella sonrió.

—¿Compró realmente usted ese sombrero en Peers™, señora Banning-Cannon?

—Lo pedí cuando nos detuvimos en Loondrees para el Corazón de las recreaciones del Blitz. La misma Diana estaba allí, una mujer de belleza extraordinaria, y me prometió enviarme el sombrero por Gbot a Peers™, donde podría recogerlo en su sucursal del Centro Comercial del Bosque. Lo cual, por supuesto, hice, planeando llevarlo para la ceremonia del Más Alto Té.

—¿Gbot?

—Ya sabe usted, uno de esos deformadores que hacen agujeros en el espacio. El tipo de agujero que forma vórtices y mata a los mensajeros humanos.

Amy dedujo que estaba hablando de un mensajero robot.

—¿Y nunca estuvo fuera de su posesión hasta que fue robado?

—Exacto.

—¿Pero se hizo en Loondrees?

—Eso entiendo. ¿No querrás decir que Diana o alguien de sus trabajadores ha usado mi sombrero para esquivar las aduanas en Peers™?

—Es una idea —dijo Amy—. Supongamos que había algo metido dentro del tejido, algo que Frank/Freddie y el resto querían desesperadamente, pero que otra persona robó. Eso significaría que su sombrero ya no tiene el contrabando pero que el ladrón ahora lo tiene. Y que el ladrón está en esta nave.

—¿Por qué asume usted eso?

—Porque Frank/Freddie Force detectó lo que estuviera buscando y asumió que el sombrero seguía teniendo su secreto intacto.

—Ah, por supuesto. Bueno, tengo que admitir que el sombrero se me devolvió en una pobre condición. El gran arco central estaba un poco hundido. Y las decoraciones estaban todas fuera de lugar.

—¿Podría ser que parte de su sombrero haya venido a la deriva?

Amy seguía un poco confusa con su teoría. Deseaba que estuviera intercambiando ideas con el Doctor. Pero el Doctor seguía haciendo lazos, intercambiando relatos fantásticos con sus nuevos amigos, y engullendo bollos

y pastas de té. Digamos, que las historias de los demás eran fantásticas y que las tuyas resultaban ser ciertas, pero sonaban fantásticas. Todo el mundo conocía a los legendarios Daleks que una vez habían pretendido invadir y habitar la galaxia. Pero pocos habían oído las historias que él tenía que contar. No es que nadie le creyera, lo cual era por lo que le admiraban.

—Tendrías que estar escribiendo para los Vs, Doctor —rugió W. G. Grace, dándose una bofetada en su más que considerable muslo.

—¡Pues claro! —declaró Donna, arrancando otro bollo de su tenedor de tostar y pasándoselo a W.G., quien se limpiaba delicadamente las migas de su magnífico pelaje facial.

—Las cuentas muy bien, Doctor —declaró Denise Compton, la segunda mejor golpeadora de los Segundos Quince—. Seguro que has hecho bastantes viajes espaciales.

—Me gusta viajar —admitió el Doctor—. Tengo lo que llamaríais una naturaleza curiosa —como para demostrarlo, de repente se puso pensativo—. Estaba intentando averiguar cómo podrían diseminarse lo bastante como para cruzar el espacio en un rayo de fotones. Esperaban marcharse de esa manera, pero con el sombrero, habiendo tomado unos riesgos terribles para conseguirlo. Tenían menos de veinticinco por ciento de posibilidades de sobrevivir, las mismas que nos dieron a nosotros. Así que, ¿qué es lo que lo hace tan valioso?

La compañía se vio afectada por su humor.

—Por Jorge, eso es lo más terrorífico que he visto en toda mi vida y todos vestidos como los monos de un organillero —declaró Denise. Todavía seguía un poco temblorosa por el encuentro—. ¿Era una ilusión, Doctor? Quiero decir, si diéramos una vuelta, ¿descubriríamos que han sido un puñado de viejos amigos tuyos gastándonos una broma para animar este aburrido viaje?

El Doctor se permitió una sonrisa sarcástica.

—Ojalá yo tuviera ese nivel de creatividad.

De alguna manera, el tema cambió a las técnicas de tiro al arco en espacios cerrados y cómo podrías apañártelas para un buen estafermo si no te importaba usar la cobertura de una nave nuclear. Un tipo que alguien conocía conocía a un tipo que había usado hilos de cadmio en un tiro completo para conseguirse dieciocho golpes o aciertos. Por desgracia, habían estallado justo pasado Kali 4.

Al cabo del rato, fingiendo cansancio, el héroe del momento había puesto una excusa y se había levantado murmurando que iba a dormir. Encorvándose incómodamente, coincidió en la pasarela con una ligeramente sonrojada y animada Amy, cuyo pelo pelirrojo despeinado se alzaba por un lado mientras se daban cuenta de que ambos estaban pensando en lo mismo: ¿qué es lo que podía merecer la pena para provocarle la muerte al universo? Porque Frank/Freddie Force, los Hombres Antimateria y lady Peggy Acero, la Ladrona

Invisible, que a menudo se la veía en su compañía, todo lo que querían estaba escondido a bordo de aquella nave.

—Se habían apostado sus vidas al estar aquí. Y las nuestras —dijo Amy—. Y si no hubieras llevado un arco y unas flechas y actuado con inusual presencia de mente —la sonrisa del Doctor se ensanchó—, ¿quién sabe qué habría podido pasar?

En ese momento, estaban sentados en la improvisada sala de juegos donde unos pocos de los viajeros jugaban a unas máquinas virtuales. Algunas máquinas eran tan andrajosas que apenas eran visibles para nadie más que para los usuarios. Ambos se sentaron en la oscuridad, justo al final, y hablaron en voz baja.

—Habría producido un efecto totalmente caótico rápidamente seguido por un colapso en una estasis permanente. Provocado por una guerra interna de todas las fuerzas evolucionadas para mantener el gran multiverso en perpetuidad —murmuró el Doctor—. Vamos a necesitar asistencia del Segundo Éter. Esos chicos peleones están locos como regaderas y son tan difíciles de atrapar lo bastante como para preguntarles y ver si nos podrán ayudar —él ya le había contado que sólo en aquellos espacios que se hallaban entre los planos gemelos de la materia y la antimateria, la Ley y el Caos, había esta guerra entendida y explotada en su complejidad. El Segundo Éter era el reino entre el espacio y el tiempo donde los Famosos Ingenieros del Caos llevaban a cabo sus milagros morfeantes. Se llamaban a sí mismos con nombres como Los Secundarios o los Preprincipiaceres y vivían en una dimensión en la que ni siquiera los científicos magos de Morphail podían explicar. Este ambiente se pensaba que eran los legendarios espacios de en medio, que podían ser travesados por las anchas carreteras de energía donde las gentes de todas las especies, razas y subespecies caminaban entre los mundos. Para algunos se les conocía simplemente como los Espacios, pero para los más inclinados al romanticismo, el Segundo Éter. Era el hogar de inmedibles entidades opuestas generalmente conocidas como la Ganancia Engendradora y el Insecto Original, el Segundo Éter servía de refugio para varias tribus corsarias, pero en lo principal, los habitantes dejaban la verdadera lucha, el baño de sangre y la construcción de imperios a sus socios. Ellos tomaban lados luchando por aquellos a quienes llamaban los Principios.

El Doctor suspiró y puso una mueca, con sus ojos abriéndose de par en par cuando le sorprendió otro pensamiento.

—Sabemos que no se ponen del lado de la Ley o el Caos, Materia o Antimateria, Razón o Romance. Pero la mayoría de ellos vendrán corriendo ante una llamada. Necesitan la Ley igual que la vida necesita a la muerte y como el despertar necesita el dormir. Ya veré qué puedo hacer. Es arriesgado, pero merece la pena intentarlo. Mientras tanto, llevamos encima un misterioso rayo de luz irradiando a cada fan de la sombrerería en un puñado de billones de parsecs y no sabemos dónde buscarlo. Medidas desesperadas, Amy. ¿Cuáles crees que son nuestras posibilidades?

—Oh, sé generoso —dijo ella, animándose—. ¿Cincuenta, cincuenta?

–Hagámoslo más interesante –dijo él, rebuscando entre sus bolsillos hasta que encontró una tarjeta, brillando con elegancia bajo la luz–. Ningún lado estará feliz con un nudo en estas circunstancias. Digamos que cincuenta y uno a cuarenta y nueve, ¿vale?

–No me digas –ella se puso sarcástica–. ¿Tú eres el cincuenta y uno por ciento?

–Descubrámoslo –se inclinó hacia adelante, sonriendo como un tonto y guiñó el ojo.

Ella le cogió del brazo alargado y ambos se levantaron en silencio. A duras penas habían llegado a su propia sección cuando la oscuridad se partió por rayos del índigo más brillante, por zigzags de escarlata y unos oscilantes e imposibles verdes.

–¡Al fin! –el Doctor levantó la cabeza como un depredador detectando un cambio en el viento, el sonido de un trueno lejano. Amy esperaba a medias que levantara un brazo, con la forma en la que un perro o un gato levantarían la pata y olisquearían el territorio por delante. Él la ayudó a colocarse contra las láminas de acero de la pasarela mientras giraban lentamente, así que ella pudo recuperar el equilibrio.

–¿Qué sucede, Doctor?

Él ladeó su cabeza a un lado y le sonrió.

–¡La Caída!

CAPÍTULO 13

LA PEQUEÑA FLORESCENCIA DE BINGO

VIENDO QUE ELLA SEGUÍA confusa, el Doctor la miró con placer.

–Hemos comenzado la Caída –dijo de nuevo–. ¡La Caída!

Y entonces recordó que le habían advertido sobre lo que estaba pasando. Con los núcleos ya aflojados, rápidamente habían conseguido la “caída profunda”. Eso significaba que se habían posicionado sobre lo que se llamaba un “pozo de gravedad”, una peligrosa maniobra, pero comúnmente hecha por las naves comerciales. Les permitiría reunir el impulso de lo que estos viajeros espaciales llamaban Pequeña Roca, el agujero negro local, tan pequeño que era invisible a ojo desnudo, pero sin embargo era tan denso como para ser el centro gravitacional de la galaxia.

La gravedad permanecía como el poder más misterioso del multiverso, pero la usaban tan casualmente como sus ancestros usarían la electricidad. Ahora, la Pequeña Roca les arrastraba hacia abajoabajoabajoabajoabajo les arrastraba hacia abajo, abajo, abajo, les arrastraba hacia abajo, hacia su casi inconcebible masa.

–Un error–se sintió pellizcado–. ¿Puedes notarlo? ¿Lo es?

Se sentía con ganas de vomitar. ¿Qué era eso? Un error. ¿Repasar el error? Su memoria estaba mal. Sus sentidos... ¿Se había quedado dormido? ¿Por qué estaba teniéndolo todo mal? La cabeza del Doctor se aclaró. ¿Qué había pasado en aquellos segundos?

La nave cisterna amarillenta y rojo y marrón no había sido construida para navegar por encima del combustible de color, esa misteriosa energía que se filtraba del Segundo Éter. Pero se repondría antes de que se acercara al Radio de Schwarzschild. Mientras tanto, usaba la energía latente y más misteriosa en este universo para arrastrarles “hacia abajo” hasta su siguiente puerto, girando lentamente, extremo sobre extremo para preservar su estabilidad interior y mantener a sus auxiliares con energía.

Ahora su única visión de la gran expansión del espacio interestelar venía enmarcada por sus Vs. La dura experiencia les había dicho lo que pasaría si no sellabas los ojos de buey de una vieja nave (las nuevas naves no tenían cúpulas de observación). La mayoría de las criaturas sintientes que intentaban usar una cúpula abierta de observación, tener la mayoría de los “ojos” de la nave, sus instrumentos de visión y de registro, se descubrían mirando hacia el casi-infinito y se volvían irremediabilmente locos.

El Doctor bostezó. Las probabilidades de ser atacados en los carriles espaciales habían desaparecido durante un tiempo y todo el mundo se podía relajar. O casi todos.

Durante un rato, escribió cálculos en una pequeña nota en una pequeña libretita negra, con su cara contorsionándose con los esfuerzos de su gran cerebro. Trayendo a la vida experiencias negadas para las criaturas sentientes, se concentró en las varias y complicadas capas de la existencia, intratemporalmente ocupando el mismo espacio, encerrándose una tras la otra, todas generalmente invisibles a las otras.

Sólo unos pocos eran bendecidos o maldecidos con el poder del Doctor de ver el multiverso en todos sus vastos, hermosos, fructíferos y exóticamente coloridos aspectos, con su glamurosa gloria. Aquellos pocos sabían cuántas varias verdades podían existir a la vez: las incontables alternativas, la infinitud de paradojas, los billones de giros del destino. Ese poder sólo venía con el entendimiento de cómo el espacio podía ser una dimensión del tiempo, todavía difícil para que la persona normal lo entendiera.

Eso era por lo que el Doctor algunas veces podía parecer despreocupado, frustrantemente disfrutando su indiferencia, cuando los demás enloquecían de terror. Los ancestros de los primeros viajeros humanos interestelares habían sido llamados Sensores Guía. Habían tenido el mismo talento que el Doctor. Los Sensores podían dibujar rutas a través del cosmos que otros no podían ni detectar. Estas eran las personas que una vez habían creado un mapa del multiverso y descubierto otro tipo de espacio al mismo tiempo.

Este “otro” espacio era conocido como el Segundo Éter. Había historias que el Doctor realmente había creado la región, pero siempre lo negaba. De entre aquellos que viajaban en aquella diminuta nave cisterna roja y amarilla, girando levemente sobre sí misma a través del espacio, sólo el Doctor podía percibir todas las alternativas, sopesar todas las probabilidades y por lo tanto tomar decisiones imposibles para nadie más. Pero él, mejor que nadie, sabía que él no era infalible. Los riesgos eran horribles.

Se volvió a meter la libretita en el bolsillo y se puso a dormir, con una expresión de increíble serenidad en la cara.

Observándole, Amy se descubrió imaginándole como una mota de índigo brillante, encerrado en un único punto en el centro de un arremolinado y brillante tapiz colorido representado todas las posibles versiones de todos los posibles eventos, los alternativos planos del multiverso, comenzando y acabando en las dimensiones demasiado vastas o demasiado diminutas como para que los sentidos humanos las comprendieran. Amy se preguntó cómo era que las criaturas ordinarias como ella podían ser conscientes de tal expansión, casi más allá de su comprensión y seguir permaneciendo cuerdas, todavía preocupadas de su destino.

¿Cómo podías tomarte a ti mismo y a tus propios deseos y ambiciones en serio?, quería saber Amy. ¿Cómo puedes esperar que tenga algún efecto en los eventos mayores? Entonces se encogió de hombros como a menudo hacía. La respuesta era, por supuesto, muy simple: a pesar de ti siendo tan aparentemente insignificante, cada acción que tú o cualquier otro ser tomaba en el multiverso tenía un significado y un efecto, y resonaba en todas las demás versiones de la realidad. Todo el mundo era su propio multiverso, igual

que la cima del Everest contenía fragmentos que eran modelos del entero. Una mota de índigo. Un cuerno lejano.

En ese lavado de geometría brillantemente colorida y casi infinita, reflejándose en todos los peligros que pudieran amenazar la humanidad, cuyas acciones eran reflejadas y resonadas casi en toda la infinitud, el Doctor, ese amable alienígena de dos corazones, había entrado en un mundo de posibilidades casi infinitas. Amy hizo lo posible para imaginarse lo que vería y todas las posibilidades de las que era consciente.

El Doctor todavía entonces intentaba averiguar las especificidades de la amenaza contra los millones de mundos habitados por especies inteligentes. Iba a hacer lo que ningún ordenador podía hacer. No por primera vez el corazón de Amy deseó estar con el de él, el último de los suyos. Ya no tenía iguales a los que poder hablar.

Sin embargo, ella estaba segura de que disfrutaba más su vida de lo que la echaba de menos. Si tan sólo ella pudiera seguirle hasta aquellos ricos y solitarios lugares... Probablemente le ayudaría a ayudarse.

Pero ella sabía que gran parte de su motivo era que le envidiaba y resentía el hecho de que él jamás compartiría con ella su visión del multiverso. De repente, se sintió apartada y sola. ¿Volvería a ver a su andrajoso, ordinario, normal mundo natal de nuevo?

En ese momento, ella vio al capitán pasar galopando, con sus pezuñas enfundadas en unas enormes y suaves zapatillas.

—¿Algo va mal, capitán?

Él echó la vista atrás, con su voz baja y controlada.

—Oh, estamos cayendo más rápido de lo normal. No puedo conseguirlo. Necesitamos frenar un poco. No hay peligro, señorita, no se preocupe.

Estuvo a punto de dirigirse a su tumbona en sus habitaciones cuando se encontró con Bingo Lockesley, cuyo efecto en su autoestima había sido, se vio obligada a reconocer, subirle el ego en dígitos de doble cifra. Sólo verle la animó. Él se había acercado en silencio.

—¿Está el Doctor durmiendo? —le susurró él.

—Está descansando el cerebro poderoso —le dijo ella a él.

—Al parecer ese castillo de fuegos artificiales no era nada de lo que preocuparse —le informó Bingo, reconfortante—. La nave ha entrado en lo que el capitán llama “modo de Caída”. Sigo pensando que habla de vestidos de mujeres. Ya sabes, ¿modas primaverales? —él estaba claramente animado por su respuesta— Era casi como soñar despierto. ¡Eso me pareció a mí, sea como sea! Ha sido bonito verte sonreír de nuevo. ¿Qué, te importa si me quedo contigo unos minutos?

–Para nada –tuvo que detenerse de flirtear con él para quitarse de la cabeza todo lo que les había pasado desde que se habían embarcado en la nave cisterna de agua–. ¿Has merendado ya?

Su cara inocente y feliz la animó.

–¡Sí! –declaró él.

–Ah, yo no.

–Oh, cielos. Yo tampoco, quería decir que sí. ¡Merienda! Suena emocionante –se detuvo–. Eh, ¿no deberíamos... quiero decir... sacar al Doctor de su hamaca?

–Es duro de despertar –dijo–. Tiende a doblarse hacia el centro.

–De acuerdo. Dejémosle, entonces.

–Será probablemente lo mejor –dijo ella. Amy sospechaba que el Doctor no había cogido aquella postura extraña por azar. Estaban a mitad del pasillo cuando se descubrió diciendo– ¿Y qué crees que había en ese sombrero? –y se maldijo por idiota. Había planeado mantenerse alejada de cualquier conversación seria durante un rato.

–¿Contrabando?

–Claro, eso será.

–Debe de haber sido algo muy valioso, ¿verdad? Quiero decir, no veo al General Force y a su compañía tomándose todos esos riesgos por un poco de chatarra o miel Jhivan.

–Oh, sí –dijo ella, cogiendo una maltratada *Haztetuté* y seleccionando un Assam sin leche ni azúcar. Le encantaban aquellos aparatos retromodernos. Tenían una atracción extraña. Levantó la gran taza de porcelana con ambas manos y sorbió mientras Bingo iba a buscar fichas para poderle comprar un bollo. Ella se preguntaba si el Doctor sabría más de lo que le contaba. Todavía había unos cuantos misterios por resolver. Bingo volvió, triunfante, con unos bollos en mano. Y antes de que se sentara, ella ya le había lanzado una pregunta.

–La madre de Flapper todavía tiene su sombrero, ¿no?

–Por supuesto, por supuesto. Se lo devolvió mi tío, la policía, casi en cuanto fue descubierto.

–¿No le faltaba nada?

–La señora Banning-Cannon comprobó todo y se sintió satisfecha. Estaba todo hecho un jaleo, eso es todo lo que sé. Y el señor Banning-Cannon dijo que era igual de horrible y vomitivo que siempre había sido.

–¿Lo odia tanto?

–Absolutamente. Lo desprecia. Le da cagaleras.

–¿Algo que había en él?

–Me dijo que le recordaba a las arañas.

–¿Pero no había arañas en él? Quiero decir, ¿Diana de Loondrees tenía una línea del Sombrero de Aracne?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no tenía el sentido común de dejar de hacer preguntas? Bingo encontraba aquello maravilloso. Ró un poco demasiado para sus propios oídos y comenzó a preguntarse si estaba en peligro de delatarse. Se sintió aliviado cuando apareció el señor Banning-Cannon.

–¡Ah, ahí está usted, señor! –gritó Bingo– ¿Va todo de perlas?

–¿Eh? Oh, ciertamente. Nunca han brillado más las perlas –el gran patriarca estaba animado. La devolución del sombrero de su esposa y el hecho de que toda sospecha ahora estaba centrada en Frank/Freddie Force le había aliviado de la mayoría de sus preocupaciones. Estaba canturreando para sí, disfrutando de su ensoñación. Su esposa ya no estaba, como él diría, “tras sus pistas” y su hija estaba enamorada con la elección de su esposa, ¡espera!

–Espera –dijo él–. ¿No es usted el joven al que ha echado el ojo nuestra Flapper?

–¡Oh, cielos, no, señor! Debéis de hablar de Hari Agincourt. Él es el tipo por el que siente algo Flapper. Yo, quiero decir, ella, eso es... ¡Oh, cielos! –y Bingo volvió a parecer su celebrada imitación de un semáforo. Se había olvidado de que Hari le había pedido específicamente no decir nada hasta que tuviera su trabajo prometido de vuelta a Knots antiguamente conocido como Peers. El señor Banning-Cannon no podía soportar otro drama.

–¿Este tipo es algún tipo de Lord o algo como tú?

–¿Se refiere usted a un miembro de la Edad Peer, señor?

–Si eso es lo que eres.

–No, señor.

–¿No? Oh, *Señór* –los ojos del señor Banning-Cannon recuperaron su apariencia de presa–. ¿No es un aristócrata?

–Lo será, señor. Ahora que el planeta es mío, pretendo hacer unos pocos cambios, y uno de los primeros es restaurar la monarquía y la realeza. Lo podría hacer ahora, supongo, pero sería más bonito si tuviéramos algún tipo de ceremonia. Hari, por servicios al planeta, será definitivamente nombrado caballero, pero mi idea es que reciba un condado antes del solsticio.

–¿Es eso lo que tienes tú?

–¿Un condado? Sí, señor.

–¿Y qué es eso del solsticio?

–El solsticio es un día del año, señor.

–¿En serio? Entonces todo estará bien. Con eso va un poco de dinero, ¿no?

–Derechos de pesca, derechos de torneo, derechos de recreación y renacimiento. Todo eso, señor.

–Espléndido. Así que lo está bien, acaba bien, parece, ¿verdad?

–Así es, señor –sonriendo, Bingo dejó que le estrechara la mano el señor Banning-Cannon. Él se giró para compartir su placer con Amy. Pero ella se había ido, de puntillas de vuelta a su habitación. Bingo frunció el ceño—. Debe de haber sido algo que he dicho –opinó él. Y volvió, un poco desanimado, al camarote que compartía con Hari y compañía.

CAPÍTULO 14

TODO CAMBIA

EL PUERTO ESPACIAL DE DESIRÉE era tan extenso que ocupaba la mitad de la superficie terrestre del planeta. Viniendo a descansar en cada borde del Campo Izquierdo, como se le llamaba, los pasajeros se desataban de sus arneses y, mientras esperaban a Aduana e Inmigración, poblaban la cúpula de observación, ya pudiendo estar desatados.

El Doctor no había estado en Desirée desde hacía muchos años y permaneció profundamente sorprendido. El puerto espacial ofrecía un paisaje infinito de naves. Las naves se alzaban junto a las torres de repostaje y reparación, con sus proas apuntando orgullosamente hacia el ancho y brillante cielo. Las naves descansaban ancladas por encima y por debajo de las nubes, o bien en su interior, con sus cascos brillando con las innumerables radiaciones o emanando un humo azul, morado y verde hacia la inquieta atmosfera, deshaciéndose para mezclarse con los más sutiles tonos de lavanda, gris, verde pálido y azul líquido partido por las constantes tormentas de relámpagos en los niveles superiores.

La enorme luna amarilla con sus anillos plateados y rojizos era claramente visible en el horizonte, marcando la silueta de los delgados y dorados cohetes interceptores super rápidos *Graham-White* del IPC, mostrando unas hermosamente adheridas alas estabilizadores y decorados con unas abultadas torretas de disparo. Éstos quedaban pequeños junto a las naves juncos superiores y asimétricas, pilotadas por robots y tripuladas por Ramimeds, capaces de sobrevivir sin aire durante horas y sin necesitar dormir. Las embarcaciones espaciales de largo recorrido podían cruzar de una galaxia a otra, pero eran incapaces de llevar criaturas vivas más que los Ramimeds, cuyo planeta natal giraba en una región sin sol de la galaxia y era esencialmente un cometa gigante. Entre aquellas, volaban unas zumbantes gabarras, cargando y descargando, trayendo y llevando pasajeros. Hari Agincourt, con Flapper a su lado, señalaba emocionadamente a las naves que reconocía.

—¡Mira, Flapper! ¡Es una gigantesca *De Havilland*! ¡Y ahí hay una *Dumont F-22*! ¡Esa es una *Farnsworth Wright* y *Wright* modificada, ese es un interceptor Judoon! ¡Un crucero estela de doble cubierta *Ban'sh*! ¡Y un viejo velero de anillos *Comer*! ¡Y una *Galinax* de tipo M! ¡Una *Vickers 12-30M*! Esto es increíble. Nunca pensé que vería ninguna de esas en mi vida. No me pierdo ni un sólo *Espío* por la V, por supuesto. Pero ¡guau!

Flapper hacía lo que podía para parecer interesada, pero estaba comenzando a necesitar unas pocas horas de soledad y un buen rato de ficción V que le hiciera escapar de la realidad. El amor cubrió varios bostezos bien merecidos.

Sin embargo, tuvo que admitir que la vista era sorprendente. Había naves achaparradas y naves circulares, naves de colores brillantes y otras de un serio

negro, naves grises y blancas, naves que parecían pájaros o peces gigantescos; había naves que parecían colgar de una telaraña y de la que colgaban varias gotas plateadas de rocío, naves tan gigantescas que parecían estar a punto de hundirse en el hormigón super-reforzado de sus estaciones. Un millón de tonos metálicos brillaban y se amontonaban en el abarrotado puerto. Gentes de todas las razas y manufacturas caminaban entre las grúas o navegaban por encima de ellos en coches aéreos descapotables que soltaban combustible de color. Y cuando los comprobadores de atmosfera llegaron, las nuevas llegadas eran golpeadas con un mar de aromas del cual era posible detectar metal ardiendo, gasolina de todo tipo, plantas, cuerpos, comida cocinándose, los gases vivos de miles de mundos.

—¡Atroz! —la madre de Flapper se puso un pañuelo en la boca y en la nariz— ¿Por qué permiten las autoridades este hedor?

—Créalo o no —el capitán N'h'n se detuvo en la puerta abierta, con una bolsa por encima de su hombro—, solía ser peor. Tienen los desodorizantes planetarios a todo volumen y el aire acondicionado encendido en todos los subniveles. ¿Ve esas columnas de humo a intervalos a través del campo? Eso es a lo que huele el espacio, señora, ¡si no careciera de aire!

El capitán N'h'n estaba muy animado, habiendo repelido a los piratas y completado una carrera exitosa. Ya estaba en el proceso de vender su cargamento a un bróker y pronto lo transferiría. Tenía una dulce y joven potrilla, una administradora en el sector NNE, a quién había Veado antes, y ella estaba más que dispuesta a ayudarlo a disfrutar de los antros de libertinaje de Desirée lo antes posible. Pero esto era algo que tenía que hacer en primer lugar. Se retrasó lo suficiente como para exprimirse entre la multitud, estrechar la mano del Doctor con entusiasmo y agradecerle de nuevo.

—Si disparas así de bien en los últimos juegos, Doctor, estoy seguro de que vas a ganar la Flecha. ¡Lo primero que voy a hacer cuando marche es ir a *Ferdii's* y poner una cuantiosa apuesta en tu equipo antes de que me gaste todo mi dinero!

—Intentaremos no decepcionarte —el Doctor rió con el gran centauro—. Y buena suerte en tu siguiente viaje, capitán. Estoy seguro de que haremos lo que podamos para estar al nivel de la fe que tienes en nosotros.

El capitán se abrió paso a empujones hasta la pasarela donde una balsa antigravitatoria flotaba preparada y, con el típico arrojo de los centauros, lanzó su saco encima y saltó por el hueco, con la crin y la cola al viento.

Entre las naves aparcadas había unas atareadas tablas V anunciando todos los placeres que tenía que ofrecer el planeta. La tripulación ya les estaba observando, murmurando comentarios en sus V implantados, leyendo números y nombres de calles mientras esperaban impacientemente para que las jaulas fueran elevadas junto al casco de la nave.

—¡Viene el tiempo cálido —murmuró uno, apretujándose junto al Doctor y a Amy—, y los capullos están en las viñas!

Profirió un extraño y quejumbroso ruido e hizo una reverencia a la señora Banning-Cannon mientras pasaba.

–Buenas noches, señora. Sí, sí –un guiño al partir.

–¡Oh, cielos! –la señora B-C se estremeció a disgusto– Espero que nunca tengamos que viajar de nuevo con ese puñado de rufianes. Prométame, Doctor, que no nos ha reservado otra nave como esta. ¡Mira! –ella miró hacia abajo, con esperanza– ¡Estos deben ser los botones a los que he llamado!

Desembarcando de un Airbus abierto anunciando a los Djinn Inn, y cruzando a la pasarela más cercana junto a la cisterna, vino un grupo de gigantes uniformados con números estampados en sus pechos, en sus espaldas anunciando “el mejor hotel de Desirée”. Eran gigantescos. Sus cabezas estaban afeitadas de todo cabello y tenían unas distintivas caras simiescas. La señora Banning-Cannon saludó y señaló.

–¡Aquí! ¡Aquí! –ella gritó hasta que levantó la mirada y alzó sus puños a ella. El líder habló a los otros y sus grandes bocas babearon al reírse.

De repente un gran coche aéreo azul bajó del cielo hasta estar a nivel con la cúpula de observación y en un momento los chicos de Aduana e Inmigración llegaron a bordo, haciendo preguntas, escaneando cuerpos, pidiendo albaranes, palpando carnes ajenas y no familiares. Los hombres de Aduana eran en su mayor parte mediobots, medio robots de carne y acero, con sus ojos modificados para hacerles más eficientes, enviando información de vuelta a las ordenatas centrales. Cuando llegaron hasta el Doctor y Amy, la gente de inmigración estaba confusa.

–Hay algunas extrañas discrepancias –murmuró uno–. Vuestro documento de pasaporte no está en los registros –parpadeó fuerte, intentando reescanear el papel psíquico que el Doctor le había dado.

–Son del último tipo –explicó Amy–, emitidos por la VT.

–¿Válida Tramitación?

–Por supuesto que no –le espetó el Doctor con un temperamento aparente–. La Vieja Tierra.

–No sabía que la hubieran acabado.

–Hace nada –dijo Amy.

–Deberíais haber recibido los códigos –el Doctor pretendió comenzar a impacientarse. El oficial estaba perplejo. Por encima de su hombro, la señora Banning-Cannon miró los papeles del Doctor.

–¿Cuál es el problema? –estaba de lo más altivo– Este hombre es un doctor reconocido y yo soy la señora Banning-Cannon.

El oficial de inmigración reconoció su nombre. Pues sabía que su familia ya poseía Desirée. TerraForma™ era probablemente la compañía progenitora.

–Doctor, ¿señor? Por supuesto, señor.

Él se rascó la nuca, mirando a Amy.

–Y usted es su enfermera, ¿verdad? Ah, sí –su cara se aclaró cuando al fin pudo leer el pasaporte de forma adecuada. Puso su palma contra los documentos–. Eso debería servir.

–Gracias –el Doctor se giró a la matriarca–. Nos ha ahorrado la vergüenza.

–Como usted me salvó, Doctor –su sonrisa era casi encantadora. Estas vacaciones parecían estar sirviéndole.

El transportador llegó para llevarlos al Campo Occidental en el otro lado del planeta. Amy todavía encontraba difícil sobrellevar el tamaño de estas anchas terminales. Ella había visto grandes ciudades en grandes planetas, pero nada como esto devoto enteramente al cuidado de las vías interestelares. El Doctor disfrutó de su asombro.

–Y estas son a menudo las ramitas de las naves grandes como el *Gargantúa*. Todas las verdaderamente gigantescas están ahí fuera en el espacio. Y no digamos las grandes naves patrulla de la IGP. Hay todo tipo de estaciones de repostaje, incluyendo un gigantesco charco de combustible de color más hacia el sol. Creo que este era el mayor puerto espacial de todo el sector.

–¿Qué pasa si alguien decide dispararlo? ¿O hacerle sabotaje?

–Si alguien pensara que merece la pena hacer estallar Desirée, destruirían media galaxia o se despertarían el día de antes en una celda policial. Desirée está en una falla temporal y se las han apañado para remolcar parte de su poder. Pueden volver y arreglar un problema antes de que suceda, y tienen un bucle temporal constante trabajando para ellos. No hay forma que conozca yo para engañarles. Según mi conocimiento ha habido cincuenta y dos atentos frustrados desde que se fundó el puerto.

–¿Has estado aquí antes?

–De joven, sí. En mi siglo sabático. Una vez tuve un trabajo de mensajero, llevando las facturas de las naves que atracaban aquí. También me perdí varias veces. Las naves se retrasaban, me despedían.

Amy se rio ante aquello, sin creer ni una palabra de ello.

–Me estás tomando el pelo de nuevo, ¿no? –ella levantó un dedo de advertencia. Se sintió aliviada cuando un coche especial vino para los Banning-Cannons y les llevó a su hotel. Ella se alegraría de la paz relativa. Ya que el Doctor les había salvado de Frank/Freddie Force, la señora Banning-Cannon había cultivado su compañía y la de Amy.

La mayoría de los otros pasajeros no se habían molestado en reservar acomodación, ya que los hoteles eran extraordinariamente caros. Iban

directamente hasta su conexión, embarcar antes y estar preparados para el despegue en doce horas.

–Espero que nadie intente robar eso de nuevo –el Doctor asintió hacia la gran caja de sombrero que era transportada a bordo del túnel del hotel–. Me gustaría poder rendir eso y dejarlo aquí. Estoy seguro de que eso le encantaría al señor Banning-Cannon.

–¿Así que estamos seguros de que pagó al joven Bingo para robarlo?

–Oh, eso pienso. ¡Le pagó en planetas! Bueno, en un planeta.

–Sí, Bingo ya ha decidido darle a Hari el rango de caballero, rápido seguido por un condado, para que Hari sea capaz de asegurar a la señora B-C de que él tiene lo que los yernos han de tener...

–Y mientras tanto, Bingo está intentando aterrizar y llevarte al altar, Amy Pond –sonrió el Doctor.

Amy mantuvo una cara seria.

–Bueno, me gusta bastante, Doctor. ¿No te gusta cómo suena Amelia, condesa de Sherwood? ¿Podría tener un condado? Bueno, es muy majó. Y muy entusiasta.

–Oh, sí, ya he visto que es un entusiasta. Aquí está nuestro taxi.

Un desgastado coche aéreo subió por la pasarela y el Doctor ayudó a Amy a entrar. Intentó evitar sentarse en la funda falsa granate de mapache zyloriano que cubría los asientos. La conductora era una enorme Unshim-Anlinita chupando una rama de metro y medio de largo. A parte de su cara, que parecía más a una calavera humana, tenía la mayoría de los rasgos de una mantis religiosa terrestre, que les dijo que ella era de uno de los planetas colonizados de Anlin. Una albina con varios pares de ojos rojos como el rubí, les saludó alegremente, comentando en la mejora que había visto en el clima.

–Tuvimos muchas tormentas de aceite la semana pasada. Eso estaba por todas partes. Habría sido divertido si no hubiera habido tantos accidentes. El gran Brunk se cayó por la pasarela. Cayó casi un kilómetro hacia abajo. No hubo mucho que limpiar después de aquello.

El coche aéreo arrancó con un golpe, lanzándoles hacia adelante. La Alinita usó uno de sus pares de brazos para evitar que Amy cayera mientras el Doctor la ayudaba a sentarse en su asiento.

–¡Guau! –exclamó ella– ¡Es enorme!

La mantis hizo sonidos sibilantes y chirriantes que probablemente eran risas.

–Deberíais haber estado aquí el mes pasado. Casi doblamos este volumen. ¡Tormentas temporales! Un nombre inusual de accidentes, al parecer. La gente tenía alucinaciones y esas cosas. Piggo se volvió totalmente loca y robó un crucero de los picoletos. Ya sabéis cómo se han puesto los polis

últimamente. Botan a la mínima. Algo que tiene que ver con la velocidad repentina de la marea oscura. Que les arrastran. ¿Aumento de la velocidad? Dudo que sea tan grande como están haciéndola parecer. ¿Crisis de fuel? Hay muchos más charcos de combustible de color. No entiendo estas cosas. Quiero decir, ¿qué es la gravedad? ¿Alguien lo sabe? Provoca unas pocas turbulencias, dicen.

—Hemos sufrido un poco de eso —dijo el Doctor—. Llegamos antes de nuestro horario. Tuvimos que volver y usar nuestros impulsores.

El coche se abrió camino un kilómetro tras otro de destrozadas naves comerciales manchadas por el aceite, muchas de ellas pasando unas pequeñas reparaciones o recolocaciones, con el cielo brillando, parpadeando y enviando relámpagos en todas las direcciones, mientras que los olores combinados de miles y miles de naves de cualquier número de mundos distantes formaban una pesada sábana por debajo, escondiendo los cascos de la vista. De tanto en tanto, una humareda de color arcoíris salía volando, flotando como una pompa de jabón gigantesca y de forma irregular. Era peligroso. Esa cosa era el mejor fuel jamás descubierto pero tocarlo significaba que pasabas a través de dimensiones que no siempre eran compatibles con la vida conocida. La niebla por el humo se acabó volviendo tan espesa que el Doctor tiró de la capota del coche para protegerles de un repentino y aislado chubasco que era sólo parte de agua. Los olores parecieron reforzarse a medida que se adentraban en el planeta. Él arrugó su nariz.

—Quizá hubiéramos tenido que haber cogido el bus de los Caballeros —dijo—. No estaba seguro si conseguiríamos algún rato sólo en esa nave, *Dafryd*.

—¿Estará tan llena como la nave cisterna?

—Bueno, está diseñada para pasajeros, pero no es una nave de lujo. Es un poco básica. Me temo que la señora B-C estará molesta conmigo de nuevo cuando la vea.

—Oh, Dios, ¡no me lo puedo imaginar! —Amy comenzó a reírse.

—Duerme un poco —dijo el Doctor—. Al menos hay un par de horas hasta que cojamos el 11-28 a Placamine.

Resignada, se recostó en sus cojines mientras el Doctor seguía mirando a su alrededor por el gran puerto, identificando naves que habían sido construidas algunas veces dos o trescientos años antes.

El Doctor suspiró, de repente recordando un día, tanto tiempo atrás, cuando todo en el tiempo y el espacio había sido nuevo para él. Había estado tan emocionado entonces, y el universo era tan misterioso... Había habido mucho para él para explorar, y había tenido una larga, larga vida por delante para disfrutarlo todo. Ahora, pensó con cierta tristeza, había visto demasiado como para retener el mismo sentido de maravilla. Pero claro, ¿cómo de diferente había sido entonces, en aquellos primeros días de sorpresa? Nunca lo sabría. No había muchas personas a las que poderles preguntar.

Miró hacia los extraños díselos de las naves y pensó en los miles de culturas que representaban. Rango sobre rango, kilómetro tras kilómetro que la nave volaba, pasaban un crucero enorme, con su casco metálico dándole una extraña sensación orgánica de enfermedad, haciendo parecer al mismo planeta diminuto, ya que bajaba para unas serias reparaciones que no se podían hacer en el espacio abierto. Cuando el Doctor preguntó a la conductora porqué la nave estaba en el embarcadero seco, la mantis religiosa respondió que ella entendía que había sido atacada en algún lugar cerca de los Soles Interiores.

—¿Sabes qué es lo que pasó? —le preguntó el Doctor, casualmente.

—He oído que golpeó un charco de combustible de color —dijo la conductora—. Aunque con todos sus instrumentos sofisticados, me sorprende que no lo vieran.

Los lagos de combustible de color se encontraban en todas partes a través de la galaxia. Eran manchas de pura energía que podían estar a parsecs de distancia, o si se encontraban en un planeta, de unos metros de ancho y de unos centímetros de profundidad. Suministraban casi a todas las naves posteriores a los motores nucleares, desde que el famoso inventor O'Bean el Joven había desarrollado motores capaces de usar aquella materia prima. Era extremadamente difícil de refinar. Casi O'Bean sólo había sacado a la humanidad de su última larga Edad Oscura. Su conductora les condujo entre dos naves idénticas, cuyos morros desaparecían en una nube roja sangre de gas humeante.

—El capitán tuvo que hacer unas maniobras bastante duras para sacarla del charco —les dijo. El Doctor alargó su largo cuello para echar un vistazo atrás a la gran nave.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, ciu. Uno de los de esa clase de súpers. Súper lujo. Súper velocidad. Esas cosas. Vi un V sobre ella. ¿Tú no? Sé que hacen mucho ruido. Era de clase C. Pertenecía a la familia Aristófanes. Lo sé, seguro que está asegurada en un montón de pasta.

—Seguro —dijo el Doctor—. Pero me sorprende que su capitán la dejara meterse en un charco de combustible de color y tan cerca de los Soles Interiores.

—Tienes que haberlo oído, ciu. Hay muchas cosas pasando por ahí. Cosas raras de las que nunca se oyen en las Vs. Sólo rumores. Pero se van sumando. Avistamientos de planetas-fantasma, raras distorsiones en las pantallas, planetas enteros cambiando de posición o desvaneciéndose al mismo tiempo. Corrientes conflictivas lo bastante malas como para destrozarse en dos a una nave ordinaria. Imágenes formándose en el flujo oscuro como si fueran inteligentes, intentando comunicarse. Me sorprende que no sepas nada de esas cosas. ¿Dónde has estado?

—Ya has visto la vieja cisterna de la que nos has recogido. Comenzamos a acelerar durante un poco, también. Algo nos dejó sin comunicaciones. Los

vientos temporales soplaban en todas direcciones. No tenía hipervelocidad, ni contacto real con nada o nadie. ¿Cuánto tiempo has estado oyendo historias como esa por ahí?

—Desde hace bastante. Pero este es el tiempo real. Nuestro tiempo. Hace meses para ti.

—Todo es relativo —con un suspiro, el Doctor se recostó y cerró sus ojos.

—No me hables de familiares —dijo la conductora, conectando emotivamente—. ¿Te he hablado de mis maridos? Exmaridos, debería decir —ella se reclinó hacia adelante para apretar un control de forma irritada. Y comenzó a silbar y luego a toser. No hay imagen más rara que una taxista mantis con un escalofrío entero de exoesqueleto. Pero ella siguió conduciendo hacia adelante para sorpresa de Amy.

Eso era todo lo que el Doctor necesitaba para ayudarlo a cerrar los ojos y echar las cuarenta cabezadas que se había estado prometiendo desde hacía muchísimo. ¿Qué pasaba con los charcos de combustible de color? Si desaparecían o se contaminaban podría significar amplios cambios en la economía de la galaxia entera. Se despertó por la conductora mientras gritaba:

—¡Ya hemos llegado, ciu! Cuarenta y siete rojos, por favor y gracias.

Inclinándose hacia adelante, el Doctor le pasó un amarillo.

—Quédate el cambio —dijo él, mientras la conductora comenzaba a pulsar botones en su banco de muñeca. Él miró con cierto alivio al relativamente moderno bus espacial que iba a llevarles de Placamine a Poseidón. No eran los primeros pasajeros. El Doctor ladeó su cabeza cuando oyó algo familiar—. ¿Qué es eso? —preguntó al mayordomo elegantemente uniformado que comprobó sus billetes y les dirigió a sus camarotes— ¿Voces?

—Oh, sólo son los mineros cantando. La Deputación Nacional Eisteddfod Únicamente Masculina de Desirée. Son muy agradables de escuchar, ¿no? Representan a Desirée en el Eisteddfod Interestelar. Son grandes chicos, señor. Hay una fuerte probabilidad de que devuelvan el ab lthil cardigan sino el Puerro Amarillo mismo. Tiene usted mucha suerte de que haya asientos sobrantes por lo que he oído. Estos muchachos cantarán todo el camino.

—¿Todo el camino?

—Si los conociera —dijo el mayordomo, abriendo la compuerta—. No podrá pararles.

—He creído oír un coro de ángeles en la distancia —dijo Amy. Miró por el vestíbulo de embarque—. Oh, esto es mucho mejor. Limpio y ordenado, al menos.

—Creo que nos encontrará usted muy cómodos, señorita —dijo el mayordomo—. Estará con nosotros los siguientes siete días, ¿no? Saliendo del Glub Glub, por lo que parece —sonrió—. Lo siento, señorita, es una broma interna. Al mundo marino, quiero decir. Una lástima que no puedan venir con

nosotros a la Nueva Llaeggub. Deben hacer que alguien les presente al viejo Taffy Sinclair. También es doctor. Y un conspirador. Pero también es el director del coro.

–Oh, no soy ese tipo de doctor –dijo el Doctor con hastío.

–Él tampoco, señor. Usted está con los Caballeros, entiendo. Ustedes van al agujero negro, ¿verdad? Estos muchachos saben todo sobre los agujeros negros, señor. Todos seguimos a las grandes recreaciones del Renacimiento, incluidos los muchachos de abordó. Todos somos grandes terráfilos, señor. También tenemos muy buenos jugadores amateurs. ¿Algún consejo para un ciu que pueda estar pensando en apostar un poco?

–Oh, sería inteligente apostar por nosotros –el Doctor levantó la mirada a través del agitado cielo multicolor como si pudiera ver su destino desde allí–. Por la forma en la que está yendo esto es más importante que nunca que ganemos la Flecha.

Amy le miró, de repente alerta.

CAPÍTULO 15

CLASE LUJOSA

APARTE DE LA QUEJA OCASIONAL DE LA SEÑORA BANNING-CANNON sobre el coro practicando en las salas comunes del bus espacial y un poco de discusión entre W. G. Grace y sus camaradas, que había acusado a uno de los otros jugadores, Pavli-Pavli, de lamer sus flechas durante un amistoso en el campo artificial que les ofrecía el autobús, el viaje fue en gran parte sin ningún incidente. Poseidón había experimentado un horrendo tornado espacial y estaba fuera de límite a los civiles. Amy estaba segura de que Frank/Freddie Force y compañía habían recibido esquinazo, pero el Doctor no estaba tan optimista.

—Una vez que está tras de ti se vuelve un sabueso. Si no lo conociera mejor, diría que de alguna manera se ha enganchado a nuestro casco y Lady Peggy los ha hecho a todos invisibles.

—¿No lo dirás en serio? —sentado a su lado, Amy removió sus coles de Bruselas. Se habría alegrado de tener un poco más de variedad en su dieta, tan sana como era la comida.

Estaban acercándose al enorme y brillante mundo de Pangloss. Jamás aterrizarían allí, sino que habían acordado encontrarse con el *Gargantúa* allí. Mientras se cernían en el lado nocturno de Pangloss vieron al poderoso crucero descansando junto a la línea de los anillos gemelos del planeta, a duras penas visible al principio hasta que su propia luz reflejada de repente la impactó y la hizo brillar como una estrella, plateada y llena de rubíes en las profundidades de la noche.

—Guau —dijo Amy—. Siempre que comienzo a sentirme indiferente, algo así sucede. ¿Esa es el *Gargantúa*? Dios, es del tamaño de la Tierra.

El Doctor sonrió.

—¿No te alegras de no perderte la oportunidad de subir a bordo? Aunque sólo sea durante unos pocos días. Me sorprende que esté ahí ante nosotros. No se suponía que fuera a llegar hasta mañana, quizá haya entendido los horarios mal.

—Estará genial poderse duchar —dijo Amy—, sin preocuparse por setenta mineros haciendo cola para usar la ducha detrás de ti. ¿Has dicho que tenían duchas en cada suite?

—Creo que los camarotes de clase A tienen dos —le dijo—. Pero eso es sólo para las suites familiares. El señor y la señora Banning-Cannon y su hija están en una de esas.

—En una cubierta distinta a la nuestra, espero —sonrió ella.

—Al menos una de distancia. Probablemente veinte o así. Creo que lo dice en alguna parte de los billetes —consultó su V de bolsillo y entonces lo guardó,

sonriendo—. Están en la Cubierta Cuatro y nosotros estamos en la Cubierta Ciento Dos.

—¡Resultado!

—Sí, eso es a seis cubiertas de distancia de los B-C.

—¿Seis? —ella negó con la cabeza— Eres un mago de las matemáticas, Doctor, pero incluso yo sé que de cuatro a ciento dos hay noventa y ocho.

—Piénsalo —dijo él—. La nave es un tubo enorme. Tiene ciento diez cubiertas.

—¡Oh! —se sentía como una idiota— ¿Así que la cubierta más pija está al lado de la de economía más baja?

—No exactamente —parecía confuso. Algo sobre el planeta enorme le había intrigado. Entonces devolvió su atención, observando cómo su nave flotaba con gracia alrededor de la nave dorada mientras se dirigía al embarcadero. Su estilo maravilloso neobarroco hizo que Amy contuviera el aliento, emocionada.

—Son de clase G. Las naves más punteras de la galaxia. Seguras, lujosas incluso en las cubiertas más baratas. No se queda nada atrás. Se compran y venden planetas para pagarlas —le dijo el Doctor—. Hay cinco de ellas en total. Comisionadas por Meng y Ecker. Construidas por Mhuta y Shang. Montado en el astillero de Jon-Jon Coolart & Co. Y nosotros podemos viajar gratis.

—¿Gratis? ¿Por qué?

—M&S, Mhuta y Shang, son uno de nuestros patrocinadores. Hay todo un campo a tamaño real del Torneo a bordo. Nómbralo. Cascanueces, flecheo, pelea de chanzas...

—¿Pelea de chanzas? ¿Qué es eso? ¿Una competición de bromas?

—Eh, ¿quizá he querido decir pelea de lanzas? Competición de estafermo, donde tienes que atacar a un hombre de paja con tu lanza e intentar asegurarte de que no se gire en redondo con ese largo brazo suyo y te desmonte de la silla. Es más difícil de lo que parece. Todo el mundo se pone un poco oxidado en los eventos donde se monta porque no ha habido oportunidad de practicarlos hasta ahora.

—¿Tienen caballos ahí?

—¡Por supuesto que no! Usamos centauros.

—Ya veo por qué la señora Banning-Cannon estaba harta, si eso es a lo que estaba acostumbrada —Amy miró con los ojos abiertos de par en par al *Gargantúa*— ¿Es tan grande como, no sé, la Luna?

—Casi es del tamaño de cuatro lunas. En volumen. El cascarón dura para siempre —él compartía el placer de Amy en los brillantes dorados del exoesqueleto del *Gargantúa*, las tuberías de latón y platino curvándose y

rizándose para formar un apretado terreno entre los cascos y la infinita negrura de la eternidad moteada de galaxias. Nada en el universo conocido podría matarla—. Incluso si es duramente afectada por algo o arrastrada hasta una estrella, el casco sobrevivirá. Ha estado a través de cinco soles y sigue saliendo de una pieza con todas las funciones sin dañar. Cinco soles, dos de ellos fuertes como diez soles de la Tierra. ¡Puede sobrevivir a todo!

—¿Y a agujeros negros? —preguntó Amy— ¿Qué hay de eso?

El Doctor hizo una mueca.

—Quizá incluso un agujero negro. Pero pienso que sería arriesgado apostar hasta dos —estaba mirando más allá de la nave al planeta que colgaba en el espacio tras él. Un enorme disco oscuro. Y frunció el ceño—. Eso es gracioso. Si no supiera lo contrario, diría que Pangloss está desierto.

—¿Cómo puedes decirlo?

—La luz. No hay ni luz reflejada, siquiera.

—¿Y eso significa...?

—Podría ser cualquier cosa. Quizá no sea nada. Comprobaré la gaceta de mi V. Mmm. Nada. Es un mundo turístico especializado en la arquitectura del Tercer Imperio Islámico. Suaves esculturas de piedra. Nada que una banda de bataclanes activos pueda necesitar —se dio un golpe en la cabeza—. Muy extraño —apuntó a una gabarra que emergía de las puertas, diminuta junto a la nave—. Aquí viene el Oficial de Transferencia. Le preguntaremos.

Cuando el OT llegó a bordo, el Doctor se presentó queriendo saber qué había pasado.

—Es difícil de decir, Doctor. Llegamos a tiempo para descubrir que el planeta entero estaba desierto. ¡Es un desierto de verdad! No crece nada. No hay señal de ninguna batalla. No hay mensajes que podamos capturar. Teníamos agentes allí abajo. Vantul, Malli, Posham. Todos buenos amigos. Desaparecidos justo con el resto de la población. Polvo, eso es todo lo que hay ahí abajo.

—¿En serio? ¿No hay nada vivo?

—Es como si hubiera sido secada de cada punto de energía. Lo he registrado todo, por supuesto. No hemos estado aquí más de un día. Debería haber un camino, pero no lo hemos rastreado, si es que hay uno. No me sorprendería si algo o alguien hubiera abierto un pasillo para sí mismo, comiéndose planetas al pasar. ¿Quizá sea el flujo oscuro asomándose? Pero nunca he oído de nada como esto tan cerca al centro galáctico. Sólo tuvimos un puñado de pasajeros que recoger para salir de aquí. Están en una forma muy pobre, me temo. Estaban en shock. Muchas preguntas que no podemos responder. Tenemos muchos camastros vacíos, por supuesto, porque hay como cien reservas en el Torneo en Miggea, y vuestras camas no han sido

revendidas. Sólo podemos esperar que lo que esté pasando no vuelva a pasar en nuestro recorrido.

El Doctor tomó aquello con gravedad. Estuvo muy pensativo cuando habló con algunos de los otros pasajeros. El *Gargantúa* continuaba en curso, abriéndose su camino hasta Miggea. Entonces recogería nuevos pasajeros y volvería, manteniendo el mismo curso que la había traído aquí, aunque esta vez pasaría junto a Pangloss. La IPC estaba enviando un equipo para investigar.

Con suerte, descubrirían qué había pasado. Normalmente solía ser una enfermedad o un gran cometa, un fenómeno natural. Algunas veces, sin embargo, no tenían forma de descubrir la causa de algo así. El espacio estaba lleno de esos misterios. Muchos probablemente permanecerán sin resolver. Amy dijo en voz alta lo que él probablemente estaba pensando:

–¿Algo que ver con Frank/Freddie Force y compañía?

–Podría ser. ¿Pero vino por aquí? No lo sé. Pero este parece uno de sus ataques. Todo esto apesta a un choque de materia.

–Bueno, estaba yendo en la dirección opuesta a nosotros, ¿no? Eso significa que probablemente ya haya fracasado en encontrar el sombrero, o lo que sea que estuviera escondido en ese sombrero. Se habrá rendido, claramente.

–Eso tiene sentido –dijo el Doctor.

Pero su ceño no se relajó. Permaneció de ese humor durante un largo tiempo. Sólo cuando estaban disfrutando de una deliciosa cena en el elegante restaurante con sus murales mostrando todas las personas de la galaxia consiguió animarse. Los pocos antiguos habitantes de Pangloss hablaban entre ellos y no tenían ninguna intención de discutir lo que había pasado. Algunos de ellos habían preferido esperar en una cápsula hasta que llegara la IPC.

Cuando el *Gargantúa* puso camino a Miggea, todo lo que se hablaba era sobre el Torneo y lo que harían los torneos. Amy ciertamente deseaba que lo que había pasado a Pangloss fuera una fuga. No estaba segura de que pudiera soportar otro ataque pirata. Suponía que la decisión de los oficiales del *Gargantúa* de hacer ligero lo que había pasado era la correcta.

No tenía sentido, como solían decir, alarmar a las personas y asustar a los gallinas.

CAPÍTULO 16

OSCURAS MAREAS, EL TSUNAMI DEL TIEMPO

LOS AULLIDOS DE ALEGRÍA con los que los Caballeros saludaron su primera vista del campo del torneo reflejaron el ánimo general de todos los que habían sufrido las amenidades más espartanas de las varias naves usadas para devolverlos al curso.

El campo era el más puntero en ambientes artificiales, con una hierba indistinguible de la mejor tierra natural, una pista de estafermo que podía ser fácilmente convertida en una pista de justas, un campo de flecheo, alfombras para la esgrima de espada ancha, terrenos para el cascanueces y otras facilidades requeridas para poner en práctica todos los deportes, con los Turistas allí para jugar, para que ambos equipos pudieran ver las tácticas de los otros. El uso de almohadillas de práctica, un traje completo de los cuales podría deslizarse sobre la ropa ordinaria, les permitiría jugar todo el día.

El Doctor era como su caballo sorpresa y se guardaba todo lo posible para que los jugadores rivales no fueran capaces de juzgar sus habilidades. Pasaba más tiempo en el cierre del cascanueces que en ningún otro lugar. Él sabía que podía ser débil en esa área. Casi en cuanto hubieron abordado, estuvo en el cierre, cuidadosamente zarandeando su martillo para golpear nueces de práctica diseñadas para registrar los golpes más ligeros. Aunque el Flecheo, la hermosa Flecha argéntea de Artemisa, era recompensada principalmente por el principal partido de golpeo, todas las puntuaciones de los juegos realizados se tomaban en consideración y había demasiados pocos jugadores cascanueces por cada equipo como para ignorar este aspecto del Torneo del Renacimiento, como les gustaba decir a los v-comentaristas. En otra parte de la pista, los ases del personal Judoon estaban practicando con fuertes rugidos de triunfo y gruñidos de esfuerzo, mientras que los centauros galopaban arriba y debajo de la pista de estafermo, esquivando por poco los brazos zarandeantes del objetivo u “hombre”.

Amy observó desde la grada con un ojo crítico especial a los arqueros. Había intentado un poco de tiro con arco igual que el hockey en el colegio y sentía que los Caballeros, aunque fuertes en el bate, iban un poco cortos en buenos arqueros. Bingo, por supuesto, era un arquero increíble, pero después iban el Doctor y Hari bastante cerca. Ella no había sabido nada de los juegos que involucraban el Torneo del Renacimiento antes de que el Doctor comenzara su curso de iniciación, pero ahora tenía toda la experiencia de una jugadora valiosa, una jugadora, de hecho, del mejor tipo, que creía en su propia habilidad para mejorar a cada profesional y tomar mejores decisiones que los árbitros interestelares traídos para juzgar los partidos.

Estaba llena de la emoción que se formaba por toda la nave. Mientras que al público se le impedía asistir a los primeros juegos en práctica, se les prohibió a los más tardíos por miedo de que pudieran ganar ventajas para usarlo en las apuestas. Sin embargo, se pensó que Amy era la entrenadora de cascanueces

del Doctor y se le había entregado un pase oficial terráfilo de la Sociedad de la Recreación para todos los eventos de las prácticas. Para ella estaba claro que sus equipos estaban equilibrados y que había poca diferencia entre ellos. Iba a ser duro ganar la importantísima Flecha de plata. ¿Por qué era tan importante? El Doctor mismo no parecía saber por qué la necesitaban.

Mientras tanto, durante su tiempo libre, Hari Agincourt, reconfirmado por Bingo de que su planeta natal estaba en la bolsa y un condado en el horizonte, continuó cortejando a Flapper Banning-Cannon, quien se sintió aliviada de que al menos ya no hubiera más naves para él que admirara e identificara. A ella le encantaba, por supuesto, que él tuviera hobbies. Se podía fiar de un hombre con hobbies y siempre tenías una idea de qué comprar para su cumpleaños o para la festividad de *Vidadna*. Mientras que ella pensaba que nunca podría involucrarse adecuadamente en el avistamiento de naves, sintió que la vida en Notts (o como fuera que Bingo escogiera llamarle) probablemente le ocuparía el suficiente tiempo, y a ella le gustaba la idea de aprender un poco más de aquellos juegos. No era una gran amante de las ciudades. Hari compartía su gusto por la vida rural, así que ese no era un problema. Ahora todo lo que tenía que hacer era provocar que él le soltara la pregunta y esperar que papá continuara sonriendo tan benignamente ante su potencial unión como parecía estar haciendo en ese momento.

Para su alivio, Bingo Lockesley comenzaba a encontrar relajante la compañía de Amy. No es que fuera la chica más fácil con la que llevarse. La tensión había sido toda de él. Él no había sabido cómo ella se sentía por él. Al menos ahora podía respirar sin que su pecho se constriñera. Ya no sentía que su cuerpo se ataba en pequeños y apretados nudos del tipo que harían llorar al más dedicado *boy scout*, cada vez que Amy entraba a la vista. Como Hari, él miraba el prospecto del futuro con aquel ángel y era bueno. Muy bueno, de hecho. Por supuesto, él no se lo había pedido y ella no había mostrado demasiado interés en asentarse en una larga y descansada vida en Lockesley Hall, pero pensaba que había algo más que una probabilidad cincuenta-cincuenta para que le ayudara a escoger citas adecuadas y tirar de la caña, como decía la vieja y anticuada expresión cuando se hablaba de matrimonios tradicionales y sus preparaciones.

La vida se había vuelto bastante idílica ahora que estaban acomodados a bordo del poderoso *Gargantúa*, una nave diseñada para infligir sensaciones de tranquilidad y bienestar en sus pasajeros mimados y casi hacía que los menos probables de los romances de abordaje en algo permanente y hermoso (o eso decía en el panfleto). Hari le dijo a Bingo que uno de los viajeros regulares en la nave monstruosa le había dicho que había algún tipo de aroma relajante que los dueños ponían en el suministro del aire. Ciertamente, estaba seguro de que había estado oliendo a rosas maravillosas desde que había llegado a bordo. El terrible destino de Pangloss ya no era el tema principal de conversación. Bingo y Hari no eran los únicos solteros que buscaban las maravillas del matrimonio. Incluso W. G. Grace se había arreglado su maravilloso arbusto facial y le hacía ojitos a un alto y apuesto campista corredor, David Saint Roberts, quien probablemente le había hecho el cumplido de decirle que era la mejor campista

todoterreno desde Myfanwy Bannarji, la legendaria Golpeadora Silbante de *Haverford West*, un planeta oscuro en el sistema Murgatroyd, desde que la habían dejado fuera de combate un partido fatídico y la habían vendido por chatarra.

En los otros lugares, los muchachos de ambos equipos estaban tomando ventaja de los muchos entretenimientos del *Gargantúa* y estaban haciendo amistades al mismo tiempo. Los equipos rivales estaban en términos excelentes y los tantos otros pasajeros, muchos de los cuales viajaban para atender a los actos de Recreación del Renacimiento Terráfilo, estaban en varios estados de feliz anticipación. Sólo un panglosiano permaneció despierto tras una semana en el espacio. Los otros habían escogido un ligero crío-sueño.

El *Gargantúa* era una nave feliz. Si los cruceros espaciales pudieran sonreír, silbar y chasquear los dedos alegremente entonces no había duda de que aquella gigantesca nave comenzaría a bailar alegremente mientras se deslizaba magníficamente a través de las vías estelares.

El Doctor, aunque frecuentemente giraba sus pensamientos a los varios misterios que le rodeaban, estaba concentrado en disfrutar por sí mismo mientras pudiera. Descubrió que era apto para el cascanueces, lo cual seguramente avanzaría las oportunidades de su equipo en los juegos venideros. Sus habilidades arqueras habían mejorado y estaba en ese momento concentrándose en las sutilezas de la justa. Éste era quizá el aspecto más difícil del Torneamento porque involucraba la *Mula de Hierro*, un asiento extremadamente duro y un motor *Vispa* de dos caballos que estaba decidido en salpicar con aceite hirviendo cada vez que se sobreexcitaba.

Él llevaba a cabo todos aquellos pasatiempos con el claro conocimiento de que, cuanto más se acercaran a Miggea, más duras se pondrían las cosas.

Incluso el señor y la señora Banning-Cannon disfrutaban del viaje. El magnate había encontrado un bar donde podía codearse con otros peces gordos de la industria, y la señora B-C había encontrado el sombrerero de la nave, a quien ella consideraba como algo más que un mero sustituto de Diana. Ella se sentía un poco como el príncipe Lobkowitz debió de haberse sentido cuando se dio cuenta de que se había convertido en el patrón de Beethoven. Ella, sin lugar a duda, era la patrona de un genio. El señor Toni Woni tenía un don con los sombreros. Le era natural. No sólo había recreado por completo y de hecho, mejorado su sombrero robado y recuperado, sino que le había hecho varios sombreros nuevos los cuales, debía obligarse a reconocer, eran sus mejores creaciones. Esto no era sorprendente. Igual que Leonardo necesitaba a sus Medicis y a sus Borgias, Toni había estado esperando a su musa y patrona particular. Juntos hablaban de alas, coronas, velos, botones, lazos y bandas y cada tarde Toni se retiraba a su estudio a trabajar. Nunca se le había apreciado tanto hasta ahora y por eso floreció. Si antes se le había admirado, ahora le adoraban. Así que explotó. Felpa, encaje y plumas se volvían vivos bajo su tacto. El espíritu de su diosa matrona, Donna Coco Colombino, le imbuía con fresca inspiración cada mañana tras despertarse para recibir su bandeja de desayuno. La señora Banning-Cannon era incansable en materia

de canotíes, sombreros de fieltro tirolese, sombreros *porkpies* y bombines. Toni no tenía más que nombrar un sombrerero oscuro de la historia para descubrir que ella lo sabía todo sobre ellos, incluyendo el Doctor Lock St James, inventor del salacot de Piccadilly y de *Mosca-en-cucullas*, el infame Sombrerero Loco de la calle Fleet que había diseñado el voluminoso *de-capita-dor*.

La gran matriarca sentía que al fin había descubierto un espíritu amigo. Y, lo que era más, ella era un espíritu amigo muy generoso, sus arcas al parecer ilimitadas, su poderosa cabeza siempre preparada para aceptar carne fresca. Si no fuera una natural, capaz de llevar la más elaborada pamela veraniega hasta el más sencillo y formal casquete, habría estado en peligro de volverse el desdén de las otras mujeres, pero no había forma de evitarlo, ella era una mujer que podía llevar un sombrero en un mundo donde el arte se había puesto demasiado cerca de la total desaparición por olvido. Cuando ella apareció en un amistoso entre los Caballeros y los Turistas, su inventivo tricornio coronel Jack se volvió el centro de atención, al menos hasta que comenzó el partido, y no hubo casi una viuda o un debutante que no se estirara para mirar a la cabeza de la gran dama llevar lo que no sabían si una tiara o una peluca de mocho.

Bien consciente de esto, Enola Banning-Cannon estaba contenta. Todas las molestas y decepciones previas se habían olvidado. Ella estaba acomodándose. Estaba guiando la manada. Estaba estableciendo su sombrerería no meramente como una igual de Diana sino como una superior. No había casi ni una mujer a bordo que no fuera una asidua de su propio círculo y reconociera a la señora B-C como señora de señoras. El señor Toni Woni lo había conseguido, como su bordeadora le recordaba casi diariamente, y de qué forma lo había conseguido.

Si una nave pudiera irradiar paz, amor y felicidad, entonces el Gargantúa estaba expulsando eso por los conductos de ventilación y cubriendo a cada planeta por el que pasaran con alegría, dejando a los soles y a las lunas cantando “yupiyei” a todo volumen. Tan inmensamente F-E-L-I-Z era aquel enorme navío que podría haber estado haciendo cantos tirolese y bailando claqué hasta el final de su crucero, si le hubiera permitido el Destino. Pero el Destino, que nunca pierde una oportunidad de colar una botella con vaselina, tenía otros planes.

Cerca del Radio de Sagitario Schwarzschild, una tormenta se estaba cocinando, creada por fuerzas que siempre habían estado ahí pero que ahora estaban aumentando en menor estabilidad mientras se movían dentro y fuera de su propio continuum espaciotemporal, volviéndose un lugar peligroso en el que encontrar la felicidad.

Incluso el capitán, un polinurayado y por lo tanto acostumbrado por naturaleza a anticiparse a los peligros más oscuros y más improbables, silbaba mientras comprobaba sus pilotos automáticos y supervisaba sus bots increíblemente inteligentes y bien programados. Repetía bromas que le habían

contado cenando la noche anterior (los bots no las acababan de pillar) y hacía comentarios como:

–Va a ser una tarde muy bonita.

Justo cuando su segundo oficial, el señor TrYr'r, un insectoide Bruzh de disposición igual de lúgubre, se sentó con él para disfrutar del té de la tarde. Diseñado, como su arquitecto lo había deseado, para “calmar y relajar al cliente en cada giro”, el Gargantúa estaba evitando todas las paradas para ayudar a los pasajeros a olvidarse de las sombras que se hallaban en su paso. Sería una exageración describir aquel hermoso crucero como “condenado” pero es justo decir que, en los siguientes pocos miles de parsecs, iba a encontrarse con una situación muy pero que muy espesa y humeante.

Comenzaba a aparecer en la mente del Doctor que estaba bajo la influencia del reconfortante hechizo del Gargantúa cuando, recostándose en el confort de su butaca especialmente programada y sorbiendo una bebida refrescante, suspiró con placer y dijo:

–Bueno, podríamos decir que parece que lo peor ya está detrás de nosotros.

Oyéndose a sí mismo hablar, sabía que al menos debería haber cruzado los dedos. Despertado por las alarmas de la sala de control, el capitán Snarri salió de la cama y a regañadientes se enfundó su uniforme y se apresuró allí donde los bots estaban procesando la información. El señor TrYr'r ya estaba allí, echándose espray de vigor en los ojos vidriados.

–Mostradle el problema al capitán, colegas.

Los bots indicaron en las pantallas que habían materializado para él.

–Hay tormentas por delante, señor. Se mueven en todos los cuadrantes.

El capitán Snarri tosió y aceptó el Agua del Vórtice que su mayordomo, el bicéfalo Lio Jir Kahpeth, le ofreció. Él y el señor TrYr'r estaban acostumbrados a las tormentas e invariablemente descubrían las formas de llevar a la nave alrededor de ellas. La primera norma en un M&S de clase G era que nunca se molestaba a los pasajeros.

El capitán Snarri notó unas fluctuaciones peculiares en su banco de barómetros, diseñados para registrar los más mínimos cambios en el tiempo y anticipar su efecto probable en las áreas del espacio a través de las cuales pretendían pasar. Esto era inusual.

Estaban rodeados por la tormenta. No había espacio abierto para ellos. Iban a tener que cruzarla. Con un profundo suspiro, hizo que los bots planearan el mejor rumbo. Aunque no había mejor rumbo. La tormenta era fiera e implacable, humeando en todas direcciones que planearan tomar. Las galaxias estaban oscurecidas por lo que podrían haber sido ondas de humo negro. Ese humo ya estaba arremolinándose junto al casco delantero, aferrándose a la

complicada filigrana, extendiéndose por los puertos de observación. En un momento, el Doctor llegó, poniéndose la chaqueta.

–Ups –dijo él, inclinándose hacia adelante–. Creo que he visto eso antes –se acercó–. De hecho, sé que lo he visto antes.

Este era el mismo fenómeno que habían avistado desde el puente de la cisterna de agua cuando estaban mucho más cerca del borde que ahora. Tenía una infeliz sensación de que las cosas se estaban poniendo peor.

–¿Y qué hacemos, Doctor? –el capitán estaba acostumbrado a moverse a través de las peores fluctuaciones que el vacío podía ofrecer. Tomó otro sorbo de su Agua de Vórtice. Aunque capitaneaba un crucero de lujo, tenía mucha experiencia y sabía cómo permanecer tranquilo a través de las circunstancias en las que se encontraba. El resto de su personal estaban llegando en ese momento. Indicó la información que llegaba rápidamente– ¿Tiene sentido avisar a los pasajeros?

–Creo que sí –el Doctor se apuntó a su barbilla–. Necesitan saberlo. Podría ponerse un poco complicado.

La nave estaba adentrándose en un pozo de oscuridad, volando enteramente con sus instrumentos. Todo lo que podían ver en el exterior era el ocasional flash de luz mientras la oscuridad se desgarraba para revelar agrupaciones de estrellas, galaxias en miniatura por delante de ellos así que el Doctor se dio cuenta por primera vez que no estaban siendo arrastrados por los sistemas gravitatorios, sino que les estaban obligando a través de ellos. Algo estaba empujándoles fuera de su destino. No les estaba empujando hacia el agujero negro al centro de su galaxia, como había pensado, sino arrastrándoles hasta el Borde, a las desconocidas regiones del espacio intergaláctico. ¿Cómo podía ser eso? Poniéndose su jersey rojo, Amy entró en la ahora oscura sala de controles.

–¿Pensaba que todo iba bien?

Hubo un repentino golpe en el casco. Otro. Y otro. Parecía como si un martillo gigante estuviera golpeando repetidamente la nave. El capitán se aclaró la garganta y habló calmada a los pasajeros a través del V interno.

–Siento molestarles, amigos. Es sólo un poco de turbulencias. Esperamos atravesarlas muy pronto.

Los sistemas de alarma de la nave comenzaron a gritar mientras el Gargantúa era empujado arriba y abajo, de lado a lado. Amy agarró al Doctor como la única cosa cercana a la que aferrarse.

–Esta es como la última vez. Sólo que peor. Creía que habías dicho que esta nave no se podía hundir, o lo que quiera que hagan las naves espaciales. No como el *Titanic*, espero. Oh, Dios, ¿qué es ese hedor?

El olor a algodón de azúcar, dulce caducado y con sabor añadido químicamente, vino y se fue y ahora algo color azul pálido fundiéndose a un

verde todavía más pálido estaba llenando la sala de controles como una espuma. Por sorpresa, todavía podía respirar, pero ya no podía ver al Doctor.

Estaba con su uniforme de policía, corriendo hacia la TARDIS.

Estaba en el salón de belleza de la calle principal de su pueblo, preguntándose si decirles que no le gustaba su corte de pelo.

Estaba en la TARDIS, leyendo un Agatha Christie.

Estaba preparándose para ir a dormir.

Estaba corriendo por una acera gris en los Yorkshire Dales y había una manada de Icení pintados corriendo tras ella.

¿Cuándo había pasado eso? No podía recordarlo. Ahora estaba sentada en un escritorio, escribiendo. Ahora estaba fuera de la nave, esta nave, el Gargantúa. El fontanero le estaba aleccionando sobre el decente mantenimiento de la caldera de agua caliente y ella era una criatura de aire y oscuridad deslizándose de alguna manera a través de un hueco en el casco que sólo ella podía ver o usar. Era enorme. Una ondina enorme como el universo y capaz de ver galaxia tras galaxia tras galaxia, todas fundiéndose hacia una fuerza invisible de gravedad. Una superlativa e infinitamente diminuta presencia, más pequeña y pesada que cualquier agujero negro en el centro de cualquier galaxia.

Ella se dio cuenta de que esta presencia era el núcleo y que todo lo demás se movía acorde a su extraordinaria densidad, su inconmensurable gravedad. Y de repente, ella también era pesada, observando mientras hacía girar agrupaciones de galaxias en sus gigantescas manos, soplando las llamas y el calor de los soles, haciendo cadenas de estrellas blancas enanas y jugar a bolos con los cuásares hasta que se sentó bajo un árbol en un parque, quizá en África, mientras unos vagos leones le lamían las costillas y movía sus cabezas para mostrar que la estaban ignorando.

Ella era un soldado en Afganistán, desesperadamente intentando llegar a cubrirse mientras se arrastraba de su tanque destrozado.

Era una niña pequeña, una anciana y de repente, después de milenios, ella misma, de su propia edad, y todavía la gran nave se zarandeaba y subía y bajaba y giraba como un palo siendo lanzado de una mano a otra. Y se dio cuenta de que el “tamaño” era una ilusión, que no importaba lo grande o pesado o rápido que era nada, todo era relativo, pues el multiverso a su alrededor sólo se volvió más y más pequeño en algunas direcciones, más grande en otras y que ella tenía justo casi tanto efecto como el casi infinito medio ambiente como un ser sintiente una fracción de su cuerpo o alguien viviendo en un universo tan vastamente grande como aquel.

Ella entendió que tenía algo que ver con la propia similitud. Sus acciones afectaban cada aspecto del multiverso, donde resonaban en cada plano, cada alternativa.

Fuera el peligro que le amenazara ahora debería amenazarles en todas partes. Estos otros universos no eran más independientes de la presencia a la que eran arrastrados de lo que la Tierra era independiente de su sol. No tenía nada que ver con el tamaño. Si ella empujaba, todo el multiverso respondía. Si dormía en este aspecto de sí misma, entonces probablemente se quedaría dormida en todos los demás aspectos. ¿Y cuántos había? ¿Millones? ¿Billones? Probablemente. Pero también era cierto que el Doctor que ella podía ver ahora estaba haciendo algo con el destornillador sónico.

La nave se dividió y se convirtió en varias naves, cada una, una fracción más grande que la siguiente. Cada una conteniendo una Amy, pero no un Doctor. ¿Dónde estaba? ¿Era independiente del multiverso? ¿El único de su tipo? Esto tuvo repentino sentido. Algo comenzó a aclararse en su cabeza mientras el capitán de la nave le cogía del brazo.

–¿Está bien, señorita?

Él le había interrumpido en ese punto de comprensión. Ella se giró hacia él furiosamente. Pero él se había convertido en el francés alto que había conocido de vacaciones y era imposible para ella echarle la bronca.

–Estaba intentando hacer una suma...

Un gruñido enfermizo erupcionó desde el centro de la nave y ésta comenzó a doblegarse. En todas partes, la gente gritaba. Los gritos se convirtieron en una ensordecedora alarma y de repente la sala de control estaba llena de pasajeros esforzándose para meterse en sus trajes de emergencia que habían encontrado en sus camarotes.

De nuevo el capitán le estaba gritando. Diciéndole que volviera a su habitación. Que volviera y se pusiera su traje, se preparara para subirse a los botes salvavidas, pero antes de que pudiera hacerlo, el casco de la nave se enderezó, como si todavía estuvieran atados por las cuerdas negras y potentes olas del tsunami intergaláctico.

El Doctor tampoco llevaba el traje. Agarrándole del brazo él la apoyó sobre su hombro y la ayudó a volver a su camarote. La nave rugía, chirriaba, crujía bajo el tejido del cosmos. De tanto en tanto, unas nubes negras se partían para mostrar unas galaxias humeantes, su luz emanando extraños rastros, casi como si estuvieran escribiendo a mano a través de las estrellas cautivas, capaces de comportarse sólo como exigía el tsunami.

–¿Estamos rompiéndonos, Doctor?

–Somos muy fuertes. Deberíamos poder soportar una tormenta temporal.

–¿Es eso en lo que estamos?

–En algo peor. No estoy seguro, pero cuando las corrientes del tiempo se combinan de esta manera, todo es confuso. El espacio es afectado por el tiempo. Es una dimensión del tiempo y también tiene sus propias dimensiones. Tiene que obedecer a las normas sobre las que se rige. En el Caos,

normalmente estas tormentas son benignas. En la Ley no lo son. Muy lejos de eso. Así que, si este cuadrante está controlado por Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria, probablemente estemos en serios problemas.

—¿Hay alguien ahí fuera que nos pueda salvar?

—Probablemente —estaba ayudándola a meterse en el traje—. Como he dicho, depende de quién esté a los controles. Ya he enviado un SOS de banda ancha. Tendremos que esperar a ver quién lo recoge. Si es Frank/Freddie o Laddy Peggy la Invisible, no aguantes la respiración. Estoy intentando meternos en el Segundo Éter. Si eso funciona, al menos estaremos en territorio ocupado por tanto la Ley como el Caos, Materia y Antimateria. Será mejor que esperemos que el capitán Abberley y los Chicos Burbujeantes oigan primeros mi SOS. El destornillador sónico ha estado puesto en esa señal durante diez minutos.

La nave dejó de moverse. En el exterior, las hebras de marea oscura se habían desvanecido. Estaban a la deriva contra un campo de escarlata intenso. La tierra cósmica de nadie, pensó Amy. El Doctor estaba alegre.

—¡Lo he hecho! ¡No pensaba que pudiera! ¿No te parece increíble?

—Pero ¿dónde estamos, Doctor? ¿Tienes alguna idea?

—Ciertamente sí, Amy. ¿Ves eso de ahí? —la borrosa silueta de lo que parecía un yate de mar, de alguna manera tras una capa escarlata con muchas más capas en el otro lado de ella— Esa es la vieja nave de Quelch, como me llamo Doctor.

—¿Quién es Quelch?

—¿El capitán Quelch? Un Ingeniero del Caos. Un posible enemigo si algo para él. Pero claro, haría casi cualquier cosa si hubiera algo para él. Es una buena norma: no te fíes de él. No te creas ni una palabra que diga. Probablemente esté aliado con Frank/Freddie Force igual que no es probable.

—¿Y dónde estamos?

—Oh, lo siento. Nos he metido en el Segundo Éter. Es así cómo hemos escapado de la tormenta. Era tan violenta que podría habernos destruido. Nunca he visto una tormenta como esa. No en esta región, la verdad. Esta nave fue construida para sobrevivir a los corazones de las estrellas y estaba a punto de ser destrozada en pedazos. No sé si nos puedo sacar—observó a través del V, apretándose los labios, pensando duramente—. Estamos en un punto de encuentro. Los tenemos en su ambiente.

—¿Cuál es ese?

—¿No te lo he dicho? Debería ser obvio —se permitió una ligera autocongratulación por llevarlos hasta allí—. Eso Amy, es la Cueva Ketchup.

CAPÍTULO 17

EL ROJO Y EL NEGRO

LA CUEVA KETCHUP BRILLABA CON mil tonos de escarlata, girándose y rodando. Amy distinguió pequeñas motas a la deriva, motas que convergían y se acercaban. Al cabo del rato se dio cuenta de que cada una era un navío de un tipo. Y, aun así, ninguno de los navíos se parecía a nada que hubiera visto antes en el espacio. Eran goletas anticuadas y remolques de vapor y delgados yates. Se movían arriba y abajo lentamente como si se movieran anclados en un mar en calma. Otras naves estilizadas de ébano y marfil, ónice y coral no le eran tan familiares, pero eran tan extraños y hermosos como nada de lo que hubiera visto jamás en sus viajes con el Doctor. Se dio cuenta de que estaba fuera del Gargantúa, de pie sobre su infinito casco.

—No podemos estar mucho en el Segundo Éter —decía el Doctor—. Ahora no. Puede que podamos volver aquí. De hecho, tenemos que volver aquí en algún momento. Pero esas placas han saltado y otras podrían hacerlo. Necesitan tiempo para hacer reparaciones.

—¿Por qué, Doctor, ¿por qué? ¿Por qué, Doctor, ¿por? ¿Por? —ella negó con la cabeza, intentando aclarar algunos de los ecos en su interior.

Un esquife pasó cerca, sobrevolando las aguas escarlatas y rosas de un lago sangriento. Un gran rugido de olas llenó sus oídos, aumentando cada vez más, pero todavía su propia voz continuaba resonando mientras ella veía cómo se movían sus labios, formando palabras que no podía oír. Era su propia voz rugiendo.

—Ningún lugar es tan seguro —dijo, muy clara y calmadamente—. E incluso aquí vamos a encontrar tantos enemigos como amigos.

—Qué es, qué es, qué es... —ella respiró hondo y se obligó a detenerse.

—¿El Segundo Éter? Es el espacio de en medio. Es donde creo que encontraremos el Rugalater. El Regulador. En ese espacio.

—¿Entre qué?

—Entre todo. Entre el Primer Éter y el Tercero. Entre la Ley y el Caos. Entre la Vida y la muerte. Entre la Materia y la Antimateria. Entre los Sueños y el Despertar. Nómbralo tú, Amy...

—¿Qué lo nombre yo? No puedo nombrar nada. Ni siquiera sé dónde estamos.

—Te lo he dicho.

—¿En el centro? ¿En el centro del multiverso? ¿En el centro de la realidad? ¿En el centro de ninguna parte? ¿Cómo hemos llegado aquí?

Él zarandeó su destornillador sónico y parpadeó. La luz reflejada le daba a su cara una apariencia sangrienta. Entonces él se desvaneció. De repente ella se sintió aterrorizada. No tenía recursos, ni coraje, ni inteligencia, ni energía física. Nada. Se sintió como si estuviera hundida en el agua. Estaba nadando. Haciendo lo que podía para mantenerse a flote. Una neblina se alzaba y había algo subiéndole por debajo de los pies. ¿Una nave?

No. Era un hombre. Un hombre al que nunca había visto antes. Tenía una cara cetrina y feroz con unos burlones ojos fríos. Vestía un ensuciado traje de lino, una camisa de algodón blanca y una pajarita azul oscura y en su cabeza, una gorra blanca naval.

Al principio parecía estar de pie en una pequeña plataforma de madera, pero, al levantarse hacia ella, a través de las nubes moteadas de rosa, vio que estaba de pie en la cubierta de una pequeña lancha marina.

—Buenos días tengáis, señorita —su voz era extrañamente cultivada, sarcástica—. Bienvenida a bordo de mi pequeña nave. El capitán Horatio Quelch a su servicio. ¿Qué os trae a nuestra parte de la Creación?

Amy se sintió con miedo. ¿Dónde estaba el Doctor? ¿Le había pasado algo? Apenas sabía cómo responder.

—Estábamos en una tormenta. Estoy buscando a mi amigo —dijo ella. Ella quería desesperadamente que el Doctor la encontrara. No tenía ni idea de qué hacer allí—. Estoy buscando al Doctor. ¿Le conoces?

—¿Conocerle? Pues por supuesto. Es un viejo amigo. ¿Está aquí?

—Está por alguna parte.

De repente se oyó en la lejanía el sonido de un motor. Ella intentó ver a través de la neblina.

—Bueno —dijo Horatio Quelch—. Debemos llevaros a un lugar seguro —levantándose su gorra de nuevo, abrió la puerta para ella, pero ella retrocedió, llamando hacia el ruido del motor.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Estoy aquí!

Alzándose y hundiéndose en unas olas invisibles, un pequeño pedaleador, como los viejos barcos de paseo del Támesis, llegó hasta ella, con sus motores crujiendo, con su chimenea expulsando un gris humo contra lo escarlata. Ella podía distinguir un gran hombre barbudo llevando una gran gorra naval en la parte trasera de su pelo rizado, de pie junto al timón, con sus carnosas manos llevando el barco hacia ella.

Y, reunidos en la cubierta delantera, saludando con sus sombreros, estaban los tres chicos que había visto antes. ¿Cómo les había llamado el Doctor? No. Ellos se habían llamado a sí mismos. ¿Los Chicos Burbujeantes? Una pequeña rima loca que habían cantado y ella no podía recordar.

–¡Bah! Oh, ¡maldito bah! –con un malhumorado giro de su timón, Quelch y su barco desaparecieron, dejándola hundiéndose en lo escarlata. Entonces sus pies volvieron a tocar cubierta. Pero no la cubierta de Quelch, sino que los Chicos Burbujeantes se asomaron. Seguían cantando. Ahora podía oírlos:

Somos los Chicos Burbujeantes de la Deleitosa Fuente

Ese era el viejo abuelo Quelchy en aquel puente

Caliente como horno, frío como el frente.

La voz que resonó desde el timón no era una de las suyas. Era una gran rica voz de Yorkshire.

–Dejad pasar. Venga, animaos, jóvenes alegres. ¿Cómo estáis, Doctor? ¿Os acordáis de mí? Soy el capitán Brian Abberley. Abberley, que ha venido a visitar. Y aquí están mis chicos. Ya se sabe cómo son los Chicos del Caos.

El Doctor estaba tras ella en la cubierta del *Ahora Las Nubes Tienen Sentido*, riendo.

–¿Qué es todo esto, capitán Abberley? ¿Habéis venido para darnos una buena vuelta?

–Ojalá pudiera, Doctor. Todo lo posible para contrariar al Gran Insecto. Todo para ayudar a un viejo amigo y así ayudar a la Ganancia Engendradora, lo cual no está de más. Pero sólo somos los aliados aquí. Necesitamos estar en un espacio más profundo que este. El viejo Quelchy tiene tu Rugalador. Esa es mi suposición. Se lo ha quitado a su amiga, Peg, la que se oculta a simple vista. Buscaré eso, no temáis. Mientras tanto esta nave va a darse un volteo. Qué grandullona que parece esa desde aquí. Uy, lo siento, mi dialecto. Sólo intentaba encajar, amigo.

–No podemos ir más allá, capitán. No con la tormenta así de grande. ¿Tenéis alguna idea de dónde os dirigís?

–De vuelta al centro. Demasiado rápido y pronto. ¿Por qué?

–Ya sabéis por qué. Creo que Quelchy ha robado el Rugalador pero no puede querer destruir todo incluyéndose a sí mismo, ¿verdad? ¿Así que quién lo haría?

Abberley frunció sus grandes cejas juntas, se quitó su gorro y bostezó.

–Sólo Force.

El Doctor la agarró de la mano.

–Vamos, Amy.

Estaban de vuelta en el casco del Gargantúa. El pequeño pedaleador navegaba a su lado.

–Locura –Amy se agarró al Doctor mientras éste subía por el resbaladizo casco de cobre del Gargantúa.

–¿Tienes las cuentas que te dieron? –preguntó él.

–Todavía no –dijo ella.

–Tened –dijo el capitán Abberley–. Yo llevaré esas por vos.

–¿Llevar el qué?

–¿No lo sabe todavía? –el capitán dio un paso fuera del pedaleador.

–¿Cómo puede saberlo? –dijo el Doctor– Yo no lo sé. El tiempo está por todas partes y nosotros también. Sin el Regulador en su lugar sólo va a ponerse peor. La confianza es todo lo que ahora tenemos, capi Abberley.

El gran hombre de Yorkshire se metió la gorra de vuelta encima de su cabeza, mientras que los tres Chicos del Caos, sonriendo se agruparon en cubierta.

Somos los alegres Chicos del Caos

Con nuestros amigos alrededor

Los muy alegres Chicos del Caos

El viejo Quelchy es un cazador

–¿Dónde estamos, capitán? –preguntó Amy– ¿No puedes ayudarnos?

–¡Se lo acabo de decir, señorita! –le gritó por encima del sonido ensordecedor de los Chicos Burbujeantes.

Nosotros la llevamos, no tema capitán

Pues somos los Chicos Burbujeantes

Ningún sistema confinarlos podrá

Ni siquiera bebida o cena será

Así que pregúntanos qué y también un por qué

No nos preguntes quién o lloraremos en el parque

Turirú

¿Qué te parece el futuro, prima?

Levantaron unas jaulas que contenían cuatro lagartos que vestían unos pequeños trajes espaciales elegantes. Uno de ellos le gritó a Amy.

–Si podéis entenderme, debéis ayudar. Estamos bien educados, señora, y cautivos de lunáticos bárbaros, como podéis ver. Nunca hemos oído de un Regulador hasta hace poco. No tenemos ningún asunto en el Segundo Éter. Vivíamos vidas pacíficas hasta...

—Hasta que los pequeños bichos se volaron intentando destruir un asteroide rival —rió el capitán Abberley con cariño, pasando por el lado—. Les dejaremos en algún lugar seguro. Ruego que nos perdone, señorita.

—De verdad que necesitamos ayuda —dijo Amy—. El aire de fuera se está volviendo más fino.

—En la sopa estamos, ¿señorita? —el capitán Abberley se rascó la barbilla— No podemos ayudarlos a salir, pero podemos ayudarlos a entrar —rebuscó entre sus bolsillos, encontró lo que quería y se lo lanzó a ella. Ella las cogió una a una. Cinco o quizá eran seis hermosas canicas de vidrio—. El viejo Q ha vuelto a perder sus canicas. ¡Probad estas! Son un tipo de cojinetes.

Ella los acercó a su cara. Comenzaron a rodar en el aire, cuatro alrededor del quinto, y quizá entrando en ciclo alrededor de un sexto, no podía estar segura. Vio que eran un colgante pendiendo de un hilo de pura energía plateada y se lo puso. Un amarillo mostaza brillante comenzó a expandirse por lo escarlata.

—Si el viejo Quelchy se ha ido con ello, le encontraremos. No va a saber que hemos robado sus mapas. Probablemente él los robara de otra persona. Lo tendréis a tiempo para el Gran Partido. ¡Hasta luego! No os preocupéis. Él nos llevará hasta Force —y el pedaleador se giró, enviando un remolino de aire escarlata y se fue.

—Y eso es el Segundo Éter —dijo el Doctor.

Llevando su traje, Amy esperó en el gran camarote de control observando cómo sus cuentas parpadeaban y giraban y entonces se las quitó y las puso en el bolsillo. El capitán Snarri se alzaba en el centro dando órdenes a sus bots y a su tripulación.

—Por favor, aseguraos que los pasajeros supervivientes se reúnen en el núcleo central. En el gimnasio. Es el lugar más seguro de toda la nave.

Ella se sintió un poco mareada, pero sabía de alguna manera que lo peor había pasado. El capitán Abberley y los Chicos Burbujeantes la habían devuelto al Gargantúa.

¿Cómo podía toda esa gente rara manipular la materia de esa manera?, se preguntó. Pero por alguna razón ahora estaba más asustada que antes. ¿Qué le había pasado al Doctor? El Doctor colgaba en algún lugar fuera del espacio y del tiempo, flotando a la deriva...

Él se había dormido. Colgaba por encima del tiempo, por encima del espacio y miró hacia abajo, hacia la expansión escarlata que hería en lo verde del Borde Esmeralda. Él estaba allí, pero al mismo tiempo no lo estaba. Aquí, sólo la expansión escarlata de la Cueva Ketchup era estable, el viejo punto de encuentro de los Ingenieros del Caos. Aquí había cuatro casi planetas dando vueltas alrededor de un sol pesado. Una estrella dando vueltas alrededor de un punto negro. Un lugar. Un tiempo. En lo que todo le usaba como el nodo. El centro de todos los mundos del multiverso. Extensiones de plata amarillenta se

extendían por todas partes. Todo lo demás era más ligero o más oscuro. Más tarde o más temprano. Más grande o más pequeño. Allí era donde todo se centraba y desde donde todo irradiaba. Y él pensaba sus pensamientos, revisitaba un millón o más de opciones. El Rugalador. La Flecha Plateada. Cuatro planetas rodeando una única estrella. Miggea. Rodeando un diminuto sol negro. La bóveda del tiempo. una esfera de fullereno, más fuerte que cualquier metal conocido. La... él consideró su acción. Actuó. Le mataría algún día. De nuevo.

Amy no estaba. El capitán Abberley y los Niños del Caos no estaban. Quelch no estaba. ¿Dónde estaba el Rugalador? Sólo podía estar aquí, ¿verdad? Él podía olerlo. Pero la nave también se había ido. En algún lugar invisible de por encima, le llegó un chirrido desgarrador.

El Doctor se despertó; miró hacia arriba. No vio nada más que un borrón de gris y blanco. Una conjunción de galaxias y una fina lluvia cayendo. Se limpió los ojos del agua y se tambaleó a lo largo del resbaladizo exterior de la nave, una diminuta silueta como una pulga en un gato. ¿Estaba Amy bien? Se rascó el revés de la mano.

Todavía seguía llevando el traje espacial. Reconocía un torbellino temporal cuando se veía atrapado en uno. Bueno, lo que le había mantenido probablemente le sacaría. Alargó su mano hasta el bolsillo en busca de su destornillador sónico. Hasta ahora le había servido bien. No tenía ni idea de cómo había llegado fuera de la nave, pero el destornillador sónico le debería meter. Era por Amy por quien había que preocuparse. El Gargantúa estaba a salvo por el momento, a la deriva en el Segundo Éter, donde ni una norma ni una mala norma se aplicaban. El capitán Abberley y los Niños del Caos le habían guiado fuera del peligro inmediato. Ahora toda la nave iba a la deriva contra los brillantes escarlatas y carmesíes de la Cueva Ketchup, el lugar de encuentro más seguro para todo el mundo que navegaba a través del Segundo Éter.

Azúcar candeal se fundió en su boca y salió volando por el espacio.

Pero ¿cómo iban a volver? ¿Era la gran nave todavía capaz de navegar por el espacio? Parecía bastante destrozada. Aquella era la peor tormenta que él había vivido. Asumiendo que siguiera con vida.

Encontró una entrada hermética para una persona en el casco de la gran nave y se puso a trabajar con su destornillador. Una serie de luces brillaron mientras éste desbloqueaba los cerrojos desde dentro. Una presión de su mano enguantada y la portezuela circular se abrió apartándose de sí. Él se introdujo, cerrando la compuerta tras él, bloqueándola manualmente. Se volvió a introducir entre las pasarelas de la nave y encontró otra compuerta hasta el interior de la nave. Se dirigió al gimnasio todo lo rápido que pudo. Como había sospechado, todos los pasajeros y varios miembros de la tripulación estaban reunidos allí.

Se quitó el casco y encontró a Amy. Ella todavía llevaba su traje espacial. Estaba confusa.

—No nos pueden ver. ¿Qué pasa, Doctor? ¿Dónde estamos? ¿Quiénes eran esos?

—Has conocido a los Chicos antes. Los Niños del Caos y el capitán Abberley nos han sacado de los problemas. Todavía seguimos en el Segundo Éter, corriendo en paralelo al curso regular de la nave pero a una escala o dos por encima. No podemos quedarnos aquí durante mucho más. Quelch sabe lo del Regulador, estoy seguro. Puede que incluso lo tenga. O quizá sabe dónde está y simplemente está ganando tiempo. Pero no podemos seguirle, tendremos que dejárselo a los Chicos Burbujeantes. También están buscando a Force. Esas naves tuyas pueden morfearse y doblar estas cosas, pero tenemos que volver al Primer Éter. Creo que estamos a punto de sobrevivir la tormenta. Bien. Los niños están bien. Estamos allí.

Él le señaló para que fuera con él y se abrió camino hasta dónde el capitán y sus oficiales estaban confiriendo. Les dijo rápidamente lo que había pasado.

—Nos he hecho pasar la tormenta. Podemos entrar en Caída en cuanto estemos fuera de aquí. ¿Eso es correcto para vosotros?

—¿Caída? ¿Estás seguro de que tenemos suficiente empuje para sacarnos de aquí? —el capitán estaba estudiando a regañadientes las pantallas de energía.

—Estoy claramente seguro —el Doctor perdió su equilibrio durante un momento y se reequilibró.

—Hemos perdido mucha energía, Doctor. Hay combustible de color goteando de la mitad de los tanques. Nuestros escudos protectores están vibrando, lo cual significa que estamos trabajando a media energía o menos. ¿Cómo sé que no hay una flota de naves enemigas allí esperando un ataque?

—Porque no la hay. Tengo una nave amiga echándonos un ojo y hay otras que puede que no sean particularmente amigas pero que probablemente nos apoyen porque no les gusta Frank/Freddie Force.

—¿Es ese quién nos atacó?

—No. Estábamos atrapados en una super tormenta espaciotemporal, eso es todo. No debería habernos atrapado porque no debería haberlas en esta región, pero fue así y eso es todo. Corren mareas oscuras, os lo he dicho. Ninguna otra nave regular podría haber sobrevivido. Pero esta se mantuvo a la altura de su reputación.

—¿Todavía podemos llegar a Miggea?

—Eso espero. Poned las pantallas en su lugar para que podamos ver qué pasa fuera. Cuantas más sean posible. La tormenta tiene que habernos pasado o simplemente ya no estaríamos aquí.

—¿Entonces estamos a salvo?

–Al menos hasta que venga otra tormenta. Tendremos que adelantar esa si nos encuentra.

Amy dijo:

–Si estamos a salvo en el Segundo Éter, ¿por qué no nos podemos quedar aquí?

–Porque casi estamos fuera del Segundo Éter y no estamos diseñados para ello, Amy. Esas naves del Segundo Éter sobreviven constantemente cambiando de forma. La adaptación es el nombre de su juego. Es así cómo se mueven. No porque tengan enemigos a los que engañar sino porque las normas del tiempo y el espacio son diferentes aquí. Todo fluye, se rehace, altera sus constituyentes. Si, como nosotros, mantuviese siempre la misma apariencia el espacio esencialmente se endurecería a su alrededor, aplastándolo. ¿No puedes oír los crujidos? Ellos van con el fluir. ¡Y mira esas tablas de predicción! Vamos a rompernos si nos mantenemos en esta área del espacio si nos quedamos en esta zona del espacio. En nuestro propio espacio-tiempo, probablemente podamos cojear hasta Miggea, u otro sistema si es lo que tenemos que hacer, y conseguir ayuda allí. Puede que sea posible sacar a todos los pasajeros y entonces hacer una vuelta rápida a Desirée, donde podríamos repararnos bien. Tal y como estamos ahora, tenemos suficiente comida, gasolina y equipamiento para llegar a nuestro destino.

Aunque el capitán dirigía un crucero de lujo, había habido un tiempo en el que había estado a cargo de las naves bélicas. Sabía que el Doctor decía la verdad.

–¿Y cómo lo hacemos? ¿Cómo salimos de un contínuum espaciotemporal a otro?

–Si me dejas tomar los controles, capitán, creo que puedo hacerlo por ti.

–Adelante, Doctor.

O bien el capitán confiaba implícitamente al Doctor o no le quedaban opciones. Se apartó mientras el Doctor y su amiga subían al ascensor de alta velocidad que les llevaría a la sala de mandos.

Casi todo en lo que el capitán había creído ahora estaba siendo cuestionado. Su primer deber seguía con sus pasajeros y su nave. Este hombre extraño y la chica con sus trajes anticuados eran la única esperanza que tenían.

CAPÍTULO 18

CAPITÁN CORNELIUS, EL PIRATA

–**ESO ES, CREO** –el Doctor se inclinó hacia adelante, deslizando el destornillador sónico de vuelta a su bolsillo y mirando con esperanza a la pantalla. Habían emergido en una zona del espacio que estaba abarrotada de estrellas, rica con platas y dorados parpadeantes, con temblorosos rubíes y esmeraldas, con todo tipo de planetas y satélites—. Es bonito, ¿no? Y ahora sé que hemos encontrado nuestro sector original. La tormenta debe de haber pasado por ahora. Me encanta esta parte del espacio, ¿no te gusta? Nos hemos movido un poco de nuestra posición original, pero al menos ya estamos casi fuera del Segundo Éter.

–¿Y qué está pasando, Doctor? –Amy estaba decidida en conseguir respuestas– Esto es serio, ¿no?

–Oh, sí.

Ella espero, pero él no continuó.

–¿Y por qué esto es serio, Doctor?

Como ella, él no se había quitado el traje espacial, aunque ninguno llevaba casco. Él suspiró, observando al V en el que parpadeaban y se enfocaban imágenes del espacio exterior.

–Ya sabes cómo nosotros, mi gente, sí, pueden... podían vivir mucho tiempo, ¿no?

–Me lo explicaste por encima, pero no lo entendí del todo. Es como algo que hacen los reptiles o los insectos...

A pesar de la seriedad de la situación, él sonrió.

–Haces que la partenogénesis suene tan atractiva... –él tocó una pantalla para hacer aparecer un sector– Bueno, esa forma de regeneración también es lo que hace el universo. De hecho, no es sólo el universo sino todas las escalas del multiverso. Algunas culturas han observado esto sin entenderlo del todo. Lo llaman la Gran Recreación, la Conjunción del Millón de Esferas, todos esos tipos de nombres divertidos. En un punto natural en su ciclo, el multiverso comienza un proceso de recreación para hacerse de cero. Hay un intercambio, o algo parecido. Un poco de materia se convierte en antimateria; la Ley se convierte en Caos, todo, bueno casi todo, se revierte. Esto sucede tan lentamente que la mayoría de las criaturas sentientes a penas lo notan. La evolución. Algunas inteligencias a menudo averiguarán qué pasa. No es un secreto. Es un proceso constante que está teniendo lugar y que garantiza nuestra experiencia, la inmortalidad del multiverso, si te gusta así.

–Así que no es exactamente inmortalidad. No del tiempo que todos recordamos que hemos aprendido o que ya ha pasado...

–Claro, no de ese tipo. Incluso los Señores del Tiempo no podrían recordar todo de una antigua existencia. Yo, por ejemplo, no puedo. En fin, esos son los fundamentos de la vida y la regeneración en el multiverso. Es un fino equilibrio, regulado por lo que algunas personas llaman el Equilibrio, una visualización abstracta que se puede decir que actúa como un rayo, fulcro y sartenes sobre un ordinario par de básculas anticuadas para mantener todo en equilibrio.

–Sigo encontrándolo difícil entenderlo.

–Bueno, siendo lo más sencillos posible, de alguna manera, a través de la interferencia de algo o alguien, el proceso de regeneración se ha acelerado. Se ha acelerado tanto que esas partes del proceso que no han tenido la oportunidad de desarrollarse y degenerarse y por lo tanto, regenerarse naturalmente. Parece como si el Equilibrio hubiera sido arrancado. En vez de expandirse y contraerse, como debería, el multiverso se ha descentrado. Estas tormentas son en parte resultado de la antimateria “infectando” el Caos y el Caos está infectando la Ley. Necesitamos averiguar porqué. Y tenemos que restaurar el Equilibrio, o el cosmos entero se infectará hasta que rápidamente degenera y se colapse en materia incoada, la nada. La conquista de la Muerte sobre la Vida. Todo lo que quede sintiente lo suficiente como para ser testigo del proceso vivirá el momento de la muerte para siempre.

Ella se estremeció.

–¿Y qué nos pasaría al resto, si pasara eso?

–Es difícil de decir... Con la destrucción del tiempo viene el colapso del espacio –seguía comprobando las pantallas mientras hablaba–. Nada agradable. A unos pocos cientos de años, como máximo, en los que el multiverso será testigo de permutaciones bastante horribles –levantó la mirada hacia las pantallas de nuevo–. Quiero decir, cosas verdaderamente horribles. Las mutaciones que no enloquecerían con sólo miraras. El Caos y la Ley en sus extremos –chequeó los gráficos de otra pantalla–. No puedo evitar que Frank/Freddie Force tiene que ver algo con esto. Esos pájaros de la ley siempre creen que saben mejor que el resto de nosotros. Está en su naturaleza, el imponerse. El Caos prefiere ir con el fluir, como el capitán Abberley o los Chicos Burbujeantes. Es así cómo viajan. Frank/Freddie y los suyos no les importa el daño que causen en la tela del tiempo y el espacio. Es como conducir recto, sin miramientos, a través de bosques colinas y ciudades, sin importar la destrucción que se cause. Hacen agujeros en el multiverso. Sus naves lo destrozan. Lo convierten en chatarra.

–¿Y por qué piensas que Miggea es la clave?

–Porque Miggea es el único “sistema pícaro” que sigue existiendo en el multiverso. Miggea es capaz de moverse en una órbita excéntrica que pasa a través de todos los aspectos de la realidad de alguna manera sin ser destruida. Si, mientras estamos en ese sistema, podemos, no lo sé, reajustar el cosmos, restaurar el Equilibrio, entonces tenemos una oportunidad de sobrevivir. De que

todo sobreviva. Ese sistema es lo más lejos que puedes llegar hasta que estás directamente bajo la influencia del agujero negro.

—Y es por eso que nos dirigimos a Miggea. Usando los recreadores como disfraz.

—Algo así. Sí.

—Y por eso has enviado lejos a la TARDIS en una ruta falsa porque temes que sea lo que sea que esté intentando destruir el multiverso piensa que puedes detenerlo.

—Pensaba que era Frank/Freddie Force, pero ahora no estoy seguro. Él está detrás de lo mismo que yo. O parece estarlo. Sospecho que los otros también lo están. Verás, esto ha sido así durante un tiempo. Desde tu tiempo, de hecho. Cuando tú y yo obtuvimos el mensaje por primera vez. ¡Ups! ¡Vigila!

La gran nave de repente comenzó a girar mientras se torcía de lado a lado. Desde algún lugar vino la voz del capitán repartiendo instrucciones rápidas. Las alarmas comenzaron a sonar. Una fiera cacofonía. Y entonces se detuvo.

Iban a la deriva en el espacio en lo que seguramente sería la misma zona que habían dejado cuando les había golpeado la tormenta temporal. Excepto que ahora no había corrientes de materia oscura amenazándoles con doblarse, alrededor del Gargantúa. Se movían hacia adelante pacíficamente mientras los soles lejanos brillaban en la distancia. El capitán Snarri se les unió.

—No estoy seguro de si está usted cualificado, Doctor, pero esta es la mejor navegación que he visto jamás. Y sin ningún daño más aplicado sobre la nave.

—Gracias, capitán. Supongo que habrá usted visto que sólo unas pocas de nuestras placas parecen lo bastante fuertes como para sostener un largo viaje. Una sección se ha desprendido por completo. Necesitará usted algunos bots de reparación fuera igual que dentro.

—Ya estamos en ello. Me sorprende que no haya habido más bajas. Nuestro hospital fue atacado, perdimos unas placas, pero hemos hecho lo que hemos podido en parchearla.

En algún lugar fuera, en las sombras una silueta más oscura se movía con gracia, girando lentamente, como si fuera contra el viento, y Amy tuvo una profunda sensación en la boca del estómago que había visto antes aquella silueta, pero no estaba segura de dónde. Tampoco podía saber porqué se sentía alarmada. Pero cuando apartó la mirada durante un momento y volvió a mirar, la sombra se había ido.

El Doctor estaba ocupado con unos cálculos. Más pantallas conectaron con escenas interiores de abordó. Los pasajeros estaban relajándose, obviamente aliviados y acabando de darse cuenta de que habían sobrevivido. Los bots se movían por todas partes por el enorme crucero, reparando lo que

podían. La mayoría se concentraban en el casco triple, con sus pistolas-r uniendo las placas, resellando las grietas, alineando las V tanto dentro como fuera, enderezando las cañerías, apretando los tornillos.

En un momento, llevando sus trajes y cascos, el señor TrYr'r y algunos de sus oficiales se unieron al Doctor y a Amy. Guardaron sus ropas protectoras y se colocaron alrededor del Doctor para pedirle consejo. Sólo entonces Amy mencionó lo que había visto en la pantalla. Ella señaló, pero lo que hubiera sido, no había vuelto. Quizá se lo había imaginado. Después de todos aquellos asuntos con los Chicos del Caos, no se sorprendería. Se sentía estúpida mientras señalaba y no había nada.

—Oh, lo siento —dijo ella—. Debo de estar alucinando. Me pregunto si no es eso lo que estoy haciendo en todo momento estos días.

Pero el Doctor había aprendido a confiar en su sentido, cuando ella no lo hacía.

—¿Qué pinta tenía?

—Sombras —dijo ella—. Un puñado de sombras. Probablemente nada, sólo marcas en la pantalla. Lo siento.

—Bueno, dínoslo si lo ves de nuevo —dijo él. Se giró de vuelta al segundo oficial—. ¿Dónde dice que había este agujero?

Amy se concentró en la pantalla donde había visto las sombras. Un tono de plata, nada más. Ella oyó al Doctor hacerle una pregunta al capitán y al capitán responder:

—Nunca los hemos necesitado. Teníamos fuertes pantallas protectoras, por supuesto, pero esos generadores se han quedado todos dañados. Estábamos seguros de que no necesitaríamos nada más. Somos demasiado grandes y nunca llevamos una carga de mucho valor. Así que, ¿por qué lo pregunta, Doctor?

El Doctor se rascó su cabeza despeinada.

—Porque parecemos vulnerables. Hemos sostenido mucho daño en esa tormenta. ¿Cuántos han sido heridos? ¿Ha muerto alguien?

Uno de los doctores de la nave tenía sangre en su blanca bata de uniforme. No estaba contento.

—He intentado averiguarlo. Varios de nuestros pasajeros más ancianos tuvieron serios ataques cardíacos cuando no estábamos allí para tratarlos. Nunca esperamos perder algún paciente hoy en día y en esta época. Varios cascos de resurrección están fuera de servicio. La mayoría de nuestros instrumentos confían en nuestro suministro de energía. Cuando éste se quedó fuera, nos quedamos bastante impotentes. Me siento como un fraude, llamándome doctor.

–Sé qué quiere usted decir –el Doctor apartó la mirada–. ¿Habéis podido hacer un recuento?

–Creo que al menos unas cuarenta personas. Ya los tenemos congelados, pero probablemente sea tarde para unos pocos de ellos. Los de doscientos años están bien. Teníamos a unos pocos jóvenes con heridas serias. No hay oportunidad de ayudarles hasta que volvamos a la civilización. Lo cual probablemente no sea hasta que lleguemos a Miggea. Las naves normalmente esperan que nosotros o algún crucero de gran tamaño aparezca y le solucionemos los problemas. Estamos muy por delante de ellos, ciertamente, en tecnología. Son bastante primitivos. Mi hermana hizo un año allí durante una faena interestelar. Dijo que era cómo volver atrás en el tiempo.

W. G. Grace vino cargando su querida funda de arco bajo el brazo como si estuviera lista para una pelea. Los otros jugadores se habían reído porque durante toda la tormenta nunca lo había soltado. Tenía una gasa de sanación acelerada sobre una herida en su brazo, pero ella tranquilizaba a todo el mundo diciéndoles que no había falta que sustituyeran ningún músculo.

–¿Atrás en el tiempo? –ella rió animadamente, con su gran barba ondeando bajo su barbilla– ¡Eso no es ningún problema para los terráfilos!

Ella no sabía hasta que se lo dijeron que habían perdido a todo el equipo entero de los egundos Quince, absorbidos en la nave cuando las dos placas triples salieron volando en sus habitaciones. Los héroes que habían intentado volver a aquella sección y salvarles habían sido jugadores destacados: Donna Bradmann, una de sus mejores campistas, y Shanakasar Greeb, el arquero skunkoide de los Segundos. La otra baja, un Judoon, no había muerto como el resto de los jugadores, sino que había sido encontrado en otra sección y estaba dentro de alguna alucinación, bebiendo combustible de color de las filtraciones de los tanques de combustible, pensando que era Agua de Vórtice. El combustible de color sin refinar no te mataba si sólo ingerías un poco. Pero éste era un combustible de color súper poderoso extra-refinado y tenía que ser contenido en recipientes especiales. El señor TrYr'r vino a informarles de que ningún otro jugador había sido herido de forma especial.

Cuando Amy oyó aquello se sintió horrorizada. ¡Todos aquellos pobres jugadores muertos! Habían llegado hasta allí, a través de vastas franjas de espacio sólo para morir en aquel terrible accidente.

–Debe poner en peligro vuestras opciones de jugar el Torneo –decía TrYr'r, pero ella no le oía. Algunos de aquellos que habían muerto habían sido casi sus amigos. Entonces se preguntó qué parte de su experiencia en el Segundo Éter había sido alucinatoria. Se abrió camino al Doctor y le preguntó a la primera oportunidad que tuvo. Él también se lamentaba de los muertos, pero él la tranquilizó.

–No te preocupes –dijo él–. He conocido al capitán Abberley y a los Chicos Burbujeantes durante mucho tiempo. Esa es la ventaja de viajar hacia Miggea. Están verdaderamente bien. Aunque esté triste, el señor TrYr'r tiene razón: podría haber sido un intento de sabotear el equipo.

Amy estaba casi llorando, furiosa.

–¿Alguien mataría a todas esas personas sólo por este Torneo?

–No lo sé, Amy –el Doctor suspiró con gravedad–. Podríamos ser descalificados si no llegamos con todo el equipo. Y tenemos que ganar esa Flecha. Eso sigue siendo lo más importante.

Amy se sintió obligada a dar un paso adelante.

–Yo ayudaré si me necesitáis. Era una campista bastante buena durante los ensayos, ¿no? –entonces se avergonzó. ¿Cómo podía ser mejor que los evaluados y verdaderos jugadores de los Segundos Quince, mucho menos que los supervivientes Primeros Quince? Él lo entendió y le dio golpecitos en el hombro.

–Gracias, Amy. Lo recordaré.

Ella se sintió como si se hubiera mordido la lengua. Al levantar la mirada hacia la pantalla oscura de nuevo podría haber jurado que vio otra sombra caer a través de ésta. La silueta era familiar. ¿Seguían en el Segundo Éter? ¿Acababa de ver a una nave del Caos? Y allí estaba, de repente clara, llenando la pantalla, girándose con gracia hacia una agrupación de estrellas. Al parecer, a unos pocos parsecs de distancia.

–¡Mirad!

Ellos se giraron, sorprendidos por su énfasis.

–Un barco –gritó, entonces bajó el volumen–. ¿No? Quiero decir, ¿hay naves como esa en el espacio? ¡Es como un galeón antiguo! ¡Con velas grandes y esas cosas!

–Oh, cielos –dijo el Doctor–. Tienes razón con que es un barco, Amy. Y conozco a su capitán. Es un viejo conocido mío. Estaba esperando que no nos encontrara. No con nuestra condición debilitada. Está lejos de sus terrenos de caza habituales. Recolectando sus impuestos. Buscando una presa. Están más cerca de su casa para él. Es rápido y muy, pero que muy peligroso. La IPC ha mandado flotas enteras tras él, ¡pero él tiene su nave y su pequeña galaxia bien defendida!

–¿Pequeña galaxia? –ella estaba alocada por aquello– ¿Puedes tener tu propia pequeña galaxia?

–Galaxias enanas. Grupos de sistemas solares atrapados en la gravedad de nuestra galaxia. Como unas islas en la costa de la Vía Láctea, ¿te acuerdas?

Estaba segura de que él no le había hablado de ellas, pero era típico. Sospechaba que la estaría confundiendo con alguna otra chica. Al principio, ella se sentía resentida por su confusión. Ahora lo entendía mejor y lo perdonaba más. Ya no se molestaba en corregirle. Los otros se le unieron para mirar la pantalla.

—¿Qué es eso? —quiso saber W. G. Grace— Es enorme, ¿no? Parece como un clíper anticuado, aunque considerablemente más grande. Es difícil de decir, por supuesto.

—Oh, es grande —el Doctor respiró hondo—. Sí. Y rápida, también. Una belleza, ¿no? Recuerdo una época donde... —se detuvo a sí mismo— Hubo una época tiempo atrás, cuando el espacio estaba lleno de ellos. Los llamaban “perturbaestrellas”.

—¿Nos puede ayudar, Doctor? —preguntó Amy.

—No estoy seguro de que pretenda ayudarnos exactamente —respondió él—. Es el Paine, salido de la galaxia enana de Canis, comandado por el capitán Cornelius. Así es cómo se llama a sí mismo. Es un viejo conocido mío. Un tipo de enemigo, podrías decir. O un rival. Dependiendo de las circunstancias. Él no hace mucho eso de ir salvando por ahí, Amy, eso es seguro. Debe de habernos estado siguiendo tras la tormenta. Esperando, apartándose del camino. Un viento oscuro es lo último que necesita. La luz es totalmente importante para nosotros. Sin embargo, dudo que tenga algún plan de atacarnos. Seguro que no esperaba encontrar el crucero más grande en la galaxia impotente como un recién nacido, justo esperando para que él lo tomara.

—¿Un premio? —W. G. Grace apoyó la funda de su arco contra la consola— Haces que suene como una nave pirata, Doctor.

—Es porque lo es. La más infame y temida nave pirata de la galaxia —el Doctor estaba sombrío—. Me la he encontrado en el pasado. Sólo hay una nave como ella en toda la hermandad pirata, el Recordada Lombardía. Y supongo que deberíamos estar agradecidos de que no venga con ella. El coronel Gaspard Reynauld nos estaría disparando a estas alturas —enfocó la imagen—. Es un viejo clíper del borde. Dudo que haya otra persona viva en el espacio-tiempo convencional que haya visto una nave como esta en la forma ordinaria de las cosas. Se mueve con fotones, por la energía de los soles, ¡por la misma luz! Construida antes de que los motores de combustible de color se inventaran y la dejaran obsoleta, al menos por lo que involucraba a los astilleros mayores. ¡Imaginad toda una flota de ellos! Eran formidables, ¡oh, sí! Me he encontrado con el capitán Cornelius más de una vez. Se le conoce como Cara de Hierro, por la máscara de metal que suele llevar en la batalla. Un tipo de fantasma de la ópera espacial —se rió con su propia broma—. Pero nunca he tenido tanto que perder. O tantas vidas en peligro inmediato en las que pensar.

W. G. aferró la funda de su arco contra sí misma.

—Pero por definición no puede viajar más rápido que la luz. Nosotros sí, o podríamos. Podemos irnos, ¿no es así?

—No estudiaste relatividad relativa en el colegio, ¿verdad, W. G.? —el Doctor se frotaba la cara, como para devolverle la circulación—. Los viajes de luz a distintas velocidades, dependen del contexto. Sólo usamos la vieja velocidad einsteiniana para hacer ciertos cálculos, por la forma que usamos los kilómetros de la Tierra o los litros o los pársecs. O igual que los anglosajones

usaban sus “pies”. Lo mismo que el tiempo. Sabes que el tiempo se mueve a distintas velocidades, ¿no? Si no lo hiciera, no habría espacio como tal. No habría materia, como la entendemos. ¿Tu entusiasmo por el pasado, W. G., significa que sólo fuiste a colegios que enseñaban la ciencia de la Época Oscura?

Grace se volvió de un tono sustancial de morado y no respondió.

El Paine se ladeó de nuevo, dulce y elegantemente. Estos navíos eran las primeras naves terrestres que se habían usado para la exploración del espacio profundo. Esas grandes flotas se movían antes de que los vientos de la luz radiando de las estrellas, la forma en la que los viejos galeones usaban el viento. En algún punto, décadas o siglos antes, el Paine había sido construido en el espacio y entonces remolcado o acelerado a una velocidad hasta que pudo navegar bajo la energía de la luz misma. Nunca dejaba de moverse, rodeando planetas mientras sus gabarras tiraban hacia atrás y hacia adelante, usando el poder de las galaxias para viajar.

Amy se preguntó si el Paine era realmente su enemigo. Después de todo, si la materia oscura se extendía para dominar el universo, el Paine se volvería incapaz de moverse e iría a la deriva para siempre en la melancolía del espacio. Pero quizá al capitán Cornelius no le importaba lo que pasara en el futuro. ¿Y si vivía meramente para disfrutar el momento y rechazaba preocuparse de las consecuencias? Amy ya estaba intrigándose por un hombre que no había visto nunca...

—¡Oh, gracias a los cielos! Estáis a salvo, os he buscado por todas partes y estaba comenzando a pensar, oh, ya sabéis...

Bingo Lockesley estaba temblando. Parecía estar al borde de las lágrimas. Seguía vistiendo su traje de emergencia, salpicado con sangre. Estaba horriblemente pálido.

—¿Estás bien, Bingo? —sin querer hacerle daño por si estaba herido, ella vaciló antes de abrazarle. Él miró hacia abajo, hacia la sangre.

—¡Cielos, no! Ja, ja. Eso no es mío. El pobre muchacho se rompió el brazo, se hizo unos cortes de una afilada placa interior. Los médicos le curaron justo en el momento. Acabo de venir de la sección del hospital. Todo lo que tengo es un chichón en la cabeza. Me ha dejado inconsciente durante unos pocos minutos, eso es todo. Son los otros los que necesitan nuestra ayuda. Una pesadilla, ¿no?

—¡El viejo Bingo ha sido un hacha! —Hari se les unió, limpiándose las manos en un trapo.

Flapper estaba con él. Ella llevaba puesto un mono de enfermera y su pelo estaba escondido bajo un gorro azul.

—Me alegro de que estéis bien —dijo ella—. Algunas personas fueron absorbidas por el casco y han acabado en el espacio. Otros han sido heridos de gravedad. Tuvieron que ir a la bahía de criogénesis. Hicimos todo lo que

podimos hasta que los médicos tuvieron las cosas bajo control. Oímos que algunos de los nuestros murieron. Pensábamos que sería mejor venir aquí arriba, buscaros y nos encontramos al viejo Bingo por el camino. Gracias a los cielos que estáis bien. Ah, ahí está el Doctor. ¿Cómo está?

—Un poco cansado —Amy se alegró de verla. Se acordó de la primera y segunda guerras mundiales, donde las personas más improbables se convertían en héroes—. Su dirección nos ha salvado las vidas. Nos ha sacado de la tormenta —sabía que nunca sería capaz de explicarles el Segundo Éter.

—He oído que Greeb y Donna nos han dejado, ¿no? —Hari Agincourt estaba avergonzado ante su muestra de emoción— Menuda suerte más mala. Alguien ha dicho que se ha perdido el equipo de los Segundos Quince. ¿Es eso cierto?

—Sí, pobres diablos —Bingo pegó una patada al suelo.

—Ambos eran jugadores maravillosos, ¿no? —preguntó Flapper— Quiero decir, son una pérdida muy seria. Sé que no es una buena forma de hablar de las opciones del equipo en un momento como este, ¿pero esto no va a ponernos las cosas difíciles a los Caballeros?

—Así será, pero lamento las bajas, esos que no han sido absorbidos en el espacio estarán perfectamente, por supuesto, cuando volvamos al mundo civilizado. Pero mientras tanto, las cosas sí que parecen un poco complicadas. Miggea no es exactamente avanzada en cuando a medicina. Por el bien de Donny y Masher no podemos arriesgarnos a resucitarlos allí, ¿verdad?

El Doctor asintió vagamente, estudiando el clíper espacial que se acercaba. Amy se dio cuenta de que el ambiente en la sala de control había cambiado. Hubo un repentino silencio. Todos estaban mirando en la pantalla en la que ella había visto la nave de vela.

—Es grande, ¿no? —dijo Bingo en voz baja, fregándose la cabeza. Él miró buscando un asiento.

—¡Así es! —acordó Hari. Él miró a Flapper— ¿Estás bien, preciosa?

—Puede que venga para ayudarnos —Flapper se estremeció y se acercó a un Hari viril—. Quiero decir, es posible, ¿no?

—No lo creo —Amy se aferró al colgante celestial en su bolsillo, de repente deseando que ella también tuviera un brazo viril en el que respaldarse. Por algunas razones oscuras para ella, sacó el colgante y se lo puso—. Ese es el Paine. Es una nave pirata, capitaneada por un villano al que llamaban Cara de Hierro, por su máscara.

—¡Oh, señor! —exclamó Bingo— He oído hablar de él. Yo digo, Hari, que será mejor que saquemos nuestros arcos y un par de carcajes de flechas y nos quedemos cerca para repeler a los abordadores y esas cosas.

El Doctor le oyó.

—No supondréis mucha resistencia para alejar a Cara de Hierro igual que hicimos con el general Force. Sus rayos de pelea podrían destrozarnos como una lata de hojalata. Y ya estamos bastante en una posición de una lata a la que alguien podría pisar. La mitad de las pantallas de fuerza están caídas. Las placas del casco han sido seriamente dañadas por la tormenta. Somos un pato sentado para cualquier depredador. Sólo podemos esperar que no piense que seamos una presa.

Las monstruosas velas negras de la nave ondeaban al acercarse. Sus mástiles eran de cientos de metros de altura, con sus velas de kilómetros de largo. Sin embargo, como el Gargantúa era él mismo una nave gigantesca, el Paine parecía relativamente pequeño en comparación.

Aparte de las decoraciones de latón oscuro, era totalmente negra. Cualquier luz que no se usara directamente para navegar se ahorraba en convertidores de energía introducidos en su fino casco. Ella tenía dos motores de combustible de color como auxiliares. Sus pistolas de puerto brillaban, mostrando un tono de sus prohibidos Mann y Robersons. Los cañones de energía infligían algo mucho peor que la muerte en cualquier ser vivo, les imbuían con radiación. Eran considerados el mejor armamento del universo, altamente efectivos, pero nadie los había usado en siglos por la terrible tortura que infligían. Nadie moría rápidamente de un disparo de Mann y Roberson, pero, inevitablemente, morían. No era algo lógico enzarzarse en una batalla con el Paine. Nunca perdía. Y aleteando modestamente de su cofa había una bandera negra en la que los huesos y la calavera se habían bordado con un hilo blanco puro.

El Paine seguía de cerca al Gargantúa. Ella navegaba justo al crucero pero no emitía amenazas, no entraba en acción, simplemente seguía ensombreciéndola. Sólo las propias luces parpadeantes del Gargantúa y las brillantes estrellas lejanas hacían que la nave pirata fuera visible. Los pasajeros y la tripulación se amontonaban para mirarla, estirando sus cuellos para seguir los mástiles y ver parte del tamaño de sus velas. Todo era silencio. Finalmente el capitán Snarri se limpió su gigantesca boca y dijo pesadamente:

—Normalmente podríamos dejarla atrás, pero puede ver que nos han herido. No puedo conectar con ella porque somos una nave civil y mi primer deber es con los pasajeros. Así que no puedo correr. No puedo luchar. Supongo que voy a tener que regatear. Los piratas han secuestrado a los pasajeros ricos en el pasado y les han mantenido en busca de un rescate. Probablemente nos obligarán a rendir voluntarios. Cara de Hierro puede que esté satisfecho con cualquier tesoro que tengan los pasajeros —Snarri respiró hondo. Su suspiro fue largo y amargo—. No he sido entrenado para esta situación. Soy responsable y, sin embargo, Doctor, no sé qué hacer.

—Quizá pueda negociar una forma de huir —el Doctor puso una mano reconfortante sobre el hombro de Snarri—. Cornelius y yo hemos cruzado palabras antes. La verdad es que literalmente en alguna ocasión. En una mina de carbón, cerca de Newcastle en 1918. Los hombres leopardo.

–No puedo pensar en ninguna alternativa –el capitán pareció hundirse. Se sentó en una silla justo cuando una voz resonante e irónica llegó por los comunicadores.

–El capitán Cornelius del corsario Paine desea establecer contacto. ¿Tengo el permiso del Gargantúa? –al menos seguía el protocolo educado de las vías espaciales. El capitán Snarri se recompuso, se relamió los labios resecos y dijo suavemente.

–Permiso concedido, capitán –señaló a los bots y las pequeñas máquinas se conectaron con el Paine y enfocaron sus V al capitán Snarri–. Buenas noches, capitán Cornelius. Soy el capitán Snarri, comandante de esta nave.

–Buenas noches para vos también, capitán Snarri –inesperadamente una cabeza cubierta por un apretado casco de cuero y una sencilla máscara de arlequín de papel maché blanco de la Commedia dell’arte italiana llenó la pantalla, como si hubiera escogido deliberadamente un personaje menos amenazante. Vestía una chaqueta naval azul oscuro sin condecorar abotonada hasta la barbilla–. Me disculpo por la forma melodramática de ocultar mi cara. Me gusta viajar y eso sería imposible si alguien me reconociera. ¿Puedo expresar mis condolencias ante vuestra mala suerte?

–No nos regocijemos en la hipocresía, capitán Cornelius. Sé que sois un pirata y sabéis que mi nave es uno de los mayores cruceros de pasajeros de la galaxia, protegido por la ley intergaláctica. La cual invoco. Vuestra nave tiene el deber de rescatar a la mía –Snarri no podía esconder su ansiedad por esta nave y los pasajeros y estaba haciendo la única cosa que sabía para intentar protegerles.

–Pásamelo –murmuró el Doctor. Ante una señal del capitán, la V ahora mostraba a ambos hombres y a Amy en la pantalla pirata–. Buenas noches, capitán Cara de Hierro. Nos han dado una paliza, me temo. Una tormenta oscura. Estamos muy fuera de comisión. ¿Supongo que no hay opción de que nos echéis una mano?

Durante un momento, la mirada del capitán se movió entre Snarri y el Doctor y se detuvo un momento en Amy, haciendo que ella se estremeciera. Entonces, dejando que su atención volviera al Doctor, él dejó que una sombra de sonrisa le pasara la cara.

–¡Anda, Doctor! Qué cumplido. Pero olvidáis mi llamada, ¿no es cierto? Soy un ladrón estelar. Deseamos subir a bordo. Si rechazáis, bien, estoy seguro de que no necesitamos hacer las amenazas convencionales. Ambos hemos visto los Mann y Robersons en faena. No hay un superviviente de las Guerras del Borde que no lo haya visto. Sin embargo, si vuestro capitán nos da su palabra, dejaré a mis hombres en mi nave y meramente llevaré a mi segunda. ¿Qué decís? No tengo intención de llevar a cabo más violencia. Pero pienso que admitiréis que tenemos la ventaja.

El capitán Snarri hizo un ruido en su garganta. Él lanzó una mirada de odio a la pantalla y luego al Doctor. Su encogimiento de hombros era enfadado.

SEGUNDA INTERMISIÓN

SALIENDO DE LA OSCURIDAD y del silencio del vacío intergaláctico, rompiendo a través de la fina membrana entre un universo y el siguiente, el navío de silueta extraña se detiene, sus motores crujiendo ligeramente como gansos lejanos, hilos de energía oscura moviéndose alrededor como tentáculos sintiendo sus extraños ángulos y apéndices.

En su interior, caras oscuras, especuladoras, sonrientes, silenciosamente contemplando el cosmos. Entonces llega el ruido de las voces alzadas, discutiendo su posición hasta que se llega a una decisión y la nave se tuerce de nuevo, disolviéndose en la noche perpetua. Hace el ruido de un burro furioso, sugiriendo a cualquiera que la mirara que al menos es parte orgánico, lo cual, en cierto sentido, lo es.

A millones de años luz de distancia, más de un conjunto de instrumentos detectan la nave y las mentes especuladoras debaten sus orígenes, enviando muestras para examinarla, pero en realidad, se alivian de permanecer en la ignorancia, al menos por el momento.

La nave gira y se desvanece de nuevo, registrándose sólo en los detectores más sofisticados.

La segunda Peet Aviv del perturbaestrellas Paine informa de las nuevas a su capitán, murmurando sobre el Segundo Éter y aquellos que cazan entre mundos y, que, en su turno son cazados. Hablan de Lady Peg la Invisible, de Frank/Freddie Force y de los demás que se mueven entre los mundos usando las atmosferas que, pasando de una puerta a otra, hacen pasillos, universos enteros, de gases respirables. Sus instrumentos de nuevo capturan la nave, pero sus ocupantes se han ido. ¿A dónde? ¿Qué han escogido hacer? ¿Ya están caminando entre los mundos, dejando esa nave de forma extraña a la deriva o anclada en alguna inteligente configuración, la cual, como un hechizo supernatural, pueden convertirse en discurso y así volver? Magia o ciencia, todo es lo mismo para los pasajeros de esa nave y sus observadores, pues este es el futuro lejano donde un hechizo puede ser una fórmula matemática y una canción puede hacer un milagro.

Peet Aviv informa de sus avistamientos a su capitán, a regañadientes admitiendo su mistificación. Pero el capitán pirata tiene otros asuntos en su mente y presta poca atención al asunto. Ordena a Peet Aviv que vista el uniforme formal rojo y azul y que se mantenga vigilante. Todavía pueden estar atrapados y su nave consignada para algún otro universo, una mota de polvo pesado viajando a través de las sombras de los mundos demasiado grandes para sus ojos o sus instrumentos para medirlos.

¿O hay otros planes que les atraen a la región del agujero negro donde navegarán para siempre en el mismo momento terrible?

Más de una vez el gran perturbaestrellas ha percibido una trampa y apenas ha escapado.

El capitán Cornelius sabe que está tomando un gran riesgo en dejar su nave, pero no lo haría a menos que los riesgos fueran los mayores que jamás había presenciado.

CAPÍTULO 19

CONVERSACIÓN EN EL CAMAROTE DEL CAPITÁN

CON SÓLO UNA SUGERENCIA de “nobleza obliga”, el pirata Cara de Hierro agachó su cabeza con casco bajo el borde del cierre hermético y levantó su mano en un anticuado gesto de paz.

—Agradezco vuestra hospitalidad. ¿Puedo presentaros a mi segunda en todas mis aventuras? *Mademoiselle* Peet Aviv, el capitán Snarri, el Doctor, ¿y...?

—*Mademoiselle* Amelia Pond —dijo Amy, firmemente—. *Enchantée, Monsieur* —se alegró de ver un tono de humor en el ojo del Doctor.

—Si estamos parlamentando, iremos por aquí hasta mis aposentos —dijo el capitán Snarri, con una afilada sacudida de su cola.

El capitán Cornelius y Peet Aviv siguieron al comandante del Gargantúa, con el Doctor y Amy en la retaguardia. Amy estaba fascinada por la segunda del *Paine*. Peet Aviv era una de las criaturas más extrañas y hermosas que Amy había visto jamás. Vestía un exoesqueleto de cobre y platino sobre su tronco superior. El exoesqueleto recordaba el caparazón de una gigantesca langosta, pero su cabeza alargada había sido modelada en base a la *Mujer con Abanico* de Modigliani. Las piernas de Peet Aviv estaban elegantemente curvadas con acero por lo que se movía con largos y gráciles pasos. Su voz era dulcemente musical. Si no hubiera vestido una prohibida pistola de neutrones a su costado, no habría sido reconocida como pirata.

La sala de estado del capitán era lujosa, pero tenía un aire de haber sido usado raramente. Un bot encendió la elaborada chimenea estilo Liberty, y los cinco se sentaron en unas profundas butacas con brazos anchos de roble y oscuros cojines borgoña. El fuego emanaba sombras cálidas a la habitación, y el capitán Snarri alzó y bajó las manos haciendo que las lámparas iluminaran la habitación con suavidad. Sus largas piernas le llevaron grácilmente hasta el armario donde sirvió las bebidas y las sirvió personalmente a sus invitados. En su normal, realista y calmado tono abrió la conversación.

—Hemos sobrevivido a la peor tormenta espaciotemporal que hemos experimentado. Sin duda habéis estado escuchando en vuestros bots espías, capitán Cornelius, así que conocéis nuestra situación. No podemos luchar contra vos. No podemos dejaros atrás. He estado emitiendo señales, pero la tormenta obviamente ha barrido cualquier asistencia potencial que hubiera cerca. Cualquier ayuda policial está a días o más de distancia. Así que estamos a vuestra merced, señor.

—Os doy mi palabra, señor —Cornelius sorbió de su Agua del Vórtice—. Os exigiré un precio bastante pequeño. Es cuestión de honor profesional —de nuevo una sombra de sonrisa—. Pero esa no era mi razón al pedirlos permiso

para abordar –señaló a Peet Aviv que, disculpándose, se desabotonó la funda de su pistola de neutrones y se levantó para ponerla en la repisa de la chimenea junto al reloj escocés. Al sentarse de nuevo, ella alzó su VW en un brindis sin sonreír.

Amy descubrió que su mente estaba alertándose más y más pero no sabía por qué. El resto de ella estaba relajado, disfrutando y admirando la habitación. El gran camarote estaba hermosamente amueblado con grandes y cómodas sillas, la mayoría del estilo, o eso le susurró el Doctor cuando lo mencionó, de Morris y Stickley, diseñadores del viejo Arts and Crafts. Todos de roble oscuro y brillante cobre, el mobiliario reflejaba la luz del hogar en la chimenea. Amy agradeció el lujo. Esta era la primera vez desde la tormenta que había sido capaz de sentarse y, por lo que era posible en las circunstancias, relajarse. El gran bol de rosas rojas y blancas antiguadas en el centro de la mesa parecía real y su aroma era hermoso, sumando a su percepción de bienestar.

–No oiréis el más mínimo zumbido de nuestros Mann y Robersons, capitán, sin importar lo que suceda hoy. Estoy desarmado. No oiréis ninguna amenaza intencionada por nuestra parte, y disculpo y retiro cualquier amenaza no intencionada. Salvo un pequeño asunto, el cual anunciaré a su debido momento. Me alegro de veros, Doctor. Sabíais que os reconocería, sospecho –se rió–. ¿Encontráis igual de difícil que yo el encontrar la compañía intelectual adecuada en estos días? Recuerdo nuestro último encuentro con placer, pues vos, igual que yo, sois sensato también. Espero que tengáis un poco de tiempo para perdonarme.

–Os perdonaré alegremente lo que sea necesario, si ayudáis a nuestra nave, capitán Cornelius.

–Entonces dejadnos discutir. ¿A alguien le importa que fume? Tengo un fuerte tabaco espléndido Meng y Ecker –habiendo recibido su permiso, se introdujo en la boca su espuma de mar de tallo largo–. Es obvio que habéis visto una tormenta o dos por la apariencia de vuestra nave. Nunca pensaba que uno de estos monstruos de clase G podrían ser atrapados por el hombro o alguna fuerza de la naturaleza. Decían que podía ir a un agujero negro y salir intactos. Sin embargo, aquí está –el capitán Cornelius colocó su pipa en un cenicero de peltre–. Me parecía que estabais fuera de curso cuando os avistamos.

El Doctor cruzó sus piernas larguiruchas, sus largos dedos apartando una mata de pelo de su frente.

–Exactamente así, capitán. ¿Os encontrasteis también una tormenta? Estamos a cierta distancia de nuestras rutas preferidas.

–Así es, señor. Las corrientes oscuras nos barrieron y nos atraparon justo después de que dejáramos nuestro puerto de hogar en Canis. Sólo habíamos visto las corrientes de una distancia segura. Como sabréis, ha habido muchas más tormentas más allá del Borde que cerca del Centro. Aun así, parecían ser amenazantes en el espacio más profundo sólo y, hasta recientemente,

teníamos poco que temer. Hemos sido extremadamente afortunados hasta ahora. Podéis imaginaros lo que significan esas corrientes para nosotros. Dependemos de la luz. La luz es incluso más importante para nosotros que lo es para las naves de combustible de color. Sin ésta, no nos podríamos mover. Podríamos, supongo, convertirla solamente en combustible de color. Pero el prospecto de la galaxia oscureciéndose es uno garantizado para alarmar a cualquier criatura inteligente.

El Doctor sonrió.

—La oscuridad significa frío. El frío significa muerte —se reclinó contra su silla admirando los cuadros en las paredes. Estaba haciendo todo lo que podía para no mostrar emociones—. ¿Cuál era vuestro curso, puedo preguntar, cuando visteis la marea?

—Estaba dirigiéndome a Miggea, en el Centro. Ella orbita el Radio Schwarzschild, como sabéis. ¿Los Mundos Fantasma? Soy un versado observador del Torneo y he entendido que tres finalistas iban a estar jugando en Flynn este año. Esperaba estar allí —su sonrisa era de autoburla—. No como yo mismo, por supuesto. Solía tener cierta habilidad con el arco. No tenía planes de formar parte del mismo Torneo, pero hay concursos de tiro al arco organizados alrededor del perímetro. Imaginaba, quizás, que podría probar mi suerte en uno o dos de ellos.

—Eso habría sido peligroso —observó el Doctor con una sonrisa de respuesta—, ya que hay un gran precio por tu cabeza, como debes saber.

—Me siento bastante halagado, de hecho. Pero soy un romántico incorregible y tengo que admitir que disfruto ante el riesgo.

—Como Robin Hood —dijo Amy, de repente. Ambos se giraron hacia ella, con curiosidad—. Robin Hood, el arquero forajido. El Sheriff de Nottingham celebró un concurso de tiro al arco y Robin Hood fue allí disfrazado para ver si podía ganar. ¡Lo ponen todas las veces, bueno, lo solían hacer! ¡Flynn! Eso es. Sabía que me sonaba de algo. Errol Flynn. Basil Rathbone. ¿Olivia de Havilland? ¿Galopando a través del Bosque Verde? ¿Trigger?

—¿Trigger? —exclamó el Doctor— ¿En serio? ¿El caballo? ¿Roy Rogers?

—Yo le he reconocido —dijo ella—. Me siento bastante orgullosa. Era la película favorita de la tía Sharon.

—¿Película? —murmuró Cornelius, con curiosidad.

—Una forma de arte del siglo XX de la Tierra —le dijo el Doctor—. Un tipo de V drama muy temprano.

—Así que... —el holandés mostró un interés más profundo en Amy— ¿Sois una viajera en el tiempo? ¿Cómo el Doctor?

—Errol Flynn y eso... —dijo Amy, sintiéndose incómoda— Soy de...

–La Vieja-Vieja Tierra –añadió el Doctor, con hastío, girándose–. Es su tema en la universidad. Estudios de la Época Oscura. Ya sabéis que nosotros, los terráfilos, estamos enamorados de las minucias.

–Yo también, pues, debo estudiar este Robin Woods. Viajando por la jungla, ¿eh? suena algo así como un tigre. Perdonadme por mi rudeza, capitán Snarri. Sólo quiero un pequeño precio por ayudaros a vuestro siguiente destino. Parte de ello es algo que lleváis, lo cual supe de un conocido mutuo. El general Force. Frank/Freddie Force vino a mí hace tiempo y sugirió que él y yo combinásemos energías para tomarlo. Tengo que admitirlo, me sentí tentado. Entonces decidí que no sería deportivo, ya que ya había decidido reclamarlo para mí. Además, para ser perfectamente honesto con vosotros, no me gusta el tipo. No pienso que quiera asuntos con él. Estaba buscando, como seguramente hayáis supuesto, la legendaria Flecha de la Ley. La Flecha Argéntea por la cual vuestros equipos compiten.

El Doctor dejó cuidadosamente su vaso de Agua de Vórtice en el ancho brazo de su mesa Stickley.

–¿La Flecha? ¿Pensáis que la tenemos a bordo del Gargantúa?

El capitán Cornelius parecía sorprendido por la reacción del Doctor.

–¿No sabéis que la cargáis con vosotros?

–No estoy seguro de a qué juega Frank/Freddie con ambos de nosotros –respondió el Doctor–, pero no llevamos la famosa Flecha de la Ley. Está en una bóveda viajando en el tiempo la cual sólo llegará cuando se haya jugado el último partido en Flynn. No podemos conseguirla hasta entonces. Eso es precisamente para evitar que sea robada o el presentador se sienta tentado de robarla él mismo. Vi cómo la colocaban en la bóveda. Muchos de nosotros lo vimos.

–Ciertamente sabéis qué es esa flecha o qué representa, Doctor.

Amy se preguntó si el Doctor pretendía decirle al capitán Cornelius sobre el mensaje que había recibido del Centro de la galaxia, o si pretendía jugar las pocas cartas que se pegaba al pecho. La cara del Doctor tenía poca expresión cuando respondió.

–Por supuesto que sí.

El capitán Cornelius irrumpió en carcajadas espontaneas.

–¡Por supuesto que sí! Entonces quizá podáis decirme de dónde viene y a quién pertenece.

–Es un premio por el cual los equipos de terráfilos juegan una serie de partidos arcaicos. Los partidos se juegan una vez cada cuarto milenio. El equipo que gana esos juegos recibe la Flecha Argéntea de Artemis de los ganadores previos. Hasta el último partido, permanece fuera del tiempo y el espacio. El equipo que lo ganó por última vez es conocido como los Visitantes y probablemente ya estén en Flynn. ¿Seguro que ya sabes todo esto?

El capitán ignoró la pregunta.

—¿Es vuestra razón para uniros al equipo?

—Para pasármelo bien durante un rato, ¿sabes? Hacer un poco de ejercicio, siempre puedo hacer esas cosas.

—Así que habéis cruzado el tiempo y el espacio en vuestra TARDIS, arriesgado vuestra vida más de una vez, ¿sólo por pasarlo bien un rato? ¿Para hacer un poco de ejercicio?

—¿Eso sí lo sabéis? Una persona se aburre...

—¿Esa es toda vuestra razón? Dudo que seáis completamente franco conmigo, Doctor. Mis instrumentos no han detectado señal de vuestra TARDIS. En cuanto a la Flecha...

En el resultante silencio, Amy miró de un hombre a otro, preguntándose quién hablaría primero. Al cabo del tiempo, el Doctor dijo:

—Esto es todo lo que sé. Recibí un mensaje de larga distancia de alguien que sabía cómo contactarme. El mensaje se volvió corrupto. En parte es comúnmente galáctico de este periodo. No reconocí todo el lenguaje. Su señal venía del Radio de Schwarzschild de Miggea. Mencionaba a Tom Mix, un actor antiguo. Flynn en Miggea y el Rugalador cósmico o Regulador. Entonces mencionaba el nombre de Frank/Freddie Force. Eso me preocupó, porque Force está lo bastante loco como para traer la muerte del multiverso, todo el tiempo y el espacio, materia y antimateria. La muerte de todo. Eso sería adecuado para su ego. Es una de las pocas criaturas que puedo creer lo bastante locas como para destruirnos a todos. También sé por mis propias observaciones que las mareas oscuras están recorriendo, recorriendo a través del tiempo y el espacio, lo cual sugiere que algo ha ido mal, ya que ya se están moviendo a velocidades sin precedentes. El mensaje venía del centro, así que decidí ir allí y ver si podía descubrir qué estaba causando esto. Todo lo que quería era arreglar esa irregularidad, si pudiera. De lo que pude descifrar de esas señales, la Flecha Argéntea está conectada de alguna manera a las corrientes oscuras. Yo pensaba que si ganábamos podría examinarla y ver exactamente qué era...

El capitán Cornelius irrumpió en una risotada sencilla.

—¡Eso es “todo”, ¿verdad, mi querido Doctor?! ¡Habláis con un ego terrorífico! Sin embargo, ¿habéis cruzado anchas distancias del espacio y el tiempo para la poca probabilidad de ser capaz de arreglar algo en el centro del multiverso sin saber exactamente qué es lo que ibais a remediar?

—Bueno, sí —de forma incómoda, el Doctor se enderezó en la silla—. No por primera vez. Eso es lo que hago. ¿Te divierte subestimarme?

—Perdóneme, pero suena improbable. Si detectasteis irregularidades ¿por qué no intentasteis ajustarlos allí y en ese momento?

–Seguí la señal. Me llevó a ese sector, pienso que me conoces como bien te conozco, capitán.

–Así es, don Quijote. Corrector de errores. Rescatador de aquellos en peligro. Un hombre conducido por la infinita curiosidad –alzó su mano–. No, no, no me burlo de vos, Doctor. Somos hermanos naturales. Soy beligerante, como sabéis, por naturaleza. Vos no sois un hombre que rechaza el conflicto. Así que seguisteis el mensaje. ¿Qué más os dijo?

–Como he dicho, no pude ver quién lo enviaba. Se mencionaba a los recreadores terráfilos, Tom Mix, Disolución... Unos pocos nombres. Así que lo único que había que hacer era ir allí y descubrirlo.

–¿Y qué habéis descubierto hasta la fecha?

–Que las mareas oscuras ciertamente están recorriendo. Filtrándose en nuestro hemisferio. Ancha y profundamente. Un millón de corrientes todas a distintas velocidades. En tiempos distintos. Más rápidas de lo que me di cuenta. Peligrosamente rápidas. Mucho más allá de las velocidades previamente registradas. Lo cual esencialmente significa que todo se desvanecerá del universo, quizá incluso del multiverso, mucho antes de su tiempo natural y esperado. Un siglo o menos en vez de billones...

–¿Y sabéis qué son las mareas oscuras?

–Igual que cualquiera. No emiten luz, aunque la absorben. Atraen, igual que la gravedad atrae. Una corriente oscura crea tormentas en el espacio cuando se encuentra con los elementos definiendo el medio ambiente que ambos habitamos. Con cualquier cosa desafiando la gravedad. Más allá de nuestra esfera empuja a galaxias enteras con ella, presumiblemente hacia un poderoso agujero negro que ninguno de nosotros ha visto jamás. Alrededor de esa materia se revuelve. En nuestra propia galaxia nuestro agujero negro es la puerta mejor conocida en un multiverso de antimateria, el cual existe en oposición al nuestro. Es, creo, una serie orbitando de fenómenos más grandes. Oposición es lo que garantiza la supervivencia de todo en la Creación. Sin ella el multiverso se colapsaría en una materia y antimateria primigenia imperfecta que, a su vez, se disiparía en la nada, un multiverso sin forma ni significado, o inteligencia.

–Inteligencia, Doctor. Ahí está la clave, ¿eh? Dejaría de ser. Como que sea que llamáis esa energía fundamental de razón y creación es lo que permite que exista el multiverso. Sin ella, estamos condenados, esencialmente, a la no existencia. Sean los que sean, nuestros motivos o ambiciones, no importan nada sin un multiverso ordenado donde la Ley equilibre el Caos, la materia equilibre la antimateria, la Vida equilibra la Muerte. Una no puede existir sin la otra. Y, de alguna manera, como habéis observado, la antimateria está infectando la materia, la Ley y el Caos se confunden y pronto, ¿qué?

–La Vida y la Muerte se volverán indiferenciables. La materia y la antimateria, la ley y el caos, el bien y el mal se volverán indiferenciables. Todas

las calidades opuestas que están presentes están en equilibrio, las cuales dan significado a la existencia desaparecerán.

—Y este proceso está mejorando rápidamente, ¿eh? ¿Sabéis por qué es eso, Doctor?

—Estoy aquí para descubrirlo.

—Ese es el espíritu, Doctor —su voz ahora era lúgubre, sin un tono de sarcasmo—. Así que habéis descubierto por qué, en vuestros esfuerzos de volver al ciclo a su velocidad natural, ¿Miggea es importante?

—Porque ella es el sistema solar más cercano al Centro. Porque tiene propiedades inusuales.

—Cierto, pero ¿eso es todo lo que sabéis?

—Tiene una órbita excéntrica y su órbita la acerca al Centro multiversal que cualquier otro cuerpo —el Doctor estudió los ojos del hombre enmascarado.

—¿Por qué se juegan estas competiciones en Miggea?

—¿Por qué? Eso es obvio, capitán. Para ganar la Flecha Argéntea —el Doctor frunció el ceño, curioso. Se removió en la silla—. Supongo.

—Para ganar una flecha que ha sido el premio de un torneo de arco celebrado cada doscientos cincuenta años durante el último milenio o así. No es legendaria por esa razón, si no por que la Flecha tiene cualidades. Asociaciones. Y podría tener, ¿qué? ¿Un millón de años? Cincuenta mil, como mínimo. Eso es lo que los científicos han registrado que las mareas oscuras llevan arrastrando a nuestro universo —el capitán Cornelius se encogió de hombros, alargando la mesa para coger el frasco de Agua de Vórtice. Ofreció rellenar sus vasos, pero ellos lo rechazaron—. Así que, la marea oscura ha estado moviéndose durante al menos cincuenta mil años. Corriendo cada vez más rápido y ferozmente que cuando nosotros de esta galaxia primero se dio cuenta de lo que estaba pasando. ¿Desde la Tierra en el período de Post-Ilustración?

—Así es. En la Tierra sólo tuvieron las formas para identificarlas por el año 2010. He estado intentando entenderlo desde entonces. ¿Sabes por qué pasa esto, capitán? ¿Es por eso por lo que estás aquí?

—Este es mi sector espaciotemporal de nacimiento. Mis científicos han tenido una oportunidad de estudiar que la marea o mareas tienen poderes enormes de gravedad. Las mareas oscuras podrían ser una cualidad de la gravedad. La gravedad es una cualidad de la materia. La materia es una cualidad del tiempo. La gravedad hace que el universo gire. Sin ello, todo se colapsaría, como habéis dicho. La antigravedad no puede, por supuesto, existir sin la gravedad. Todo se comprime en opuestos. Destruid esa oposición y se destruirá, bueno, como habéis dicho, Doctor, todo, como hemos discutido — alcanzó su pipa, cambiando de idea.

—Ahora, ¿qué pasa si el equilibrio, con el que dependemos, era mantenido por algo más que una idea metafísica sino por un elemento físico? Llamemos a ese elemento un “regulador”, el mismo tipo de cosa que pusieron en un primitivo motor de rayos para hacerlos funcionar en una velocidad deseada y así. Los relojes también. Este regulador mantiene el multiverso teóricamente a través de la eternidad. La materia del universo lentamente se vuelve antimateria y el universo de antimateria se convierte en materia. De la muerte bien la vida y de la vida viene la muerte. Lo opuesto sostiene la existencia.

—Esa no es una noción profunda, capitán. Estamos de acuerdo en eso. ¿Tú has preguntado si este “regulador” era algo físico?

—O algo, sea lo que sea, lo cual podría asumir una forma física.

—De acuerdo, sí, vale. ¿Pero cambia a sí misma? ¿O es su forma determinada por la voluntad de una criatura sentiente, o un número de criaturas sentientes? ¿Tenéis una teoría sobre qué forma podría ser?

—Pienso que sabéis qué pienso. La historia que más me gusta es que para protegerse vuestro Regulador puede cambiar de forma de la misma forma que una sepia, por ejemplo, puede disfrazarse en color y forma cuando reconoce peligro potencial.

El capitán se inclinó hacia adelante.

—Pero quizá tarde tiempo en cambiar. Sabemos que algunos de nosotros pueden ir y venir por el mundo de antimateria y materia. ¿Qué pasa si tal persona encontrara el regulador y, sin saber su función, lo robara? ¿Qué pasaría, entonces?

—No sé... —murmuró el Doctor— Supongo que automáticamente volvería a su lugar en el centro de la existencia.

—Quizás. Pero puede que necesite unas formas similares de volver. Un portador para que llevara su manifestación física de vuelta a su ambiente natural. Un agente inteligente, algo o alguien que pudiera sustituirla y poner de vuelta al multiverso en su curso de nuevo.

La cara del Doctor mostraba que lo entendía, aunque Amy se esforzaba por seguirles el ritmo.

—Sin duda, ¿sugieres que la flecha de premio que buscas también es el regulador que falta? —el Doctor se rascó la barbilla— Pero eso no tiene sentido. Sólo han estado celebrando estos partidos durante unos pocos siglos o así, y las irregularidades primero se observaron en el siglo XXI. Incluso si entendieras que el tiempo fluye a velocidades diferentes y que el espacio tiene momentos de intensa maleabilidad, sigue sin explicar qué está sucediendo. ¡Oh! —él se iluminó— A menos que haya dos Flechas, o una...

—Haya asumido la identidad de la otra —finalizó Cornelius—. Quizá para disfrazarse del ladrón original, que la sigue buscando —él apoyó su extraña cabeza enmascarada en su mano.

—¡De nuevo Frank/Freddie Force! —exclamó el Doctor. El capitán asintió.

—Al parecer, ha cambiado de manos varias veces. Terminó en la tienda de un comerciante de antigüedades en Venecia y luego parece haber desaparecido. Estuvimos en Venecia no hace mucho tiempo. Esperaba encontrarlo. Bueno, Force y sus hombres nos siguieron al espacio profundo y solicitaron una conferencia. No vi nada que perder. Me dijo lo que buscaba y yo tenía curiosidad, aunque no lo tenía y no lo habría intercambiado con él si lo hubiera hecho. Es uno de los pocos seres que conocemos con la arrogancia de pensar que puede devolver el orden al cosmos. Esa es mi teoría.

—Ha estado buscándolo de forma efectiva desde entonces, entrando y saliendo del espacio del Caos y el espacio antimateria, buscando ese regulador —el Doctor disfrutaba de este intercambio—. Ha descubierto un poco de información aquí, un poco allí, incluso el tiempo hace una incursión en nuestro universo. ¿Quizá él era el ladrón original? A diferencia de la mayoría de nosotros, puede viajar entre los hemisferios de materia y antimateria y permanecer vivo. La Flecha, si es lo que es, tiene el poder de cambiar su forma cuando se ve amenazada. Eso lo sabemos, al menos, por la leyenda. No es exactamente un objeto pensante, sino capaz de esconderse de aquellos que la usarían para sus propios fines. Copa, espada, animal, incluso forma humana cuando es útil. ¿Piensa como pensamos nosotros? No lo sé.

—¿Qué pasa si Force es quien la robe? —sugirió Cornelius— Y entonces, la pierde y la ha estado cazando a través del tiempo y el espacio, haciendo expediciones en nuestro hemisferio siempre que se atreve o tiene una pista. Si es así, entonces sigue creyendo que su posesión le permitirá tener el poder para controlarlo.

—Eso es imposible. ¡Una locura! —la cara del Doctor se aclaró— ¡Ah! Frank/Freddie nunca ha estado cuerdo. Y el mismo acto de robar el regulador habría aumentado su engaño. Pero ¿por qué podría pensar que la llevamos con nosotros?

—Me dijo que la había oído. No literalmente, estoy seguro. Pero con algún sexto sentido, una afinidad que ha conseguido a través del mismo acto de intentar conseguirla. Percibió que estaba con vos. No lo sé, ¿porque se mueve dentro y fuera del tiempo y es más que probable que sea la causa involuntaria de algunas de estas tormentas? El regulador, digamos que es eso, ha cambiado de forma más de una vez en sus esfuerzos de eludirle.

—¿Y podría haber dos flechas? —el Doctor asintió lentamente— ¿Una es este misterioso regulador cambiaformas y la otra es por la que jugamos? ¿O...? —el Doctor se emocionó. Irrumpió en una risa aliviada— ¡O el regulador de alguna manera ha pasado a la señora Banning-Cannon! Todos lo vimos entrar en la bóveda —el Doctor negó con la cabeza—. Debió haber mirado primero allí. Pero la bóveda está fuera del espacio y del tiempo. Eso podía significar que la Flecha en la bóveda por la que voy a jugar no es la que está buscando. No es más que lo que siempre hemos pensado que era. En tal caso, ninguno de nosotros tiene la menor idea de dónde está el Regulador. No es una Flecha. Podría haber tomado cualquier forma. Un nanodot o un planeta.

El capitán Cornelius sonrió.

—Oh, deberíamos vernos más a menudo, Doctor ¡Hay pocos con nuestro conocimiento de las rarezas del multiverso! —se puso en pie y, observó vigilantemente al capitán Snarri, comenzó a pasearse por el camarote, con la luz del fuego parpadeante creando expansivos reflejos y sombras en su máscara— Bueno, bueno, así que el general Force está jugando a un juego más profundo de lo que sabemos, ¿eh? O él piensa que está jugando un juego más profundo. Mmmmm —una pequeña y ligeramente siniestra risa—. Juega a un juego sutil, como mínimo. Pero ¿por qué debería tomar tal riesgo para abordar una nave si la flecha no estuviera en ella?

—No estoy seguro de que fuera tan sutil. Quizá honestamente creía que llevábamos la flecha —vaciló el Doctor—. Atacó nuestra nave claramente creyendo que lo que buscaba estaba escondido en el sombrero de una de nuestros pasajeros que había sido robado pero que se recuperó después de que dejáramos Peer.

—¿Un sombrero? ¿Buscaba un sombrero?

—Exactamente —dijo el Doctor— ¿Y quién sabe cuánto lleva persiguiendo el sombrero o lo que sea que forme parte del sombrero que lleve la flecha en su interior?

—La flecha era una decoración, ¿quizás?

—Pero si es así, debía de haber estado bien escondida en el resto de decoración porque nadie notó que se hubiera perdido. De hecho, la señora B-C, la dueña del sombrero, fue clara con que, por lo que ella pudo ver, no faltaba nada. Había la evidencia de que alguien había rebuscado un objeto escondido en el sombrero y que no lo encontraron. No era allí o habría dicho algo.

—No es una dama que se guarde ninguna decepción para sí —añadió Amy, toqueteando el colgante.

—¿Y por qué estaría el premio de la competición en la que formamos parte cuando lleguemos a Miggea escondido entre nosotros? —preguntó el Doctor— No tiene ningún sentido.

El capitán asintió lentamente.

—Así que tenemos un misterio. Me pregunto ¿cómo vamos a resolverlo?

Amy se sintió de repente cansada. Quería acurrucarse en la gran silla Stickley y dormirse. Estaba descubriendo que era duro sentirse aterrorizada del pirata más temido de la galaxia. Estaba acostumbrándose a esto, sin embargo; si había aprendido una cosa en su relativamente corta carrera tenía que ver con los hombres poderosos. Sus acciones podían ser terribles, tanto despiadadas como crueles, pero a veces eran sorprendentemente encantadores en persona. Y el capitán Cornelius, sin duda, era muy encantador, de hecho. El capitán Snarri se alzó para rellenar sus bebidas. Era evidente que no estaba contento con el tema de la conversación.

—¿Estáis seguro de que la Flecha no está a bordo de vuestra nave, Doctor? —el capitán Cornelius aceptó su VW.

—Tan seguro como se puede estar, capitán —el Doctor sorbió su Agua del Vórtice—. Tan seguro como lo estoy de que vuestro anticuado sentido de la caballerosidad nos asegura nuestra libertad. No tenemos nada que quieras.

El capitán Cornelius se volvió a sentar, cruzando sus piernas y observó pensativamente el fuego.

—Os equivocáis ahí, Doctor.

—¿Sabes donde están ahora Frank/Freddie Force y sus hombres? —preguntó el Doctor.

—Les hemos rastreado hasta Cisne y entonces les hemos perdido. Pensábamos que quizá pudieran volver a casa.

—¿No hay una idea clara del sistema al que se dirigía?

—Me temo que no —el capitán alargó su mano para vaciar su pipa de tallo largo en la chimenea—. Él demostraba, ya sabéis, una frialdad de materia, podríamos llamarlo. No pregunté por qué estaba tan lejos. Asumí que su misión era de cierta importancia. Quizá habría traído su nave a través de Cisne. Pueden hacer eso, he oído. Nos ha rastreado desde Venecia. Siguió la etiqueta usual para que le permitiéramos subir a bordo, aunque algunos de mis hombres estaban en contra de ello. Tenían una noción de que las pieles de los hombres de Force estallarían y nos enviarían a todos a nuestra recompensa. La cual, como podéis imaginar, no es probablemente una cómoda para nosotros. ¿Sois un hombre de religión, Doctor? ¿Y vos, capitán? ¿Y vos, Mile Pond? ¿Alguno de vosotros está versado en adscribir un creador a todo esto? —y zarandeó su pipa para señalar la eternidad. El Doctor no respondió.

—¿Vino porque tú tenías algo que quería? —preguntó él, en su lugar.

—Él me ofreció una gran recompensa si le ayudaba a encontrarlo. Me temo que le envié en camino. Pero no niego que me sentí intrigado. Si tuviera un método de percibir la cosa que busca, debió de saber que no lo tenía.

—Él volvió al Centro, dices.

—Sí, eso supongo. Nuestros instrumentos le perdieron.

El Doctor sorbió otra vez de su Agua de Vórtice.

—Todos buscamos lo mismo, aunque ninguno de nosotros tiene una clara idea de lo que es. O quién lo tiene. Sólo sé que tenemos la oportunidad de ganarla, legalmente, si podemos conseguir sustitutos lo bastante buenos para aquellos que perdimos en la tormenta.

El capitán Cornelius rió espontáneamente.

—¿Planeáis ganarla?

–Justamente. ¿Cómo si no, podríamos conseguirla?

–¿Y si el otro equipo gana?

–¿Les explicamos que la necesitamos?

–¿Para qué?

–Si es el regulador robado o contiene los elementos de las cosas misteriosas que sean que constituye el regulador, necesitamos conseguirlo en el corazón del agujero negro donde sus componentes presumiblemente harán su trabajo y restaurarán una secuencia decente al multiverso.

–¿Pensáis que accederán?

–Sólo espero que seamos capaces de demostrar nuestra necesidad –el Doctor se reclino en su silla. Él sonrió, encogiéndose de hombros–. Espero lo mejor.

El capitán Cornelius sacó su pipa. Era imposible juzgar su expresión tras la máscara.

–La conseguiremos –dijo Amy–. Sé que así será. La mayoría de los seguidores del torneo como este dicen que somos los favoritos –ella sonrió–. ¡Y tengo un amuleto de buena suerte de los Chicos Burbujeantes!

Ella se toqueteó el colgante haciendo que rotaran las esferas. Estaba luciendo, lo sabía, y silenciosamente se reprendió. Tenía 21 y seguía portándose como una niña. El capitán Cornelius le devolvió la sonrisa.

–Pero vais cortos de dos jugadores clave. Ninguno de vuestros Segundos Quince está. Sí, he estado espiando. Si perdonáis mi presunción, sonáis un poco desesperada, Mile Pond. Incluso con un amuleto de buena suerte de Abberley y compañía. ¿Qué es, por cierto?

Automáticamente, lo cubrió con su mano extendida.

–Un elemento bastante extraño de joyería –dijo ella, lanzándole una mirada de odio–. Algunas cuentas, que robaron, por lo que sé, de ese horrible capitán Quelch. Y me las dieron. Tenemos un plan B –añadió ella, cambiando el tema tan violentamente que dejó marcas en el aire. La actitud del capitán Cornelius había cambiado sutilmente. Parecía al mismo tiempo más alerta y más relajado.

–Y si fallamos –añadió el Doctor–, ¿qué le pasará en particular, capitán, cuando las mareas oscuras corran por toda la galaxia absorbiendo la luz?

–Raramente dejo mi nave, incluso cuando llegamos a nuestro puerto en la Enana –el pirata se encogió de hombros–. Sin la luz no somos nada. Tiempo atrás dejamos que nuestros motores auxiliares funcionaran hasta quedarse vacíos. Todo ese combustible de color era peligroso en una nave de nuestro tipo. Sin duda nos congelaremos y moriremos. La muerte de calor de un clíper estelar, ¿eh? Pero el multiverso morirá poco después, y odiaría ser testigo de

ello. Sólo el general Force está lo bastante loco como para desear esa experiencia. Creo que sí que tenemos intereses en común.

—¿Así que estás proponiendo un pacto de algún tipo? —el Doctor se levantó y se calentó la espalda contra el fuego antes de dar un paso al lado educadamente.

—Parecéis entenderme muy bien, Doctor. Supongo que deberíais. ¿Qué decís, Mille Pond? ¿Deberíamos unir fuerzas? Sería mi final si la luz se extinguiera. El final de todos nosotros, supongo. ¿Y qué pasa si sobrevivieramos al final del universo, la destrucción del multiverso, incluso, no sería incluso entonces más aburrido de lo que es ahora?

—Quizá —el Doctor estaba pensativo—. Me sorprende que tú, entre todas las personas, estén proponiendo seriamente que formemos una alianza.

—Puede que sea la solución de cualquier dificultad futura. Esa Flecha podría ser el artefacto más antiguo en la existencia. O fue robada de nuestro futuro y las arrugas vienen hasta nuestro aquí y ahora, ¿eh?

El Doctor alzó una ceja escéptica.

—Ahora estamos entrando en los reinos de lo sobrenatural, capitán.

—Mis científicos sugieren que los materiales que lo constituyen son la clave para entenderlo, no la misma forma...

De forma impaciente, el capitán Snarri se levantó.

—Si pudiera tener vuestra palabra de que esto no es una divergencia para apartar nuestra atención mientras vuestros piratas abordan nuestra nave...

—Ciertamente, capitán —el alto hombre puso un índice bajo su máscara de arlequín y se rascó la nariz. Dio un tirón a su pipa—. En algún momento, hace mucho tiempo, su rugalador fue retirado del Centro de nuestro cosmos y se lo llevaron. El ladrón que lo tomó fue un aventurero sin ningún motivo especial excepto la curiosidad, la capacidad de negociar un entorno que destruiría a los que somos como nosotros, y una codicia por el poder de su curiosidad le trajo. Había descubierto una especie de mapa que, en su lugar, le llevó al regulador. Él sabía que tenía algo fundamental para la mecánica fundamental del multiverso. Así que trató de ejercer su propia voluntad sobre él. Al hacer eso, hizo que lo evadiera, por supuesto, cambiando su forma. Ya que nunca fue reemplazado, el multiverso se volvió cada vez menos estable. O Frank/Freddie Force es el ladrón original o se enteró del objeto por el ladrón original. De cualquier manera, todavía cree que puede usarlo para obtener el poder total sobre la Creación. Y eso, me temo, es la suma de lo que sé o lo que he adivinado.

El Doctor se frotó la mandíbula.

—Ya veo en qué se basa nuestro interés mutuo. ¿Qué dice, capitán Snarri?

–Digo que tenemos pocas opciones y que si el pirata no quiere sangre, alma ni tesoro, cooperaré para hacer lo que sea mejor para mis pasajeros.

–Quizás –dijo Cornelius–, deberíamos resolver los detalles cuando descubramos el regulador y resolver cómo restablecerlo en el centro del multiverso. Suponiendo que todavía sea posible. Así que acordemos viajar juntos, al menos por el momento. Tengo un hospital pequeño pero actualizado a bordo de mi nave. Podemos tratar a sus heridos. Salvar unas cuantas vidas, con suerte. Y tenemos robots que podrían ayudaros a hacer algunas reparaciones en vuelo. En todo caso, el *Paine* está incluso mejor equipado que el *Gargantúa*.

–Así que, vamos a hablar de los aspectos prácticos. ¿Cuál es el precio, capitán Cornelius? –Snarri estaba ansioso por sacar al pirata de su barco.

–Una cosa, ahora –el hombre enmascarado miró hacia Amy. Una vez más ella sintió ese escalofrío desconocido–. Lo que quiero es eso a cambio de mi ayuda –señaló directamente a Amy.

–¿Qué?!

Inconscientemente, el Doctor dio un paso atrás, como si de una bomba con tiempo atrás

–No puedes...

–Ese collar. Es mi precio.

El capitán Snarri estalló.

–Esto no servirá. Ella es sólo una persona. Ella no puede... no debería...

–No os preocupéis –Amy se quitó el collar celestial y lo colocó en la mano extendida del capitán.

–Bien. Ahora mantendréis vuestra palabra –se inclinó. Amy continuó bruscamente–. Y hay un pequeño precio a cambio de darte un precio personal, podríamos decirlo –él esperó–. Capitán Cornelius, ¿me dejarías ver tu barco? No sus secretos ni nada. Sólo el barco. ¡Es tan bonito!

La risa del capitán fue espontánea. '

–Pues por supuesto, querida. Estaba olvidando mis modales. Y vos, Doctor, también nos visitaréis, espero.

El Doctor suspiró, sonrió y cedió a la tentación. Se dijo a sí mismo que era para vigilar atentamente a Amy.

CAPÍTULO 20

NAVES FELICES

MIENTRAS QUE SUS NANOBOTS REPARABAN los grandes enlaces sin cables del crucero y sus bots ingenieros se arrastraban por el latón destrozado y el casco de plata, encargándose de los daños mayores de la superestructura de la nave y sus placas, el capitán Cornelius les seguía en la distancia, preparado para ayudar al *Gargantúa* si se metía en más dificultades. Mientras tanto, Amy fue llevada por la evasiva Peet Aviv en un recorrido por el clíper negro, maravillada con el sistema de poleas y contrapesos utilizados para manipular las velas, por sus bóvedas llenas de tesoros exóticos, sus galeras y despensas, sus instrumentos diseñados para trabajar en su totalidad en la recepción de ciertos códigos vocales, sus armas, su equipo formado por todas las formas de vida inteligente, semi-carne, carne completa o metálico.

El *Paine* era familiar, en el sentido de que parecía una galera de antaño, y desconocía las tecnologías del futuro lejano que, para ella, eran casi imposibles de entender, pero Amy seguía estando fascinada con las formas de vida: avestruces de cuello largo con cabezas simias, grandes saurios, la extraña e inquietante belleza de las mujeres con cara de serpiente. Vio poco lo que parecía significativo para su particular interés, pero no pudo evitar notar la atmósfera inquieta a bordo. La tripulación parecía generalmente aterrorizada. Estas no eran las personas que ella esperaba encontrar, llenas de burlona confianza, anticipando la gran riqueza que cada criatura de carne o metal llevaría a casa con ellos.

Casi sintió lástima por ellos, especialmente cuando se dio cuenta de que temían la marea oscura con una credibilidad supersticiosa que Amy encontraba desagradablemente contagiosa.

La condujeron zumbando junto burbujas llenas de energía cegadora y multicolor, talleres, salas de reparación y todo tipo de laboratorios, donde se mezclaban luces parpadeantes y líquidos de colores inquietantes. Pero el ambiente era terriblemente opresivo.

Finalmente, sintió que no podía aguantar más y se alegró cuando Peet Aviv la acompañó a las habitaciones del capitán Cornelius, donde el Doctor estaba listo para regresar con ella a su propia nave.

El capitán Snarri todavía no confiaba en Cornelius. El Doctor lo convenció de que, cualesquiera que fueran sus muchos crímenes, Cornelius seguía su propio código estricto y siempre cumplía su palabra. Cornelius sabía lo que había sucedido en Pangloss.

—Fuerza, en definitiva. Ya sea deliberadamente o por error, los Hombres Antimateria atrajeron una marea oscura. La tormenta lo destruyó todo, excepto el núcleo del planeta mismo. Tuvieron suerte que la estrella no desapareciera también. Ese es Frank/Freddie cuando pierde la paciencia.

Había una posibilidad, pensó Cornelius, de que algunos hubieran sobrevivido debajo de la superficie del planeta, pero era poco probable.

Amy regresó con el Doctor al *Gargantúa* llena de las maravillas que había presenciado en su gira por el gran perturbaestrellas. Guardó silencio sobre sus sentimientos sobre la atmósfera a bordo del Paine.

–Parece casi tan grande como la TARDIS por dentro –le dijo a Bingo, que había estado esperando nerviosamente que ella regresara–. Pero, claro, no sabes qué es la TARDIS, ¿verdad?

–Entonces, ¿el *Paine* es una gran nave?

–No es tan grande como este, pero sigue siendo bastante grande. Velas que tienen kilómetros de ancho. Bueno, ya las has visto. Simplemente no se ven tan grandes como lo hacen cuando estás parado justo debajo de ellas, mirando hacia arriba. El capitán Cornelius es... –estuvo a punto de decir “atractivo”, pero supuso que eso podría confundir a Bingo y herir sus sentimientos, así que dijo– muy alto. Misterioso. Probablemente bastante despiadado.

–Eso es lo que también he oído. Un buen espadachín, supongo.

Bingo era un esgrimista experto.

–Estoy segura de que lo es.

–Pero, ¿por qué os dejó a vosotros dos mirar por su nave de esa manera y regresar aquí sin darnos unos términos o algo? Quiero decir, es un condenado pirata, ¿no es así? Pensé que estábais loca por entrar allí con el Doctor. ¡Tenía miedo de no volver a veros nunca más!

–Está tan preocupado por la marea oscura como nosotros. Quería unir fuerzas. Espera que, si nos mantenemos juntos, tengamos más posibilidades de sobrevivir. Al parecer, esas mareas son aún peores cerca del Borde.

–Supongo que sí. ¿Qué pasa con un agujero negro que arrastra nuestros sistemas estelares de una manera y que nos atrae uno más poderoso que el otro y esta condenada marea oscura por todas partes? Estoy un poco confundido, en realidad –Bingo no pensaba que esto fuera una gran admisión. Había estado bastante desconcertado la mayor parte de su vida–. Amy, yo digo que estaba muy preocupado por vos mientras estábais codeándoos con ese pirata. La próxima vez que decidáis hacer algo así, será mejor que me llevéis con vos, ¿de acuerdo?

Conteniendo una sonrisa, Amy le prometió a Bingo que le haría saber la siguiente vez que decidiera salir corriendo tras un pirata. Se sentía bastante contenta con su solicitud. Era un sentimiento extraño. No estaba del todo acostumbrada a él.

–Bueno, jovencita, ¿encontrasteis alguna pista? –el tono la cogió por sorpresa en la boca del estómago. Ella se enderezó. Casi había olvidado aquel tono.

–Hola, señora Banning-Cannon –se giró Amy–. ¿Pistas?

–De mi sombrero –anunció ella con lo que debía de haber sido orgullo–. ¡Ha sido robado de nuevo! ¡De mi camarote!

–¿En serio? Debe de haber pasado durante la tormenta, ¿no? –Bingo hacía lo que podía para estar preocupado. Unas pocas semanas atrás había estado viendo un V, donde resultaba que el malhechor cometía el crimen sin saber que le habían golpeado en la cabeza y le habían hipnotizado por la persona que no quería ser atrapada. Bingo se preguntó si el golpe que él había recibido en la cabeza durante la tormenta le había noqueado de la misma forma. Comenzaba a sospechar de sí mismo del robo. Pero si fuera así, desconcertado se hallaba el conde, ¿qué había hecho con el botín?

El Doctor le lanzaba miradas sospechosas. O eso le parecía al pobre Bingo quien, con una ahogada palabra de buena ventura al encantador Amor de su Vida, hizo lo mejor para desaparecer mientras la señora B-C continuaba su historia del Segundo Robo de un sombrero el cual, incluso ella tuvo que admitirlo, ya no merecía su nombre. Había, después de todo, un nuevo y mejor sombrerero suministrándole con accesorios exóticos. El Doctor se preguntó por qué había alguien todavía preocupado por aquel sombrero.

–¿Hay alguna posibilidad –sugirió esperanzadamente–, de que el sombrero pudiera haber sido absorbido en el espacio y ahora esté rodeando el casco?

–No, según la tripulación.

El Doctor recorrió su mano por su bien peinado cabello.

–Nadie vio a un pirata acercándose, ¿supongo?

–Es posible que alguno subiera a bordo disfrazado, pero es improbable –murmuró Bingo.

–Además de ello, el capitán Cornelius dio su palabra de que no permitiría que sus hombres nos molestaran –les recordó Amy–. Creo que es cuestión de orgullo. Los malhechores tienen principios de esos. Es probable que les haga sentirse virtuosos.

–Así que tendremos que investigar la nave, supongo –la señora B-C parecía como si estuviera a punto de arremangarse y ponerse a trabajar.

–Hay asuntos mucho más importantes, madre –sugirió Flapper, que había aparecido a tiempo para oír la mayor parte de la conversación– que ir a la caza de sombreros. Nos está siguiendo el más notorio y famoso pirata en el universo conocido y nuestra nave está en serio peligro de partirse en dos y enviarnos a todos al espacio profundo.

–¡Jane! –declaró su madre– Nunca pensé que oiría tales palabras desleales de ti, de entre todas las personas.

–Estoy siendo práctica, madre.

Con cualquier otra persona, la señora Banning-Cannon hubiera escalado tal conversación a Código Rojo, pero oír aquellas palabras de su ojito derecho la frenó en seco. Su mandíbula se abrió de par en par. Sus ojos se ampliaron. Su nariz se congeló a media apertura. Un sonido ahogado salió de su garganta. Dijo algo parecido a “¿Mestaslandoami?” lo cual los otros más tarde intentarían interpretar, siendo el consenso general que ella pensaba que había dicho.

—¿Me estás hablando a mí?

—¡Oh, en serio, madre! —respondió su hija, y girándose sobre sí misma con lo que parecía una maniobra específicamente diseñada para tal momento, salió del salón con una sacudida casi profesional de su falda, seguida de cerca por la señora Banning-Cannon que era seguida por lo que consideraba una distancia más segura, Hari Agincourt. El silencio que dejaron tras ellos se llenó con un suspiro colectivo del Doctor, de Amy Pond y de Bingo, conde de Sherwood.

El sombrero estaba, por lo que a cualquier buena búsqueda involucraba, desaparecido para siempre. Todas las extensas cubiertas del Gargantúa habían sido investigadas lo más concienzudamente posible por los pasajeros y especialmente por bots adaptados de la tripulación. Incluso se estableció que el sombrero no se había escondido en el exterior del casco de la nave.

La señora Banning-Cannon había convencido a Urquart Banning-Cannon para que ofreciera una extraordinaria gran cantidad de rescate por su devolución. La firme opinión del capitán Snarri era que el sombrero estaba en aquel momento yendo a la deriva en el espacio a años luz tras ellos. Incluso había enviado una gabarra para comprobar cualquier resto, pero sólo encontraron pedazos de partes de cuerpo orgánicas. Y ahora, mientras se acercaban a los Mundos Fantasma, la búsqueda se había abandonado. El masivo empuje gravitacional del agujero negro requería considerable energía para que el Gargantúa mantuviera su curso siquiera. Para el Paine era cualquier cosa menos imposible resistir el poder de la conocida como Pequeña Roca.

Las extrañas cualidades de Miggea, que la permitían circular alrededor del Radio Schwarzschild sin ser arrastrada a su interior y que permitían a sus cuatro planetas de gravedad parecida a la Tierra sólo podía ser contrapuesta a los extraordinarios motores del Gargantúa.

El sistema “Cambiante”, los Mundos Fantasma, no deberían haber existido bajo ninguna lógica, y no lo habrían hecho, si no fuera por su peculiar independencia.

Amy hizo lo mejor que pudo para recordar lo que el Doctor le había explicado sobre su naturaleza, aunque sabía igual que él que, aunque se lo hubiera escrito en una ecuación, como había intentando hacer una vez cuando discutían velocidades temporales variables, le habría provocado dolor de cabeza. Había un punto en el que las descripciones de ciertos fenómenos multiversales en el que ni siquiera un habitante de Algo podría haber entendido un punto de las fórmulas. Amy siempre había admirado a la gente lista que

podía calcular, pero, a pesar de su inteligencia natural que hacía que sus suposiciones frecuentemente fueran certeras para el gran placer del Doctor, las mates formales le provocaban migrañas.

La gravitación increíble del Doctor, que la mantenía estable bajo unas condiciones las cuales habrían destruido tiempo atrás cualquier otro sistema solar, permitía a sus satélites que orbitaran en un patrón complicado a su alrededor, aunque a una considerable distancia de su estrella patrona. A través de flujos similares de masa y evolución, ésta hacía su progreso excéntrico a través de incontables variaciones del multiverso. Era igualmente misterioso la forma en la que esto había sucedido. Sus inexplicables adaptativas cualidades habían sido duramente supuestas antes de sus colonizadores, de las cuales había relativamente pocas, descubiertas para su horror cuando comenzó literalmente a desvanecerse gradualmente de nuestro universo, sólo para reaparecer en otro universo, y luego en otro y así hasta el infinito. Aquellos que todavía seguían viviendo en el sistema eran descendientes adaptados de los descendientes originales. Sólo un puñado de recién llegados se había establecido en los siglos recientes. Que sus planetas habían mantenido su órbita tan lealmente como ella mantenía la suya era otra de sus cualidades que seguían casi sin explicar.

El Doctor le contó a Amy que el sistema Miggea tenía una forma de orbitar el multiverso y sobrevivir. El único ser humano en acercarse a formular una teoría satisfactoria había sido un temprano Sensor Guía, el semilegendario Lord Renark del Bord, que había guiado, se decía, un gran porcentaje de la raza humana fuera de su universo original y en otro que había pensado que representaba el multiverso. Renark había desaparecido, como había hecho su expedición.

Algunos creían que seguía en el agujero negro, otros que la expedición entera había sido recreada como un programa de ordenador usando una temprana forma de nano tecnología cuyo secreto ya se había perdido.

Cada pocos años, algún alma optimista buscaría recrear el experimento de Renark y desaparecer en su lugar. Si había una forma en la que algunos seguían llamando el “multiverso de Renark”, ciertamente no había marcha atrás, llevando a lo que ciertos astrofísicos teóricos todavía se seguían refiriendo como el “dilema de Remark”. Muchos artículos se habían escrito en un intento de solucionar ese rompecabezas en particular. Algunos discutían que Renark se había reproducido a sí mismo, deliberada o accidentalmente, en cada plano multiversal. Otros creían que se había ido más allá del Radio hacia el mismo agujero negro donde ahora pendía durante toda la eternidad, sin estar vivo o muerto.

Los Mundos Fantasma, como se había llamado al sistema Miggea desde el descubrimiento de aquellas propiedades singulares, retenía sus secretos, pero no había duda ninguna de que existían casi en contra de la mayoría de las presentes leyes de la física. ¿Habían aparecido en este universo o en otro? ¿Realmente pertenecían al Segundo Éter?

Miggea ahora estaba en las pantallas, ampliado para que llenara las enormes pantallas principales V, instaladas para el beneficio de los pasajeros. Amy mordió una manzana que había sido frescamente cultivada en los hidropónicos reparados del Gargantúa, con sus ojos abiertos de par en par por el asombro. No había esperado que Miggea fuera de un brillante y lustroso azul. El sol bailaba con fieros gases.

Fácilmente podía creerse que los Mundos Fantasma habían nacido en el conocido Segundo Éter, en los espacios entre cada plano del multiverso. Sonaba alocado hasta que lo veías. Quizá el capitán Abberley y sus Chicos Burbujeantes vinieran de allí. Ella suspiró. Ahora se estaba poniendo atrevida. Estaba demasiado cansada.

Mientras el Gargantúa comenzó a maniobrar en su propia órbita alrededor de Miggea, y el Paine se anclaba cuidadosamente a una órbita más alejada y segura, oyeron la voz del capitán Snarri mientras contactaba con Control de Viajes en Murphy, dando su señal de llamada y destino. En la esquina superior derecha de la gran pantalla vieron un paquidérmido confundido con un jersey amarillo y rojo meterse algo en la mano y hablar con su típico acento nasal.

—Aquí Murphy-Ganesh. Os estamos registrando como un velero bélico Axil, Gargantúa. ¿Podéis confirmar vuestro reconocimiento visual como un crucero turístico de clase G? Nuestros instrumentos están un poco confundidos —una línea de código comenzó a aparecer en la base de la pantalla—. Gracias, Gargantúa. El último intento de atacar Murphy fue, por mala suerte, toda una flota disfrazada de un clase G. No es un mal intento si no hubiera sido por los círculos. ¡Bienvenidos! ¿Estáis visitando algún planeta en particular en nuestro sistema?

—Estamos aquí por los juegos en Flynn —respondió el capitán—. Y hemos pasado una tormenta muy mala. Necesitamos hacer algunas reparaciones y transferir algunos de nuestros heridos, si fuera posible. ¿Cómo vais de plazas de hospital? Tenemos tres pacientes por aspiración y un grupo de heridos internos bastante fastidiados. El Paine vino en nuestra ayuda y nos asistió con algunos de nuestros heridos. Perdimos una doctora y dos radiógrafos en la tormenta.

—Tenemos una sección bastante primitiva. El complejo médico sofisticado más cercano está en Cocokojoj en PrimZ, si podéis llegar tan lejos.

—No es problema, Murphy. Podemos dejar a los pasajeros que han venido por los juegos en Flynn, llegar a Coco y estar a tiempo para recogerlos. ¿Alguna idea de cuándo comenzáis a cambiar?

—No debería quedar mucho, Gargantúa. Cuando volvamos es un poco más difícil de predecir como probablemente sabréis. ¿Estás enviando gabarras?

—Dos a Murphy. Hay otra en dirección a Cohan y la mayoría hacia Flynn. ¿Podéis coger la vuestra ahora?

—Danos un par de horas para prepararnos, Gargantúa. Hay siempre la probabilidad de que comencemos a movernos antes de daros cuenta y necesitamos crear un par de procedimientos de emergencia en nuestros receptores, ¿de acuerdo?

—Adelante, Murphy. Esperaremos.

Oyendo un sonido tras ella, Amy se giró para ver que el capitán Cornelius se les había unido en el V. Había descartado la máscara de arlequín de papel maché y llevaba la sencilla máscara de metal que le había dado su apodo de Cara de Hierro. Era extraño, pero ésta le humanizaba todavía más. Amy pudo ver por qué algunos de los Vs le habían llamado apuesto. Era más alto que cualquiera del barco y exudaba un aire de autocontención que ella había visto la primera vez que le había mirado. Vestía el mismo uniforme azul oscuro que había llevado cuando se encontraron con él por primera vez.

—Hola, capitán Cornelius, ¿qué podemos hacer por ti? —el Doctor estaba concentrado en otras pantallas.

—Perdonadme por interrumpiros, Doctor —Cornelius habló con suavidad—. Estoy curioso por ver Miggea. He oído tanto de ella a lo largo de los años, pero por supuesto nunca ha sido posible para mi nave el acercarse tanto. Es una estrella impresionante. ¿Vais a bajar a Murphy?

—Esperaremos para llegar a Flynn antes de hacer ningún aterrizaje. La nave es demasiado grande para hacerla bajar —el Doctor sonrió—. Las opciones son que haríamos saltar a Flynn del cielo si lo intentáramos. El Gargantúa fue construido en los astilleros espaciales de K. H. Brummer y como la mayoría de las naves grandes nunca ha volado a través de una atmósfera. Usaremos gabarras para bajar a los pasajeros. ¿Alguna vez ha hecho el Paine un aterrizaje planetario?

Cornelius sonrió lentamente.

—Sólo en Nunca-Nunca Jamás, Doctor.

Amy se sorprendió por la referencia.

—No sabía que fueras un fan de Peter Pan, capitán.

—No diría exactamente un fan. Pero tomamos hace años una nave que llevaba un par de cápsulas del tiempo que un coleccionista había encontrado en uno de los vecinos de la Vieja Tierra. Sólo los discos sino que también un pequeño reproductor. Los transferí a mis archivos V. Parte de mi colección personal en mi casa.

—¿Así que tu casa no es tu nave?

—Digamos que el Paine es uno de mis hogares —sonrió él—. Dudo que el mismo capitán Garfio estuviera ansioso de publicitar en todas partes dónde vivía.

Amy se dio cuenta de que estaba dejando caer la guardia. Tenía que ir con cuidado. Incluso en la pantalla V el capitán Cornelius estaba demostrando ser demasiado encantador como para confiarse de él.

Después de que Murphy hubiera tomado sus heridos restantes, la nave comenzó a calentarse y dirigirse hacia la siguiente parte de su viaje hasta Cohan, donde se detuvieron brevemente antes de seguir hacia Flynn. Una cuestión de horas. ¡Y allí estaba!

Tenía un aspecto muy terrestre. Pronto estarían sobre su superficie. Amy comenzó a sentirse muy emocionada. Flynn había sido su destino durante tanto tiempo y había habido tantos impedimentos en el camino, que había comenzado a sentir que nunca vería el mundo donde los Juegos de la Recreación se jugaban tradicionalmente. Los mismos terráfilos, por supuesto, no conocían el mundo menos lo que habían visto por sus Vs. Mientras que Murphy, O'Brian y Cohan habían sido terraformados en temáticas celtas, Flynn había sido terraformado para recordar las Cotswolds británicas y la hobbitoide Comarca, con colinas sinuosas y llenas de hierba, bosques, lagos y ríos cubiertos de paja de piedra color mantequilla. Aldeas y jardines, chimeneas torcidas que soplaban amistosas columnas de humo, todo se parecía a un paisaje de fantasía todavía más nostálgico que los planetas Peer™.

Ahora que se acercaban a Flynn, podía ver que partes del planeta estaban densamente cubiertas de bosques y llenas del tipo de vida silvestre que alguna vez había ocupado el campo donde ella había pasado la mayor parte de su vida. Inesperadamente, sintió una punzada de nostalgia por el mundo que había dejado atrás. ¿Por qué demonios debería sentirse tan triste? No era como si nunca volviera a ver su pueblo. ¿O sí?

Por su aspecto bucólico, Flynn era parte del Sistema Cambiante, los Mundos Fantasma, y los Mundos Fantasma podían ser muy peligrosos. Ella, el Doctor y los terráfilos no serían los primeros en llegar a los mundos de Miggea en su órbita "alternativa" a través del multiverso que nunca volverían. Tuvo que recordarse a sí misma que la TARDIS había sido programada para encontrarse en Flynn. Pero no tenía ni idea de lo que les había pasado a esas personas desaparecidas, aunque se pensaba que habían desembarcado en uno de los miles de millones de posibles "planos" y que se habían instalado allí o quizás incluso habían muerto. Amy experimentó un raro momento de autocompasión.

Era demasiado joven para morir. ¡Había mucho más para ella allí fuera antes de volver a los viejos lugares que le eran familiares! Si es que alguna vez regresaba. ¿No le había dicho el Doctor que la marea oscura podía comenzar a extenderse hacia atrás y hacia adelante, envolviendo todo lo que alguna vez existió o existiría en esa extraña y destructiva gravedad?

¡Recomponte, Amy Pond!, se dijo a sí misma no por primera vez desde que se había encontrado con el Doctor en su jardín trasero unos cincuenta mil años en el pasado. Y sintió la familiar sensación de que nunca podría contarle a nadie sobre sus aventuras y todas las cosas que había visto. Tal vez era lo mejor. ¿Qué significaba si todos los mundos del multiverso murieran? ¿No haber sido nunca? ¿No serlo nunca? Eso era, después de todo, lógico. Imaginó

la marea oscura como una especie de lago desbordante de la nada que envolvía la existencia y luego de algún modo se envolvía a sí misma... Se dio cuenta de que el capitán Cornelius aún estaba en la V. Su sonrisa era melancólica, llena de un anhelo peculiar.

–¿Tienes ganas de poner los pies en un verdadero planeta, capitán? – preguntó ella. Él sacudió la cabeza con pesar– ¿Estás guardando mi collar celeste, supongo?

Ella todavía esperaba que sólo lo hubiera tomado prestado. Él sacudió la cabeza brevemente, sus ojos todavía melancólicos, sardónicos, hizo una reverencia y dijo:

–Espero devolverlo la próxima vez que nos encontremos en persona. Suponiendo que todas nuestras coordenadas... –la señal se desvaneció. Él desapareció, siendo sustituido por una imagen de su nave.

Una hora después sonó la AP, advirtiéndoles que estuvieran listos para la caída planetaria. Un temblor recorrió el Gargantúa cuando la monstruosa nave se preparaba para un desembarco. Amy había empacado su bolso, como el resto, y se había preparado para la seguridad durante su descenso. Ella y el Doctor se unieron a la fila para la segunda gabarra, que llevaría a los equipos a Flynn. Los Banning-Cannon estaban tomando la tercera gabarra. La señora Banning-Cannon continuaba quejándose de su sombrero robado, pero, como ya llevaba puesto uno de las últimas creaciones exclusivas de Toni Woni, sus protestas sonaban un poco huecas. Vio a Hari Agincourt lanzar una última mirada de angustiada despedida a Flapper y entonces ya estaban a bordo de la Gabarra 12 y las grandes esclusas se cerraron.

Mientras se acomodaban en sus cómodos asientos, Amy estaba segura de que había olido el mar. Esto le recordó haber cogido un avión a Francia. Ella volvió a oler de nuevo. No se había equivocado. ¿Qué le había contado el Doctor? ¿Los alienígenas que olían tan fuerte al mar cuando estaban nerviosos? Se alegró cuando el Doctor se sentó a su lado. Él podría ser extrañamente reconfortante en momentos como éste. Sus ojos brillaron y estaba tan emocionado como un colegial que hacía su primer viaje en avión. Él le guiñó un ojo mientras se abrochaba. Parecían haber pasado años desde que habían subido a bordo del Gargantúa y Amy estaría encantada de volver a poner un pie en el suelo natural. Particularmente sobre un terreno tan pintoresco.

Se preguntó cómo se vería Flynn originalmente antes de que los terraformadores la hubieran cambiado. Tal vez la habían modificado por los Banning-Cannon o sus ancestros. Detrás de ella, Bingo Lockesley se deslizó en su asiento.

–Qué emocionante, ¿no? –frunció el ceño con sus hebillas y correas y, finalmente, consiguió dominarlas– Vamos a tener que jugar muy bien –se volvió hacia Pom'ik'ik, uno de los mejores campistas de los Turistas, cuyas escamas normalmente amarillas se habían vuelto ligeramente azul verdosas,

demostrando que estaba nervioso—. ¿Te preocupan los juegos, viejo amigo, o sólo el viaje?

—En realidad —dijo el aldebarán—, esperaba que Miggea no empezara a cambiar mientras estábamos en viaje. ¿Alguien sabe qué sucede en un momento así?

—¡No estoy seguro de que alguien haya sobrevivido para decírnoslo, viejo! —y Bingo soltó una carcajada que indicaba algo de su propio nerviosismo. Entonces, recordando a Amy, se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en el hombro— No te preocupes, Amy, hay muchas advertencias antes de que el sistema comience a moverse. He leído sobre todo el proceso. La gabarra esperará. La razón por la que todavía está aquí es porque de alguna manera está protegida en su órbita a través del multiverso. Según tengo entendido, tiene que ver con el equilibrio de sus diversos campos gravitacionales. Quiero decir, se vería como un desastre si hubiera algún peligro, ¿verdad?

—Todos los pasajeros, por favor, abróchense el arnés de seguridad —sonó una voz de robot por el intercomunicador. Amy se instaló más profundamente en su asiento, pensando de nuevo en lo mucho que se parecía a uno de esos enormes nuevos buses aéreos internacionales que el ferry estaba con sus dos cubiertas. La principal diferencia era que no había ventanas. La vista del exterior se mostraba en una gran pantalla en los respaldos de cada pasajero. Se produjo un repentino golpeteo y una sensación de hormigueo eléctrico. Los bot asistentes comenzaron a moverse por los pasillos. Parecían estar revisando algo. De nuevo sonó la voz del robot:

—Este es nuestro segundo y último mensaje. Pasajeros, por favor, abróchense el arnés de seguridad Todos los pasajeros que aún no estén en su sitio, deben tomar su lugar.

La voz del piloto sonó por el intercomunicador.

—Lo siento mucho, señores y señoras. Parece que estamos registrando un pasajero extra. Nada de lo que preocuparse. Sólo un fallo provocado por la tormenta reciente. Haremos un recuento manual y luego nos iremos.

Amy escuchó un zumbido de voces inquisitivas mientras los robots avanzaban por los pasillos revisando los números hasta que al fin volvió a sonar la voz del piloto.

—No hay problema. Todo está bien. Por favor, prepárense para el despegue.

Segundos más tarde, la gabarra a Flynn partía sin problemas del gran cruce de pasajeros y giraba lentamente en el espacio.

Amy observó con fascinación cómo la nave caía a través de nubes blancas y azules en un cielo tan claro como un lago, luego se nivelaba y cruzaba lentamente un rango de las mismas colinas de color verde pálido que había visto en las pantallas. Aunque gran parte de su color era artificial, el planeta era, si cabe, algo más hermoso que en las fotografías. Las manadas de

ciervos miraron hacia arriba cuando la nave pasó cerca y los vuelos de aves exóticas flotaron hacia ellos antes de alejarse, dirigiéndose hacia el horizonte. El gran sol de zafiro y jade se hundió en el océano y luego se levantó de nuevo detrás de ellos mientras descendían en espiral hacia un tramo de hormigón gris-negro donde pequeños cargueros y barcos de pasajeros se encontraban en sus plataformas de lanzamiento.

A bordo de la gabarra, los emocionados terráfilos se agolparon alrededor de sus pantallas, señalando las bellezas del planeta. Amy y el Doctor especularon sobre la población de Flynn, que no podía ser muy considerable. La escasez de naves lo indicaba.

—Por lo que he aprendido —le dijo el Doctor—, sólo hay unos pocos miles de habitantes en todo el sistema. Por supuesto, hubo muchos más cuando los planetas fueron terraformados por primera vez, pero eso fue antes de que la gente descubriera las extrañas cualidades de Miggea. A veces parece que el sistema regresa sólo unos minutos después de que se haya ido, pero los habitantes han pasado por varias generaciones. Incluso sin su órbita peculiar, Miggea todavía estaría sujeta a la influencia del agujero negro en sus planetas. Los terraformadores pudieron arreglar la apariencia de Flynn, pero debajo de esas colinas, bosques y lagos, tienen lugar todo tipo de cambios. Como resultado, los paisajes se vuelven horriblemente traicioneros y dan cobijo a toda una variedad de criaturas extrañas. Fuera de los asentamientos se debe ir con cuidado en todo momento. He visto a gente volverse loca, su carne se derrite y se transforma ante sus ojos cuando planetas como estos se derrumban y se reforman en cuestión de horas. Lo que ves en un momento tiene un aspecto muy diferente al siguiente. Créeme, Amy, confía muy poco, especialmente en tus sentidos.

—Advertencia a todos los pasajeros. En cinco minutos llegaremos a tierra. Por favor prepárense.

Amy había oído poco de los motores en el espacio, pero ahora rugían y temblaban cuando la nave usaba sus cohetes retro, posicionándose para un aterrizaje. Luego vino una sensación de estómago revuelto, una masiva explosión y la nave tembló cuando comenzó a descender. El temblor se convirtió en una sacudida, como un caballo montado demasiado fuerte y luego se quedó en silencio.

—Flynn —dijo el Doctor un poco innecesariamente. Amy levantó una ceja sarcástica.

Tuvo que admitir que era bueno respirar un ambiente fresco y natural después de tanto tiempo en un ambiente artificial. Fueron llevados por autobuses aéreos al alojamiento especial preparado para ellos, dispuesto como una serie de casas de campo con techo de paja.

Cada una de ellas tenía capacidad para ocho personas y estaban construidas alrededor de un campo lo suficientemente grande para acomodar un terreno donde los jugadores podían practicar todos los juegos que tendrían que jugar en el próximo torneo.

Los juegos eran preocupantes para Bingo Lockesley. Todavía faltaban dos jugadores y debían comenzar su primer partido serio en dos días. Bingo se preguntaba dónde encontraría un buen campista y un arquero antes de aquello. Esperaba que Flynn, ya que era después de todo el lugar principal de los juegos, pudiera tener algunos jugadores aficionados decentes. Tan pronto como hubo guardado el bolso en su habitación, se fue al restaurante local, el Barsoomiano Azul, para tomar una copa y hacer algunas preguntas.

Los clientes habituales de la taberna estaban encantados de disfrutar de una bebida con una de las estrellas del torneo de la semana siguiente y, cuando Bingo preguntó, estuvieron encantados de recomendar a sus mejores jugadores: "el Loco" Mac McLachan y el viejo Fred Townsend. Una consulta educada le dio a Bingo la información de que el señor McLachan era su mejor arquero y que estaría fuera de la cárcel en tres semanas y media, habiendo sido declarado culpable en las asambleas locales por golpear al propietario de los Tres Terrícolas con dos pintas de más del Mejor Peregrino. Pero el viejo Fred Townsend estaba libre y estaban seguros de que sería un honor sustituir al campista perdido de los Caballeros. Él iría a verle más tarde, si a Bingo le importaba esperar, que así fue.

Cuando llegó el viejo Fred, su paso era un poco inestable, en parte debido a su evidente placer con las bebidas locales, pero sobre todo porque su ojo izquierdo estaba volviendo a crecer en la clínica ocular en Murphy. Bingo le deseó lo mejor y le preguntó quién pensaba que era su segundo mejor campista.

El Doctor y Amy encontraron Bingo más tarde en el cómodo Barsoomiano azul. Había bebido un poco demasiado entusiasmadamente del Mejor Peregrino y se sentía, tal y como dijo, tan miserable como un gato de tres patas en una carrera de galgos.

Bingo más tarde se preguntaría si la cerveza Mejor Peregrino junto con su gran respeto por la joven, en lugar de su buen juicio, tuvieron un papel muy importante en su decisión de aceptar a Amy en su oferta anterior de jugar con ellos. Y, dado que parecía ridículo preguntar a una de las mujeres y no a la otra, ¿había sido la elección más inteligente que podría haber hecho? ¿Se había vuelto loco al sugerirle a Flapper que le gustaría probar sus habilidades de tiro con arco en las dianas a la mañana siguiente?

CAPÍTULO 21

EL TORNEO DE LOS TERRÁFILOS

UNA VEZ LANZADAS las monedas y determinados los órdenes de juego de los equipos, todos los terráfilos, los Caballeros, los Visitantes y los Turistas, se retiraron al pabellón de Flyn para disfrutar de unas amistosas copas de Agua de Vórtice antes de comenzar con los serios asuntos de la esgrima de espada ancha, las justas, el juego del estafermo, el aplastamiento de nueces y, finalmente, el golpeteo. Amy y Flapper, habiéndolo hecho bastante bien aquella mañana, ahora eran oficialmente miembros de los Primeros Quince, permitiendo a los Caballeros calificarse y se habían confiado la una a la otra, que no estaban seguras de su propia cordura al haberse ofrecido voluntarias para jugar en partido en los que, el Doctor les había dicho, se determinaría el destino del multiverso.

En esta etapa las diversas especies tendían a agruparse.

Los siete humanos de los Caballeros consistían de manera bastante contradictoria en W.G. Grace, Flapper Banning-Cannon, Amelia Pond, el viejo Bill Told, Hari Agincourt, Bingo Lockesley y el Doctor.

Por mucho, el grupo no humano más grande eran los Judoon, que lo que hacían era unir brazos y cantar, en voz muy alta, canciones que, afortunadamente, sólo los Judoon sabían que eran absolutamente groseras. El complemento de rinoceridos de los Caballeros eran tres magníficos y altamente agresivos todocampistas.

Su único compañero de equipo canino, un árfide de Sinus, solía preferir la compañía de los humanos. Uff Nuf O'Kay era un destacado guardián de golpeteo, capaz de atrapar a los que llegaban con sus cuatro manos, su boca y su cola prensil. Su mejor amigo era el guapo centauro H'h'n'ee. La timonera golpeadora N'Tioo estaba dispuesta a salir con el joven Judoon, quien estaba secretamente enamorado de ella. Los dos avianos eran Aaak, la gran persona-halcón, y S'ee'ee, el gorrión igualmente grande cuyas habilidades en el tiro con arco habían sido tema de muchas canciones en su propio planeta donde al menos ochenta estatuas habían sido erigidas en su honor. Dicho esto, a S'ee'ee se le consideraba jactancioso y, aunque había sido absuelto por un tribunal de sus compañeros varios años antes, se pensaba que tenía un poco de sangre fría y no estaba lo bastante arrepentido de una muerte accidental durante un amistoso con otro equipo aviar en su planeta natal. Él y Aaak no se llevaban demasiado, y S'ee'ee estaba en el otro extremo del bar charlando con un tuiittteriano con una cresta atractiva, uno de los mejores atacantes de los Turistas.

La mayoría de los humanos en su equipo se preocupaban en decirles a Amy y a Flapper que eran bastante buenas y que nadie podría haber sabido por su forma de jugar en las redes de práctica los dos días anteriores que no eran profesionales experimentadas. Hari y Bingo, en particular, dedicaron la mayor parte de su tiempo en hacer que su juego de pareja saliera bien.

En verdad, se habían convertido en jugadoras bastante pasables. Todos especulaban sobre el tiempo de la mañana siguiente. De hecho, Flynn había sido escogido en parte debido a su clima variable que se pensaba que era causado por la relación de Miggea con el multiverso. La noche terminó temprano con muchas sacudidas de manos y palmadas en la espalda y garantías de buena suerte, que ganaran los mejores equipos, etc. Todos fueron a sus camas temprano. Sólo el Doctor se quedó despierto más tarde que los demás, su cerebro excéntrico y complejo vibraba como un expreso cuesta abajo. Tenía la sensación de que aquel torneo iba a ser el más importante en la historia de la existencia. A menos que él colocara las piezas del rompecabezas en el que había estado trabajando desde que él y Amy escucharon por primera vez esa voz extrañamente familiar de la zona del Radio de Sagitario de Schwarzschild, sólo la nada

extinguiría su pasado, presente y futuro dejando un verdadero vacío frío y silencioso.

¿Qué papel jugaba el capitán Cornelius en todo esto? Y, lo más importante de todo, ¿qué hacía el correr de las mareas oscuras a través del universo, tal vez el multiverso, creando tormentas terriblemente destructivas, robando la luz de todos los mundos? ¿Cómo, en todo caso, se conectaban estos eventos?

¿No era estúpido de su parte jugar en estos torneos aparentemente frívolos y darle tanta importancia a ganar la llamada Flecha de Artemisa? Seguramente no podría ser el misterioso rugalador. La experiencia de casi mil años le decía que el peligro era real, pero nada en esa experiencia le había provocado problemas como con los que ahora estaba lidiando. Esto no era nada menos que un crimen contra la Creación. Seguramente, incluso Frank/Freddie Force, por muy locos que estuvieran, ¿no serían capaces de tal acto? Algunas partes del rompecabezas empezaban a juntarse, pero él notaba en sus huesos que no quedaba mucho tiempo para encontrar las otras. El tiempo, de hecho, estaba literalmente agotándose.

Eventualmente sus pensamientos se convirtieron lentamente en sueños. Como los sueños no eran mejores ni peores que las realidades, decidió que sería mejor irse a la cama. En los sueños del Doctor, varios dioses y diosas griegos participaban en los Juegos Olímpicos. El premio era la Vida misma. Él era el único miembro de su equipo. Lo llamaban Mercurio, Arlequín. Había mareas negras acurrucadas alrededor de sus pies. Caminaba como si estuviera en un barro espeso, apenas capaz de empujar una pierna tras otra.

Amy tampoco estaba disfrutando exactamente de un sueño reparador. Sus sueños, sin embargo, fueron más inmediatos y, por el contrario, fracasaba en disparar una flecha tras otra hasta que, de repente, Frank/Freddie aparecía y atrapaba la última. Agitándola, apagó el sol índigo de Miggea. Luego el de la Tierra. Después, se apagaron todas las estrellas del universo y ella pudo escucharlos reírse con todo el odio y la malicia en la Creación para sí, listos para sufrir durante la eternidad, siempre que cada cosa sensible sufriera con ellos. Se despertó, con las manos intentando agarrar la Flecha de Artemisa.

Y en su propia cama, bastante estrecha, Robin “Bingo” Lockesley soñó que había ganado el juego final del Torneo y que Amy Pond había aceptado ser su novia. Pero ¿por qué llevaba un vestido negro?

Bingo despertó a la mañana siguiente con sentimientos encontrados. En su mejor momento, sabía que probablemente podría vencer a los mejores arqueros de la galaxia, incluyendo a W. G. Grace, pero se sabía que había tenido algunos días muy malos. Tenía la horrible sensación de que aquel iba a ser uno de ellos.

Amy, por otro lado, se duchó con una canción en su corazón y otra en sus labios. Desconocía la razón por la que se sentía tan alegremente confiada cuando había pasado una noche tan terrible. Tiró el champú al aire y lo atrapó. Incluso tiró el jabón resbaladizo y lo atrapó. Pensó que, si tan sólo pudiera hacer lo mismo con las flechas, las cosas iban a ir bastante bien.

El Doctor se sentó en el borde de su cama tratando de leer sus notas. Tenía la persistente sensación de que les faltaba algo. Alguien que estaba jugando un papel crucial en todo aquello. ¿Los hermanos Force y los Hombres Antimateria? ¿Peggy Steele, la ladrona invisible? ¿Brian Abberley y los Chicos Burbujeantes? ¿El capitán Quelch, el cual estaba seguro de haber visto acechando en la Cueva Ketchup? ¿Quién más? Deseaba seriamente no haber escondido la TARDIS tan profundamente. Estaba seguro de que estaba por aquí en alguna parte. ¿Habían estipulado una ETA? No, probablemente estaba conectada a un evento. Debería haberlo pensado detenidamente, lo sabía, antes de ocultarla. Tenía el decidido sentimiento de que esta no era la primera vez que perdía la TARDIS.

Se tambaleó hasta la ducha. Había pedido que le lavaran la ropa justo antes de irse a la cama y ésta colgaba fuera de su puerta, preparada para ponérsela. Mientras se vestía, los pájaros empezaron a cantar. Presionó el botón para abrir sus persianas y apareció un profundo sol azul sobre las colinas oscuras, color naranja quemado y color fresa. Flexionó los dedos.

Aquel era el día en el que zarandearía su martillo. Y cada nuez que aplastara tenía que ser ganadora. Iba a jugar contra dos de los mejores en el juego, ambos eran Judoon, uno de los Visitantes y otro de sus grandes rivales, los Turistas. Habían estado compitiendo durante años y tenían un control muscular increíble, haciendo girar unos enormes y hermosamente equilibrados martillos.

El martillo del Doctor, por supuesto, no sería ni de cerca tan pesado. El deporte comportaba peso corporal y las especies en consideración, entre otras cosas. Aquella mañana determinaría qué martillador jugaría contra cuál. Él se sentía más confiado de lo que había hecho el día anterior, aunque, cuando comprobó su V, las apuestas favorecían a ambos Judoon por encima de él. Y lo que era más relevante, las apuestas daban a ambos equipos rivales mejores opciones que las que le daban a los Caballeros.

Encontró a Amy fuera, yendo a desayunar. También había visto las apuestas, y sin embargo, ella también sonreía.

–¿Estás reconciliada con perder? –le preguntó él.

–¡Ni de broma! –se rió en su cara– Ahora que sabemos las apuestas, tenemos una mejor idea de contra qué jugamos. Lo que necesitamos hacer. ¿Es una locura pensar eso, Doctor?

–No hay mejor forma de aceptar la medida de tu oponente –dijo él–. Eso es lo que me decían en la Academia. Un oponente demasiado confiado es un oponente abatible. Por supuesto, aquellos profesores no siempre tenían razón... –el Doctor negó con la cabeza como para deshacerse de pensamientos que no quería tener. Murmuró para sí, evitando la mirada de Amy.

Ella sabía muy poco sobre su pasado en Gallifrey, y también sabía que había algunos temas que no debía sacar.

–Vamos a desayunar –dijo ella.

CAPÍTULO 22

ES HORA DEL TORNEO

LEVANTANDO SU PESADO MARTILLO, el Doctor juzgó la nuez colocada en el ángulo de regulación de la alfombrilla de aplastamiento. Tenía que hacer que cada aplastamiento contara. El martillo tenía que caer en un lugar particular y a una velocidad adecuadamente decidida o la nuez, así como la propia cáscara, serían aplastadas. El objetivo era romper la cáscara y dejar la nuez entera y sin daños. Pocas personas podrían lograr esto con cascanueces ordinarios o un martillo de carbón bastante ligero. Sólo los fanáticos (o "rompedores") bien entrenados podrían lograr lo que el Doctor tendría que hacer una y otra vez hasta que las diez nueces de la primera ronda se hubieran roto. Se sintió aliviado cuando un Judoon de los Turistas ganó el primer lanzamiento, a pesar de que podría elegir el tipo de nuez que rompería.

Observado por un entusiasta público de "cáscaras", como se llamaban los fanáticos del deporte, el enorme Judoon fijó su visor en su lugar, flexionó sus poderosos músculos, escupió en sus manos y levantó su poderoso martillo. El loco gondarlano de guantes blancos (que también era el árbitro) dio un paso adelante para colocar la reglamentaria Brasil, una nuez difícil de romper en la mejor de las ocasiones, en posición y luego retroceder. El representante de los Visitantes verificó la posición de la nuez a su propia satisfacción y dio su aprobación. Respirando larga y profundamente, el Judoon levantó su martillo por encima de su cabeza. Brillaba como la plata cuando movió sus pies en la arena, agitó un poco las piernas y los brazos y luego, con un fuerte bufido de Judoon de guerra, bajó el martillo. La dura cáscara parecía haber quedado intacta por el martillo cuando dio un paso atrás. Luego cayó en dos mitades limpias, revelando una nuez prístina, lista para comer. La multitud aplaudió ruidosamente y con entusiasmo con gritos de "¡Bien aplastado, sí señor!" y "¡Qué locura!".

Siendo un jugador popular entre la multitud, el Judoon reconoció su aplauso con una reverencia modesto (para un Judoon) y retrocedió cortésmente cuando la segunda moneda fue lanzada y anunciada.

Una vez más, el Doctor perdió el lanzamiento y observó con atención mientras un segundo Judoon se acercaba pesadamente a la zona de aplastamiento, animado por un gran número de público. Levantó su martillo en reconocimiento. Definitivamente éste era el favorito. Nuevamente se colocó la Brasil y un representante de los Visitantes con guantes blancos lo comprobó. Una vez más, el enorme Judoon la juzgó a simple vista, levantó su martillo y se balanceó de repente, con pericia, y la nuez se dividió en dos mitades perfectas. Unos locos gritos de ánimo irrumpieron de nuevo en el público para el favorito.

Cuando llegó su turno, el Doctor se sintió como un enano contra gigantes. Su único aplauso provino de los partidarios inmediatos de su equipo. Su martillo parecía pesar como el plomo. Por un momento dudó, luego ajustó sus manos en el eje mientras el árbitro de guantes blancos dio un paso adelante.

Se colocó la Brasil y Bingo, representando a los Caballeros, llegó para observar y luego aceptar el posicionamiento. Entonces, el Doctor se adelantó, levantó su martillo por encima de su cabeza, movió un poco sus pies en la arena y golpeó. Hubo un grito de asombro del público y por un momento sintió que había ejecutado el golpe demasiado pronto. Luego, aliviado, vio caer las dos mitades y escuchó a sus partidarios animarle. La primera ronda fue un empate.

Colocar. Girar. Crack. Color. Girar. Crack.

Volvió a ser de nuevo el turno del Doctor. Hasta ahora los aplastadoras estaban igualados. Todo apuntaba a una ronda limpia. El Doctor estaba empezando a ganar confianza, pero sabía que tenía que tener cuidado y reunir toda la habilidad que tenía. El juego ya había comenzado a ralentizarse. Característicamente, los Judoon eran competitivos por naturaleza, pero tendían a perder el autocontrol si se colocaban en una posición débil. El Doctor sabía que su mejor oportunidad era sacar ventaja incluso del margen más pequeño y usar la impaciencia natural de los Judoon contra ellos. Hasta el momento sabía que había tenido suerte. Esa suerte no duraría mucho más, especialmente en el Cambio de Nuez, cuando se pusiera en juego el siguiente de los cuatro tipos de nueces de competición.

Lamentablemente, en su cuarto juego, demostró aquello de forma espectacular.

El martillo cayó sobre su primera nuez. De alguna manera valoró mal. Los músculos de la parte superior de su brazo izquierdo se contrajeron incontrolablemente y el martillo descendió con gran fuerza sobre la nuez, rompiéndola en pedazos y enviando fragmentos por todas partes. Uno de sus oponentes dijo algo tan grosero en Judoon que balbuceó y casi se atragantó con su propia carcajada. Esto también hizo que el otro Judoon soltara una carcajada, de modo que la pareja apenas podía aferrarse a sus martillos cuando, para su asombro, el Doctor dijo, en perfecto Judoon del Sur:

—Vaya, caballeros, ¡yo si fuera vosotros no desearía que mi madre oyera ese lenguaje! Suponiendo que sepáis quiénes son.

Después de lo cual, el primer Judoon afirmó que estaría feliz de usar la cabeza del Doctor para su próximo turno con el martillo si eso pudiera hacerlo sentir mejor, y el segundo agregó que, si su rival Judoon se preocupara por dejarlo inconsciente, con mucho gusto se dirigiría a los niños del pueblo para que la usaran en su próximo partido de polo. Y siguieron diciendo ese tipo de cosas hasta que el Doctor le preguntó si su cuerno se había soltado y se había perdido entre trozos de las cáscaras porque era tan pequeño que era imposible saberlo. Esto hizo que el Judoon se volviera de color marrón brillante. Si había algo garantizado para molestar a un miembro de su gran raza, era un comentario despectivo sobre su cuerno. Éste añadió que estaría más que dispuesto a dar al Doctor una idea sobre el tamaño de su cuerno, según su grosera frase, introduciéndoselo por dónde no brillaba el sol. Siguió esta observación con un ruido que recordaba vagamente a un lancha rápida encallada en el lodo, lo que el Doctor reconoció de inmediato como la versión de Judoon de lo que los ingleses llamaban una pedorreta, los estadounidenses

como una aclamación del Bronx y la gente topo de Juno Major lo llamaba como un frrrrrrrrmp al revés.

Finalmente, el árbitro intervino e insistió en que los tres participantes se dieran la mano como caballeros y se disculparan, lo que se hizo, no sin un momento de vacilación por parte de los dos Judoon. Ambos Judoon se avergonzaron considerablemente al aplastar sus propias nueces ruidosamente y provocar una fuerte risa no sólo de los partidarios del Doctor sino también de los suyos. El Doctor vio que ahora tenía la ventaja. Peor que ser abucheados por cometer un error, los Judoon temían convertirse en el hazmerreír.

Los siguientes tres juegos los ganó el Doctor y luego cada uno de los dos Judoon, de modo que los Caballeros todavía estaban un juego por detrás. El Cambio de Nuez final fue una nuez pecana, la nuez de regulación más difícil de romper con un martillo debido a la relativa suavidad de su cáscara. Este sería el Cambio decisivo, a menos que llegaran a un empate entre dos de los jugadores, en cuyo caso se llevaría a cabo un desempate, el más difícil de todos: una castaña. Por algún milagro, como lo vio el Doctor, el Judoon de los Visitantes fue eliminado. La final estaba ahora entre él y el Judoon de los Turistas.

Se sacó la castaña.

Colocar. Zarandear. Crack. Colocar. Zarandear. Crack.

Otra castaña.

Colocar. Zarandear. Crack. Colocar. Zarandear. Crack.

El Doctor estaba sudando visiblemente y ambos competidores estaban consiguiendo puntos. Sin embargo, todavía no se había decidido un claro ganador.

Colocar. Zarandear. Crack.

El Judoon respolaba y jadeaba, frustrado por no poder vencer fácilmente al Doctor. Murmurando y echando humo, oliendo notablemente a la sal del sudor, el Judoon apuntó con cuidado, agitó su martillo y rompió la castaña hasta convertirla en pulpa. La partida había ocupado toda la tarde. Para su propio asombro, el Doctor se había colocado en el primer lugar. El día siguiente sería el primero de los eventos equinos jugados por todos los equipos, incluyendo el estafermo, mientras que el evento final sería la justa. Esto sería seguido por el evento de esgrima de espada ancha. Sólo en el cuarto día comenzaría el juego de equipo serio y se jugaría el primero de varios partidos de golpeteo, cada uno con una duración de al menos tres días. El Doctor se alegró de que no hubiera otra parte del torneo que pudiera respaldarse completamente sobre sus hombros; sin embargo, con las sustitutas no probadas, los Caballeros seguramente lo pasarían muy mal.

Esa noche, en el bar del Barsoomiano Azul, el Doctor fue acompañado por sus compañeros de equipo que ya no tenían el aire de un equipo que ya había perdido. Amy propuso un brindis que fue secundado por Flapper y Hari.

–¡Por el Doctor! ¡Por salvar el día!

El Doctor nunca se había sentido tan complacido y agobiado por la responsabilidad. Mientras los Caballeros celebraban la victoria de su primera ronda, él ya se preguntaba qué estrategia planeaba su capitán, Bingo Lockesley, para los partidos de golpeo. Y hasta ahora, a pesar de sus promesas de encontrar el Rugalador desaparecido, el capitán Abberley aún no había hecho su aparición. ¿Había estado mintiendo sobre saber dónde encontrarlo? ¿Lo tenía Quelch? A Quelch siempre le gustaba fingir que era un jugador importante, cuando en realidad rara vez lo era. ¿O, se preguntó el Doctor, habría estado engañándole?

–Entonces, ¿qué piensas, Bingo? ¿Conseguiremos la Flecha si ganamos? –le dijo al conde de Lockesley, pero éste estaba mirando fijamente al señor Banning-Cannon. El terrícola parecía asustado.

–Estamos obligados a ganar –dijo Bingo–, por lo que estamos obligados a conseguir la Flecha Argénteo, Doctor.

–Admiro vuestra confianza, señor –el señor Banning-Cannon tenía una ligera declaración de culpabilidad. Él había juzgado mal a estos muchachos. Pasando tanto tiempo en su compañía, había desarrollado algo de gusto por los terráfilos. Se llevaba grandes ideas a casa. Dinero en el banco, es lo que le había traído aquel viaje–. ¿Alguien quiere algo?

–La Flecha será nuestra, vaya que sí –dijo Bingo–. Lo sé. La ganaremos. ¿Sabéis por qué, muchachos?

–¿Por qué, Bingo? –preguntó Amy, sonriéndole. Se veía obligada a querer a su inocente confianza.

–Porque es muy importante para nosotros –dijo–. Vos lo necesitáis, ¿verdad, Doctor? Para enderezar el multiverso. Eso es lo que estáis haciendo con nosotros.

–Os dije que admiraba vuestra confianza –interrumpió el señor B-C, que se divertía cada vez más–. Los seres humanos son notables en ese sentido.

Bingo se sorprendió.

–Habláis como si no fuerais uno de nosotros. Pero lo sois, ¿verdad?

–Casi –el señor B-C hizo un gesto con el vaso y se echó a reír–. Medio humano, de todos modos, según mi esposa –le ofreció la botella.

–Mejor no –dijo Bingo–. Ya sabéis, tenemos un importante partido mañana y esas cosas. Queréis que hagamos lo correcto, ¿no? Puedo decir que sois un buen hombre de corazón. Uno de nosotros. Queréis que la señora B-C la presente al equipo ganador, eh, y queréis que ese equipo sea...

La poderosa voz de la señora Banning-Cannon sonó desde el reservado.

–Lo único que quiero averiguar es quién me robó el sombrero. Las autoridades de aquí son absolutamente inútiles. ¡Me he pasado la mitad del día

en la oficina del magistrado! ¿Y me han podido traer ni que sea una pista? No me han dado más que excusas poco convincentes. Me han dicho que ha sido robado fuera de su jurisdicción. Les he dicho que todos los probables sospechosos estaban obligados a estar aquí. No dejamos a nadie en el barco, ¿verdad? ¿Excepto los bots? He aprendido mucho sobre las fuerzas policiales de medio universo en este viaje. ¿Dónde está mi atrevido Doctor? Él sabrá qué hacer.

El Doctor se dirigía hacia la puerta.

–Me voy pronto a dormir –dijo–. Tenemos un gran partido por la mañana.

–Creo que es mejor que también me vaya a dormir –dijeron Amy y casi la mitad de los demás a coro.

La señora Banning-Cannon se quedó preguntándose por qué el pub se había vaciado repentinamente.

CAPÍTULO 23

EL SOL DEL AMANECER

DURANTE UN TIEMPO, el Torneo siguió un curso ociosamente predecible. Allí donde miraras había gente con los verdes formales que mostraban que eran recreadores terráfilos profesionales: sombreros Lincoln Green Sherlock, capas con capucha Lincoln Green, dobles Lincoln Green, manguera y botas con dedos largos que se adaptaban a algunos de los competidores, pero no, por ejemplo, podían hacer mucho por un Judoon.

El Doctor demostró ser un buen jugador de todo tipo, realizando un trabajo sólido en los diversos partidos, permitiendo a los jugadores calificarse para los partidos serios que se avecinaban. Fue derribado de su centauro más veces de lo que le hubiera gustado en el Estafermo, pero se comportó de manera útil en la Justa.

Amy y Flapper fueron, tal y cómo ambas acordaron, afortunadas por calificarse, pero lo lograron. Las pestañas de nano-tecnología les habían ayudado enormemente, pero la habilidad natural no se podía enseñar. Flapper, de hecho, descubrió un talento genético para Esquivar al Propietario, y Amy se sorprendió desagradablemente por lo bien que lo hizo en Ahorcar al Siervo (uno de paja, los verdaderos se retorcían y maldecían demasiado para poder participar en un deporte familiar).

El hermoso azul profundo del sol extendía su hermosa luz a través de las colinas de color ámbar y óxido. Si no fuera por los colores, Flynn podría haber sido la Vieja-ViejaTierra, soñando en un verano perpetuo.

El Doctor no dijo nada sobre sus propios pensamientos incómodos, recordando la confiada Inglaterra eduardiana de su poder para difundir la paz y la justicia en todo el mundo justo antes de que comenzara la primera Gran Guerra. Hizo todo lo posible por sonreír y unirse a la diversión, pero la atención de todos estaba en los juegos. Los espectadores se lo estaban pasando bien. Sólo alguien que se complaciera en propagar la ansiedad posiblemente querría estropear este estado de ánimo. Después de todo, pensó, forzando una sonrisa y aceptando una pinta en el Barsoomiano Azul el día antes del primer partido, esta podría ser la última vez que realmente disfrutasen de la vida.

La elección del orden de juego fue para los Turistas que escogieron como primeros oponentes a los Visitantes, creyendo que podrían derrotar fácilmente a los Caballeros si primero vencían al otro equipo. Éstos estarían frescos para el primer juego. Esto les dio a los Caballeros poco que hacer, sólo practicar y observar. Sus dos rivales tenían Segundos Quince a los que podían recurrir, aunque las reglas concernientes a esto eran un poco complicadas, lo que les daba una ventaja adicional, y ambos estaban prácticamente en plena forma.

Los jugadores en sus “verdes” frescos, algunos vestidos con armaduras verdes que consistían en piernas, brazos y cuerpo, enormes cascos con

viseras y hombreras, se abrieron paso desde el pabellón hasta el campo. Tenían una pinta magnífica, delineados contra el pulsante disco del sol.

El partido del primer día tuvo algunas sorpresas, sin embargo, cuando J'n, un sauriano que era el segundo mejor arquero de los Visitantes y un golpeador útil, fue atrapado por una flecha disparada por Je'l'me Polucks, el famoso medio-Spooní conocido como el Bateador de los Bow-Wright porque había hecho su propia equipación siendo un niño pobre en el infame gueto de Gelatina en Ethel. Los Polucks acertaron a cuatro dianas más aquella tarde, estableciendo un pegajoso puntaje de cien que no podrían recuperarse a toda prisa, aunque Argentino, la estrella de los Visitantes, lo podía llegar a hacer.

De hecho, Argentino había estado observando desde el pabellón, y Amy casi podía oírlo preparándose para obtener ese suplemento y cambiarlo por giros. Pero mientras tanto los espectadores aplaudían a ambos bandos.

Después de eso, las cosas se convirtieron en un buen y tranquilo golpeteo de flechas que se disparaban y flechas que se golpeaban, con los Visitantes manteniendo su liderazgo durante el día siguiente y hasta la mañana siguiente hasta que el capitán decidió sacar a Argentino. Nadie podría haber adivinado que la madre de Argentino había sido una rata de laboratorio. Era alto, estaba en forma, era agradable y tenía un mechón de pelo blanco y rubio que lo habría dejado modelar para algunos grandes papeles de V unos cientos de años antes, antes de que el gusto público cambiara. Sus ojos azules afilados como diamantes y sus rasgos anchos y honestos lo convertían en el favorito de las espectadoras. Él era el jugador a vigilar.

De pie en la cubierta del pabellón, Mickey Argentino, casualmente tendía su arco, deslizó su carcaj sobre su hombro y se dio un paseo en el terreno de juego que fue respondido con una ronda de aplausos salvajes. Sum'in, el escurridizo Cairene, fue atrapado por 20 y Jill Jay logró llegar a 29 antes de que la flecha colocada astutamente fuera atrapada fuera de pizarra por Kali-Kali que se elevaba en el aire como si tuviera pies alados, lanzando la flecha con gracia y deslizándola más allá del guardián golpeador en el corazón de la propia portería. Amy lamentó ver a Jill ser retirada tan rápidamente. Se habían vuelto amigas, ya que Jill afirmaba tener ascendencia escocesa y quería escuchar cualquier cosa que Amy pudiera contarle sobre Mackintosh, el fabricante de té, etc. Amy había hecho todo lo posible por no abatir demasiado a Jill en ciertas partidas hasta que ya no pudo ocultarlo y seguir siendo fiel a su equipo.

A estas alturas, los Visitantes no tenían ventaja, pero los Turistas todavía necesitaban un buen centenar de rondas para ganar. Fue un partido de primera clase y, durante otras dos horas hasta la hora de la merienda, Argentino mantuvo una estrategia estable y variada, hundiendo un 380 tras otro. Cuando se rompieron, incluso el Judoon más insólito del otro equipo no pudo evitar felicitar a Mickey A. Después de la merienda, Argentino entró para disparar contra Pilliom Rekyá, que era el mejor pateador que quedaba y un poco malicioso. Pilliom golpeó la primera flecha de Argentino hasta el extremo alejado izquierdo donde O'Gruff la atrapó con un giro hermoso giro elevado,

devolviéndolo a Brown en el lado de los Visitantes. Brown intentó deslizarla hacia el objetivo con un milisegundo de tiempo de espera ante de la mirada sorprendida de Argentino justo cuando algo parpadeaba a la luz del sol de la tarde. De horizonte a horizonte, el cielo brillaba rojo como la sangre, y todos sintieron cómo el suelo se movía bajo sus pies. El Doctor habló en voz baja desde detrás de Amy.

—No creo que haya sido la naturaleza respondiendo a un buen partido. Me temo que Miggea se está preparando para cambiar —hizo una pausa, frunciendo el ceño—. ¡Oh! ¡Oh, vaya! Me acabo de dar cuenta de que podría haber hecho un error de cálculo bastante importante.

Cuando los árbitros confirieron, Argentino salió del campo del Torneo, su expresión era de resolución tranquila, y su arco ya sin cuerda sobre su hombro. Vio al Doctor y levantó sus pesadas cejas para demostrar que sabía que su suerte había cambiado. No culpó al sol más de lo que lo haría a la lluvia, que ahora comenzó a caer de repente desde unas nubes negras con fuerza tropical. Además de eso, había marcado el empate y dejó a su equipo considerablemente en mejor posición.

Con la lluvia provocando truenos y todos corriendo hacia el refugio del pabellón, los equipos volverían a jugar con más o menos fuerza ahora que al menos Argentino estaba fuera de los disparos. Él estaría golpeando, dada la oportunidad, cuando se colocaran las nuevas dianas por la mañana. Al reunirse bajo el techo de la cubierta, los equipos y los espectadores habían olvidado temporalmente el partido mientras observaban cómo el brillante y azul sol parecía mecerse en el horizonte sangriento, de un lado a otro, obligando a algunos de los vigilantes a ir al baño, incapaces de sostener los contenidos de sus estómagos.

El Doctor le había hablado a Amy sobre los primeros signos de que los Mundos Fantasma comenzaban su órbita a través del multiverso, pero ella había sentido que estaba hablando de un sueño o una historia. La realidad era más espectacular y más aterradora de lo que había esperado. La lluvia se detuvo tan repentinamente como había empezado y un delicioso aroma a hierba mojada y flores silvestres llenó el aire. La nube negra pasó y las nubes restantes fueron de color púrpura, rompiéndose ocasionalmente para permitir que los rayos de luz azul se abrieran camino hacia el suelo. Los lanzadores se apresuraron a poner un campo de fuerza sobre todo el terreno y aumentar el calor para comenzar a secar el campo. Esto tenía que hacerse gradualmente para asegurar que habría un resorte apropiado para el césped cuando se jugara de nuevo.

Entonces todo dentro del pabellón comenzó a temblar. Amy se preguntó si era un terremoto, y el Doctor se rió. Tenía aquella mirada salvaje que tenía en sus ojos cuando algo grande estaba a punto de suceder. Algo peligroso.

—¡Esto es! ¡Esto es! — estaba exultante— Probablemente nunca vuelvas a ver algo así. ¡Aprovéchalo al máximo, Amy Pond! ¡Allá vamos!

A través de las ventanas vio pasar las nubes púrpuras y el sol parpadear y temblar en el cielo, comenzando a girar como una noria monstruosa; el Doctor le aseguró que era sólo una ilusión. Muchos de los observadores se arrojaron al suelo, unos pocos murmurando oraciones a cualquier deidad que acabaran de redescubrir. Los rayos empezaron a correr por el suelo por el exterior, crepitando y haciendo ruido ensordecedor. A lo lejos, vieron que la vaquería del pueblo explotaba y se convertía en humo como si estuviera siendo atacada. Luego, el rayo regresó exactamente por donde había venido y tumbó un enorme árbol al otro lado del campo, sin dañarlo, sino que hizo que sus ramas brillaran y temblaran mientras formaba un hermoso halo dorado y se desvanecía lentamente.

—Dudo que hubiera alguien en la vaquería a esta hora de la noche —el tono del Doctor pretendía a ser tranquilizador, pero Amy no estaba del todo tranquilizada.

—¿Hay alguna posibilidad de bajar y regresar a la nave? —preguntó ella.

—Ninguna en absoluto —le dijo a ella—. Los Mundos Fantasma se están moviendo. De lado a través del tiempo y el espacio. Disfrútalo, Amy. El cambio no será tan espectacular cada vez, ni una vez que se establezca la órbita.

—Me dijiste que la gente se perdía en estos cambios orbitales. ¿Querías decir que morían? —su voz se alzaba y se aflojaba con el viento. Observó cómo los árboles comenzaban a bailar, con sus ramas dobladas hasta el suelo y luego barriendo con gracia, reuniéndose antes de que se extendieran nuevamente, como si estuvieran sincronizadas. Un enorme roble se partió de repente y se partió por la mitad, cayendo a pedazos en dos piezas perfectas—Creo que eso es lo que querías decir—dijo Amy en voz baja.

Sin haber ninguna diferencia en su suerte, ya sea que se quedaran en el pabellón o fueran al bar, un grupo de ellos accedió a intentarlo. Tan pronto como cesó la lluvia, partieron a lo largo de un camino relativamente llano hacia el pueblo.

El propietario del Barsoomiano Azul se alegró de verlos.

—Hará frío si lo que he oído es verdad —dijo—. Vine aquí como colono hace veinticinco años. El maldito agente me dijo que Miggea estaba "desplazada", ¡quién sabía qué significaba aquello! —hizo una mueca cuando el suelo volvió a temblar. Frotándose las manos, como el presentador de un programa de televisión, el Doctor miró a su alrededor.

—Está bien —dijo—. ¿Qué me decís todos de cantar unas pocas canciones?

Bingo se acercó a Amy y le puso un brazo reconfortante alrededor los hombros.

—Me sé la canción de "Mi mundo se deshizo cuando me enamoré de ti" —ofreció él. Pensó por un momento, luego se aclaró la garganta—, bueno, quizá no me acuerde —dijo.

Al final, Amy recordó una canción que había cantado el señor Thompson en el pueblo. Cuando él escuchó su acento, incluso le compró un CD de Harry Lauder y un grupo de otros intérpretes de música de principios del siglo XX que cantaban sus números más conocidos:

"Pertenezco a Glasgow, buena ciudad de Glasgow,

Oh, hay algo que le pasa a Glasgow,

¡Sigue dando vueltas y vueltas!

Sólo soy un viejo trabajador común

Como cualquiera puede ver aquí,

Pero cuando me enciendo un sábado ...

¡Glasgow me pertenece!"

El Doctor bajó la gran pizarra de menú en la barra y le dio la vuelta, usando un poco de tiza para escribir las palabras en Universal, para que la mayoría de ellos lo entendieran. Por supuesto apenas nadie tenía la menor idea de lo que era la canción, pero se alegraron de aprenderla, ya que era mejor que intentarlo que descifrar los Mundos Fantasma, a dónde iban y qué pasaría.

Al cabo del rato, el sol se puso...

Y se puso de nuevo...

Y otra vez...

Y otra vez...

—Me estoy hartando de esto —dijo Amy con severidad y se dirigió hacia la ventana más cercana como si tuviera la intención de amonestar a Miggea por su comportamiento errático—. ¡Oh Dios mío! —exclamó ella— ¡Oh! ¡Venid todos a mirar las estrellas!

En la suave oscuridad de los cielos sobre Miggea, las constelaciones ahora desconocidas nunca habían sido tan hermosas. Todo fue ampliado y de alguna manera más definido. Los soles distantes parecían haber sido dispersados como piedras preciosas y metales sobre terciopelo negro. Rubíes relucientes, zafiros, esmeraldas; oro, plata, jade de leche y ónix se arremolinaban en una magnífica pavana. Se podía escuchar la música aumentando. Nadie intentó dar una explicación racional de este milagro; simplemente se quedaron asombrados y miraron. Las constelaciones marcharon de esta manera como en celebración de la Creación. Estaban más cerca, más grandes, más brillantes. El Doctor, que había visto tanto del multiverso, sacudió la cabeza con asombro.

—Creo que todavía nos estamos moviendo. Las estrellas no. Sólo parece que estén cambiando sus posiciones. Vamos de un nivel del multiverso a otro.

Eso es lo que estamos viendo. Y estamos manteniendo nuestra atmósfera, nuestras posiciones alrededor de Miggea. ¡Está sucediendo!

Amy lo entendió.

—Entonces, ¿quieres decir que nos estamos moviendo a través de todas las alternativas en el multiverso?

—No creo que la órbita de Miggea la lleve a través de todas las alternativas, sólo unas pocas en realidad, ¿tal vez miles? Unos cuantos millones como máximo. El tiempo determina la naturaleza del espacio —oyeron ruidos más profundos, vieron profundos destellos verdes—. En realidad estamos orbitando el agujero negro. No tenemos asuntos existentes, pero sí existimos. No sé cómo el tiempo se relaciona con el espacio aquí. Realmente no. Especialmente donde la gravedad es una parte importante de la ecuación. Pero esto no es una aberración. Creo que todos los aspectos del multiverso tienen sistemas como este en su centro. Es parte de ese gran diseño, esa lógica que nos resulta tan difícil de entender. Ruedas dentro de las ruedas. Una calidad de gravedad que apenas comienza a ser examinada. ¿La gravedad dentro de la gravedad? Como la electricidad, sabemos que sucede, pero no sabemos cómo ni por qué. Podemos aprender a usarlo porque para eso somos buenos. Sin embargo, no estoy seguro... —sacudió la cabeza.

—¿Qué, Doctor? —Urquart Banning-Cannon levantó su copa de peltre hacia sus labios— ¿De qué no estás seguro?

—Creo que vamos a tener que jugar estos partidos, para empezar. Y entonces podríamos aprender un poco más. Creo que nos dirigimos al centro, no, no me refiero al centro, ¿verdad? Me refiero a un centro. Hay más de uno. Debería haberme dado cuenta de eso. Sin embargo, cada centro representa al otro, al igual que cada aspecto del multiverso representa al otro. ¡Y cada uno afecta al otro! ¡Es bonito! ¡Menuda máquina! Dudo si pudieras hacer fácilmente un modelo de esto. Pero tal vez se pueda. La autosimilaridad. La parte representa el todo. Realmente no existe tal cosa como el tamaño, no de la manera en que nos enseñaron a entenderlo. Es por eso que estos rituales son tan importantes, ¿ves? Porque nosotros tenemos que jugar el juego o bailar o rezar las oraciones o lo que sea, ¿verdad? Creo que deberíamos intentar mantener las cosas lo más ordinarias posible. Para que los relojes no representen el tiempo cósmico. No importa. Nos apegamos a nuestras reglas. Nuestros reglamentos. Nuestros rituales. Y así podríamos restaurarlo todo. Por supuesto, están los juegos para jugar. Son importantes. No, en serio, lo son. Jugemos los partidos. Ganemos el premio. Hagamos lo que tengamos que hacer. Y el resto lo seguiremos lógicamente. No me refiero a nuestra lógica, sino a la lógica del multiverso. Qué privilegio, ¿eh? No podemos defraudar al multiverso, ¿verdad?

—Es la tensión, pobre hombre —dijo el propietario del Barsoomiano Azul.

Afuera, las estrellas continuaban su danza y el trueno retumbó, los relámpagos brillaron. La gran danza ritual del multiverso continuaba, impulsada

por una inteligencia irrazonable que era tanto la Ley como el Caos, la materia y la antimateria...

—Creo que tenemos que llegar al Segundo Éter —dijo el Doctor—. Miggea nos llevará allí. Y luego, sabremos qué hacer.

—Pero ¿tendrá los medios para hacerlo, Doctor? —el señor Banning-Cannon sonrió cuando se llevó la copa a los labios.

—Lo sé. Por eso creo que tenemos que seguir jugando. Al menos nos ayudará a pasar el tiempo.

No habían predicho la lluvia que vino como resultado de su paso a través de las escalas del multiverso. Tampoco habían anticipado el dolor o las ganas de vomitar. Más de una vez, cuando los colores del espacio se fundían y se fusionaban y la estrella de Miggea ardía de color escarlata, se doblegaban con calambres espantosos, obligados a abandonar momentáneamente el partido del que tanto dependían.

—El dolor nos impide jugar —tal y como decía el Doctor.

Luego estaban los sangrientos gritos azules que se abrían paso a través de sus sistemas circulatorios, como si estuvieran intentando convertirlos en criaturas completamente diferentes. Los gritos azules afectaron a los Judoon más que a los humanos, y parecían avergonzados cuando incluso el gemido más pequeño escapaba de sus brutales hocicos. Era sonido, era color y era otra cosa, tal vez olor. Nadie podría describirlo fácilmente, ni el "burbujeante" de malva burbujeante asociado con la eliminación gradual de una escala a otra, que se encargaba de sus músculos y los convertía en buenos para algo más que su propósito original, causando euforia. Cuando se anotaba un buen golpe, luego venía el placer, brillando a través de ellos de pies a cara, todo azules magníficos, los colores del sol. No podían presenciarlo por lo que era, un cambio de escala rápido en el que todo en Flynn y en cualquier otro lugar bajo la influencia de la estrella Movil se cambiaba la escala hacia arriba (¿o hacia abajo?) de la estrella y los planetas a su nave, sus cuerpos a sus más pequeñas posesiones, los átomos del aire que respiraban.

Esos pocos como el Doctor que entendían la teoría matemática, sabían por qué les sucedía esto, pero no cómo describirlo, ni cómo detenerlo, sólo que resistirse al proceso generalmente causaba la muerte. Una vez más, el Doctor se vio obligado a recurrir a su vieja advertencia de "ir con la corriente", incluso si esa corriente le provocaba retorcerse y latir con temblores incontrolables. La forma en la que jugaron tan bien al recordar y anticipar estas sensaciones horribles que tampoco pudieron comenzar a entender, pero así lo hicieron, tal vez porque sus instintos les decían que el ritual y la repetición involucrados en el juego podrían traer resolución y un final del dolor.

Una vez que Amy vio una cuchara y una taza sobre una mesa temblando, agrietarse y parecer que se rompiera como si algo en su constitución no coincidiera con la escala que les hacía demasiado grandes o demasiado pequeños para ser vistos. El Doctor le había dicho que esto podría sucederle a

cualquier persona o persona que no cambiara acorde con el sol índigo. Pero luego estaban los placeres que trajo el Sistema Cambiante al disfrutar de una comida o una ducha o alguna otra sensación física agradable que se intensificaba enormemente. A veces no podían intercambiar ni una palabra sin experimentar el éxtasis; en otras ocasiones las mismas sensaciones se traducían en agonía.

Arrastrando a los Visitantes por 97 a 12, los Turistas hicieron todo lo posible por salvar el juego, pero les quedaba muy poco y, cuando el esquivo Cairene los llevó a los 9 a 22, se vieron obligados a reconocer la derrota. Los Visitantes jugarían contra los Caballeros por la Flecha Argéntea de Artemisa. El partido final del torneo se celebró en un día dorado mientras innumerables planetas llenaban un cielo de gloriosa luz reflejada y parecían estar luchando para ver el partido entre esos viejos rivales.

El Capitán Bingo decidió poner a Hari Agincourt para defender el lado mientras un arquero rápido Judoon se enfrentó a él. Ambos jugadores estaban en plena forma, y Hari mantuvo su propiedad del lado firmemente contra flecha sobre flecha, golpeando seis y diez veces, hasta que pareció un erizo angustiado, con ejes que sobresalían de cada parte de su armadura bien acolchada. El Judoon no derribó su defensa hasta justo antes de la merienda, cuando una flecha, golpeando a seis en las pantallas inferiores, fue atrapada sin problemas antes de que Hari la viera por el rabillo del ojo y el portero la penetrara en el cuartel de 180 grados, provocando una enorme ola de aplausos de los partidarios de los Caballeros. Durante la merienda, los Turistas felicitaron a Hari por la excelente puntuación que prometieron igualar.

Después de la merienda, pusieron a Parker, el bateador medio canino, como defensor, lo que indicaba que se llevaba a cabo una estrategia más agresiva contra Je'l'me Polucks, que mantuvo el juego en sus manos, pero no avanzó cuando se produjo el cambio de tiempo de lados.

La lluvia volvió a aparecer justo antes de que el planeta comenzara a gruñir y luchar bajo sus pies. Los Caballeros tenían mucho que celebrar, a pesar de que sus oídos se sentían como si se estuvieran hinchando por dentro, y un golpe rápido le recordó a Amy un taladro neumático que se disparaba justo al lado de su cabeza. Afortunadamente, todo esto se calmó y el sol volvió a su color habitual justo a tiempo para ofrecerles un atardecer asombrosamente hermoso. Esa noche, mirando alrededor de la multitud en el Barsoomiano Azul, el Doctor opinó que todo el mundo estaba empezando a tener peor pinta, aunque estaba orgulloso de todos ellos por su capacidad de recuperación y determinación.

—A veces olvido que no sólo los humanos han seguido atravesando todos los desastres que el universo ha enviado. Honestamente, me sorprende lo bien que os comportáis todas estas especies bajo presión. La victoria tiende a ser mala para uno si se gana con demasiada facilidad. ¿Sabéis lo que quiero decir? —sacó la lengua de repente, con su cara contorsionándose en disgusto— Este té es basura, ¿no?

–Lo ha hecho una Ringai –dijo Amy con un gesto de la cabeza hacia la señora Aramone con su bonita cabeza falsa y sus gafas–. Y si hay algo que una Ringai no puede hacer, es hacer un bote de Darjeeling decente. Incluso cuando les das un segundo filtro para hacerlo.

El Doctor se reía.

–¿Es esta la sabiduría que pretendes llevarte a la Tierra algún día? –ella compartió su diversión. Bingo se acercó, atraído por la domesticidad ordinaria que había visto.

–Menudo buen juego el de Hari, ¿eh? Parecéis estar pasándolo bastante bien.

–Estábamos hablando del té –le dijo Amy.

–Ranjan, ¿no es así? No es un parche en Darjeeling. Me gustaría que el clima fuera un poco predecible, ¿verdad? Es casi imposible saber a quién poner de hora en hora. Estaba pensando en un Judoon antes del almuerzo de mañana y luego veremos cómo vamos. ¿Qué opináis, Doctor?

Durante un tiempo discutieron los méritos de los diferentes jugadores hasta que se hizo evidente para el Doctor que Bingo realmente quería hablar sólo con Amy, así que se levantó y les ofreció sus excusas. Se dirigió a la barra y fue atrapado justo cuando llegó por la señora Banning-Cannon, quien le hizo saber que le complacía escuchar que estaba bien. Amy, a decir verdad, encontraba relajantes las atenciones de Bingo.

Ella se reprendió a sí misma por haberle animado a ello, pero entonces se dijo de nuevo que él habría seguido hablando con ella sin importar lo que pasara, a menos que ella dijera algo grosero.

–¿Esperando las gradas mañana, querida? –preguntó, cuando regresó a sus asientos con la media cerveza que ella le había pedido y la suya propia completa– He pensado en ponerte en juego, dada tu excelente actuación de hoy.

–Oh, vamos, Bingo, no había nada que hacer –dijo ella, sonriendo–. Cogí y devolví cuatro lanzas que mi perro Spot podría haber recuperado si fueran Frisbees.

–Oh, no –dijo seriamente–. Tienes un don. No soy el único que lo piensa.

Se alegró cuando Flapper apareció con Hari Agincourt a cuestas. Hari lo había tenido difícil para alejarse de sus admiradores. Se sentó con un golpe cansado y tomó un sorbo de su cerveza.

–¡Uf! Eso está mejor.

Esperaron pacientemente a que el temblor de la tierra comenzara y acabara, como solía ocurrir a esta hora del pub. Fuera, la lluvia caía con fuerza. A estas alturas ya sabían que duraría alrededor de media hora. La mayoría de

los otros jugadores gimieron, pero Amy dijo que la encontraba bastante calmante.

–Siempre me recuerda a casa –dijo ella–. Cuando era una niña pequeña.

–¿Ya has hecho la pregunta formalmente? –preguntó Bingo a Hari, sin estar seguro de cómo le había llegado la idea en ese momento.

–Um –dijo Hari–. Bueno no. Sé que me dijiste que estaba bien con el viejo Banning-Cannon, pero cada vez que le pregunto, la señora B-C aparece con su maravillosa imitación de un basilisco y me transforma en piedra. Flapper me dice que voy a tener que acostumbrarme a manejarla, si vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos y todo eso, y sé que es muy alegre por mi parte, pero hasta ahora no he hecho nada más que graznar como un pato...

–Un pato bastante débil, por eso –declaró la primogénita de los Banning-Cannon, no sin un toque de rencor en su tono dulce cuando le dio al brazo de Hari algo como un apretón confuso. La señora B-C les daba la espalda, todavía enfrascada en una conversación profunda con el Doctor–. Pero supongo que tienes razón en cuanto a que el momento correcto es después del partido. Suponiendo que ganemos, por supuesto.

–Tal y como debemos hacer –dijo Bingo.

–De acuerdo –dijo Flapper, y examinó un dedo izquierdo desnudo y no muy puntiagudo.

Amy no estaba segura de que le gustara la dirección de la conversación, pero eso no era lo que la hacía sentir incómoda. Mirando hacia arriba, vio a alguien en el bar. El capitán Abberley la estaba mirando a través del cristal del fondo de su cerveza. Cuando la vio mirar hacia atrás, hizo una leve reverencia. Había bandos, decidió, para el gran Ingeniero del Caos. ¿Qué demonios realmente quería de ellos?, se preguntó ella.

El Doctor había estado de acuerdo con ella en que tenía una razón clara pero no declarada para estar aquí. ¿Tal vez no había deseado arriesgar su propia nave acercándola tan cerca del centro galáctico? ¿Quizás se estaba moviendo a través de la órbita de los Cambiantes con la esperanza de alcanzar una escala particular en la que esperaba encontrar algo? ¿Estaba él también buscando la Flecha Argénte de Artemisa? ¿Quería robarla cuando apareciera? Todavía tenía ella media idea de que ya no estaba en la bóveda portátil de la señora Banning-Cannon y que el robo del sombrero no había sido más que un encubrimiento.

Mientras el bar temblaba y tintineaba, los clientes fueron interrumpidos en su canción. "Era un paciente que ella mantuvo en una lata y ella era una curandera con los pies fuera de lugar", tan llena de triple y cuádruple sentido que Amy estaba completamente perdida antes de que terminara el primer verso. Se sintió aliviada cuando los cantantes se ahogaron por un rugido bestial desde el cielo, tentándola a saltar e ir a la ventana. La parte superior estaba desgarrada por la negrura, recordando las mareas oscuras que Amy había visto

durante las tormentas. Las mareas ahora bordeaban el azul intenso y brillante, el color exacto de las viejas botellas de medicina que había recogido

por un tiempo como adolescente. Entonces sintió como si los lados del bar fueran pateados repetidamente por una bota gigantesca, excepto que nada fue dañado. La extraña falta de acompañante sensación le hizo sentirse, si acaso, más asustada que antes. Se alegró cuando el cambio terminó, incluso si el sol salía repentinamente de nuevo, en todo su esplendor original, haciendo que la lluvia en las ventanas brillara como cuentas de vidrio.

Miró hacia la barra, directamente a los ojos del capitán Abberley. Él sonrió, no desagradablemente, e hizo un gesto para que ella se uniera a él.

–Volveré en un minuto –les dijo a sus amigos.

A la mañana siguiente según el reloj, ya que no había otra manera en ese momento de medir el tiempo en Flynn, el partido continuó.

Mientras el cielo barría de gris oscuro a escarlata y el suelo temblaba y se retorció, los Caballeros volvieron a tomar su turno en la cancha, y los viejos rivales continuaron jugando lo que era el partido de sus vidas. Los Caballeros se mantuvieron a la vanguardia la mayor parte del día, pero a la hora de la merienda su suerte cambió drásticamente y perdieron cuatro golpeadores ante Grimtok, el arquero número cinco de los Visitantes. Era un centauro elegante, bastante bien construido, con grandes ojos azules y un abrigo de palomino, otro favorito entre las damas. De alguna manera el día, con sus colores brillantes y desconocidos, lo habían vigorizado y él estaba en la cima del juego.

Bingo Lockesley, como capitán, se estaba reconcomiendo. Sabía que había hecho mal. Una vez que vio a los dos primeros atacantes caer tan rápido supo que debería haber puesto un mejor bateador para jugar contra Grimtok. Tal como estaba, ahora se le exigiría una estrategia importante. A la hora del almuerzo, tomó una decisión y, tan pronto como terminó la merienda, puso a W. G. Grace, que estaba ansiosa por jugar. Con su enorme barba resplandeciente, se convirtió en una antagonista pintoresca, además de confiada. Su confianza no era infundada.

A los veinte minutos de tomar su bate, ella había enviado una hermosa flecha a Amy, quien se la envió a Flapper en su lado, que la metió pulcramente en la diana de los Visitantes mientras Grimtok galopaba triunfalmente alrededor de la posición, deteniéndose repentinamente cuando, con la boca abierta, escuchó el inesperado “¡Eliminado!”...

Y en ese momento, se apagó el sol.

*

Los focos del pabellón se encendieron automáticamente cuando Grimtok giró lentamente hacia atrás, mientras que Amy y Flapper hacían todo lo posible para mantener sus gravitas cuando lo que realmente querían hacer era abrazarse y saltar hacia arriba para celebrar su propio éxito inesperado. Una

vez que la suerte del centauro terminó, los Caballeros y los Visitantes se encontraban más o menos nivelados.

El sol finalmente se iluminó en el cielo, pero ahora no tenía sentido continuar hasta el día siguiente. De vuelta en el pabellón, y luego en el pub, Amy y Flapper fueron cumplimentadas por sus compañeros de equipo. Aunque protestaron que Grimtok había tenido mala suerte, y todos sabían en privado que se debía más al hecho de que el centauro había jugado en mejor forma que jamás había demostrado, aún había buenas razones para felicitarles, dado que hasta hace poco ambas mujeres habían sido amateurs.

El Doctor fue el más entusiasta de todos, sin contar con Bingo, por supuesto, que estaba extasiado como capitán del equipo y como pretendiente. Amy se sintió más que un poco abrumada por la atención que estaba recibiendo, de modo que cuando la señora Banning-Cannon irrumpió en el bar no sólo con una sonrisa triunfante sino también con un sombrero grande y algo maltratado, se sintió aliviada.

—¿Dónde ha encontrado ese sombrero? —preguntó ella.

—¿De dónde sacaste esa pieza? —preguntó el Doctor.

—¿No es hermosa? —dijo Grimtok, entrecerrando los ojos a través de la niebla que ahora se curvaba en el aire del bar como si fuera humo.

—Ya no está de moda —dijo la señora Banning-Cannon con firmeza—. Esa no es la razón, por supuesto, por la que lo llevo puesto.

—¡No! —el Doctor se resbaló de su taburete— ¡Lo ha encontrado!

—En realidad, Doctor, he encontrado al ladrón —la señora Banning-Cannon retiró la enorme, si bien desaliñada, pieza de trabajo creativo de sombrerería y la arrojó descuidadamente a la barra—. Con el sombrero —se giró dramáticamente, apuntando con el dedo al joven, el hombre que la había seguido por la puerta—. ¡Ahí está! Nuestra serpiente en la hierba. La víbora que hemos estado sujetando junto a nuestro pecho. La corbata en el ungüento.

—Juro, señora Banning-Cannon, que la única razón por la que fui fue porque, porque yo... yo... yo... —Hari Agincourt daba la impresión de un perro cuyas huellas habían sido descubiertas en la mejor colcha.

—No se quede aquí dirigiéndose a mí como un marinero tartamudo, señor —siseó la furiosa matrona—. ¡Le atrapé con las manos en la masa!

Ella dio un paso hacia él. Hari se estremeció.

—Honestamente, la única razón por la que estaba fuera de vuestra puerta fue porque no pude encontrarlos. Estaba a punto de llamar cuando...

—¡Mentiroso! Salía usted de nuestros apartamentos donde había usted dejado el sombrero con la esperanza de que no le descubrieran con él.

—Esperad un momento —el Doctor sacudió la cabeza, desconcertado—. ¿Le han devuelto el sombrero, señora Banning-Cannon?

–No es que el sombrero ya tenga la menor importancia. Atrapar al ladrón, sin embargo, sigue siendo un problema. O lo era antes de que lo atrapara.

–¡No era por eso por lo que estaba allí! –declaró Hari desesperadamente.

–¿Qué otra razón tendría usted para estar allí?

–¡Había venido, viejo y apestoso murciélago, a pedir la mano de su hija Jane en matrimonio! –Hari se detuvo, frunciendo el ceño. Se preguntó si había expresado su respuesta tan diplomáticamente como podría haberlo hecho– Quiero decir...

Pero Flapper se había arrojado a sus brazos. Aunque ella no dijo las palabras “¡Mi héroe!” estaba bastante claro que era lo que estaba pensando. Y por una vez en su larga vida en el asiento de conducción metafórico, la heredera de los trillones Tarbutton se había quedado sin palabras.

En este punto feliz, el señor Banning-Cannon entró en el bar, con la mano sujetando firmemente el cuello hecho a medida de una elegante pieza de color azul real de un traje femenino que contenía a una mujer que luchaba con el cabello rígido y rubio y que el Doctor reconoció de inmediato.

–Vaya, lady Peggy –dijo–, me preguntaba si aparecerías, por así decirlo, con la luz cambiando tan rápida e inesperadamente todo el tiempo. Ella, señoras, señores y otros, es mi antigua antagonista, Lady Peggy Steele, la ladrona invisible. La lógica te ha estado apuntando con su firme dedo durante bastante tiempo, lady Peg. Me alegra que hayas decidido hacer lo correcto y devolverle el sombrero a la señora Banning-Cannon. Mm. Bonito perfume.

Enola Banning-Cannon, sin embargo, estaba boquiabierta con Hari Agincourt y su hija.

–¿Ha dicho usted “matrimonio”? –preguntó ella.

–Así es –dijo Hari.

–Lo prohíbo absolutamente –pronunció el penúltimo de las Banning-Cannons, y, con el aire orgulloso de un acorazado recién lanzado ávido de negocios, salió del bar del salón.

–En realidad –murmuró el Doctor desde su esquina del bar–, Amy puso el sombrero allí siguiendo mi petición. Finalmente encontré a Lady Peggy después de buscarla durante años. Supuse que tenía que estar aquí en alguna parte. Pero me temo que ella sólo robó el sombrero la segunda vez.

–Entonces, ¿quién lo robó la primera vez? –quiso saber Flapper.

–No tengo ni idea, me temo. Bueno, tengo una sospecha...

–¿Y por qué lo robó ella? –preguntó el señor Banning-Cannon, que estaba comenzando a enfadarse con Lady Peggy. Disculpándose, él le soltó el collar. Lady Peggy se encogió de hombros y su chaqueta recuperó la forma, tiró de su parte inferior, y una vez recuperada su dignidad, se quitó el bolso del

brazo. Lo abrió, sacó un compacto rosado y se añadió un poco de polvo a la nariz y las mejillas.

–Porque estaba convencida de que la maldita Flecha estaba oculta en él –anunció ella–. Olía a algo. Parece que cometí un error. Me despistaste, vaya si lo hiciste. Casi nunca me equivoco.

–¿Cuánto iba a darte Frank/Freddie Force por ella? –preguntó el Doctor, mirando fijamente un póster de un picnic en Flynn.

–No habíamos acordado un precio exacto –respondió ella mirando al Sr. Banning-Cannon.

–Entonces, ¿dónde está ahora? –preguntó el Doctor.

–Donde sea que la hayáis escondido, Doctor –Peggy se dio unas palmaditas en la parte posterior de su peinado de manera tranquilizadora.

–Yo no la escondí exactamente –dijo–. Pero deberíamos descubrirlo a tiempo, estoy seguro.

CAPÍTULO 24

LOS CIELOS SE LLENAN

POM'IK'IKI ESTABA DEMOSTRANDO SER UN jugador bastante constante y difícil de desplazar. Incluso el experimentado tiro al arco de Hari no podía hacerle frente, y era un poco desastre ver a Hari bajar a 8 gracias a la hermosa captura de Kali-Kali en el lado derecho. Sum'in, el esquivo Cairene, tomó la golpeadora a las once en punto cambiándose por W. G. Grace justo después del almuerzo. Tenían 42 contra los 87 de los Visitantes y todo tenía buena pinta para los Caballeros hasta que Grace sacó su preciado arco que parecía un Sumatan 50x para Bingo, aunque casi con seguridad lo había modificado. El Doctor también admiraba el arco antiguo. Pudo ver por qué ella había sido tan quisquillosa con su protección en el viaje hasta allí. Colocando un extremo contra su pie, mostró su gran fuerza cuando lo inclinó hacia adelante para dispararlo, luego caminó con firmeza sobre el terreno de juego, con la mano levantada para reconocer a sus muchos fanáticos que gritaban desde las gradas.

Justo cuando W. G. alcanzó el punto de referencia, el sol resplandeciente se ocultó con un leve suspiro, cayó una fuerte lluvia por unos momentos y luego se detuvo.

Los árboles se mecían a lo largo del horizonte como una procesión funeraria en la profunda bruma púrpura. Los rayos de luz blanca y amarilla, como pilares que parecían tan sólidos, se extendieron desde detrás de los árboles y se deslizaron hacia abajo para abrir paso a Miggea, empujando el globo negro y plateado hacia el aire y causando una horrible ronda de náuseas en todos, excepto en el Judoon, que había anticipado el fenómeno y tomado pastillas para ello. Haciendo caso omiso de todo esto, Grace puso flecha tras flecha en los golpeadores, el lado y los guardianes contrarios, llevando lentamente la puntuación a algo con lo que los Caballeros podrían vivir. Al final de la partida, Grace no estaba fuera de juego y el resultado era de 89 a los 90 de los Visitantes: se les había otorgado puntos extra después de las decisiones de los árbitros sobre una flecha dividida y una captura de fuera de juego. Quedó claro para todos que el partido del día siguiente sería crucial, asumiendo que había algo parecido al día siguiente cuando Cambiante se movía a través del multiverso trayendo increíblemente buenas exhibiciones de luces, árboles en movimiento y arbustos de júpiter de energía primordial que todos hicieron todo lo posible para evitar.

Luego vino un sonido ensordecedor de lo que parecía ser el núcleo del ser del planeta. El sol comenzó a cantar una canción salvaje que enviaba ondas de música, visibles en el aire que respiraban.

El mero hecho de respirar hizo que absorbieran algunas de las notas hasta que, por fin, prácticamente todas las criaturas vivientes del planeta estaban agregando su canción a las complejas armonías y el cielo estaba lleno de planetas: planeta tras planeta que se extendía hasta hasta el infinito, el sol

se plegaba. uno en otro, más y más grande y al mismo tiempo más y más pequeño. Observaron cómo una gran extensión de cuajada verde-blanca se curvaba alrededor de una esquina y desaparecía. El Doctor comenzó a gritar, sus brazos alrededor de Amy. Se acercó a besar al capitán del equipo porque reconoció el tentáculo por lo que era.

—Lo hemos logrado —dijo—. Estamos en el Segundo Éter. Eso es el Derrame de Mami Calamar y ... ¡mirad! —bailó a lo largo de la cubierta del pabellón, señalando. Desde el tentáculo verde-blanco emergió un pequeño y ordenado barco de vapor, batiendo sus remos contra el color salpicando, su capitán en el timón tocando una canción:

*Estamos rodando, rodando, la Rumba del Rugalador,
¡Estamos bailando a la fatalidad de la Samba que da calor!
¿Cómo va la música ahí abajo, señor Capibara?
Llena los convertidores y bailemos sin pensar en el mañana.*

Pero no era el capitán Abberley. En cambio, una cara larga e insectoide con partes de la boca en forma de V, un conjunto de gafas de sol con ocho lentes y una cresta mohicana escarlata asomó tras el timón y saludó al Doctor.

—Qué bueno verte, Doctor. Demasiado abracadabras, tío. ¿Cómo te trata la vida?

—Bastante bien, gracias, bueno, más que eso. Todo bien, ¿espero?

—No me puedo quejar, Doc. Escuché que hoy querías conseguir la Flecha y hacer un poco de truquillos de los tuyos.

—Eso espero, Joven Eso, tenemos el resto del partido para jugar.

—Estáis bastante a salvo en el centro del ser del tiempo, si no te importan los colores demasiado vívidos. Hacen que me duelan los ojos, ya sabes.

—Haz lo que puedas, socio. Y corre la voz, si no te importa. Esperaba que el capi A y los Chicos Burbujeantes tuvieran algo para mí.

—Ajá —canturreó Más-Que-Eso—. Eso explicaría la batalla. ¡Buena suerte, Doctor!

El pedaleador salió volando por el cielo.

—¡Vamos a seguir con este partido! —Sum'in, el esquivo Cairene, estaba impaciente— Esto está demasiado tenso y me estoy poniendo de los nervios.

Los dos capitanes decidieron y accedieron a seguir jugando. Sus sombras eran largas contra la caída de las constantes estrellas fugaces y los planetas reunidos a su alrededor. La bóveda del gran cielo era como un tocado ricamente decorado, imposiblemente grueso con estrellas multicolores. Aunque rodeadas por tal variedad de esferas en todas las direcciones, una sensación de calma inundó tanto el campo como el pueblo. Jugaban por la existencia de

la Creación, jugaban a un ritual el cual, por su misma formalidad, podría restaurar los mundos y las galaxias que conocían.

A medida que los minutos pasaban, el espacio inmediatamente a su alrededor se aclaró y el Segundo Éter se manifestó de nuevo, una intensa ola de grueso amarillo que era la Playa Mostaza. Y colgando en el fondo había todo tipo de navíos, desde galeones a los anticuados cohetes, desde coracles hasta botes torpedo, yates, submarinos, un bombardero Lancaster que indicaba que el comandante Wing Heidegger y sus amigos habían venido a ver qué pasaba.

—¿Han venido a ver el partido? —le preguntó Amy al Doctor.

—Oh, sí —dijo él—. Les encanta un buen partido de golpeteo. Se cambian de mano sumas muy grandes cuando apuestan en ellos.

Ella se maravilló a los cielos enojados.

—Es bonito, ¿no? —dijo el Doctor— Lo raro del Segundo Éter es la atmosfera. Porque todo está tan revertido que cualquier planeta que encuentre en el Segundo Éter no tendrá de forma natural ninguna atmosfera. El aire que respiramos está en el espacio entre los mundos. Miggea es un poco de excepción por la terraformación que se llevó a cabo antes de que se dieran cuenta lo que la estrella y sus planetas eran de verdad. Pero puedes seguir viajando en el Segundo Éter como si fuera agua y respirarlo como si fuera aire mientras que si aterrizaras en un planeta intacto necesitarías un traje espacial o estallarías y morirías.

—¿Cómo llegó toda esta gente aquí en primer lugar?

—Nacieron aquí, supongo que se podría decir. Gran parte de cada especie en el multiverso vive aquí. Por preferencia, obviamente.

—¿Y lady Peggy, la ladrona invisible? ¿Es ella de por aquí?

—No estoy seguro. Ella está aquí la mayor parte del tiempo, pero no le gusta mucho por sus robos. Ella no puede evitarlo. Cualquier cosa que vea que pueda hacer girar un centavo, la obtendrá.

—Pero, ¿cómo llegó a Peers™ y robó el sombrero la primera vez?

—Ella no lo hizo. Alguien más lo robó primero. Eso lo supimos cuando estábamos en Peers™. Seguimos experimentando estos pequeños cambios de tiempo desagradables. Cuando Lady Peggy lo robó la segunda vez, había subido a bordo con Frank/Freddie Force y sus Hombres Antimateria. Invisible, por supuesto. La dejó con nosotros cuando regresó a su barco. Ella robó el sombrero, pero se vio obligada a seguir usando la cosa horrible para que también permaneciera invisible. No podría haber hecho mucho por su moral. Creo que esta tenía que ser la cita donde se suponía que debía entregar el sombrero a Frank/Freddie. Pero el señor Banning-Cannon la atrapó primero. Esperaba que el capitán Abberley y los Chicos Burbujeantes hubieran llegado ya.

Levantó la vista hacia todas las diferentes y extrañas variedades de barcos que colgaban en el Segundo Éter. Le recordaba a los coches en un cine para automóviles se preparaban para el gran festival.

–Frank/Freddie está en un juego peligroso. Incluso en el Segundo Éter sigue siendo inseguro, no impermeable. Él podría implosionar en cualquier momento, y aquí ni siquiera tendría la satisfacción de llevarse a otros consigo. Él quiere el Rugalador, y de alguna manera lo conecta con el sombrero. Pero el sombrero también contenía algo más y la persona que lo tomó tenía ambiciones completamente diferentes.

–¿Quién es ese?

–Bueno, ¿recuerdas el olor que dejó atrás en Lockesley Hall esa primera noche?

–¡Sí! Agua de mar quemada: perfume...

–Eso es. Bueno, uno es el olor de...

–¡¡¡ELIMINADO!!!

Un poco de juego de un Judoon y un centauro en el campo, y otra de las Visitantes se arrastró fuera del campo con un aspecto miserable.

–Los Chicos Burbujeantes eran cruciales en la búsqueda del sombrero porque, por alguna razón, probablemente debido a su nacimiento en el Segundo Éter, pueden ver lo invisible cuando otros no pueden.

Amy se veía un poco satisfecha.

–Eso lo he averiguado.

–Y también tú fuiste inteligente. ¡Bien jugado, ese Judoon!

Y así continuó el juego. 210 para 8 en el tablero de Visitantes a la hora del almuerzo y 198 para 6 en el de los Caballeros. Podía pasar cualquier cosa.

CAPÍTULO 25

GOLPE DEL DOCTOR

EL DOCTOR SE ENCONTRÓ con su arco estirado y sus primeras doce flechas en el carcaj preparadas para ser disparadas con un Judoon en el otro extremo. Amy volvía a estar y Jane estaba en la defensa. Aunque el Doctor se comportó bien, con flecha tras flecha enviadas a los curanderos de los Visitantes con una habilidad infinita, no pudo anotar más que la extraña defensa. Pero cuando el Doctor fue capturado ABW, en la cuarta entrada, sintió que había hecho todo lo posible, aunque su mejor esfuerzo no había sido lo bastante bueno. Amy parecía bastante agotada y Flapper estaba un poco sombría y enfermiza. Afortunadamente, se llamó al almuerzo y los jugadores entraron en tropel en el pabellón.

—Lo siento, Bingo —dijo el Doctor mientras subía los escalones con cansancio.

—Ni un poco, amigo, ¿qué? Has roto su carrera. ¡Todo lo que tenemos que hacer ahora es aprovechar las ventajas que nos has dejado!

Después del almuerzo, Bingo se colocó en el arco y a Grace en la defensa, una buena estrategia con sólo unas pocas horas para el final. Resultaron ser un dúo decididamente dinámico. Fue el mejor momento de Bingo. Y cuando no estaba demostrando una excelente habilidad con el arco, W.G. Grace se encargaba. Los Visitantes nunca tuvieron la oportunidad. Fueron sorprendidos por la sorprendente habilidad de Grace. Flecha tras flecha chocó contra las defensas, dejándolos como poco más que montones de heno envueltos hechos jirones. El capitán de los Visitantes puso a sus mejores deportistas, pero fue inútil. Las puntuaciones de Grace avanzaron implacablemente. Esa voz compuesta de ébano y marfil resonó victoriosa.

En lugar de quedarse para observar lo inevitable, el Doctor llevó a Amy detrás del pabellón donde el capitán Brian Abberley se reunió con ellos, sin embargo, con los Chicos Burbujeantes y su barco *Ahora Las Nubes Tienen Sentido*.

—¡Qué bien, Doctor! Y buen día para ti, muchacha. Lo mejor que he visto en muchos años. Todos estaremos allí para ver la final. Hubo una época en la que no fui tan malo en el buen y viejo Golpeteo. De cualquier forma, tendremos esa carga cerca del juego, Doctor. Tendrás que confiar en que nosotros lo hagamos.

—Te espero, capitán. Depende mucho de ti y de los chicos.

Mientras caminaban de regreso bajo aquel cielo tembloroso, resplandeciente y enojado, el Doctor le dijo a Amy:

—Entonces, ¿fuisteis tú y el capitán Abberley los que le pusieron la trampa a la vieja Lady Peg? —Amy parecía engreída— El señor Banning-Cannon la atrapó justo después de que los Niños le quitaran su diadema de invisibilidad.

El Doctor se echó a reír.

—Debió llevarse ese sombrero a donde quiera que fuera. Estaba tan segura de que el Rugalador estaba en el sombrero y se lo había prometido a Frank/Freddie a cambio de un precio. Estaba decidida a conseguirlo. Se reunieron en Venecia poco antes de que llegara el *Paine* para rendir tributo. Descubrieron dónde estaba el mapa estelar que estaban buscando: en manos de un anticuario que pudo llevarlo al *Paine* antes de que lo atraparan. Necesitaban llegar al barco de Carahierro y convencerlo de que uniera fuerzas con ellos para encontrar el Rugalador, una vez que Frank/Freddie y compañía estuvieran seguros de que no estaba en el sombrero o en Venecia. Lady Peggy todavía pensaba que el sombrero contenía algo de valor, pero no estaba segura de qué. Cuando Frank/Freddie subieron a bordo del *Paine*, Lady Peggy subió con ellos. Cuando se fueron, la dejaron atrás, que es así como pudo subir al *Gargantúa* con el capitán Cornelius. Ella vino a Flynn con nosotros, también. La última pista fue cuando los robots contaron un pasajero adicional en la gabarra. Podía sentirla, pero no verla. No me había permitido averiguar quién era y cómo había sido la segunda persona en robar el sombrero. El Rugalador no estaba en el sombrero, pero sí algo más, dándole esa forma básica de araña que originalmente asustó al señor Banning-Cannon. Eso, por supuesto, era el...

Doblaron la esquina del pabellón. Amy gimió en voz alta cuando vio el marcador. W.G. estaba eliminada, ciertamente durante un siglo y medio, pero no tenían otros jugadores de su clase para sustituirla. W. G. pisó desoladamente de vuelta al pabellón. Malhumoradamente, le entregó su arco a Bingo cuando pasaban por los escalones del pabellón.

—Ten, a ver si te trae más suerte de la que me ha traído a mí.

Los Visitantes se acercaban con una combinación de suerte y buen juego. Bingo parecía agobiado mientras aceptaba gentilmente el préstamo de W.G. de su hermoso y antiguo arco. Se detuvo cuando subieron Amy y el Doctor.

—Estamos un poco en un lugar complicado, amigos. Soy el último arquero y tenemos que marcar 75 para tener alguna posibilidad de ganarles. Deseadme suerte.

Bingo comenzó con un tiro tremendo. Puso a Pom'ik'ik el Aldebarán fuera para el 27. Jill Jay bajó al lado durante 18, luego Pilliom Rekyá salió por un pelo. El Doctor y Amy se fueron brevemente para tomar un trago rápido y conversar en el pabellón.

Regresaron al juego a tiempo para ver a Bingo perder un espléndido tiro directo al lado de los Visitantes. Otra puntuación de Flapper en la defensa obtuvo un tremendo 10 automático.

Incluso la señora Banning-Cannon había salido para mostrar un interés mucho mayor por el juego y estaba animando a los Caballeros.

—Cuando llegue el momento de otorgar la Flecha de la Ley, por supuesto cumpliré con mi deber —declaró—, pero no me sorprenderá si los Caballeros pierden.

Bingo, consciente de lo mucho que dependía de él, estaba disparando como un demonio. Defensa después de defensa cayeron bajo sus flechas implacables. El arco que le había prestado W.G. lo estaba ayudando a realizar una hechicería muy por encima de su habitual tiro con arco. Twang, golpe. Twang, golpe. Sólo de vez en cuando ahora era Tarkus, un golpeteador de cuatro brazos incansables de Thark, capaz de entregar un fuerte golpe y mantener a raya el momento de la derrota.

Lentamente, el puntaje de los Caballeros aumentó, ayudado por algunas buenas capturas y retornos una vez que Bingo puso a Amy y a los otros mejores campistas.

Pero Bingo estaba cansándose. El día era cálido y el calor impregnaba al conde de Sherwood. Una flecha tras otra encontró su objetivo y luego, Lockesley a Tarkus. Tarkus golpeó un fácil 7. Pond, en los lugares más lejanos, saltó hacia arriba y de costado para atrapar la flecha desviada. Su mano se cerró alrededor del eje. Lo ajustó a su arco, apuntó firmemente y...

—¡Eliminado! —ella gritó su triunfo cuando su flecha acertó la diana en la máxima puntuación. El árbitro pronunció el veredicto:

—¡Trescientos ochentaaaaa!

Y todo había terminado para los Visitantes. Entre ellos, Bingo y Amy habían salvado el día. Los Visitantes fueron los primeros en correr hacia sus oponentes y los felicitaron por uno de los mejores partidos que se hubieran jugado en cualquier lugar.

Desde todos los lados de la cancha, tanto de los espectadores como de los jugadores, llegaron vítores salvajes. El júbilo exultante no se detuvo. El tiro con arco había sido impresionante; la defensa de las dianas y el juego de medio campo no mejorarían durante muchos años. El Doctor tenía las manos metidas en los bolsillos y estaba dando vueltas de un modo idiosincrásico, silbando y canturreando, cantando en voz baja. "Ganamos la copa / Ganamos la espada / Ganamos la vara / Ganamos la palabra". Miró expectante hacia el cielo. La gran estrella Miggea proyectaba largas sombras sobre el campo de la tarde y brillaba como un índigo profundo y cálido.

Los bots estaban preparando y decorando la mesa del banquete, mientras que la señora Banning-Cannon había desaparecido en el pabellón para emerger poco después con una creación relativamente pequeña y simple del señor Toni Woni. Estaba tan complacida con su éxito que incluso permitió que Flapper corriera hacia ella y la besara. Hari Agincourt le estrechó la mano vigorosamente.

—Bien hecho —dijo amablemente y no se estremeció ni un poco cuando Hari dio un paso atrás, su brazo ahora desafiante alrededor de la delgada

cintura de Flapper. Los desvalidos habían confundido a los corredores de apuestas.

–Justo el tipo de juego que todos amamos –dijo el Doctor–. Creo que será mejor que vayamos a recoger el premio tradicional, ¿de acuerdo?

Respiró hondo y avanzó hacia la mesa silbando la misma tontería repetitiva. Parecía tan sorprendido como cualquiera cuando el cielo detrás de la señora Banning-Cannon se volvió repentinamente brillante, tan intenso que casi se alejó de él. El Doctor dejó de silbar.

–Esto está bien, ¿no es así, Amy? –le guiñó un ojo. Luego comenzó a silbar una melodía más complicada– ¿La conoces? Duke Ellington, le vi en directo en el Apolo en... eh...

–Entonces, ¿qué está pasando? –le exigió ella firmemente.

–¿Cómo llamarías a ese color? –indicó el cielo. De repente ella, lo entendió.

–¡Oh! –dijo ella– ¡Índigo!

–¡Bingo! –dijo triunfante. Y se rió. El desconcertado capitán del equipo se volvió para ver quién lo estaba llamando. Su cabeza se giró de nuevo cuando todos los demás se quedaron sin aliento. Siguió la mirada del Doctor. La señora Banning-Cannon agarró el brazo de su marido.

–¡Oh, mira, Urquart! ¡Estaba en lo correcto! ¡El Doctor tenía razón! ¡Aquí está mi bóveda!

Una visión había aparecido justo por encima de la cabeza de la señora Banning-Cannon. Alrededor del tamaño de una pelota de fútbol, una pelota brillante y fulgurante redonda zumbaba y revoloteaba por encima. Todos observaron con asombro algo que se acercaba lentamente mientras la pelota se movía por el aire y comenzaba a descender por encima del señor y la señora B-C, antes de detenerse en la mesa.

–¿Eso es todo? –uno de los Judoon sonó decepcionado– ¿Qué es, señora? Pensaba que estábamos jugando por la Flecha de Artemisa, no la Esfera de Baco

–¡Y nosotros! –dijo el Doctor, poniéndose de pie junto a la señora Banning-Cannon– Muy decente de su parte para aceptar presentar el premio, señora B-C, pero primero creo que podemos sacarlo de forma segura –metió la mano en la bola brillante hasta el codo y sacó algo que parecía un juguete de algún tipo–. ¡Índigo!

Y en la palma de su mano, para que todos la vieran, había una pequeña TARDIS de unos quince centímetros de altura, con su pequeña luz de techo brillando en un azul intenso. La multitud observó atentamente mientras el Doctor se inclinaba y lo colocaba en el suelo.

–¡Ahí está ella! Buen escondite, ¿no te parece?

Amy no podía recordar el momento en que había estado tan contenta de verlo.

—¡Pero es tan pequeña, Doctor! ¿Cómo es posible?

—La escala está determinada por todo tipo de factores en el multiverso, ¿recuerdas? —él frunció el ceño— Siempre que puedas hacer que todo coincida en los diferentes planos, por supuesto. Pero por ahora aquí está lo más importante —agachándose, agarró la pequeña TARDIS, esta vez palpando el interior, y sacó una flecha que medía unos dos metros y medio de largo.

—¡Mirad esto! Hecha de newtonio sólido por su aspecto, el metal más raro del multiverso, precisamente porque combina todos los metales en la Creación, al igual que estas joyas que parecen estar integradas combinan todas las demás joyas de la Creación.

Brillaba y parecía temblar en la mano del Doctor. Su luz blanca y fría recordaba a la plata o platino brillaba con zafiros, rubíes, diamantes y esmeraldas, todas las piedras preciosas que existían. Los brotes de oro temblaban y crujían con la brisa. La delgada punta era muy estilizada, ciertamente no estaba hecha para matar, y el eje largo llevaba letras en un alfabeto rúnico desconocido. La Flecha de Artemisa. El Rugalador. El haz destinado a descansar sobre el punto de apoyo del Equilibrio Cósmico.

CAPÍTULO 26

LA FLECHA DE LA LEY

EL DOCTOR LE PASÓ la Flecha a la señora Banning-Cannon, que la cogió con ambas manos con un repentino respeto. Alguien se adelantó con un cojín extra, y ella colocó la seta encima. Se volvió hacia el bando ganador, que estaba agrupado y a la espera, y habló con su voz más elegante:

—Robin, Conde de Lockesley, quien llevó a su equipo, los Caballeros, al éxito contra todo pronóstico, es para mí un gran placer presentaros la Flecha Argénteo de Artemisa. Muy bien jugado, todos vosotros.

Cuando Bingo, en nombre del equipo, dio un paso adelante para recibir la flecha, a Amy le pareció que todo el multiverso brillaba y latía en el cielo en celebración. Irrumpieron enormes aplausos de todos los partidarios y miembros del equipo. Todos, incluidos los Visitantes y los Turistas, pensaron que los Caballeros merecían su victoria. En los cielos circundantes del Risco Mostaza, los Ingenieros del Caos colgaban sobre las barandillas de sus remolcadores y yates de vapor y barcasas de Loondreesn a vela, con la intención de ver la ceremonia, y rugieron y aplaudieron. Amy vio a los Chicos Burbujeantes y reconoció el yate del capitán Quelch. El Doctor y Amy miraron la Flecha mientras pasaba de mano en mano.

—¡Así que aquí está el Rugalador que va a salvar a toda la Creación! —dijo Amy, un poco incrédula— Nunca lo entenderé.

—Es un truco que yo solía usar mucho. Oculta una cosa en otra cosa que quieras esconder. Puse la Flecha dentro de la TARDIS, y la TARDIS dentro de la bola antes de que marcháramos de Peers™. Era mucho más pequeña entonces. De esa manera, ambas cosas estaban escondidas con seguridad, ¿no? Ahora esperemos que podamos encontrar una manera de volver a colocar el Rugalador en su lugar. Sólo tenemos una oportunidad con eso. Lo que hagamos a continuación, si tenemos éxito, se reproducirá en todo el multiverso, ya que nuestra historia se volverá a contar de alguna forma para siempre. Pero, si fallamos, por supuesto, ese es el fin de todos nosotros. Y todas nuestras historias...

Con un poco de impaciencia, Amy dijo:

—¿Vas a hacerla más grande? ¿O nos encogeremos, o qué?

Él se avergonzó.

—Esa es una pega que no había anticipado —dijo—. Debería haber vuelto a su tamaño normal cuando la saqué de la esfera.

—¿¡Quieres decir que estamos atrapados aquí!?

—Sólo hasta que volvamos al universo que dejamos. Debo admitir que pensé que Miggea podría mantener todas sus características y permitirme

devolver la TARDIS a su tamaño normal. Creo que podría haberme equivocado...

—¿Estamos atrapados aquí hasta que Miggea regrese a nuestro propio espacio-tiempo? ¿Cuánto tiempo es eso?

—¿Hora local o nuestra hora? —se rascó la cabeza.

—¡Oh Dios! —miró las personas vitoreando— Así que estamos atrapados aquí. Tal vez por el resto de nuestras vidas.

—Tal vez... —estaba empezando a parecer un poco astuto— Pero no podemos irnos de aquí, de todos modos. Tenemos cosas que hacer.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer ahora? —su mirada de disgusto habría hecho que un banth barsoomiano gimiera de vuelta a su cueva.

—Estamos esperando al capitán Abberley y los Chicos Burbujeantes. Se han puesto en marcha para capturar a Quelch. Verás, ellos...

Bingo llegó corriendo, con la seta en mano, sonrojado de placer e irradiando confianza.

—¡Vaya, Amy! ¡Habéis estado genial jugando hoy! ¿Puedo tener una palabra rápida con vos?

—Bueno, estamos un poco ocupados, Bingo.

—Venid aquí, donde podamos estar más tranquilos.

La tomó del brazo y la atrajo hacia la sombra del pabellón.

—Veréis, no iba a decir nada hasta un poco más tarde, pero estoy en las nubes en este momento y es probable que mi nervio estúpido no se mantenga, así que lo estoy haciendo mientras la cuerda de arco está tensada, por así decirlo. Sólo soy un campesino que está interesado en los deportes del arco y las flechas, ¿sabes?

Ella había estado temiendo este momento, esperando evitarlo.

—Bingo. Eres tan dulce y valiente y eres muy, muy amable...

—Entonces hay algo de esperanza... quiero decir, ¿lo harías?

Ella sonrió, todavía esperando desviar lo que venía.

—¿No te unirás al baile? —añadió ella, citando a Carroll— Lo siento, no conoces a Alicia, ¿verdad? Es una tontería.

—Amy. Esto no es una tontería —gorgoteó Bingo. Él tocó su arco. Parecía estar ofreciéndole la Flecha Argétea. Le dio una patada feroz al suelo—. Me pregunto si os gustaría ser la próxima Lady Lockesley. Vivid este espectáculo que es la vida conmigo —miró al césped que había pateado—. Ahí está. Ya lo he dicho —se quedó jadeando como un perro perdiguero que ha ido a buscar al menos tres patos de una vez. Amy ya no pudo esquivarlo más.

–Bingo –comenzó ella–. Eres un chico súper bueno. Un premio para cualquier mujer inteligente, pero... oh, querido, Bingo, me temo que no puedo aceptarlo. Verás...

–¡Oh, Dios mío! Realmente acabo de hacer el ridículo, ¿no? –Bingo estaba dando una vez más su célebre impresión de un semáforo– Ya tienes a alguien en casa o... oh, Señor, ¿no es el Doctor? Pensé que él era sólo tu jefe o algo así...

–En realidad es muy complicado y sería difícil dar una explicación completa, pero no soy libre de...

–Maldita sea. He llegado demasiado tarde, como de costumbre –Bingo pateó otro gran bulto fuera del césped–. He perdido el viejo y alegre tren, ¿no?

–¡Oh, Bingo! Eres alguien arrollador. Una chica no puede querer nada más que lo que ofreces. Eres dulce, generoso, divertido, guapo, la mayoría de las mujeres te aplaudirían.

–Pero no esta mujer en particular –dijo. Parecía más bien una aeronave perforada. El cuadro de la deflación. Ella le besó la mejilla y le apretó el brazo.

–Pues no, ésta en particular no –dijo ella–. Lo siento –se sentía muy desgraciada cuando lo vio caer. Luego, para su sorpresa, vio que el Doctor se acercaba a toda velocidad, veía a Bingo, le quitaba la flecha de la mano y seguía corriendo.

–¡Vamos, Amy! ¿Qué diablos le ha pasado? Él prometió...

Hubo un débil silbido de un silbato de vapor.

–Ahora suena a él –el Doctor se animó–. ¿Puedes verlo, Amy?'

–¡Oid! –gritó Bingo tras de ellos.

Un barco familiar asomó de repente su proa fuera de la materia amarilla circundante del Risco Mostaza. Amy reconoció el *Ahora Las Nubes Tienen Sentido* cuando el bote giró y quedó flotando anclado. Con su arco en una mano, la Flecha Argéntea en la otra, el Doctor saludó. Brian Abberley le devolvió el saludo.

–¿Cómo va, Doctor? Veo que has traído el Rugalador. ¿Vamos a seguir con eso?

Bingo los siguió por la escalera.

–Esperad, Doctor. Esa flecha...

El capitán Abberley le dio una aprobación a la Flecha.

–Eso es. ¡Nuestro viejo y dulce Rugalador! ¡Bien hecho, muchachos! –miró desde el Doctor a Bingo y a Amy– Pero, ¿eso es todo lo que tenéis? No sirve...

—¿Qué quieres decir? —el Doctor parecía totalmente desconcertado— He traído la antigua Flecha de la Ley y está incrustada con las Joyas del Caos, igualmente eternas. Es el Rugalador floreciente, chicos. Es lo que hace girar a los mundos, hace que los relojes avancen. Lo hemos estado defendiendo contra todos los interesados. Jugamos el partido de nuestras vidas para ganarlo. Justo a tiempo. Unos instantes más y todos estaremos disipando el polvo. A lo mejor. Lo hemos llevado tan cerca del centro del multiverso como nadie se ha atrevido antes, ¡y nos dices que es inútil!

—No he dicho que fuera inútil, Doctor. El escalón es la viga. La estrella es el punto de apoyo y los planetas en flor son las cacerolas. Todo encaja, mirad. Pero sólo tener la Flecha es como tener una bomba H. No es bueno sin un sistema de entrega. Eso es lo que echo de menos, viejo amigo. El sistema de entrega.

CAPÍTULO 27

CORRIENDO POR EL CENTRO

—¿SISTEMA DE ENTREGA? —AHORA EL Doctor parecía casi tan deshinchado como Bingo. Amy también estaba desconcertada— ¡Por supuesto! ¡Por eso iban tras el sombrero! —el Doctor rió en voz alta— Eso es lo que Frank/Freddie sabían que necesitaban. Y por eso hemos estado confundidos acerca de esto todo este tiempo. Estaba escondido en el sombrero. La misma Diana de Loondrees. Ella lo disfrazó. ¿Que había adentro?

Amy quedó desconcertada.

—No lo sé. ¿Encaje? ¿Plumas? ¿Anillos y cosas? ¿Botones? Y... ¡oh, guau!

—¡Exactamente! Yo lo estaba usando. Lo tenía en mis manos. ¡Y ella lo tuvo todo el tiempo! ¡Bajo nuestras narices! —el Doctor saltó por un lado del pequeño barco de vapor. Seguido por Amy y Bingo, corrió de regreso hacia el pabellón donde los jugadores triunfantes aún estaban reunidos discutiendo la victoria. En medio de estos, pavoneándose un poco sus cosas, como tenía todo el derecho de hacer, estaba la gran W. G. Grace, apoyada en su antiguo arco y estrechando las manos con su equipo y sus oponentes.

—Muy amable —dijo ella—. No pensé que podría hacerlo al principio. El arco no es realmente mi punto fuerte.

—Nunca estuviste segura, ¿verdad, W. G.? —el Doctor se inclinó hacia adelante y le arrebató el arco de sus manos desprevenidas— ¡Pero ahora que estás segura, no querrás esto! Lo necesito más que tú. ¡De hecho, todo el mundo lo necesita más que tú!

—¿Eh? ¿Os habéis vuelto loco, Doctor? —Hari Agincourt dio un paso adelante. Pero la mujer barbuda ya no tenía un aire triunfante. De hecho, parecía un poco abatida.

—Así que lo habéis averiguado, ¿eh, Doctor? —se trasladó a la barandilla del pabellón y se apoyó contra ella. Desde algún lugar cercano sonó un silbato de vapor. Su nota era urgente— Sí, fui yo. Reconocí el arco como el famoso Arco de Diana que, según la leyenda, se perdió con las Canicas Elgin y el Museo Británico hace siglos. Me senti disgustada, debo decirlo. Iba a liberar el arco de aquella terrible sombrerería cuando nos detuvimos en Loondrees. Era obsceno lo que le estaban haciendo. Planeé comprarlo, pero la señora B-C llegó primero. Ella no tenía ninguna intención, dijo, de venderlo nunca. Así que le quité el sombrero cuando estábamos en Lockesley Hall. Utilicé un manipulador antigravedad para hacerlo flotar por la ventana y hacia los arbustos. Estaba de pie debajo de la ventana de la habitación, fingiendo fumar alrededor de la esquina. Nadie me vio. Un poco más tarde, cuando todo el alboroto se hubo calmado, recuperé el sombrero de los arbustos y lo desordené un poco, quitando el arco, que se usaba como soporte para una

mera decoración, del sombrero. Había visto una foto de eso de hace años, así que sabía qué era: ¡una auténtica reliquia religiosa! Lo usó en ese ridículo sombrero, que era nada menos que una blasfemia. Nunca sabré cómo lo consiguió. Mi plan era donarlo al Museo de Tiro con Arco en Twang, en Calypso, pero pensé que lo usaría primero para ver si mejoraba mi tiro, lo cual hizo...

—Ahora lo recuerdo. Tú y los Primeros Quince recorríais las tiendas al mismo tiempo que yo —la señora Banning-Cannon estaba deslumbrada—. Sólo teníais que haberlo preguntado...

—Creo que eso es lo que Diana encontró en Venecia y se llevó de vuelta a la Vieja Vieja Tierra consigo —dijo el Doctor—. Ojalá me hubiera dado cuenta... Sin embargo, nunca hubiera venido aquí si no hubieras querido mejorar tu tiro, W. G. Supongo que tenemos que agradeceréte. Pero creo que Diana sabía lo que era el arco y cómo conseguirlo aquí. ¿Dónde está Diana ahora, señora Banning-Cannon? El capitán Cornelius podría querer saber cuándo... bueno, si... volvemos al *Gargantúa*.

—Todavía está en Loondrees, por lo que sé —murmuró, soñadora, la señora Banning-Cannon, repentinamente consciente del increíble romance en el que estaba involucrada. Su experiencia de vacaciones la había suavizado considerablemente. Amy había estado escuchando.

—Y ese debe ser el amor perdido del capitán Cornelius. Diana sabía a dónde íbamos, sabía que el viejo Carahierro probablemente lo reconocería y se lo contaría. ¿Dónde puede estar ella? ¿Aquí, tal vez? O todavía en Loondrees... esperando.

El silbato de vapor sonó de nuevo. La pareja comenzó a correr para eso, con Bingo no muy lejos.

—¡Agarraos! Voy con vosotros.

—Bueno, técnicamente, yo he pagado por ello —comenzó la matriarca. Pero ella entendió, en algún lugar de sus huesos, que esto no era realmente la respuesta más apropiada. Vio como el Doctor, Bingo y Amy subían a bordo del pequeño barco de vapor, mientras que los otros estaban boquiabiertos, todavía no del todo seguros de qué estaba pasando.

—¡Lo siento mucho! —gritó W.G. Las lágrimas corrían por sus mejillas, llenando su barba y haciéndola brillar como diamantes— Soy una idiota. No tenía idea de lo importante que era ese arco. Debería haber adivinado que por eso pensaban que todavía teníamos el sombrero. Habían olfateado el arco cuando lo tenía en mi funda.

Luego, el capitán Brian Abberley dio un último estallido de despedida con el silbato de vapor y el pequeño bote remó hacia el cielo, que cambió de amarillo a malva oscuro.

—Pastos Morados —dijo el Doctor—. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que estuve aquí!

A través de Pastos Morados, con una docena de naves, gimiendo y chirriando detrás de ellos. En la Bahía Azul Claro y así.

—¡Así que la vieja W.G. fue la culpable todo el tiempo! —Bingo negó con la cabeza. Se dio cuenta de que el señor Banning-Cannon ahora sabría la verdad. En su mente, su acción hacia Peers™ estaba desapareciendo con todos sus otros sueños. Y los sueños de los pobres Hari y Flapper, también, para el caso.

—Es por eso que se aferró a él con todas, toda s—dijo el Doctor—. Es por eso que no dejaba que nadie más se encargara de la funda de su arco. Ella confundió cualquier búsqueda, y nos confundió en el trato. ¿No es encantador? ¡Ébano y marfil! El arte de fusionar los dos en un arco se ha perdido, pero a veces se los ve representados en los antiguos jarrones y frisos griegos. El arco de Diana, la cazadora. Y la mujer que el capitán Cornelio ha buscado durante incontables años.

El Doctor pasó la mano por la longitud del arco.

—¿Qué? —exclamó Amy— Una diosa. ¿Una verdadera diosa?

—Lo suficientemente real para Cornelio —dijo. Ahora sus alrededores cambiaron a un verde brillante.

—Próxima parada, Ciudad Esmeralda —dijo el Doctor.

— ¿¿¿Qué??? — exclamó Amy de nuevo. Ella casi lo golpeó cuando se dio cuenta de que él se estaba riendo.

—Claro Verde, creo —le dijo Abberley.

Bingo estaba parado desconsolado en la barandilla mirando a un lado, mientras el pequeño bote se abría paso a través de los colores del Segundo Éter. Amy reprimió la necesidad de acercarse a él y consolarlo. Entonces ella se quedó sin aliento con asombro. Habían salido de Claro Verde hacia un lugar que olía y parecía las raíces del universo, una gran maraña de tubérculos, de color púrpura y amarillo, de oro, negro, granate y naranja. Y sobre una matriz de color verde oscuro, marrón, verde jade, carmesí, plateado, ámbar y rojo. Rosas gigantescas, rosadas, blancas, amarillas y escarlatas, se entrelazaban para formar un dosel de color que se abría en otra vista del multiverso y otra y otra, con destellos de planetas llenos de llamas, como tiaras, coronas y cetros: las joyas de la corona del Olimpo.

Y a través de todo esto, el pequeño barco de vapor siguió avanzando hasta que, de repente, los motores se detuvieron. Y hubo silencio. Debajo de ellos veían la oscuridad; una negrura tan intensa que nada podía escapar de ella. En espiral hacia ella y de ella salían hilos de vívidos naranjas, verdes pálidos, salpicaduras y remolinos de playas de color azul claro, selvas amarillas, mares anaranjados, rosados y ocre, ríos de ámbar quemado, campos de oro y brillantes.

Arce, chorros de rubíes líquidos, zafiros fluidos y fusiones de color verde negro, espuma blanca, combinaciones sorprendentes de mil sombras de verde

y los polvos parpadeantes de plata, gris polvo, peltre y bronce, todos creando un embudo a través del cual miraban hacia abajo en una negrura que absorbía el alma.

–¿Qué pasa, Doctor? –preguntó Bingo, su angustia momentáneamente olvidada.

–Estamos mirando a través del Radio Sagitario de Schwarzschild desde la perspectiva del Segundo Éter –explicó el Doctor–. Dudo que sea posible para personas como nosotros hacer esto en cualquier otra circunstancia. El corazón de allí abajo es el agujero negro que representa el centro de nuestro multiverso y todos los agujeros negros y universos en todas partes hasta casi el infinito, aunque, paradójicamente, no hay centro para el multiverso y, sin embargo, innumerables centros. Pero eso es lo que comenzó a ir mal hace milenios...

–Cuando se robó el rugalador –murmuró el capitán Abberley–. Algún maldito insensato entró allí, no preguntes cómo, y robó esa viga del fulcro que regula el Gran Equilibrio. Os agradeceré que no me lo preguntéis, porque no puedo explicarlo. Pero eso es lo que se precisa de nosotros.

–Porque no estamos hablando sólo de física –los ojos del Doctor brillaban con curiosidad fascinada–. Es la metafísica. Es la única forma en que podemos entender la realidad. Y ambos están representados por la mitología, por leyendas, por el poder chamánico de la humanidad para contar una historia que es una mentira absoluta debajo de la cual se esconde una verdad absoluta. Vida y Muerte, Ley y Caos, Materia y Antimateria. ¡Qué especie! Un poema crea una fórmula. Una fórmula se convierte en material. Y así sigue. Y ahora uno de nosotros debe cumplir con su deber.

–Y disparar esa flecha al corazón del agujero negro –dijo el capitán Abberley–. Probablemente dependa de mí, ¿eh?

–No lo creo, capitán –dijo el Doctor–. Soy yo el que nos metió en esto. Yo soy el que tiene que lanzarla.

–Corrígeme si me equivoco –dijo el capitán Abberley–. He visto lo que le pasa a cualquiera que entre en el Radio de Schwarzschild. ¿No sería una muerte instantánea, muchacho, disparar esa flecha allá abajo?

–No necesariamente –dijo el Doctor. Se agachó para recoger un largo rollo de cuerda que el capitán Abberley había traído a cubierta. Ató un extremo de la cuerda a un cabrestante–. Mira, si podemos disparar la flecha con la suficiente precisión y garantizar una reacción mínima, podríamos ser capaces de tirarme de vuelta.

–¡Doctor! ¡No puedes! –Amy estaba realmente asustada– No me importa lo que pase. ¡No puedes arriesgarte! Soy una arquera bastante buena. ¿Por qué no...?

–No –Bingo negó con la cabeza–. No podrías hacerlo, si me perdonas por decir eso, Amy. Y no sois tan bueno como arquero, doctor. Os he visto y es

cierto que sois un disparador muy sólido, pero no excelente. Y no sabréis cómo desenvolveros una vez que estéis en esos sitios. Lo siento.

—Tengo una tabla útil de reconocimiento en mi timón —el capitán Abberley frunció el ceño—. Pero ya que...

—Bueno, es mi idea y yo seré quien lo haga —el Doctor se quitó el abrigo. Estaba temblando un poco. Le entregó el arco y la flecha al capitán Abberley—. Aguanta esto un minuto. Tendré que revisar esa tabla para estar seguro. ¿Has dicho que los encontraría en el timón?

Ante el asentimiento del capitán, corrió por la corta escalera. Un ruido repentino y amenazante surgió de la región del agujero negro. Las estrellas arremolinadas temblaron brevemente. Los hilos negros delgados se apretaban alrededor del multiverso. El Doctor parecía muy cansado mientras desaparecía por los escalones.

—¡Bingo! —la voz de Amy era un grito de angustia.

El Doctor salió de detrás del timón. Vio exactamente lo que había sucedido. Su voz se unió a la de ella.

—¡No!

Bingo estaba escalando lenta y deliberadamente por la cuerda, el arco de Diana le colgaba sobre un hombro y la Flecha de Artemisa se apretaba firmemente entre sus dientes. Tenía una mirada fija y deliberada en sus ojos y sólo levantó la vista una vez cuando Amy gritó:

—¡Bingo! ¡No! ¡Vuelve!

Él hizo una respuesta amortiguada que podría haber sido:

—Lo siento, querida.

Y luego enroscó el cable más firmemente alrededor de su pierna izquierda. Continuó avanzando hacia abajo, su imagen se agitó y creció de repente, luego se hizo más pequeña, mientras que Amy siguió llamándolo y el Doctor le gritó que no fuera tan idiota. Sólo que él no era un idiota, como todos sabían. Lo observaron mientras él parecía perder su control sobre la cuerda por un momento, la flecha se le cayó de los dientes sólo para ser atrapada por una mano experta cuando Bingo usó todas las habilidades que había aprendido para seguir moviéndose poco a poco hasta llegar a la posición.

Mientras Amy y los demás seguían llamándolo, parecía que buscaba a tientas con el arco mientras colgaba allí en su posición imposible, casi lo perdió, buscó a tientas con la flecha, tratando de encajarla en la cuerda del arco, miraba una vez más, sus ojos decían mucho más de lo que había podido decir con palabras. Amy se inclinó y agarró la cuerda, tirando de ella.

—¡Bingo! ¡No! —el capitán Abberley dio un paso adelante para ayudarla.

Debajo de ellos, Bingo levantó la vista y sacudió la cabeza. Estaba teniendo problemas para mantener la cuerda torcida a su alrededor mientras

luchaba por ajustar la flecha al arco ensartado. El Doctor agarró la cuerda para ayudar a Amy y al capitán Abberley, luego negó con la cabeza, dejó caer las manos y se inclinó sobre la barandilla para ver a Bingo, que ahora estaba atrayendo la cuerda del arco a su mejilla, sus ojos se estrecharon, fijados en el objetivo, el mismo centro del agujero negro. El capitán Abberley se había rendido. Parecía haber lágrimas en los viejos ojos del perro espacial. Volvió la cabeza.

—No. ¡No podéis dejarlo! —Amy aún sostenía la cuerda tratando de tirar de Bingo, pero el Doctor se movió de repente, la agarró de sus manos y la dejó caer a la cubierta.

—Ahora es demasiado peligroso —dijo—. Lo mataríamos a él y a todos los demás —y se sentó de repente con la cabeza en las manos—. ¡Qué idiota he sido! —se estaba regañando a sí mismo.

—¡Mira! ¡Mira, Doctor! —Amy se aferró a la barandilla, con la otra mano señalando.

Cansado, se incorporó y se unió a Amy y Abberley a su lado. Por algún truco del arrastre del abismo, todos pudieron ver a Bingo, con los pies extendidos en la nada de todo el espacio, la cuerda del arco hacia atrás con la brillante Flecha de Artemisa de newtonio, plateada y brillante, lista para disparar, el arco de ébano y marfil curvándose más profundamente mientras apuntaba con cuidado a lo largo del eje.

Luego, enmarcado por un aura oscura, Robin Lockesley, conde de Sherwood, disparó. La Flecha dejó el arco. Voló directa hacia la mitad del agujero negro. A medida que volaba, se hizo cada vez más larga y más larga, hasta que no fue más que una delgada barra de luz plateada, se hizo más delgada y más larga hasta que tocó, luego perforó el centro exacto de la esfera negra. Sin pensarlo, Amy corrió hacia la barandilla y volvió a agarrar la cuerda con todos los músculos tensos. Se aflojó...

Llorando, tiró de la cuerda, la arrastró, pero todo había desaparecido, entró en lo que el poeta mercuriano Stark llamó el Lago de los que se han ido para siempre. Flecha, arco y arquero. Vivo por la eternidad. Muerto por la eternidad. Consciente por la eternidad. Todo se había ido

El pequeño barco de vapor se balanceó y zarandeó. La atención del Doctor cambió y corrió de vuelta a la timonera, esta vez para ayudar al capitán Abberley a mantener el barco en orden. La cuerda se retorció y se retorció como una serpiente moribunda hasta que, corriendo de nuevo para empujar a Amy a la seguridad comparativa de la timonera, el Doctor tiró de sus nudos apretados. La cuerda ahora amenazaba con arrastrarlos al abismo después de Bingo y la Flecha de la Ley.

—Ese debería haber sido mi trabajo —el Doctor sacó un cuchillo y cortó el último nudo. De repente, el barco se enderezó, ya alejándose del amarre. El Doctor se unió a ellos en la timonera.

—Probablemente debería haber sido tu trabajo, Señor del Tiempo —dijo el capitán Abberley—, pero el joven tenía razón. Era el único arquero realmente decente entre los tres. Además, hay toneladas de Bingos en el multiverso, pero sólo un Doctor.

CAPÍTULO 28

EL MULTIVERSO RESTAURADO

RODEADO DE UNAS RESTANTES NUBES DE VAPOR BRILLANTEMENTE colorido, sus motores tosiendo y chirriando, el pedaleador salió de los pastos y los horizontes del Segundo Éter hacia la deslumbrante paz carmesí de la Cueva Ketchup. El capitán Abberley daba una imitación decente de Humphrey Bogart en *La reina africana*, con su gorra blanca y sucia en la parte posterior de la cabeza, un trapo aceitoso en la mano y una gran sonrisa en los labios. Los ojos de Amy le dijeron a Flapper lo que le había pasado a Bingo.

–Lo siento mucho –dijo Amy–. Bingo iba a hacer que Hari fuera un lord o algo así, y tú ibas a tener un poco de tierra y ser rica... –pero, antes de que Flapper pudiera decirle que su fortuna no era nada en comparación con la pérdida del viejo Bingo, Amy sintió que sus ojos rebosaban de lágrimas. Entonces Flapper lloró con ella. De hecho, hubo muchas emociones expresadas esa noche cuando el Doctor regresó al pabellón para asistir a un velatorio de Bingo. El Doctor les dijo con orgullo que el viejo y querido Robin “Bingo” Lockesley había salvado la Creación, buena y mala, dulce y amarga, fea y hermosa, todo desde el centro hasta el Borde, de arriba a abajo, de lado a lado. En resumen, el cuasi infinito ya no estaba bajo la amenaza de una muerte temprana y/o de una transfiguración.

–Bueno, qué bien para Bingo –dijeron muchos de sus amigos, bebiendo cervezas reflexivas. Además de sentir pena por su fallecido capitán, ahora estaban preocupados por cómo iban a salir de los Mundos Fantasma y regresar a sus diferentes hogares. Todos habían asumido que las gabarras del *Gargantúa* simplemente los devolverían a la nave nodriza, si fuera necesario con la ayuda del Doctor. No era una perspectiva particularmente alegre, muriendo de vejez en un planeta primitivo con sólo los programas más básicos de salud y entretenimiento.

Amy lo había adivinado en primer lugar. Ahora estaban varados en Miggea, experimentando el constante desplazamiento del sistema a través de cientos y miles, posiblemente millones, de universos alienígenas hasta que la órbita los devolviera a su punto de partida, lo que bien podría ocurrir después de que muchos de ellos estuvieran muertos, al no haber criogenia sofisticada. Los lugareños, acostumbrados al aislamiento, estaban preparados para la experiencia y, aparte de las náuseas que acompañaban a un cambio, tenían pocos cambios de los que preocuparse. Esto se sumó a la tristeza general de los equipos y arruinó el placer de un partido bien jugado y ganado, salvando al multiverso del olvido.

–Quiero decir, no era divertido hacer esa primera transición –Uff Nuf O'Kay sorbió una cerveza de mal humor–. Tengo el estómago débil. El pensamiento de mil más es bastante insoportable.

Observó sin arrepentimiento cuando un felino de algún tipo aparecía a través de una pared y pasaba junto a él hasta otra.

—No todos los días envidio las habilidades de un gato —Amy todavía estaba llorando por Bingo y se preguntaba si de alguna manera no sería la culpable de su muerte, a pesar de que el Doctor seguía asegurándole que el acto de autosacrificio de Bingo había salvado al multiverso. Había hecho lo único sensato, si valía la pena el ahorro de multiversos. Flapper se sentía culpable preocupándose por el estado de Hari y al mismo tiempo sentía una profunda tristeza por la pérdida de Bingo. Cualquier acuerdo que el señor Banning-Cannon hubiera hecho con Bingo ahora era definitivamente nulo e inválido.

—Aunque, por supuesto, si no hubiera sido por Bingo, en realidad no habría un futuro del que preocuparse —pero las cosas todavía parecían un poco sombrías. Si estaban condenados al exilio permanente en este planeta provincial, tal vez todas las apuestas, por así decirlo, se hubieran cancelado. Tenían un nuevo comienzo, sembrando la tierra virgen de Flynn. Le llevaba mucha energía, reflexionó ella, poder mirar el lado positivo. Esa noche, el cielo se convirtió en capa sobre capa de realidades complementarias, una encajando en la otra, una sombra coloreando la siguiente, un aura ardiente en otra y todas emitiendo un ruido débil y distante, porque el sonido realmente viajaba a través del espacio entre los mundos del Segundo Éter mientras que los planetas de Miggea habían estado en silencio antes de la terraformación.

En espiral en todas las direcciones y dimensiones posibles, el tapiz de los mundos apenas podría ser absorbido por los sentidos humanos. Amy pensó que la paz que descubrió en presencia de tantos mundos era el más profundo que había experimentado jamás, precisamente porque esos otros mundos estaban llenos de vida y la gente era igual a la que ya conocía. Toda la vida a lo largo de millones de universos apoyados personas y lugares muy iguales a la suya, dada una diferencia menor o dos.

Ese conocimiento trajo consigo un sentido de continuidad. Eso significaba que en algún lugar, tal vez, a unas cuantas versiones de la realidad, todos los demás Bingos que no habían participado en esta singular aventura estaban disfrutando de una taza de té después de un largo día, intercambiando noticias con una dama a la que llamaba “cariño” y a quién llamaba “tonto idiota” y con quien tenía entendimiento. Aquí en Flynn, donde se había jugado el partido más importante en la historia de la existencia, tanto los residentes como los recién llegados planeaban formar un club y construir algún tipo de monumento a Bingo. Todos le recordarían cuándo, al mirar hacia el cielo donde ardía un sol negro, verían una larga y delgada lanza plateada deslizarse hacia el lugar donde se balanceaba el Equilibrio, entre la Ley y el Caos, el Amor y el Odio y todas las demás fuerzas opuestas que determinaban la existencia de la Creación. Y, por fin, de nuevo en su lugar, ese viejo Rugalador, el regulador del gran motor del espacio y el tiempo y de todas las diversas abstractas que, gracias a nuestro amor por el mito, se convierten rápidamente en realidad, reanudaron su movimiento constante. Las mareas negras ya no corrían por el universo. Arlequines y pierrots en la sombra ya no bailaban sobre las ruinas de

innumerables realidades. El multiverso podría volver a su majestuoso ciclo natural.

Esa noche, mientras el cielo estaba lleno de estrellas alienígenas, los Chicos Burbujeantes, esos muchachos mimados y engrasados, los tres chavales alegres, rebotaron para saludar a su viejo capitán, el capitán Brian Abberley, con silbidos y una canción para mostrar a quiénes todavía estaban atrapados en una gruesa burbuja de color rosado: nada menos que el General Frank/Freddie Force y sus ceñudos Hombres Antimateria, que se había vuelto en contra de sus líderes por errores de juicio y culpaban a esta última ignominia también a ellos. Se enfurecieron y pelearon dentro de la burbuja, como hámsters de varios colores. El tiempo vuelve a doblarse, decidió el Doctor. Compartieron el disgusto invisible de Peggy por sus fracasos y se alegraron de que General Force tuviera su merecido, incluso si tenían que sufrirla con él. Un sentido de justicia ahora infectaba el multiverso. Los gemelos Force y sus seguidores pronto comenzarían el mismo arco a través del Radio de Schwarzschild que Robin de Sherwood había hecho cuando restauró el Rugalador, que podría cambiar de forma para preservar su existencia, que mantenía el orden de la eternidad y que empleaba a los mortales. en su y por lo tanto propia salvación. Ahora, Force y compañía estaban condenados a vivir para siempre en ese momento entre la vida y la muerte.

El Doctor escapó por los pelos al destino de Bingo, pero sabía en sus huesos que el disparo único en esa espiral en constante movimiento hubiera sido casi imposible para cualquier persona, excepto para Bingo. Se había vuelto bastante filosófico a mitad de su jarra de Agua del Vórtice y decidió que era mejor que se retirara a la cama. Toda esa emoción podría hacer envejecer siglos a uno. Se puso en pie y estaba a punto de decir buenas noches cuando un retumbante fresco y penetrante sonido llenó los cielos y se unió a los otros que salían corriendo del bar para ver qué estaba pasando.

Una sombra enorme borraba las estrellas. Unos pocos puntos de luz brillaban en esa enorme forma. Enmarcado contra el disco azul profundo del sol poniente, estaba anclado en la estratosfera, amenazando al mundo, ya no se movía. Esperando. No pasó nada. Otro chorro de chispas de bronce y plata estalló, se desvaneció, lo suficiente para que pensaran que podrían haber reconocido la forma.

—¿Podría ser lo que pienso? —la voz del Doctor era baja, incrédula. Amy lo agarró del brazo, como si temiera que se cayera.

—Podría ser... —dijo Hari, igualmente reacio a poner en voz alta sus pensamientos.

Una pausa cósmica.

—Vamos a dar un paseo por el campo de aterrizaje por la mañana —dijo el Doctor—. ¿Mm?

—Buena idea —dijo Amy. Efectivamente, cuando llegaron a la pista de aterrizaje a la mañana siguiente, allí estaba, como si hubiera navegado desde

el cielo, una ligera neblina surgiendo de sus cubiertas y mástiles, desafiando la gravedad de un millón de mundos y montando los vientos del cielo lejano. ¿Cómo había podido navegar aquí? ¿Cómo resistió el tirón del agujero negro para poder realizar esta hazaña casi imposible? Nadie lo sabía, pero se trataba de una excelente nave espacial y un instinto para el multiverso que sólo unos pocos poseían. Miraron a su alrededor. Dos botes negros y de latón ya habían aterrizado en el campo espacial, uniéndose al otro hermoso navío espacial de vapor, con latón y plata brillantes, en el aire fresco del amanecer, en lo alto, con sus velas recogidas, yacía el clíper estelar. De alguna manera, el *Paine*, de entre todas las naves, había arriesgado los horrores del espacio intermultiversal. Ella había logrado navegar a través de las escalas del multiverso y encontrarlas, siguiendo el curso del Sistema Fantasma, una hazaña nunca realizada hasta ahora. Para encontrar una aguja en una pila de agujas. Aquí estaban sus gabarras de pasajeros, a la espera para sacarlos de allí. Y allí, delante del trío de barcos, había una figura alta con un uniforme azul marino y dorado que se quitaba la gorra y hacía una reverencia. Amy se preguntó cuál sería su expresión detrás de esa máscara de hierro frío.

Ella imaginó que él estaba sonriendo ante su asombro. Ahora, al menos, ella entendía por qué había exigido el collar a bordo del *Gargantúa*.

Dos horas después, se estaban preparando para el despegue. Cuando todos se acomodaron en sus asientos, el capitán Cornelius había disfrutado de una pequeña cerveza y un buen desayuno y, desde su asiento frente a Amy, le ofreció el collar celestial que estaba en la palma de su mano que ya no se movía. Ella lo tomó con cautela.

—La vitalidad volverá, no os preocupéis —él había notado su decepción—. Ese collar ha hecho un buen trabajo. Y créeme que tenía en cuenta que era para devolveroslo. Era mi mapa, así como mi brújula. Así es como pude encontrar Miggea. Me costó navegar un poco y os admitiré que tenía miedo de no hacerlo, con sólo vuestro collar celeste para guiarme hacia vos. Os explicaré el resto cuando estemos a bordo —parecía saborear su nueva conciencia de lo que realmente era el collar celeste. Una hora más tarde, en su espacioso y cómodamente austero camarote a bordo del *Paine*, el capitán Cornelius explicó cómo el collar había sido suyo—. Un regalo de mi Diana. Ella quería asegurarse de que estaría aquí cuando me necesitase. Ella lo dejó en un anticuario de Venecia cuando decidió que era hora de partir, presumiblemente hacia Loondrees. Fue robado por Frank/Freddie Force cuando me visitaron. Ellos sabían lo que era, por supuesto. No hay nada estúpido o sin educación en el general Force. Eso es lo que los hace tan peligrosos. Había dejado a Carahierro el mapa para no llevarlo a ella, sino para ayudarlo a encontrar a Miggea. De alguna manera, ella sabía que él desempeñaría un papel en el drama cósmico, sabía que él los llevaría a Miggea o estaría allí para salvarlos de su abandono en Miggea una vez que hubieran cumplido su tarea y utilizar el Arco de Diana para disparar la Flecha de Artemisa en el corazón del multiverso.

—Tengo que decir que hiciste un trabajo maravilloso, dirigiéndote a través de todos esos sistemas diferentes para llegar a nosotros —dijo el Doctor—. Incluso con ese mapa y brújula es muy complicado. Calcular todas esas órbitas

dentro de órbitas requiere habilidades matemáticas más allá de la mayoría de nosotros. Ruedas dentro de las ruedas dentro de las ruedas... –levantó su vaso en señal de saludo– Nos hubiéramos quedado aislados en Miggea durante toda la vida si no lo hubieras averiguado. Gracias, capitán.

El capitán Cornelius hizo una reverencia en reconocimiento.

–Ruedas dentro de las ruedas, como decís, Doctor. Sombras de sombras. La autosimilaridad es la clave para todos, ya que todas nuestras acciones se reproducen a lo largo del multiverso. Resonancias, ecos...

Y, como observó el Capitán Cornelius cuando hizo sus planes de visitar a cierta sombrerera en el viejo Loondrees, viajando como de costumbre con su alias, le ahorraría a Lady Peggy el castigo planeado. Después de todo, ella realmente lo había ayudado a descubrir a su Diana perdida y, con W.G. Grace, quien sabía más acerca de los sombreros y demás, iría con él a Loondrees para encontrar a Diana, o al menos quizás una pista reciente.

–¿No vendrás con nosotros, Doctor? –Cornelius sacó su pipa en su mano ahuecada– Somos amigos naturales. Tenemos mucho en común.

–Excepto que trato de mantener las cosas juntas. Y tú...

–Oh, ya no volveré a explotar cosas. Debes saberlo. Soy un individuo reformado.

Se estrecharon las manos. Y Amy decidió quedarse con el collar ya animado. Mientras el *Paine* se preparaba para navegar de regreso a su propio espacio-tiempo donde les esperaba el *Gargantúa*, Hari y Flapper se volvieron cada vez más sombríos. La muerte de Bingo, aunque era la peor calamidad que pudieron imaginar, definitivamente había destruido su anticipada felicidad. El *Paine* comenzó su viaje de regreso a través del multiverso, fuera del Segundo Éter y en su universo de origen. Cada pocas horas tomaba otro giro enfermizo en una realidad única hasta que, demasiado pronto, emergieron por fin bajo estrellas familiares tendidas contra la oscuridad del espacio-tiempo normal donde el *Gargantúa* esperaba para llevarlos a casa. Ahora se acercaba el momento de la despedida.

Flapper ya no escondió sus lágrimas y la espalda de Hari se volvió más y más rígida mientras se preparaba para sus momentos finales. No había nada que él pudiera ofrecerle. Un hombre no tiene derecho a declarar su amor a una mujer si no puede pagar su propio camino, por lo menos. Flapper sabía que no podía ofrecerle ninguna ayuda a Hari, ya que no tenía dinero propio.

Además, su orgullo no lo dejaría casarse si no pudiera mantenerla. En la sala de estar de segunda clase, la noche después de que estuvieran en camino, Hari y Flapper se tomaron de las manos sobre los cuartos de jarra de VW y discutieron cómo la vida podría haber sido mucho mejor sino hubiera sido por el sutil giro del destino. Al entrar desde la cubierta de primera clase, el señor y la señora Banning-Cannon asintieron con la cabeza a los amantes, quien cada uno retenía con firmeza un fuerte agarre de la mano del otro. Pero cuando el señor Banning-Cannon convocó a Hari a su mesa y la señora

Banning-Cannon ordenó a su hija que fuera al bar, la cortesía común hizo que la pareja obedeciera. Hari inmediatamente dejó escapar sus sentimientos al negocio del magnate de la Terraformación.

—Mire, señor, no le voy a mentir, amo a su hija, pero si el hecho de que esté yo por aquí, arruina sus posibilidades de contraer un matrimonio decente...

—¡No me diga usted eso! —declaró el magnate de los planetas— Tengo algo que decirte, joven Agincourt así que no me interrumpas.

Hari respiró hondo y esperó lo peor.

—De acuerdo, señor.

—Bueno. Usted y lord Robin eran los mejores amigos, lo entiendo.

—Como hermanos, señor. Desde que éramos bebés de cuna.

—Exactamente. Y he oído que no tenía parientes, excepto un tío distante que es un magistrado en tu mundo boscoso.

—Eso es correcto, señor. Él no era rico, por desgracia; más bien dependía de su estipendio...

—Sí, sí. Bueno, podrás arreglar todo ese tipo de cosas. Iba, como sabrías, a darle a lord Robin la propiedad del planeta, total y completamente.

—Él había mencionado algo por el estilo, señor, sí.

—Del cual, entiendo, iba a darte un terreno local y un título o algo así, lo que te permitía hacer una oferta, es decir, pedir la mano de mi amada hija, Jane.

—Eh, ajá —dijo Hari.

—Muy bien —dijo el señor Banning-Cannon—. Bueno, dadas las circunstancias, y teniendo en cuenta que he tenido la oportunidad de ver cómo haces las cosas y demás, bueno, te voy a dar lo que le iba a dar el joven Bingo; pero hay una condición. Tienes que tomar algún tipo de título, preferiblemente el que Bingo no puede tomar ahora. Hari, Lord Sherwood. Conde de Hood o como se digan estas cosas. Tengo que admitir —dijo el magnate dejando caer su voz—, que tengo un motivo. Si Flapper obtiene un título, no creo que la señora Banning-Cannon se oponga al matrimonio.

—¡Dios mío, señor! —Hari estaba extasiado— ¡Qué cosas!

Con bastante fuerza, comenzó a bombear la mano del señor Banning-Cannon. Mientras tanto, en el bar, la señora Banning-Cannon le estaba confiando algo a su hija. —En todos mis días, no tuve a un hombre joven, ni a un hombre de ninguna edad, que me hiciera frente de la forma en la que Hari Agincourt se enfrentó a mí el otro día, y me di cuenta de que admiraba su calidad de mando. Por lo tanto, querida Jane, he pensado en las cosas y, si hay algún tipo de trabajo decente que tu padre pueda encontrar para el señor

Agincourt, quien, presumiblemente, según una antigua tradición, me contó mi marido, pero que no entiendo muy bien, asciende a un título, estoy preparada para darte mi bendición. En cuanto a tu dote, bueno, tengo algo bastante vergonzoso que admitirte –se ruborizó un poco y tomó un sorbo de su bebida–. Me temo que me entregué a una vieja debilidad antes de bajar a Flynn para ver el partido. Estaba, debo declarar en mi propia defensa, horriblemente aburrida.

–Dios mío, no voy a tener que visitarte en una cárcel, ¿verdad?

Los rasgos normalmente sombríos de la señora Banning-Cannon se suavizaron en una sonrisa amplia y bastante encantadora.

–¡Dios mío, no! Pero rompí cinco años de abstinencia. Me temo que le di bastante importancia a los Caballeros para que ganasen el Torneo. Como resultado, volví al *Gargantúa* para descubrir que había ganado una buena suma de espaldazules, varios millones, de hecho. Y, como no debería beneficiarme al romper mi promesa con el profesor Disch, mi psiquiatra, ya sabes, ¡tengo la intención de otorgaros toda la suma a ti y a Hari, para que podáis comenzar la vida con un bonito nidito!

–¡Dios mío! ¡Oh, mamá, eso es maravilloso por tu parte! –Flapper abrazó a su madre y la abrazó con más entusiasmo que antes– ¡Qué cosas!

Ella miró a su alrededor. El bar se estaba llenando. Hari no estaba a la vista. Tal vez había salido a por algo de oxígeno, dado su estado de ánimo. Ella fue a buscar a Amy. Amy estaba en el área de recepción, afuera de una especie de monumento antiguo que Flapper no recordaba haber visto antes. Una gran cabina azul con escritura arcaica en ella. Amy no estaba de buen humor. Flapper pensó que quizás Amy había tenido sentimientos más fuertes por Bingo de lo que ella creía. Además, por supuesto, Amy había estado con Bingo cuando se tiró por la borda.

–Me preguntaba dónde estabas –dijo Amy–. Nos iremos pronto.

–Sí. En cuatro o cinco días, ¿eh? Por supuesto.

–No iremos contigo al siguiente puerto. Nos vamos esta noche.

–Oh, esto es tipo de nave, ¿verdad? Dios, eso es horrible Amy. Te vas, entonces. En esa pequeña cosa. ¡Qué cosas! –una lágrima fresca floreció en el ojo izquierdo de Flapper.

–Me temo que esta es la última noche que te veré, Flapper. Espero que tú y Hari podáis arreglar las cosas...

–Oh, no te preocupes por eso. Creo que vamos a estar bien. Pero preferiría que fueras mi dama de honor...

–Pero, ¿te vas a casar de verdad? ¡Eso es absolutamente maravilloso, Flapper! –Amy la felicitó abrazándose y saltando arriba y abajo, tal y como hacen las chicas para mostrar placer.

–¡Eres la primera en saberlo!

Hari salió sonriendo del bar.

—Te estaba buscando, Flaps. Tu padre ha demostrado ser una maravilla rematada. Tu madre también, en realidad —y él le contó lo que había ocurrido. Cuando todos los abrazos y saltos terminaron, Hari dijo—. Debo agradecerle al Doctor. ¿alguna idea de dónde está, Amy?

—Bueno, él...

La puerta de la TARDIS se abrió y el rostro del Doctor los miró. Sus ojos brillaban positivamente.

—¡Todo en forma y a la moda de Bristol, grumetes! ¿Lista para subir abordo?

—Sí, capitán —ella le hizo un saludo burlón. Unos minutos más tarde, se quedaron juntos en la TARDIS mientras el Doctor jugaba con un viejo equipo eléctrico completo con grandes tubos de vacío, un micrófono antiguo y un par de "latas para la cabeza".

—Ahora entiendo un poco mejor cómo piensas —dijo ella—. Y quién eres.

—¿Cómo es eso, Amy Pond?

—Creo que es debido a que eres único —dijo ella.

—¿Sí? Pon tu dedo aquí durante un minuto, ¿quieres?

—Bueno, de cualquier modo. Odio que Bingo se haya ido así. Pero me alegré de que fuera él y no el resto de nosotros. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —dijo el Doctor—. Pásame ese martillo, ¿quieres?

—Así que en todos estos universos podría haber más Amy Ponds, más, no sé, Jonathan Rosses y Will Smiths y ¿Gabe Byrnes?

—Sí. Más o menos.

—¿Y más Doctores?

—Ah, bueno...

—¿Realmente eres el único?

—Señor del Tiempo. La Guerra del Tiempo se puso un poco desesperada hacia el final.

—Pero dijiste que nuestras acciones se repetían una y otra vez como si fueran infinitas.

—Pero por nosotros. No estoy seguro. Hay personas que toman las mismas acciones, cumplen, si así lo deseas, los mismos destinos. En todas partes, a lo largo del multiverso, hay personas como nosotros tratando de arreglar las cosas o, a veces, tratando de evitar que las cosas empeoren: ecos de ecos, sombras de sombras. Se llaman arquetipos. Jung lo hizo. Pero tal vez todos seamos arquetipos. ¿Tal vez no hay tal cosa como un original? Tal vez el

multiverso no tenga original. La serpiente mundial se come su propia cola. Sin principio ni fin –la miró a los ojos. Él sonrió–. Seguimos para siempre. Paradoja sobre paradoja.

–Eso es un pensamiento –dijo. Luego, ella aplaudió y se puso en modo negocios–. ¡Así que... ¿a dónde vamos?!

–En primer lugar, creo que tenemos que volver a tu propio tiempo, ¿no crees? –él sonrió– Echar un vistazo a algunas cosas. ¿Qué muestra el escáner?

Amy miró la pantalla. Y allí estaba la Vía Láctea en toda su gloria dorada y centelleante.

–Entonces, ¿qué ves? –estaba ocupado con algunos interruptores retro.

–Bueno, es nuestra galaxia. ¿Qué más debería estar viendo? –y entonces ella se quedó sin aliento cuando se le ocurrió la verdad– ¡Oh! ¡Se han ido! ¡Lo has hecho, Doctor! ¡Las mareas negras se han ido! –ella se sentó de repente– ¡Oh, guau!

–Bueno, nosotros lo hicimos –dijo–. Y Bingo fue el verdadero héroe. Nada mal, eh, para un Caballero aficionado. Ese es su verdadero monumento... allá afuera. Podemos celebrar más tarde con los Chicos Burbujeantes y sospecho que también veremos más al capitán Cornelius –desde algún lugar oyeron una débil música funky. El alarido de una distante sirena de niebla. El Doctor se detuvo. Frotándose la barbilla miró hacia la galaxia–. Limpio como un silbato, ¿eh? Bueno, limpio como debe estar. Será mejor que volvamos a lo básico. ¿Te va bien? Estoy esperando un mensaje urgente –giró algunas palancas y pulsó algunos interruptores–. *Oh, dulce duroo, cómo te amo...*

–¿Qué estás haciendo? –quiso saber ella.

–Algo que no debería hacer –le dijo–. Va bastante en contra de todas las reglas. Físicas o metafísicas. Pero los riesgos tenían que... tendrán que tomarse...

–¿Qué? –ella se sentó, más complacida de lo que podría haber imaginado con que se dirigían a casa. ¿Casa? Ella miró a su alrededor en la extraña mezcla: ingeniería alienígena, inteligente y sabia. Una ciencia arrogante e intuitiva, tanta magia como máquina a estas alturas. Humano y, sin embargo, absolutamente inhumano... Llegó el sonido habitual de carritos de compras oxidados que se arrastraban sobre láminas de estaño corrugado, y la TARDIS comenzó a temblar. El Doctor se inclinó hacia delante y comenzó a tamborilear un mensaje.

–Lo dejaré en "Enviar más tarde". Pero ya que nunca se pueden saber cómo fluyen las corrientes de tiempo...

–¿Para quién es?

–Alguien tiene que hacerlo –dijo, sonriendo como un colegial malvado–. Siempre he querido hacerlo. Va totalmente en contra de las Leyes del Tiempo,

físicas, metafísicas, naturales o sobrenaturales. Hay una canción de Gilbert y Sullivan en alguna parte que se pone animada –se inclinó hacia el viejo micrófono–. Aquí va: agárrate. *Se aferran duroo. Se aferran duroo a Frank/Freddie Force, ¿no te conozco? Tom Mix. Tom Mix, Rugalador, nenas. Ya no tiene la rabia. Me encanta mezclar, ¿no? Para ellos significan los viejos blues del Rugalador... ¡Oooh! Mareas oscuras que fluyen por el dor-ic-vali-ram-guinen...* –cubriendo el micrófono con su mano, se volvió y le guiñó un ojo– Los Señores del Tiempo solían tener que presentarse ante el Consejo Gris si empezaban a hablarse a sí mismos de esta manera. Pero funcionó, ¿no es así, Amy Pond? Ese es el poder de la paradoja positiva. Sin ella no existiríamos. No podría existir –frunció el ceño de repente y suspiró–. Tampoco, lamentablemente, pudo esa vieja marea oscura.

Pulsó un interruptor, desconsolado. Señaló la pantalla.

–Te lo dije, Doctor. Míralo tú mismo. ¡Se ha ido! La materia oscura, sí, pero no la marea oscura. ¡Ya no está!

Él sonrió con esa sonrisa suya.

–Dale tiempo –dijo él. Y bajó una palanca.

RECONOCIMIENTOS

Para Justin Richards, que ayudó a dar forma a esta historia.

(Ninguna nuez viva fue dañada durante la escritura de este libro. No intentéis ninguno de estos juegos en ningún lugar, especialmente en casa).

También a los *Rugaladores*, a Martin Stone, a los *Hawkwinds*, a Janis Ian, a Mac McLagan y a otros buenos músicos y a los amigos que mantuvieron el trabajo de este libro adelante; para Billy y Betty y a Barry Pain, una inspiración para muchos; a los *Chicos Burbujeantes* originales, sus madres, padres, tías y tíos para los cuales la diversión del sábado siempre comenzaba con el Doctor y para los que todavía sigue comenzando, y por supuesto para Linda.

SOBRE EL AUTOR

Michael Moorcock es un prolífico escritor de más de ochenta novelas de ficción y no-ficción, y el creador de personajes tan memorables como Elric, Jerry Cornelius y el coronel Pyat. En 1956, a la edad de 16, se volvió editor de *Las Aventuras de Tarzán* y más tarde editó *La Biblioteca Sexton Blake* y la controvertida y revolucionaria revista de ciencia ficción de Reino Unido, *New Worlds*.

Michael ha ganado varios premios, incluyendo el Premio *Guardian* de Ficción por *La Condición de Muzak*, y su novela *Madre Londres* fue seleccionada para el Premio *Whitbread*. Ha ganado el *Prix Utopiales para el Logro de una Vida*, el *Premio Grand Máster de los Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de América*, igual que el *Premio de Logro por una Vida Bram Stoker*. En 2008, Michael Moorcock fue nombrado como uno de los “50 mayores escritores británicos desde 1945” por el *The Times*.